

EL INCENDIO DE ALEJANDRÍA

UNA NOVELA CAUTIVADORA SOBRE LA BIBLIOTECA
MÁS LEGENDARIA DE LA HISTORIA

JEAN-PIERRE LUMINET

JEAN-PIERRE LUMINET

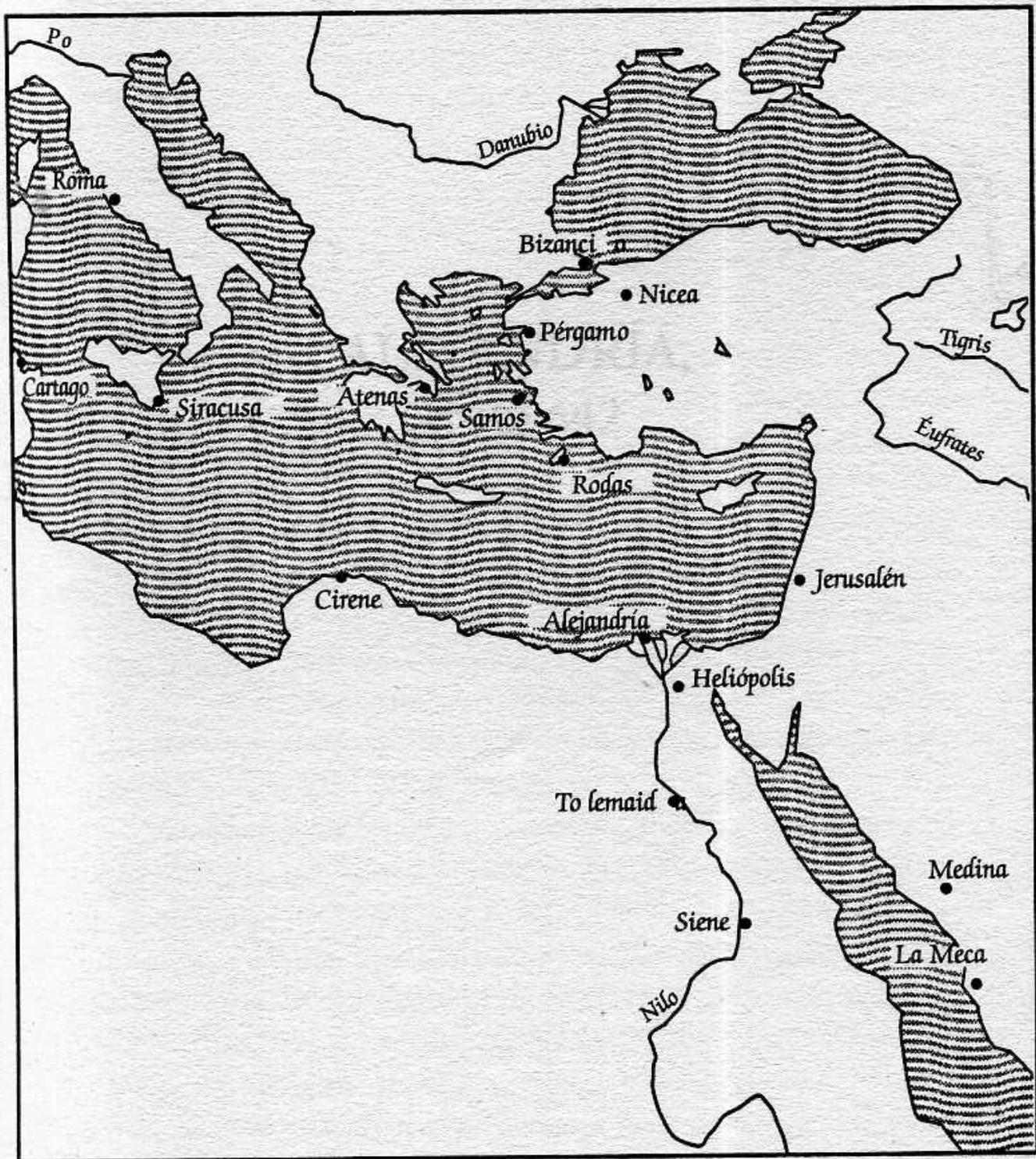
**EL
INCENDIO
DE
ALEJANDRÍA**

BYBLOS
Narrativa Histórica

Título original: Le bâton d'Euclide
Traducción: Manuel Serrat
1ª edición: enero 2005
© Éditions Jean-Claude Lattés, 2002
© Ediciones B, S.A., 2004
Bailén 84-08009 Barcelona (España)

Diseño de colección: Ignacio Ballesteros
ISBN: 84-666-1693-4

A la memoria de André Balland



Cuenca del Mediterráneo.

ALEJANDRÍA, AÑO 642

1

Bajo el delgado creciente lunar, se recortaba la silueta de dos altas torres gemelas, que enmarcaban el portal de la ciudad amurallada. El emir Amr ibn al-As observó con aire pensativo las pesadas puertas claveteadas del barrio de los palacios, que brillaban débilmente a la luz de las hogueras de los vivaques y al resplandor intermitente del Faro. Allá en Medina, el califa Omar, príncipe de los creyentes, le había ordenado hacer desaparecer todo rastro de paganismo en la orgullosa Alejandría. Destruiría, pues, esas torres. Mil años de civilización tenían que perecer mediante el fuego y la espada.

A Amr eso no le gustaba. Por muy guerrero que fuera, prefería convencer con la palabra que vencer por la fuerza. E imaginar que su nombre pasaría a la posteridad como el de un destructor no le complacía en absoluto. Alzó entonces los ojos al cielo nocturno, como si pretendiera descifrar un mensaje en los clavos de oro que brillaban en lo alto. Era un cielo menos puro que el del gran desierto, pues lo enturbiaba la cercanía del mar. Al día siguiente, Amr entraría en Alejandría. No como antaño, en calidad de un comerciante que conducía sus camellos cargados de seda y especias, sino como un guerrero, como el conquistador de Egipto a la cabeza de sus beduinos.

En la toma de los arrabales se había mostrado magnánimo. Ni un templo pagano saqueado, ni una casa de cristiano o de judío desvalijada, ni una mujer violada. Sus beduinos se habían comportado como liberadores, así se lo había ordenado. Pero mañana sería otra cosa. El barrio de los palacios era rico y sus soldados no comprenderían que se les prohibiera aprovecharse de ello. Y, además, sería preciso derribar esas estatuas de divinidades paganas que los griegos conservaban con la excusa de que eran arte, y esos idólatras retratos de la faz de Dios y de sus profetas. Por otro lado, habría que quemar todos aquellos libros de los tiempos antiguos, que propalaban supersticiones y mentiras.

Como sentía curiosidad por las cosas foráneas, Amr no iba a disfrutar destrozando todo aquello. La poesía sobre todo le parecía, pagana o no, respetable y vinculada siempre a lo sagrado. Cuando todavía era un simple comerciante, Amr había viajado mucho. Sus caravanas le habían llevado hasta Antioquía, al norte, a Isfahán hacia levante y, naturalmente, a Alejandría, a poniente. Poco seguro aún de su fe en la palabra del Profeta, una vez que había ya colocado sus mercancías en esas ciudades extranjeras, se reunía con magos, sacerdotes, rabinos, y les hacía mil y una preguntas sobre sus cultos, sus leyendas, la concepción que tenían de la Tierra y del Universo. Había aprendido así a conocer al otro, a comprender al extranjero. Se interesaba por todo, incluso por su comida, de modo que había adquirido un halagador bagaje de conocimientos que le había convertido, en Medina y en La Meca, en un letrado escuchado por los ancianos y los poetas. Pero ya no había lugar para los intercambios ni las preguntas. La guerra santa no se prestaba a ello. Como la ola vuelve a la arena, Amr había regresado, junto con sus hordas de guerreros del desierto, para sumergir Alejandría.

Filopon se dijo, con una amarga sonrisa, que el jinete del Apocalipsis era muy impaciente: si hubiera aguardado aún veintitrés años, Alejandría habría festejado su milenario entre llamas y sangre, proclamando el reino del Anticristo.

Por otra parte, ¿no había llegado ya el fin de los tiempos? ¿Acaso el Museo rodeado de peristilos no estaba sufriendo una muerte lenta, con sus losas de mármol agrietadas por las saxífragas, sus pilares mancillados por inscripciones obscenas, mientras en las salas de la Biblioteca de rotas ventanas y dentro de los armarios corroídos por los insectos, el calor y la humedad hinchaban, amarilleaban y agrietaban los rollos de papiro y los pergaminos encuadernados, a los que ni siquiera protegía ya su irrisoria cubierta de polvo?

Y él, Juan Filopon, ¿no estaba cubierto también por el polvo de los años? Toda una vida —un siglo casi— intentando salvar mil años de labor y de sapiencia humanas en busca de la verdad del Universo se vería, mañana, reducida a la nada. Esos mil años se amontonaban ahí, en un desorden que no dejaba de crecer. No había ya pacientes copistas que transcribieran los manuscritos llegados desde los cuatro puntos cardinales, ni eruditos traductores que trasladaran al griego las leyendas, los mitos y la ciencia de los imperios de levante. Ni tampoco sabios para clasificar, examinar, redescubrir y glosar las obras de los antiguos. Sólo quedaba él, Juan Filopon, filósofo cristiano, venerable gramático y, sobre todo, el último bibliotecario al que la muerte iba a llevarse muy pronto. Él, pero también Rhazes, sabio médico, su abnegado ayudante, que velaba por la Biblioteca como si fuera el más frágil de sus pacientes. Lamentablemente, aquel hombre, joven aún, era judío y mostraba un escepticismo irónico ante las polémicas que desgarraban la Iglesia cristiana. Un judío, bibliotecario del Museo de Alejandría, ¿cómo pensarlo siquiera? ¿Cómo pensar, también, en poner al frente de la mayor biblioteca del mundo a la bella Hipatia, la sobrina nieta del viejo gramático, a quien el estudio de Euclides y Tolomeo hacía olvidar en exceso la lectura de Pablo y de Agustín? Además, era sólo una mujer.

Desde hacía mucho tiempo, del mar ya no llegaban barcos cargados de lana, de vino, de aceite, de especias, de metales preciosos y de libros. Roma estaba en manos de los bárbaros, Atenas era un lejano arrabal de Constantinopla, Pérgamo un nido de águilas ya vacío y Jerusalén una aldea miserable cuya propiedad los camelleros disputaban a los perros.

Sin embargo, a veces, atracaba en el puerto un mercader famélico que venía a vender a Filopon algunos volúmenes desportillados que el anciano hojeaba con hastío para encontrar en ellos, con sus ojos fatigados, la misma glosa remachada, la misma coja exégesis de truncadas citas de Orígenes, Basilio o Agustín.

Algunos años antes, Filopon había tenido ocasión de hablar con uno de esos mercaderes árabes que habían intentado venderle su libro sagrado. Era obra de uno de esos innumerables y falsos profetas que proliferaban entre Jerusalén y la Arabia Feliz, medio locos y charlatanes pues, para ser convincentes, esos energúmenos tenían que creer, ellos mismos, en sus fábulas.

Como Filopon no descifraba esa escritura ideográfica de caracteres bastante hermosos pese a estar grabados en omoplatos de dromedarios o en piel de cabra, rústica prima del pergamino, le pidió al mercader en cuestión que le leyera el texto.

Era una ingenua visión del Antiguo y del Nuevo Testamento, en la que un profeta nómada, el tal Mahoma, contaba la historia de Moisés, María y Jesús a los paganos como se hace con los niños. Todo aquello era ignominiosamente blasfemo; Mahoma llegaba incluso a decir que los cristianos eran politeístas y el Salvador un profeta como muchos

otros. Pero ese simple modo de hablar podía seducir a campesinos y pastores. Prueba fehaciente de ello era ese ejército de beduinos contra el que la humilde gente egipcia, pagana sin embargo, no había resistido ni en Heliópolis ni en los arrabales de Alejandría. Y, ahora, el invasor aguardaba la aurora para romper las puertas de la ciudadela griega, última muralla de la civilización, y destruir lo que quedaba por destruir, quemar lo que quedaba por quemar.

Filopon habría podido guardar el libro en cuestión e intentar aprender la lengua árabe, pero debía ser prudente, incluso en Alejandría. A los doctores en teología de Bizancio, sus enemigos, les habría sido fácil acusarle de simpatizar con la secta de esos bárbaros. Había dejado, pues, que el mercader se fuera, pero se quedó amargado al no poder proseguir la obra de sus ilustres predecesores, cuya ambición era recolectar todos los libros del mundo. El mercader le había asegurado que las palabras de Mahoma que se recitaban en público sólo estaban anotadas en este libro de modo muy parcial. El supuesto profeta, que era analfabeto, no las había consignado por escrito, pero sus compañeros conocían de memoria los seis mil doscientos treinta y seis versículos directamente inspirados, según creían, por Dios.

Rhazes, el ayudante del viejo gramático, había tenido menos escrúpulos: había aceptado guardar en su casa ese Corán para estudiarlo. De hecho, lo hacía para enriquecer su colección de objetos curiosos y divertidos que le gustaba enseñar a sus amigos: piedras o maderos de formas extrañas arrastrados por el mar, fragmentos o copias de estatuillas del antiguo Egipto de los faraones, ingenuas figuras garabateadas sobre nácar por pescadores o mendigos. De todos modos, como buen médico, a Rhazes sólo le interesaban los misterios del cuerpo; siendo judío, se negaba a tomar parte en los debates teológicos que, sin embargo, conmovían la tierra entera. A la sazón, Filopon lamentaba no haber adquirido los escritos en cuestión. Tal vez habría podido volverlos, como un arma, contra los bárbaros. Unos bárbaros que, mañana, tomarían la ciudad. ¿Qué destino reservaban a los millones de retazos de pensamiento humano amontonados allí? Era ya un milagro que Filopon hubiese logrado salvarlos durante los sombríos decenios que acababan de transcurrir. Ni los persas, ni los obispos de Bizancio se habían atrevido a destruir la Biblioteca o a saquearla. Pero, esta vez, estaba en efecto en peligro de muerte. De modo que Juan Filopon aguardaba la liberación, en las largas salas silenciosas del Museo abandonado.

—¡Esta es la obra de Dhu al-Qarnain, el que tenía dos cuernos!

Amr dijo esas extrañas palabras en un griego casi perfecto en el que sólo afloraba un leve acento gutural. Filopon levantó la cabeza y le contempló con aire asombrado. Cuando, de madrugada, había oído el ruido de los pasos y el tintinear de las armas de los soldados que penetraban en el Museo, el viejo filósofo había decidido morir imitando a Arquímedes. Había abierto en la mesa de mármol una antigua copia del *Hippias Mayor* y anotado, al margen de la fórmula de Sócrates: «Digo que, a nuestro entender, lo bello es lo útil», el inicio de un comentario: «Sin duda, pero...», dejando voluntariamente su frase en suspenso. Al cabo de un instante, la espada le atravesaría y, durante siglos, la posteridad repetiría que, una vez más, el pensamiento había perecido, inconcluso y ahogado en sangre. Era una impostura irrisoria, pero una sublime advertencia para las generaciones futuras.

— ¿El que tenía dos cuernos? —preguntó—. Ignoro de quién hablas, general. ¿Es acaso uno de vuestros sanguinarios ídolos, Baal o Moloch, para quienes degolláis mujeres y niños en vuestras regiones salvajes?

Filopon esperaba que el conquistador árabe, enfurecido por esa insolente réplica, acabaría de prisa con él. Pero, por el contrario, Amr soltó una enorme y franca carcajada:

—Si hubieras aceptado el libro que antaño te ofrecí sabrías, noble anciano, que hablo de aquel a quien vosotros llamáis «Alejandro», y a quien el Profeta denominaba Dhu al-Qarnain, o Iskandar.

¡De modo que era él! El mercader vivaracho que había intentado venderle aquellos omoplatos grabados había regresado, revestido con la arrogante coraza del guerrero. Y no tendía a Filopon unos torpes versículos, sino una espada. El viejo filósofo, desconcertado por un instante, se dijo que a fin de cuentas el general quizá fuera menos temible de lo que parecía. No pudo evitar una sonrisa. ¡De modo que las fábulas referentes a Alejandro Magno habían llegado a los confines del mundo! El propio Alejandro, en su afán por ser divinizado en vida, pretendió que le había entronizado el dios egipcio Amón, al que representaban con cabeza de carnero, en el oasis de Siwa. Luego, había ordenado que a partir de entonces todas las efigies suyas que se fabricaran en Alejandría llevaran en la frente los cuernos del ídolo.

Sin embargo, Amr había percibido la escéptica sonrisa del anciano. Con gesto autoritario, despidió a su escolta, tomó un taburete y se sentó familiarmente al otro lado de la mesa.

—El ignorante beduino que soy, oh sabio Filopon, ha comprendido muy bien que ésa era una parábola que el Omnipotente dictó a su Profeta para indicar que, al igual que Alejandro edificó esas murallas de bronce, Alá había construido el infierno como morada para los infieles.

Filopon se sintió incómodo. El, que se había preparado toda la noche para una muerte gloriosa a manos de un bruto, se encontraba charlando con un hombre de unos cuarenta años, afable y encantador, de gestos suaves y sensuales, ojos de un negro profundo y brillante, elegante en su larga túnica de seda blanca con adornos de oro.

Recuperó la esperanza. No todo estaba perdido. ¿Acaso el sabio Casiodoro no había, en su tiempo, salvado Roma al convertirse en consejero del godo Teodorico? Amr nada tenía de bruto. Además, acababa de revelar una de sus debilidades: como todo militar, soñaba con alcanzar la gloria de Alejandro. No había que alarmarle. Filopon decidió

cambiar de actitud trocando el tono sarcástico que había adoptado hasta entonces por el del viejo sabio, paternal y resignado.

—Tienes razón, general. De la voluntad de Alejandro nació esta ciudad. El mayor soldado del universo descansa en ella, pues su cuerpo fue enviado aquí desde Babilonia en un ataúd de oro. Lamentablemente, su mausoleo fue pillado por no sabemos qué invasores.

Era una flagrante mentira histórica, pero el árabe comprendería la alusión y desvelaría sus intenciones.

—Ignoraba el hecho —replicó Amr con un poco de ironía—. Cuando, como mercader llegado de mi desierto, preguntaba yo a mis clientes por la tumba de Alejandro, me contaban que un antiguo rey de tu gran ciudad había cometido el sacrilegio de apoderarse de los tesoros que albergaba el mausoleo, para pagar su ejército y lanzarse a la guerra contra su propio hermano, que le disputaba el trono. Sin duda era una de esas fábulas que corren de feria en feria y que el crédulo beduino que soy se tragó ingenuamente...

Filopon se mordió los labios. De nuevo había infravalorado los conocimientos de su interlocutor. Amr fingió no ver esa turbación y prosiguió:

—Nuestras tumbas, las de los discípulos del Profeta, no corren el riesgo de ser profanadas. Ponemos a nuestros muertos en la tierra para que lleguen desnudos a los jardines de Alá, donde todo les será proporcionado, Y desnudos seguirán hasta el día de la Resurrección y del Juicio.

—No estaremos desnudos el día del Juicio, sino que cargaremos con nuestros pecados y nuestros crímenes. Y los que roban, desvalijan, matan, destruyen la obra del Creador que ha dado al hombre, al revés que al animal, el poder de comprender el mundo para mejor adorarle, arderán en el infierno por toda la eternidad. ¿Lo sabes, general Amr?

—Lo sé, y sé también por qué el Creador aniquiló Sodoma y Gomorra.

—No eres el ángel de la muerte —replicó con dulzura Filopon—. Y Alejandría no es la nueva Babilonia.

Se miraron con fijeza, en silencio, unos instantes. Un viento frío procedente del mar silbaba bajo el peristilo y hacía temblar el pergamino de Platón puesto sobre la mesa. Amr inspiró profundamente y dijo por fin:

—Cierto es que soy sólo un mercader que se hizo soldado de Dios. Cierto es también que eres un hombre virtuoso y sabio, Filopon, pero es cierto asimismo que los sumos sacerdotes de tu religión son ricos, a pesar de la ejemplar pobreza de ese profeta al que llamáis dios, Jesús. Ya te lo he dicho: soy soldado. Obedezco las órdenes de mi califa, el comendador de los creyentes, Omar Abú Hafsa ibn al-Jattab. Si decide que tu ciudad debe ser castigada, castigaré. Si hace un acto de clemencia, obedeceré con alegría.

Filopon había imaginado a Amr y su ejército como una de esas hordas que desde las llanuras del norte se precipitaban sobre la Cristiandad, comandadas por jefes de guerra que se atribuían, cada uno de ellos, el título de rey y tenían como único dios, como único ideal, el oro y la riqueza que pensaban hallar tras los muros de Roma o de Constantinopla. Pero esta vez tenía frente a él a un verdadero general, que obedecía las órdenes de ese Omar, rey o papa de Arabia, y que conocía el Antiguo y el Nuevo Testamento, aunque esos heréticos hubieran creído conveniente añadir un tercero, el Corán, que no resistiría el más bobo de los debates teológicos. Pero, al menos, Filopon se había tranquilizado: éstas eran gentes del Libro. Así pues, tal vez respetaran los demás libros, los que contenía la Biblioteca. Además, por el tono que había empleado Amr para hablar de su «califa»,

como él decía, el viejo filósofo había notado que el general no sentía por su monarca toda la veneración que le debía. Éste era un asunto que también valía la pena investigar.

—Ignoro —dijo por fin— por qué crimen quiere tu señor castigar a esta ciudad, que fue la mayor del mundo y a la que llamaron la nueva Atenas. ¿Es acaso un crimen resistirse a un invasor? ¿Y quién se os resistió en este último asalto? Los navíos y los soldados de Bizancio. Pero han huido. La ciudad es tuya y sólo tienes ante ti, como vencido, a un viejo cuya sola esperanza es ya únicamente la de consagrar sus últimos días a la preservación de todo el saber que le rodea y que es el único ejército que puede presentarte resistencia.

El semblante de Amr se encendió. Al minimizar así su victoria, Filopon ofendía al estratega.

— ¿Qué fuerza tienen esos libros, qué poder tienen contra los soldados de Dios, contra la palabra de los profetas, contra el último de ellos, el postrero, el más grande? ¿Cuentan acaso algo distinto a lo que dijeron Moisés, Jesús y Mahoma, y que les dictó el Altísimo? Pues todo está ya dicho, anciano, en la Biblia y el Corán. Quienes escribieran de un modo distinto irían contra la verdad emitida por la propia voz de Dios. Y eso sería la voz del demonio.

Amr profirió esta afirmación con una tranquila certeza. Ni la menor sombra de duda había rozado su ancha frente marcada por la arena y el sol. Y Filopon pensó que, a su modo, el guerrero del desierto reproducía las mismas ideas que los doctores de la Iglesia, a quienes durante tanto tiempo se había enfrentado. Pero, esta vez, no se trataría de navegar hábilmente por las caprichosas aguas de la dialéctica. El viejo filósofo tenía frente a él una roca de certidumbre, una fe sencilla y sin florituras, tal vez algo tosca. Pero para agrietar esa roca necesitaría más fuerza que las finas agujas de la erudición con las que Filopon tan bien sabía, por lo común, pinchar al adversario. Si Amr hubiera sido el más estúpido de sus alumnos, el filósofo habría podido al menos verter en ese vacío algo de saber. Pero Amr no estaba vacío y no era su alumno.

—El demonio está en todos nosotros, general, y tal vez se haya introducido también en estos anaqueles. Pero Dios distribuyó entre nosotros el amor a lo hermoso, el amor a lo útil, ¿y qué es más hermoso, más útil que el Universo que Él creó para nosotros? Esta belleza, esta utilidad es lo que intentan celebrar, desde la noche de los tiempos, los escritos que nos rodean.

—¿Y dicen algo más que el Corán?

—No lo sé, pues no he leído tu Corán. Y créeme que hoy lo lamento.

—Si no valen para nada, ¿de qué sirve amontonarlos así en el polvo?

—Antes de condenar, antes de quemar, Amr, aprende a conocer, por lo menos, lo que contienen.

—Que así sea, habla. E intenta convencerme.

—Soy viejo, hijo mío, y conozco demasiadas cosas. No sabría por dónde empezar. ¿Me autorizas a pedir ayuda? Allí donde la vejez, en exceso llena de saber, no sabría que decirte, la juventud podrá hacerlo.

— ¿Y quiénes son esos jóvenes?

—Un judío y una mujer.

Con paso presuroso, Hipatia y Rhazes atravesaron los dos peristilos y el peripato antes de penetrar en la Biblioteca. Al ver aparecer a la joven, Amr se levantó, pero Hipatia no le dio tiempo para hablar. Le tendió una rama de olivo cargada de frutos y dijo, acompañando su gesto con una graciosa genuflexión:

—Si quieres convertirte, Amr, en dueño de nuestros parajes, aprende primero a acariciar el rugoso tronco del olivo bienhechor, rogándole que te ofrezca sus frutos henchidos de un aceite dorado. Aprende también a besar el racimo de uva como a una mujer, para que te inunde algún día con su vinosa voluptuosidad. Aprende además a hablarles a los trigales como les hablas a tus soldados. De sus espigas llegará el pan como la más hermosa de tus conquistas. Del trigo, de la viña y del olivo nace la paz, nace el Libro.

Subyugado, Amr unió las manos y se inclinó diciendo:

— ¿Cómo pueden ocultarse tanta gracia y poesía entre tanta sombra y polvo? Una joven dama como tú está hecha para tener un buen marido y hermosos hijos. Perdida así entre libros, acabarás desecándote como un viejo papiro.

Hipatia hizo un coqueto gesto de enfado:

—Si estás presentándome una demanda de matrimonio, general, me parece muy brutal. Mi tío me había hablado de ti como un hombre cortés y pausado.

—Perdóname. Soy sólo un soldado del desierto y nunca he conocido, en mi árida vida, una mujer que aliara tanta belleza con tanta ciencia.

—Desconfía de las griegas, Amr —bromeó Filopon—. Queman como el hielo, pero no se funden.

— ¿Todos sois griegos en este palacio, pues? Creía hallarme en tierra de Egipto.

—Hace ahora mil años —intervino Rhazes— que el macedonio Alejandro fundó esta ciudad. Y podemos decir que todo alejandrino depende, a la vez, del Faraón y de él.

— ¿Y tú, judío, de quién dependes?

—De Abraham, general, como tú. Los hijos de Israel son hermanos de los de Ismael. Tú y yo somos hijos del Libro.

Amr señaló con un gesto amplio los anaqueles que le rodeaban.

— ¿Y esos libros, qué añaden a las palabras que el Omnipotente dictó a sus profetas?

Filopon lanzó una mirada desesperada a su sobrina y al médico. Para abrir el espíritu de ese hombre, para salvar la Biblioteca, sería necesario todo el ardor y el entusiasmo de su juventud. Él ya no podía hacerlo. Pero ¿qué estaba diciendo Rhazes?

—Todos los libros son de inspiración divina, pues todos loan la belleza de la Creación.

¡Infeliz! Repetía lo mismo que había dicho Filopon unas horas antes, lo que había provocado una ociosa discusión en la que Amr, aferrado a su Corán, negaba en nombre de su dios cualquier valor a los escritos de los Antiguos.

Por fortuna, Hipatia comprendió que la conversación iba a empantanarse en un terreno que le era por completo ajeno. Conocía la reputación de esos hombres del desierto inclinados a la ensoñación, a la poesía, a lo maravilloso. Por ahí era preciso arrastrar a Amr. El halago tampoco sería inútil. Ni la seducción, lo que en cierto modo era lo mismo.

—Se dice que eres el más valeroso pero también el más clemente de los guerreros. Tu reputación ha cruzado los desiertos y los mares. Hasta en Bizancio te temen y te

respetan. Al propio Alejandro, sin duda, le hubiera gustado tenerte a su lado. Me parece legítimo que te conviertas en dueño de la ciudad que él fundó.

Amr hizo una pequeña mueca, indicando que el cumplido no le engañaba. Hipatia prosiguió:

—Una de mis siervas, que mantiene una relación demasiado estrecha, para mi gusto y en detrimento de su trabajo, con uno de tus lugartenientes, me ha dicho que tu valor te pertenece sólo a ti, pero que recibiste la sabiduría de tu abuelo, jefe de tu tribu, un hombre santo muy erudito y que vivió sus últimos años retirado, dedicado tan sólo a la contemplación de los astros y la meditación. ¿Es cierto que pasaste tu infancia a su lado?

—Mi lugarteniente no mintió a tu esclava, bella señora. Lamentablemente, mi venerable abuelo murió antes de haber conocido la palabra del Profeta.

—Tampoco Aristóteles la conoció. Sin embargo, por su sapiencia merece, al igual que tu abuelo, el paraíso.

—Si está escrito... Pero no me fastidies cantando las alabanzas del tal Aristóteles, como hace tu tío. Diríase que este lugar sólo contiene las obras de ese pesado.

Filopon, tras su larga barba, farfulló unas palabras de descontento, mientras su sobrina y Rhazes se miraban casi riendo. Al verlos, Amr se relajó.

—Vamos, radiante juventud —les reprendió—, un poco de respeto por los ancianos... Y por sus manías. Por lo que a mí se refiere, estoy entre vuestras dos edades.

Hipatia percibió en esta última frase una pizca de celos hacia el joven médico. Ciertamente es que Rhazes, no sin fatuidad, se mantenía muy cerca de la muchacha, como si hubiera entre ambos algo más que amistad. Ella se apartó ligeramente.

—Ignoro si tu abuelo se hubiera enorgullecido de tu conquista guerrera —dijo—, pero estoy segura de que si te hubiera visto en posesión de estas setecientas mil obras, te habría pedido que lo pensaras dos veces antes de destruirlas.

La expresión del general se ensombreció. ¿Cómo hacer comprender a esa gente que la decisión no dependía de él sino del califa Omar? Sólo pudo repetir el argumento al que se agarraba y que le parecía cada vez más especioso.

— ¿Qué hay en estos libros que el Profeta no nos haya enseñado?

Hipatia puso una cara de niña irritada. Eso la hacía más encantadora aún.

—Dejémoslo, te lo ruego —sugirió—. Y dime, más bien, si a tu abuelo le hubiera gustado responder a estas cinco preguntas. ¿Dónde está el centro del Universo? ¿Cuántos movimientos pueden describir los planetas? ¿Cuál es la forma y la dimensión de la Tierra en la que tú y yo vivimos? ¿De dónde recibe su luz la Luna? ¿Cuántas estrellas hay en el cielo?

— ¡Qué extraño es eso, Hipatia! Cuando mi abuelo y yo, tendidos de espaldas, en la noche del desierto, contemplábamos la bóveda celestial, él se hacía en voz alta estas mismas preguntas. Y me arrastraba en su vértigo. ¿Están las respuestas entre estos muros?

—Tal vez sí. Tal vez no. Sólo sé que puedo curar tu vértigo. Pero, antes, ¿te gustaría saber, al menos, cómo, desde hace mil años, los hombres han ido amontonando aquí

todos esos libros, por qué prodigio? Cuando sepas «cómo», tal vez entonces puedas responder a la pregunta «por qué».

—Eso sí es prudente, hermosa y joven dama, aunque creo adivinar qué vas a contarme la historia de una nueva torre de Babel.

—Eres en efecto como todos los hombres, Amr, si juzgas y condenas antes de saber. Por eso hacéis la guerra. Ahora bien, lo que voy a contarte es una historia de paz y no de guerra, una historia de saber y no de poder.

—Una historia de mujer, en suma.

— ¿Por qué no? La Biblioteca es sin duda una mujer cuyos secretos nadie puede agotar.

Lo había dicho casi en un susurro, con una voz cálida y levemente velada. Amr quedó profundamente conmovido. Tosiendo para ocultar su turbación, dijo en un tono en exceso marcial:

—Cuenta pues, comenzando por el principio. Si me convences, intentaré a mi vez persuadir al califa Omar de que no destruya nada de esto.

—«Convencerme o hechizarme, hermosísima bruja», pensó el soldado que se creía ya bajo el influjo de un maléfico hechizo. Luego prosiguió—:

Cuéntame primero quiénes fueron los locos que quisieron, tan tonta como orgullosamente, reconstruir en mil años, sobre cueros de becerros u hojas de plantas, lo que Dios había tardado siete días en crear.

—Para contarte la invención de la Biblioteca —replicó Hipada—, tendrás que escuchar a mi tío. Él conoce su historia mucho mejor que nadie en el mundo. Podría creerse, incluso, que conoció a sus fundadores —añadió riendo.

Amr no pudo ocultar su despecho. La voz de Hipada era como una música encantadora. Pero el árabe se resignó a escuchar la del anciano, algo vacilante.

A fin de cuentas, ¿no se parecía esa voz a la de su abuelo, el eremita que antaño intentaba desvelar con él el misterio de las estrellas?

MILENIO

El Universo en rollos

(Primer curso de Filopon)

Antes de la Biblioteca, hubo la ciudad. Y, ¿sabes, Amr?, el nacimiento de una ciudad se asemeja a la aparición de un ser nuevo que va a crecer, a desarrollarse, a morir a veces, lo mismo que una criatura humana.

Alejandro sólo tenía veintitrés años cuando trazó el contorno de la ciudad el veinticinco del mes egipcio de Tybi, hace de eso un milenio.¹ Tras haberse adueñado de Egipto, aquel al que llamaban «el rey de las cuatro partes del mundo» decidió fundar allí una ciudad griega que fuera grande y llevara su nombre. Por consejo de su arquitecto, Deinokrates, estaba a punto de medir y cercar cierto emplazamiento cuando, mientras dormía, tuvo una maravillosa visión. Un hombre de aspecto venerable apareció junto a él y recitó estos versos: «En la mar tempestuosa existe un islote. Está delante de Egipto y lo llaman Faros.»

Alejandro se levantó de inmediato y acudió a Faros, que en aquel tiempo era aún una isla, pero que ahora está unida al continente por una calzada. El arquitecto vio que la ubicación era favorable y Alejandro le ordenó trazar el plano de la ciudad adaptándolo a la configuración del terreno. Puesto que Deinokrates no tenía tiza, tomó harina y trazó en el suelo negruzco un círculo en cuyo interior dibujó mediante líneas rectas la figura de una clámide, aquel manto corto y hendido que el Conquistador solía ponerse en los hombros. El plano encantó al rey. Pero entonces, una multitud de pájaros de todas las especies acudieron del río para posarse como enjambres en el paraje, y no dejaron la menor mota de harina. Alarmado por el presagio, Alejandro fue a consultar a los adivinos, pero éstos le exhortaron a mantener la confianza.

El Conquistador ordenó, pues, construir la ciudad. Cuando hubieron edificado la mayor parte de los cimientos y fueron visibles los límites de la población, Alejandro la dividió en cinco partes, en las que hizo grabar cinco inmensas letras: A, B, G, D, E. La A de Alejandro, la B de *basileus*, que significa rey, la G de *genos*, la raza, la D de Dios, la E de edificación. De hecho, son las cinco primeras letras del alfabeto y servían para designar cada uno de los barrios de aquella ciudad incomparable, para cuya construcción Alejandro siguió fielmente las lecciones de Aristóteles, su antiguo preceptor. Te bastará leer, Amr, la Política del Filósofo, para hallar allí todas las consideraciones que justifican la instalación de una ciudad en esta región hostil, pantanosa e insalubre.

Alejandro Magno, que se lanzó muy pronto a la conquista de otras partes del mundo, no vivió lo suficiente para ver terminada su ciudad. Tampoco Aristóteles vino jamás a la ciudad ideal que había soñado y que su glorioso alumno había fundado. Él Filósofo murió, por lo demás, en el exilio, un año después de Alejandro. También fue expulsado de Atenas

¹ 20 de enero de 331 a. C.

uno de sus más eximios discípulos, Demetrio de Falero, que había gobernado con puño de hierro la ciudad ática durante diez años.

Otro alumno de Aristóteles, y no de los menores, Tolomeo, fue el primero que reinó aquí. Había sido el mejor general de Alejandro. Se decía incluso que era su hermanastro y que el Filósofo los había educado juntos. Tras la muerte del Conquistador, y después de librar interminables guerras contra los demás generales que se disputaban los restos del imperio, Tolomeo I, llamado Soter, el Salvador, estableció su propio reino en Egipto, la vieja y rica tierra de los faraones, y tuvo la sabiduría de aportarle paz y prosperidad.

En la época en que Tolomeo se convirtió en el primer rey, Alejandría estaba todavía a medio urbanizar, aunque ya se hallaba repleta de templos, almacenes, tabernas y burdeles. El asfalto, el aceite, el barro, los excrementos y el sudor mezclaban sus efluvios con los del incienso y la mirra. Tolomeo recurrió a los antiguos saberes de los constructores de pirámides, y al combinarlos con la razón y la lógica, que los griegos debían a Aristóteles, hizo de la ciudad esa perfecta geometría de la que tan bien te has aprovechado, Amr, para invadir con tus jinetes sus amplias avenidas. Tendió un puente sobre el mar para llegar a la isla de Faros, donde mandó erigir esa torre que, desde hace casi un milenio, ha salvado a tantas tripulaciones guiándolas con su llama en la noche o la tempestad. ¿Cómo crees, Amr, que se construyó esta maravilla, si no gracias a los libros que nos rodean, libros que redactaron o consultaron los arquitectos, los ingenieros y geómetras? Estos volúmenes edificaron la torre de Faros, estos tratados libraron a tantos marinos de la horrenda suerte de morir ahogados.

Tolomeo fundó la Biblioteca por otras muchas razones. Deseaba en primer lugar aprender a reinar bien. Quiso pues leer todo lo que se había escrito sobre las leyes, la política y la historia. El material era abundante, porque los griegos no han dejado de ocuparse de estos temas desde que Solón redactó la primera constitución que se conoce en el mundo. Pero, en opinión del rey, a partir de la muerte de Aristóteles sólo quedaba un hombre capaz de conocer la lista de todos los pergaminos que hablaban de la realeza y del mejor modo de gobernar: Demetrio, su antiguo condiscípulo. La cosa resultaba sorprendente, ya que éste había sido en el ínterin gobernador de Atenas, mantenido en el poder por Casandro, el sucesor de Alejandro. Los atenienses afirmaban que había sido un tirano, y sobre todo le reprochaban a Demetrio que durante su decenio de reinado absoluto hubiera patrocinado la institución del Liceo, fundado por Aristóteles según el modelo de la Academia de Platón, y del que los atenienses decían con desprecio que era sólo un hatajo de intrusos.

Cierto día, ante la amenaza de un levantamiento provocado por un epígono de Alejandro, Demetrio tuvo que huir de Atenas y refugiarse en Tebas, donde conoció la amargura del exilio. De modo que, cuando Tolomeo le llamó a Alejandría, Demetrio no tardó en desembarcar allí, llevando como único equipaje la ciencia de su maestro, su talento de orador y su experiencia del poder.

El rey le recibió con grandes fastos, yendo él mismo a buscarle al puerto, que estaba bien protegido por los diques que unían entre sí las islas formando un semicírculo abierto sólo por un canal. Penetraron en el Brucheion, el barrio de los palacios, verdadera ciudad cerrada en plena urbe. Sus murallas protegían más la tumba de Alejandro que las suntuosas moradas con estatuas de mármol y los templos dedicados tanto a los dioses griegos como a las divinidades egipcias. El mayor de estos templos estaba consagrado a las Musas, o, más bien, a las artes y las ciencias que esas diosas del ritmo y de los números

representaban. Pero las hornacinas, los anaqueles y los armarios de este «Museo» no contenían otros documentos escritos que los que Tolomeo había traído de sus campañas.

—He aquí tu nuevo reino —dijo el monarca de Egipto al tirano expulsado de Atenas—. Tus súbditos todavía no están aquí. Tendrás que hacerlos venir de las cuatro esquinas del universo. He enviado ya un mensaje en este sentido a todos los países del mundo, pidiendo a sus soberanos y gobernantes que me remitan los libros que tengan disponibles. Las riquezas de Egipto son inagotables; les daré parte de ellas a cambio de esos textos. Este será tu reino, éstos serán tus súbditos. En calidad de ministros, generales y sumos sacerdotes podrás llamar a tu lado a filósofos, gramáticos, matemáticos, astrónomos, geómetras, ingenieros, traductores y copistas. Serán bien pagados, permanecerán alojados entre estas paredes y nada les faltará, ni para su trabajo ni para su reposo.

Demetrio aceptó la oferta con fervor. Se maldijo por haber perdido, antaño, tanto tiempo dedicado a la intriga y el poder; por fin podía vivir de acuerdo con su pensamiento, el de Aristóteles, y no según lo que las circunstancias y su afición al mando demasiadas veces le habían impulsado a hacer.

En Atenas, Demetrio había colaborado en la organización del Liceo, prototipo del Museo. Había proporcionado los fondos necesarios para la compra de un jardín rodeado de pórticos y paseos, donde había una sala de clase y celdas destinadas a alojar a profesores y alumnos. Y allí podía consultarse la biblioteca de Aristóteles, la mayor jamás reunida hasta entonces. ¿Por qué, se dijo Demetrio, no trasplantar a Alejandría la idea de esa escuela, dotándola de las riquezas de su señor, Tolomeo, el más generoso príncipe del mundo?

Por aquel entonces, las bibliotecas griegas se reducían a colecciones de manuscritos en manos de particulares. Los templos de Egipto albergaban en sus estanterías un surtido de textos religiosos y oficiales, al igual que ciertos panteones del mundo griego. Tolomeo Soter tuvo la ambición de reunir todas estas colecciones dispersas en una verdadera Biblioteca central, que poseyera toda la literatura mundial conocida.

El lugar y las circunstancias eran perfectos para que semejante empresa prosperase. Alejandría era la ciudad ideal imaginada por el Filósofo: un puerto inmenso, abierto a todos los intercambios comerciales y culturales, una ciudad de mercaderes y guerreros, como tú, Amr.

Sin embargo, los reyes, príncipes, tiranos, generales, sátrapas, diadocos y oligarcas del despedazado imperio de Alejandro no respondieron en absoluto a la llamada de Tolomeo Soter. Sin duda eso era debido al poder creciente del dueño de Alejandría. Además de Egipto, era señor de Cirenaica, de Coelesiria, de Palestina, que formaban una media luna fértil al borde del Mediterráneo, custodiada por dos centinelas que eran Chipre y Creta. Los soberanos del mundo veían en él a un nuevo faraón y temían que los libros que reclamaba fueran un arma tan misteriosa como temible contra la que sus espadas podrían quebrarse. No les faltaba razón...

Entonces, el antiguo dueño de Atenas utilizó medios draconianos para engrosar la Biblioteca. Cuando Atenas aceptó por fin prestar los textos de Eurípides, Esquilo y Sófocles, Demetrio los hizo copiar, devolvió las copias y se quedó con los originales. Dio la orden de requisar los libros de todos los navíos que hacían escala en el puerto de Alejandría, y les aplicaba el mismo tratamiento: confiscación de los originales y restitución de las copias. Así, en poco tiempo, se constituyó la «biblioteca de los bajeles», la primera colección del Museo, alimentada por los fondos de los navíos.

Paralelamente, Demetrio elaboró un sistema por el que tanto los mercaderes como los vendedores salían beneficiados. Los mercaderes vieron en ello un maná. Llevar libros

a Alejandría era el mejor de los pasaportes para que se les abrieran los graneros de trigo, las minas de esmeraldas, los almacenes de tejidos de Egipto. Hurgaron en todas las ciudades, los palacios y las ricas moradas donde estaba de moda amontonar ostensiblemente en su estuche de seda manuscritos que nadie leía, pero que se mostraban como objetos de prestigio o de opulencia. Y aquello nada costaba, o muy poco, a los mercaderes. Depositaban una garantía puramente simbólica, prometiendo a los donantes que les devolverían la totalidad de sus bienes en forma de copia, pero siempre en la misma y hermosa envoltura. ¿Qué le importaba, a la mayoría de esa gente poseer una copia en vez del original? Su biblioteca seguiría siendo un objeto de admiración, al que se añadiría la gloria de tener su nombre inscrito para toda la eternidad en los registros del nuevo faraón, como les decían los mercaderes para engolosinarlos.

Afortunadamente, hay otros amantes de los libros distintos a esa gente ávida de vanagloria: todos aquellos para quienes leer es un gozo profundo, una búsqueda de la sabiduría o una herramienta de trabajo. Pero que éstos cediesen su biblioteca era harina de otro costal. Entonces, como Tolomeo le había pedido, Demetrio llamó a Alejandría a todos aquellos sabios y eruditos, para que vivieran y estudiaran en el seno del templo de las Musas. Nada trabaría su libertad de investigación, ni la religión ni la política. Sólo ponía una única condición: que no vinieran solos, sino con sus libros. Y no sólo dispondrían de sus propios volúmenes sino que podrían utilizar a su guisa todos los demás.

Los eruditos afluyeron en masa, sus discípulos les siguieron, y también lo hicieron todos los que estaban ávidos de aprender o de descubrir por sí mismos las maravillas del mundo. Así se constituyó la mayor Biblioteca del mundo.

Cada vez que los asuntos de la guerra y del gobierno le dejaban algún tiempo libre, Tolomeo Soter acudía a la Biblioteca, tomaba familiarmente a Demetrio del brazo y lo llevaba hacia el peripato, por donde caminaban charlando largo tiempo, a imitación del maestro de ambos, Aristóteles... Y lo mismo te invito yo a hacer ahora, Amr, al igual que a nuestros jóvenes amigos. El ejercicio de andar suelta la lengua y las ideas, mientras que la posición sentada es la de un hombre encogido sobre sí mismo, como para guardar con egoísmo lo que tiene en su interior.

Tolomeo y Demetrio caminaban así, con frecuencia acompañados de uno de los sabios cuya presencia el rey había solicitado. La primera pregunta del monarca era siempre la misma:

— ¿Cuántos libros tenemos ahora, amigo Demetrio?

Tras dos años de colecta, el bibliotecario le respondió:

—Cincuenta y cinco mil muy pronto, señor, pero he oído decir que quedan todavía muchos entre los etíopes, los indios, los persas, los elamitas, los babilonios, los asirios, los caldeos, los fenicios y los sirios.

—¿Y cuántos crees tú que habrá en el mundo?

—A fe que no lo sé en absoluto. Pregúntaselo más bien a Euclides.

Y al decirlo se volvió hacia el joven que les acompañaba en silencio. Euclides no debía de tener más de veinticinco años. Además de ser joven y apuesto, era el mayor matemático que el mundo había conocido nunca.

No te extrañe, Amr. Es una idea común imaginar que los sabios son todos como yo. Un anciano tembloroso y caduco, calvo, con la barba gris, la mirada turbia y enrojecida por excesivas penas, la espalda encorvada por tener que cargar con un exceso de saber, un hombre que nunca ha amado, nunca ha reído, nunca ha cantado. Contempla, sin embargo, la belleza de mi sobrina. Inventar, comprender, arriesgarse a exponer

proposiciones, hipótesis y axiomas sobre la disposición del mundo, con una mirada nueva y cierta inconsciencia es cosa de la juventud. Después... Pero Hipatia te hablará de Euclides mucho mejor que yo, cuando llegue el momento.

Así pues, el joven y apuesto Euclides soltó la carcajada y dijo:

— ¿Cómo quieres que te lo diga? Sería preciso primero que yo supiese cuántas lenguas hay en el mundo, y cuántas escrituras para transmitir las. Y eso me preocupa menos que la virginidad de Atenea...

— Dame al menos una cantidad aproximada.

— En estos momentos, a orillas del Indo, un poeta escribe la última palabra de su epopeya, mientras en Siracusa un geómetra inicia un tratado de arquitectura. Hay sin duda tantos libros en el mundo como astros en el cielo. Cada noche se descubre uno nuevo.

— ¿Y cuántas estrellas hay en el cielo? Algo molesto, aunque negándose a reconocer su ignorancia, Euclides replicó:

— Los discípulos de Pitágoras se reconocían entre sí gracias a una estrella de cinco puntas, pues el cinco es el número nupcial, el de la armonía. Así pues...

— Así pues —le interrumpió el rey—, fijaremos en quinientos mil el número de libros que deben adquirirse. ¿Te parece razonable este objetivo, Demetrio?

— Añadiré el que hará quinientos mil y un volúmenes, señor, tu *Historia de Alejandro*, que, según me has dicho, está casi terminada.

No vayas a creer, Amr, que Tolomeo era uno de esos ricos vanidosos de los que te he hablado hace un rato y que amontonaban los libros sólo por prestigio. A su modo, era un conquistador. Pero, al contrario que Alejandro, no quería apoderarse de las naciones en su propio beneficio, sino que al adueñarse del universo del pensamiento, quería mostrarse su digno heredero. Todo el saber del mundo que iba recogiendo, según esperaba, estaría al alcance de quienes desearan conocerlo. A diferencia de Alejandro, que quería ir a buscar el sol cuando se levantaba, Tolomeo aguardaba en su ciudad al astro del día en su cenit. Sus hijos y sus sucesores se verían arrastrados por el movimiento que él había iniciado. Su dinastía tendría que proseguir la tradición que él había instaurado. Algo que parece el efímero capricho de un déspota se convirtió así en un gran designio: Soter logró que su ciudad brillara con una claridad intensa, la luz benéfica de la ciencia, que es la luz divina.

Donde Amr se ejercita en la filosofía

—Hablabas de la ciudad ideal que Aristóteles soñaba —dijo Amr contemplando la seca alberca en el centro del peripato—. Sin embargo, Mahoma hizo de La Meca nuestra ciudad sagrada. Alejada del mar y de sus tentaciones mercantiles, viviendo de sus propias riquezas, La Meca es lo contrario de lo que tu filósofo imaginó. ¿Qué podría pues enseñarnos Aristóteles a nosotros, los musulmanes?

—Aristóteles afirmaba que el buen gobernante debía siempre sopesar la medida, lo posible y lo conveniente.

—¿Y en qué se adecuaba la Biblioteca de Tolomeo al pensamiento de su maestro?

—Reunir los libros de todos los pueblos del mundo permitía comprender mejor a esos pueblos, y de ese modo mantener con ellos relaciones comerciales muy lucrativas.

—¡Pero poseer tantos libros como estrellas hay en el cielo! Nada conozco más desmesurado, imposible e inconveniente a los ojos del Eterno.

—Los libros sirven, ante todo, para la instrucción. Aristóteles decía que la mejor de las ciudades era aquella que, por medio de la educación, inculcaba la virtud a los ciudadanos.

—Eso supone que los propios gobernantes sean virtuosos.

—Acabas de pronunciar, casi textualmente, las palabras del Filósofo. Tolomeo Soter era tan virtuoso y sabio como los reyes del Libro, David y Salomón.

—Blasfemas, anciano. David y Salomón escuchaban la palabra divina. Obedecían las órdenes del Todopoderoso.

—¿Sabes —intervino Rhazes al ver que la conversación tomaba un peligroso giro—, sabes que Tolomeo Soter había leído el Libro sagrado común a nuestras tres religiones, aquel que nuestros amigos llaman el Antiguo Testamento y nosotros dos, la Torá? Tolomeo lo hizo incluso traducir al griego, lo que provocó un milagro.

—No te creo, judío, pues formas parte de ese pueblo del que el Profeta dijo que había alterado aposta la palabra de Dios tras haberla escuchado.

—Rhazes dice la pura verdad —exclamaron a coro Filopon e Hipada con tal acento de sinceridad que Amr quedó sorprendido.

—Tal vez mi juicio sea algo brutal —admitió—. Pero ¿por qué vosotros, los hebreos, consideráis tan a menudo la fe de los musulmanes (que creemos en el mismo Dios que vosotros) una ingenuidad o, peor aún, una tontería? ¿Acaso porque somos sólo un pueblo de pastores y de nómadas, gente pobre e ignorante que tiene como único templo las arenas del desierto?

—No te sabía tan pobretón, maese mercader —intervino irónicamente Hipatia—. Cuando venías aquí, antaño, tus ciento veinte camellos no llevaban espada ni Corán, sino hermosas piezas de seda y suaves bastoncillos de incienso. Por lo que a tu ignorancia se refiere, ¿no acabas de probarnos, durante toda esta disputa, que es muy relativa?

—¡Pérfida mujer! —exclamó Amr riendo—. Ora burlona, ora halagadora... ¿Piensas vencerme con semejantes argumentos?

—No intentamos vencerte —repuso la muchacha con gravedad—, sino convencerte. Convencerte de que quien destruyera estos lugares sería el peor de los criminales, ante Dios y ante los hombres. A Tolomeo le apodaban «Soter», el Salvador, pues más de una vez sacó a Alejandro de algún mal paso. Pero yo digo que merecía ese calificativo, sobre

todo, porque salvó todo el saber del mundo en una época en la que reinaban las guerras y las devastaciones.

—¿Crees, pues, que el porvenir de los pueblos se construye sobre las adquisiciones del pasado?

—Es cierto, y al respetar la Biblioteca tú también podrías llevar merecidamente ese hermoso sobrenombre: Amr el Salvador.

—El antiguo mercader que soy prefiere construir que destruir. Pero, lo repito, vuestra Biblioteca me hace pensar en la torre de Babel. Reunir todos los escritos del mundo es un crimen tan grande como querer llegar al cielo. ¿No se dice en vuestra Biblia que, para castigar a los hombres por esa pretensión, el Altísimo los dispersó por la superficie de la tierra y embrolló su lengua común para que no se entendieran ya unos a otros?

—El Libro se divierte a veces con las palabras —intervino Rhazes—. En hebreo, el nombre «Babel» y el verbo «embrollar» se dicen del mismo modo.

—¿Me estás hablando de juegos de palabras? Si el Libro es la palabra de Dios, dice una sola verdad.

—Eso es, precisamente, lo que quería demostrar cuando te he hablado de la traducción de la Torá al griego. Permite que te cuente el milagro de la Biblia de los Setenta.

—Sea, pero mañana. Y tendrás que ser elocuente, pues no estoy seguro de que tu relato sepa convencerme.

Que pueda, sobre todo, convencer a Omar, pensó el emir mientras los tres alejandrinos se retiraban inclinándose ceremoniosamente. ¿Se atrevería entonces Omar a reiterar el crimen que le atribuyen, quemar los últimos escritos del Profeta?

La Biblia de los Setenta

(Primer panfleto de Rhazes)

Cada vez más, los textos aflúan a Alejandría, escritos en numerosas lenguas: siríaco, persa, egipcio, sánscrito y muchas más. Sólo el hebreo faltaba. Los encargados de la Biblioteca ignoraban incluso la existencia de tal idioma, convencidos de que la lengua de los judíos era el arameo. En efecto, el hebreo, una lengua escrita, es también una lengua sagrada. Además, inspiraba gran desconfianza ese pueblo que adoraba a un dios único y rechazaba cualquier concesión a las religiones idólatras.

Por aquel entonces, pues, Tolomeo quería extender por su reino el culto greco-egipcio de Serapis, deseando unir en una misma creencia las dos comunidades sobre las que reinaba. Aprecia, Amr, esa lección de civilización, cuyo principal componente era la tolerancia religiosa. Nunca el rey pretendió extirpar por el fuego y la espada la singular idolatría que los egipcios sentían por los animales. Naturalmente, dar pan con miel a un cocodrilo o adorar a una vaca les parecía pasmoso a los griegos. Pero, a fin de cuentas, Zeus, el señor del Olimpo, había tomado una apariencia animal para seducir a Io. Se decidió pues que los dioses griegos y egipcios cohabitaran sin combatirse. En vez de oponerse, estarían yuxtapuestos. Alejandro, por lo demás, había dado el ejemplo: se había proclamado hijo de Zeus y Amón, dios egipcio con cabeza de carnero. Su sucesor, Tolomeo, decretó hábilmente otros matrimonios, como el de Dioniso y Osiris, dioses masculinos refundidos en una sublime diosa: Serapis.

El rey no impuso a nadie este nuevo culto, pero muchos individuos halagadores y ambiciosos lo adoptaron con fervor. Entre ellos, el fundador del Museo, Demetrio. Se convirtió de inmediato y ofició en las ceremonias.

Cierto día, el rey deambulaba por los corredores de la Biblioteca. En ausencia de Demetrio, iba acompañado por Aristeo, un oficial judío encargado de la vigilancia del edificio. Como de costumbre, Tolomeo preguntó el número de libros que se habían adquirido.

—Oh rey, casi cien mil. Pero hay libros sagrados que no poseemos, que hablan de un Dios único y universal, en Jerusalén y en Judea.

Tolomeo ordenó de inmediato que aquella Torá fuese traducida al griego, como todos los demás libros, por los mejores doctores y rabinos.

Ahora bien, Demetrio no lo tuvo en cuenta. Por primera vez, no cumplió la misión que le había confiado el rey: reunir, traducir y analizar todos los libros del mundo, porque temía que la difusión de esta religión monoteísta resquebrajara seriamente el culto oficial de Serapis, en uno de cuyos sumos sacerdotes se había convertido. Sabía también que el populacho egipcio odiaba a los judíos, muy numerosos en Alejandría, con un viejo rencor que databa sin duda del Éxodo. Le parecía pues inútil provocar, por un favor demasiado evidente hecho a la religión judía, uno de esos motines que sacudían periódicamente los arrabales y las campiñas.

Pero, sobre todo, el dueño del Museo no podía confesar la verdadera razón de su desobediencia: a pesar del juramento que había hecho al huir de Grecia, la tentación de la política había vuelto a apoderarse de él. En vez de consagrar toda su vida a su misión, empezó otra vez a intrigar, entrometiéndose especialmente en la sucesión de un Tolomeo que envejecía.

La primera esposa de éste era Eurídice, hija de un general que guerreó a las órdenes de Alejandro y que se había convertido en regente, en Macedonia, de los tarados retoños

del Conquistador. Del matrimonio de Eurídice y Tolomeo habían nacido cuatro hijos, pero eso no impidió que yerno y suegro batallaran entre sí hasta la muerte de este último. Cuando Tolomeo conquistó Cirenaica, para sellar la unión de Egipto con esta nación se casó con Berenice, hija de un señor del lugar.

Berenice adquirió muy pronto gran influencia en Alejandría, mientras que Eurídice, mujer apagada, se vio reducida poco a poco a un papel secundario. Tenía, claro está, sus partidarios, y Demetrio era uno de ellos. Sin embargo, Berenice dio a luz a un varón al que el rey llamó Tolomeo, designando así, de un modo evidente, a su sucesor.

Demetrio intentó disuadir de ello al rey y demostró su preferencia por el mayor de los hijos de Eurídice; en su arrogancia de griego, no podía imaginar que algún día reinara en Alejandría un bárbaro, un advenedizo de piel oscura. Tolomeo reaccionó con excesiva sequedad y ordenó a su viejo amigo que se ocupara solamente de sus papiros. Desde entonces, el bibliotecario comenzó a esperar la muerte del rey a fin de convertirse él mismo en regente, eliminar a Berenice y a su hijo, y luego poner en el trono al primogénito de la primera reina, un verdadero griego. Entretanto, rechazó la proposición de Aristeo, creyendo, con razón o sin ella, que Berenice profesaba la religión del Libro.

Aristeo pertenecía al círculo íntimo de la segunda reina. Había llegado con ella de Cirenaica, como el poeta Calímaco, y era uno de esos judíos exiliados, profundamente impregnados de cultura helena, detestados por los doctores fariseos de Jerusalén y a quienes sermonearon a veces, con cierta injusticia, algunos de nuestros profetas. Sin embargo, no renegaba de su religión y no era de aquéllos que se ponían un falso prepucio cuando iban a las termas. Muy al contrario, deseaba con todas sus fuerzas propagar la palabra divina entre los gentiles. En el fondo, era un poco como tú, Amr.

La injusta negativa de Demetrio enfureció a Aristeo. Él, que odiaba las intrigas de palacio, corrió a ver a Berenice y se quejó. Ésta, a su vez, habló de ello al rey, que reprendió largamente a su bibliotecario. Eso señaló el final de la amistad entre los dos camaradas de juventud. El antiguo consejero cayó en desgracia y fue recluido para siempre en la Biblioteca. Se había convertido en prisionero de su obra. Por su lado, el rey, para dejar bien clara su decisión, asoció a su trono al hijo que había tenido con Berenice. En adelante, iba al Museo acompañado del muchacho. Demetrio había perdido.

Aristeo se convirtió en un personaje poderoso en el seno de la Biblioteca. El joven oficial nada tenía de soldado: no había guerreado jamás. Había vivido la mayor parte de su juventud en la corte de Berenice, cuando ella era sólo una princesa de Cirene rodeada de poetas y literatos. Los conocimientos de Aristeo en el campo de la fabricación de papiro y de tinta lo convirtieron, con toda naturalidad, en el maestro de los copistas. Pero esta función, al principio, fue puramente honorífica. Tenía que consagrarse por entero a dar entrada a la Biblia en el Museo y a hacerla traducir.

No era cosa baladí. Ciertamente, no tenía ya oposición por parte de Alejandría. Muy al contrario, el rey le pedía que apresurara las cosas porque deseaba conocer la Ley mosaica antes de morir. De hecho, a Aristeo no le costó mucho encontrar los rollos sagrados: donó los suyos propios al Museo. Ya sólo le quedaba encontrar traductores. Y eso era lo más difícil.

La vieja colonia judía de Egipto había ido a instalarse en Alejandría en cuanto se fundó la ciudad, en un barrio contiguo al de los palacios. Nada o casi nada les distinguía de los griegos. Por consiguiente, no había que buscar allí a los escribas traductores. Tampoco entre aquéllos que habían sido capturados como esclavos durante las guerras libradas por

Alejandro y Tolomeo en Palestina, y que eran sobre todo antiguos soldados que con sus familias formaban parte del botín.

Era preciso ir a Jerusalén para encontrar allí escribas y doctores que aceptaran desplazarse hasta Alejandría y poner manos a la obra. Desde hacía casi cuarenta años — los que Palestina llevaba en manos de los griegos—, eran numerosos los judíos que se dejaban tentar por las novedades aportadas por el ocupante. Descubrían a los filósofos y los poetas, iban a las termas y al estadio, viajaban a Atenas y contraían bodas con los invasores. Los sacerdotes y los doctores fariseos lanzaban vituperios al ver cómo sus fieles se apartaban de ellos, atraídos por lo que denunciaban como un segundo becerro de oro. Así ocurre en todas las religiones del mundo. Quienes las dirigen detestan todo lo que viene de fuera, sobre todo si es bueno y hermoso, ya que otra verdad debilita su poder temporal, aunque no contradiga la suya. ¿No es cierto, Amr? Pero perdona mi tendencia a preguntar demasiado y volvamos a Aristeo. Seguro de ser rechazado si se presentaba en Jerusalén con las manos vacías, fue a ver al rey antes de partir y le pidió que prometiera liberar a todos los judíos reducidos a la esclavitud a cambio de que algunos doctores hebreos aceptaran venir a trabajar en el Museo. Tolomeo se lo prometió. Al contrario que su lejano predecesor el faraón, había comprobado que el pueblo de Moisés era mucho más útil para el país estando libre que aherrojado.

Armado de esta promesa, Aristeo zarpó hacia Jerusalén. Sólo había visto la ciudad en los tiempos de su infancia. Como el buen alejandrino en el que se había convertido, le decepcionó un poco que fuese tan pequeña. El Templo y la colina de Sión habrían cabido por entero en la isla de Faros.

Al revés de lo que esperaba, el Sanedrín —el Consejo de sacerdotes judíos— accedió sin dificultad a la petición de Tolomeo. Los setenta y un miembros de este tribunal religioso, al igual que su sumo sacerdote, habrían partido de buena gana, pero la mayoría de ellos no entendía el griego. Designaron, pues, cuidadosamente a quienes iban a enviar: doce grupos de seis ancianos cada uno, para representar a las doce tribus de Israel. La tradición les llamó más tarde «Los Setenta», error de cálculo del que sin duda fue responsable un copista perezoso. No creo, por otra parte, que sea necesario imaginar a esos setenta y dos hombres como una temblequeante pandilla de vejestorios canosos. «Anciano» significa exactamente «jefe de familia» o «jefe de clan». No es una cuestión de edad. Aquellos hombres, que eran muy sabios, conocían perfectamente el griego; debían pues estar abiertos al mundo de los gentiles y tomarse ciertas libertades con la tradición. Y, además, para llevar a cabo tan largo viaje y tan pesada tarea sólo veo a hombres en plena madurez.

La crónica cuenta que, en cuanto llegaron, Tolomeo les recibió en la gran sala de audiencias de su palacio. Cuenta también que, durante los siete días que duró el banquete, el rey les interrogó sobre todas las cosas de la naturaleza, del cielo, del hombre, de la mujer, del buen gobierno, y que los setenta y dos rabinos supieron responderle perfectamente y convencerle de la omnisciencia de la Torá.

Sin duda habrás comprendido que la crónica de la que te hablo fue escrita por un judío. Este tipo de literatura apologética no es propia de mi religión. Puebla los anaqueles, siempre con esa obligada situación del sabio de lengua ágil que conduce al monarca por el camino de la Verdad. Quiero decir: de las innumerables verdades, tan numerosas como los sabios. Y como los monarcas. Si quieres conocer esa crónica, está guardada en un armario que te mostraré. Se titula *La carta de Aristeo*, pero es muy probable que su autor no fuera nuestro oficial. En ese libro, en todo caso, se dice que nunca alguno de los Setenta intentó mostrar al rey la inanidad de la Biblioteca. Ciertamente afirmaban que todo estaba

ya dicho en el Libro — ¿quién no lo habría afirmado?—, pero nunca, Amr, óyelo bien, nunca se habrían permitido decir que en adelante los demás libros serían inútiles. Al final de ese banquete que imitaba el de Platón, los Setenta —y dos, pues yo no soy perezoso— dijeron a Tolomeo que querían poner manos a la obra. Sólo tenían una exigencia: no estar instalados en el Museo, al que consideraban un templo idólatra, sino en setenta y dos celdas aisladas de las que no podrían salir mientras no hubieran acabado su traducción. Durante todo ese tiempo, no se comunicarían entre sí. El rey aceptó de buena gana y le pareció que la isla de Faros, cuya torre no estaba terminada aún, sería el lugar más propicio y más tranquilo, tanto más cuanto que, unida únicamente a la ciudad por un puente, no exigiría demasiados soldados para custodiarla. En aquellos tiempos de guerra, una economía como ésta no era cosa superflua. Ordenó también suspender las obras de la torre hasta que la traducción de la Torá hubiera llegado a su fin. Se construyeron pues en la isla las celdas solicitadas.

Ignoro lo que hicieron nuestros setenta y dos durante esos preparativos. En cualquier caso, Alejandría les ofrecía muchas distracciones, comenzando por aquellos teatros judíos donde se representaba el Pentateuco al modo de Esquilo o de Sófocles. Sin mencionar otras distracciones mucho más terrenales que, sin duda alguna, ellos rechazaron. ¿No eran acaso cabezas de familia?

Llegada la hora, se recluyeron en la isla. Más tarde se les reprochó haber detenido con sus dilaciones los trabajos de la torre y no haber permitido a Tolomeo Soter contemplar su segunda obra, el Faro, la séptima maravilla del mundo, que se terminó después de su fallecimiento. Pero ¿qué no se reprocha a los judíos? Puedo afirmar que esta acusación, entre tantas otras, está hecha con mala fe. Pues los sabios sólo trabajaron dos lunas y media.

En efecto, al cabo de setenta y dos días, los setenta y dos traductores salieron al unísono de sus celdas con el trabajo acabado. Tal vez cada uno de ellos había traducido siete mil doscientos rollos y bebido setecientos frascos de vino de Chipre para lograr sus fines, eso lo ignoro. Hipatia, que conoce las cifras mucho mejor que yo, te lo dirá. Pero la crónica afirma que, cuando se compararon las setenta y dos traducciones, se advirtió con estupor que eran rigurosamente iguales, sin cambiar una coma... ¿No era un milagro?

Donde Amr se reconoce traductor

—Hablas de la Torá en un tono muy desenvuelto —comentó Amr—. Se trata sin embargo de la Ley de los hijos de Israel y de los de Ismael. Es tu ley, Rhazes, y la mía, y también la de los cristianos. Tomarla a broma es un sacrilegio.

—Y tú defiendes este libro con mucho ardor. El mismo ardor, sin duda, con el que lo destruirás.

—Deja de jugar con las palabras. ¿Acaso, para ti, todo es objeto de broma?

—No te fíes de esta máscara de ironía —terció Hipatia—. Una máscara o, más bien, una coraza. El tiempo que Rhazes no consagra a la Biblioteca, lo pasa en los barrios más pobres de la ciudad intentando curar los males de la miseria, sin temor a la epidemia o las agresiones, y ve muchas desgracias: una llaga abierta en el vientre de un niño, cubierta de cientos de moscas, una madre agonizando en el parto, un soldado con el brazo arrancado, acaso por tu sable... ¿Qué valor pueden tener para él nuestros debates ante tantas abominaciones? Su alegría, su aparente ligereza le permiten olvidar, de vez en cuando, la obsesión de tan horrendas imágenes.

—No te necesito, Hipatia, para justificar mi conducta—protestó Rhazes, de cuya faz había desaparecido toda malicia.

—Te ruego que no hables a esta mujer en ese tono —gruñó Amr.

—Creo que la comida está servida —intervino Filopon, que no deseaba que el debate degenerase en pelea de gallos—. ¿Comprendes, Amr, por qué no me canso de oír la historia de los Setenta? Es para mí el encuentro entre la Filosofía y la Revelación. Y toda mi vida ha sido sólo una lucha para lograr esta unión.

—Sin embargo, no veo dónde está el milagro en esas setenta y dos traducciones rigurosamente auténticas —masculló Amr—. ¿Acaso toda palabra hebrea no tiene en griego su equivalente, que significa exactamente lo mismo?

—Cuando te hablé de la asonancia entre «Babel» y el verbo «embrollar» —dijo Rhazes—, no lo hice para hacer un vano alarde de erudición, y menos aún para ironizar. Quería decir que el sentido no lo es todo. De lo contrario, los Setenta habrían elegido escribir «la torre del embrollo», por ejemplo, y eso hubiera sido una traición. Traición que cometió el pseudo-Aristeo en su Carta, cuando tradujo «ancianos» por «viejos», cuando la edad nada tenía que ver en la historia. ¿Qué sientes tú, hombre del ardiente desierto, cuando yo evoco «la nieve»? Sin duda no lo mismo que un hiperbóreo. Si algún día decides hacer traducir tu Corán al griego o al latín, comprobarás que cada palabra es un obstáculo que, a veces, es forzoso rodear. A menos, claro está, que se renueve el milagro de los Setenta para el libro de Mahoma.

—He pensado en ello. Incluso le propuse al califa ocuparme yo mismo de ello, para llevar la palabra divina a los pueblos de los territorios que yo conquistara. Se negó arguyendo que sería un sacrilegio, pues el Señor se dirigió al Profeta en lengua árabe y no en otra alguna.

—¡Un dios que sólo habla una lengua! Extraña manera de concebir su universalidad —bromeó Rhazes.

—¡No importa! —suspiró el general—. Voy a confesarte que empiezo a admirar esta biblioteca y al que la fundó, Tolomeo el Salvador. Y si sólo dependiera de mí, me inclinaría a convertir a Alejandría en el joyel del islam. Pero soy sólo un soldado y tendré que obedecer, sea cual sea la orden que me dé el califa Omar. Ayudadme a convencerle de que es preciso preservar toda esta grandeza pasada. Contadme otras historias profundas como la de la Biblia de los Setenta. Ésta le conmoverá como me ha conmovido a mí.

Ayudadme a probarle que todos estos libros no contradicen al Corán sino que, por el contrario, lo confirman, pues le confieren aún mayor grandeza. Tal vez entonces ceda. Uno de vosotros ha evocado a un muchacho cuyo genio le hacía ser insolente y que contaba las estrellas. ¿Será útil hablarle de él a Omar? ¿No creará el califa que es un discípulo del demonio dispuesto a desafiar a Dios intentando catalogar Su Obra?

—Euclides no contaba las estrellas —corrigió Hipatia con dulzura—. Pero la geometría, de la que fue inventor, lleva forzosamente a la observación de los astros. En el fondo, Amr, eres sin saberlo un discípulo de Euclides. ¿No es cierto que si has podido conducir hasta aquí a tu ejército ha sido porque te has guiado por la ruta del sol, durante el día, y por la posición de las estrellas, durante la noche?

—Mañana me contarás la historia del tal Euclides. Entretanto, retiraos en paz y repasad vuestros argumentos.

De modo que no eres tú el enemigo, Amr, sino tu monarca, pensó aliviada la bella intelectual. Partamos pues del siguiente axioma: todo general vencedor acaba deseando el trono de aquel por quien ha combatido. Ten cuidado, César del desierto. Como Cleopatra, voy a extender ante ti una alfombra de saber. Acabarás deseando Medina, y también el poder de su sumo pontífice, el llamado Omar.

Las insolencias de Euclides

(Primer canto de Hipatia)

Se saben pocas cosas sobre la vida de Euclides. Sin duda fue breve y escasos son aquéllos que presumieron de haberle conocido. Sin embargo, su obra fue prodigiosa y tan considerable que tres armarios no bastan para contenerla. Así, fue un joven como los demás el que se presentó ante el adjunto directo de Demetrio, el gramático Zenodoto de Efeso, primer bibliotecario que llevó oficialmente ese título. En efecto, Demetrio tenía a su cargo todo el Museo, que no sólo contenía la Biblioteca. Alrededor del ágora central, había hecho disponer para los pensionistas un paseo, unos asientos a la sombra de los árboles y un gran comedor circular. Los médicos, bajo la dirección del gran Herófilo, disfrutaban de salas especiales para las disecciones. Había también un zoológico y un jardín botánico, donde se pretendía reunir todos los animales y todas las plantas del mundo, al igual que se quería hacer con los libros.

Por todo equipaje, Euclides transportaba en una bolsa los tres primeros libros de su obra titulada *Elementos*, que trataba de geometría. Como recomendación ante el bibliotecario mencionó a su abuelo Euclides de Megara, que perteneció a la Academia de Platón. Dicha mención era superflua, pues su mera calidad de geómetra habría bastado para abrirle las puertas del Museo. Con el fin de empezar a constituir los fondos de la Biblioteca, Demetrio, naturalmente, había requerido la ayuda de los hombres a quienes conocía, gramáticos, filósofos, poetas, que acababan de salir del Liceo o de la Academia de Atenas. Por su parte, Tolomeo estaba preocupado sobre todo por asentar su dinastía y legitimarla. De modo que instaba a los sabios que empleaba a orientar sus investigaciones hacia la historia, las epopeyas y los mitos fundacionales de los pueblos, las religiones del mundo, Homero, Zoroastro, Gilgamesh o... la Biblia, como te ha dicho Rhazes. ¿Acaso el propio rey no escribía una *Historia de Alejandro*, mientras Demetrio emprendía, con la ayuda de Zenodoto, la redacción de *Sobre la Ilíada*? Por lo que se refiere a Calímaco, el poeta cirenaico, iniciaba una *Adivinación* de la reina Arsinoe de Egipto. Y el discípulo de ese gran poeta, Apolonio de Rodas, acometía una epopeya: *Las Argonáuticas*.

Todos sentían que el Museo no alcanzaría sus fines universales si se limitaba a la poesía, la religión, la filosofía, las lenguas y la literatura. De buena gana habrían escrito en el frontón de la Biblioteca la misma divisa que la de la Academia de Platón: «Nadie entrará aquí si no es geómetra.»

Y como primer geómetra, aquel día Zenodoto sólo tenía ante él a un joven larguirucho y desmañado que le solicitaba nada menos que trabajar allí con el mismo salario, el mismo alojamiento y las mismas ventajas que los doctos pensadores de barba blanca que deambulaban durante horas en torno al peripato. Naturalmente, el bibliotecario explicó a Euclides la necesidad de reunir un comité de los sabios, que primero leerían su obra titulada *Elementos*, después la debatirían y por fin le someterían a él a un examen. No sin desenvoltura, Euclides respondió que aprovecharía ese tiempo para ir a estudiar la estructura de las pirámides.

Los lectores y jueces de la obra que les había entregado antes de remontar el curso del Nilo quedaron estupefactos ante el rigor y la ascesis de trabajo del joven. Esperaban elucubraciones místicas, proféticas y esotéricas sobre las formas y los números, al modo de los pitagóricos que hacían estragos por aquel entonces. En cambio, Euclides lo iba demostrando y desarrollando todo de una manera metódica hasta convertirlo en límpido,

hermoso, armonioso como una música divina. Convocaron pues al joven, que volvía curtido por el sol de Gizeh.

—Puesto que regresas de contemplar esas maravillas del mundo, esas geometrías perfectas que son las pirámides —dijo Tolomeo—, ¿puedes confirmar las palabras de quienes dicen que Pitágoras fue su arquitecto?

—Lo ignoro por completo, rey, y para decirte la verdad, esa cuestión no me preocupa. Allí, sobre el terreno, sólo he podido advertir una cosa: los antiguos faraones recurrieron a admirables géometras para levantar esos monumentos. ¡Ojalá puedas tú hacer lo mismo para alcanzar su gloria!

Ante esa insolente respuesta se alzaron algunos murmullos de reprobación en la asamblea.

—Sabes muy bien, sin embargo, joven —dijo Demetrio—, que Pitágoras escribía que el triángulo es el principio de cualquier generación y de la forma de todas las cosas engendradas. Ahora bien, ¿qué son esas pirámides sino un ensamblaje de triángulos?

—Lo he oído decir, pero ignoraba (a mi edad se ignoran aún muchas cosas) que existiese constancia escrita de su pensamiento. Sé, en cambio, que los triángulos pitagóricos nada tienen que ver con los que componen las cuatro caras de la pirámide. La figura sagrada de los egipcios era un triángulo rectángulo que ellos consideraban perfecto, y por consiguiente sagrado. Era perfecto porque era único. Sus agrimensores habían encontrado un medio muy hábil para obtener el ángulo recto. En un largo cordel, hacían nudos a distancia regular. Con las longitudes Tres, Cuatro y Cinco, formaban el único triángulo rectángulo cuyos lados son una serie aritmética. Los sacerdotes se apoderaron de él y declararon que la línea vertical, la de Tres, era el principio genésico Osiris; la línea de la base, el Cuatro, el principio concebidor Isis; y la hipotenusa, el Cinco, el nacimiento, o sea, Horas. Es posible que Pitágoras, al visitar Egipto, descubriese, gracias a esta figura considerada sagrada, su famoso teorema. No voy a enunciároslo, ya que lo conocéis tanto como yo. (1)

La demostración de Euclides había dejado atónitos a sus jueces, tanto más cuanto que algunos de ellos no lo habían comprendido todo. Demetrio preguntó:

—¿Afirmas pues que no has encontrado en parte alguna de las pirámides ese triángulo sagrado?

—Yo no afirmo nada en absoluto, porque no lo busqué. Soy sólo un mediocre arquitecto, pero me parece que esos monumentos no habrían resistido mucho tiempo la arena del desierto si hubieran sido erigidos de acuerdo con esta figura. Un teólogo o un filósofo podría consagrar a ello sus ratos de ocio. Sin duda hallaría el famoso triángulo a costa de algunas contorsiones...

Y el géometa puntuó sus palabras con una sonrisa maliciosa que molestó a más de uno; luego prosiguió:

—Por mi parte, no me preocupa el simbolismo de los números o las figuras. Que el Cuatro sea el principio femenino o el círculo la representación de la faz de Apolo me parecen vanas proposiciones, puesto que no son demostrables. La belleza y la utilidad de las matemáticas están en otra parte. Que los sacerdotes y los filósofos se diviertan con

ellas es, desde luego, cosa suya. Por mi parte, quiero encontrar la mejor herramienta para los arquitectos, los agrimensores, los mecánicos y los astrónomos.

Algunos miembros del jurado, notorios pitagóricos, comenzaron a gruñir. Euclides advirtió que había ido demasiado lejos y que de ese modo no obtendría su puesto en el Museo. Adoptó un tono más humilde:

—Perdonad el ardor de mi juventud. Este esbozo de los *Elementos* que os he presentado se lo debe todo a los filósofos, sobre todo al mayor de ellos, Aristóteles. Sin su método del silogismo, yo no sería nada, no sabría nada, nada habría descubierto.

—Cuidado, joven —le avisó Demetrio—, te aventuras por un terreno sobre el que tengo ciertos conocimientos. Tendrás que ser convincente. Tomemos el más sencillo y célebre de los silogismos: «Todo hombre es mortal, Sócrates es hombre, por lo tanto Sócrates es mortal.» ¿Qué tiene que ver con eso tu geometría?

—Tiene que ver con la premisa: «Todo hombre es mortal», afirmación indemostrable, salvo que se haga un inventario de todas las generaciones desde la aparición del ser humano, algo que es imposible. Pero aun el más tonto puede ver la evidencia y la realidad. Os propongo a mi vez una premisa, un postulado: «Por un punto situado fuera de una recta se puede trazar sólo una paralela a esta recta.» ¿Estáis de acuerdo? (2)

Euclides lo repitió y los miembros del jurado se sumieron en una intensa reflexión. Algunos se cubrieron el rostro con las manos, otros se golpearon el mentón con el índice, otros trazaron con el dedo invisibles figuras en la mesa. El rey, por su parte, levantó los ojos al cielo y movió los labios sin emitir un solo sonido. Por fin, dijo:

—Tienes razón. Es evidente. Y sin embargo resulta para mí un descubrimiento, una revelación.

—Revelación no, rey, pues has leído ya esta frase al comienzo de mis *Elementos*. Y si no le has prestado atención es porque te parecía muy evidente. Es un poco como si hubieras leído «todo hombre es mortal» en medio de un libro de filosofía. Esa frase se habría deslizado ante tus ojos sin suscitar tu interés, como una frase sin importancia. Lo importante es que Sócrates fue un hombre, y sólo un hombre. Eso es lo esencial.

Y Euclides se lanzó a exponer su teoría. Partiendo de un punto y desplegando las dimensiones, construyó todo un universo de formas perfectas. Se convirtió en constructor de monumentos magníficos, agrimensor de las estrellas. De los números que entonaba se elevó la más armoniosa de las músicas. Ningún dios interfería en su canto. Su himno geométrico estaba dedicado a los hombres, y no al Olimpo.

Tolomeo, hechizado, permaneció largo rato silencioso cuando Euclides hubo acabado su exposición. Por fin, dijo sencillamente:

— ¡Sé bienvenido al Museo!

No sabemos cuántos años permaneció Euclides en Alejandría. Muy pronto, su reputación fue tan grande que sus contemporáneos acudieron de todas partes para asistir a sus cursos, y puede decirse que todos los matemáticos, astrónomos e ingenieros de la época se convirtieron en sus discípulos. Eso no le impidió, muy al contrario, proseguir su obra y acumular descubrimientos. Hizo construir una cúpula por encima del comedor del Museo, con un observatorio en la terraza superior.

Pero Euclides tenía la costumbre de impartir sus lecciones en la playa, al pie de las murallas del barrio de los palacios. Con un bastón grueso, recto y largo, trazaba figuras en la arena ante sus alumnos, que le escuchaban en cuclillas. Manejaba el bastón con tanto virtuosismo que hubiérase dicho que era el propio palo el que con ágiles movimientos iba inventando aquellas rigurosas formas. Cuando uno de sus alumnos, un joven

acomodado, le preguntó para qué podían servir sus lecciones, Euclides se volvió desdeñosamente hacia uno de sus esclavos.

—Dale una moneda —le ordenó—, puesto que quiere ganar algo a cambio de lo que aprende.

El rey asistía de buena gana a esos cursos, sentado con naturalidad entre los oyentes. Aquel día, sin embargo, Tolomeo parecía preocupado. Como un buen alumno, levantó el dedo y dijo:

—Acabo de leer tu quinto libro de los *Elementos*. Sin duda es muy hermoso, pero no he comprendido nada. ¿No existe un camino más corto para definir la noción de relación?

—No hay en las ciencias una vía directa reservada a los reyes —replicó Euclides, que tomó de nuevo su bastón y siguió disertando.

Conozco a muchos monarcas, Amr, e incluso a califas que no habrían podido tolerar semejante insolencia. Monarcas y califas que se negarían a admitir que, ante las ciencias y las leyes de la naturaleza, son iguales a los demás hombres, y a veces incluso más limitados. Entonces, antes que inclinarse ante esa gran verdad, prefieren quemarla. Sin embargo, Tolomeo no era uno de ellos.

Este rey murió poco tiempo después. El hijo que había tenido de Berenice le sucedió con el nombre de Filadelfo, y prosiguió su obra. Demetrio intentó oponerle a su hermano mayor, el retoño de Eurídice, cuyo preceptor había sido. Pero sus intrigas fueron vanas. El fundador del Museo murió a consecuencia de la mordedura de una serpiente. Algunos afirman que el reptil no penetró solo en su alcoba...

Los primeros años de Tolomeo II Filadelfo fueron más bien los del reinado de Euclides, al menos en el Museo. De toda Grecia iban llegando sabios jóvenes y viejos, que se quedaban en Alejandría. Durante siglos, Atenas había sido el centro mundial de las matemáticas y la astronomía, pero perdió esta prerrogativa cuando tantas mentes preclaras se reunieron en Egipto. La luz de su erudición no debía apagarse ya durante mucho tiempo y siguió ardiendo bajo las cenizas, hasta tu llegada, Amr.

Luego, cierto día, Euclides se fue hacia un destino desconocido. Quería proseguir su obra en la soledad, lejos de ese burbujeante caldero en el que se había convertido, gracias a él, el Museo, lleno siempre de grandes controversias y pequeñas envidias, de espléndidos festines del espíritu y la ciencia, pero también de mezquinas conjuras. Creía haber transmitido su saber a bastantes hombres de gran valor. Pero consideraba sobre todo haber alcanzado el objetivo que se había fijado cuando se enfrentó, a su llegada, con aquel venerable jurado de aristotélicos: que la geometría fuera cosa de geómetras; la astronomía, de astrónomos; la mecánica, de ingenieros. Creyó haber conseguido que, en el campo de las ciencias naturales, la observación física prevaleciera siempre sobre la especulación filosófica; y la experiencia sobre la controversia teológica. Dejó una considerable cantidad de sus escritos en la Biblioteca, que no eran todos de pura geometría. Me gustaría que leyeras, Amr, si tienes paciencia para ello, su *Introducción a la astronomía*, es límpida como el agua de una fuente. En otra obra, habla de la óptica; en otra más, de la fabricación de objetos útiles para el trabajo de los hombres. Escribió asimismo una *Introducción armónica*; al leerla, uno tiene la impresión de oír una preciosa música que suena sin ayuda de instrumento alguno.

Euclides desapareció pues de Alejandría, pero antes de marcharse legó su bastón a aquel a quien consideraba el más audaz y el mejor de sus discípulos, un astrónomo que se parecía mucho al joven insolente que se había enfrentado, muchos años atrás, a Demetrio y Tolomeo Soter: un tal Aristarco de Samos.

Donde Amr hace la corte

—Tu voz es tan melodiosa, Hipatia, que me basta para comprender por qué música y geometría son hermanas. Pero no puedo, ay, llevarte hasta Medina para que cantes allí, ante el califa, las bellezas de la ciencia. Omar está convencido de que enseñar a leer a las mujeres es perjudicial para su educación natural; que esa flor de inocencia que caracteriza a una virgen comienza a perder su terciopelo, su frescor, cuando el arte y la ciencia la tocan... Deduce de ello que las mujeres sólo sirven para quedarse en casa, dedicadas a los niños y la cocina. Tu belleza, tu saber, tu libertad serían para él como el peor de los vicios de Lilit.

—Sirves, Amr, a un monarca muy severo —repuso Hipatia, que añadió, no sin coquetería—, y si intentas complacerme alabándome los méritos de tu país y tu religión, no es éste el mejor camino.

—Si lo único que has retenido de la obra de Euclides es la voz de aquélla que te la ha contado, no veo qué argumento podrás sacar de ella para convencer a tu señor —intervino Rhazes con cierto mal humor.

—No soy vuestro abogado —replicó Amr en el mismo tono—. ¿Y desde cuándo los vencidos dan lecciones al vencedor?

—Y yo no soy Bizancio para considerarme vencido por ti —dijo el médico— Tampoco soy soldado: mi oficio es salvar vidas, no suprimirlas.

— ¿Has captado la utilidad de la geometría, Amr? —terció Hipatia.

—Según lo que dices, serviría sobre todo para construir templos idólatras —masculló el general—. Nosotros no necesitamos arquitectos para orar a Dios.

— ¿Has visto, Amr, a lo largo del Nilo —preguntó Filopon—, esos largos artilugios que hacen subir el agua sin esfuerzo hasta los campos, como si tiraran de ella hacia arriba? Arquímedes, el que inventó ese tornillo sin fin, era un discípulo de Euclides. Imaginó también un modo infalible de desenmascarar a los falsarios, gracias a un tratado de Euclides, *De lo ligero y de lo pesado*. Construyó también máquinas de guerra que deberían interesarte, general, y que te harían triunfar infaliblemente sobre tus enemigos. Por lo que se refiere a la inmensa linterna que domina la isla de Faros, no estoy seguro de que hubiera podido conducir a buen puerto a tantos marinos, desde hace tantos siglos, de no ser por otra obra de Euclides, *La óptica*.

—Todo esto es hermoso y bueno —dijo Amr—, pero esos artilugios y esas máquinas tan ingeniosos fueron inventados hace ya mucho tiempo. Ahora sabemos cómo fabricarlos sin recurrir a esos libros antiguos. Y si yo fuera Omar, sé muy bien qué os diría: «Conservemos estos inventos, puesto que Dios ha permitido que existan. Los destinaba sin duda a los verdaderos creyentes. Pero quememos esos libros puesto que también quiso ofrecernos, por la voz de su Profeta, la única palabra que pervive, la suya, en la que están contenidas todas las demás.»

—Y entonces le replicarías —dijo Rhazes— que en esos viles escritos humanos podrá descubrir cómo llevar aún más deprisa y más lejos la palabra de vuestro Dios, ya sea en barcos sólidos, ya sea por caminos más seguros, hasta unos parajes de los que no tiene ni la menor idea, pero de los que hablan estos libros. Nada está concluido, nada está

inmóvil, Amr, y la Historia prosigue su andadura. ¿No es prueba de ello tu presencia entre estos muros?

—Sin duda. Añadiré que con el Corán comienza una nueva era. Una era de pureza y de verdad, libre de supersticiones paganas. ¿No es la peor de ellas, Hipatia, querer leer en las estrellas el porvenir de los hombres?

—Los astrónomos no buscan en los astros conocer su destino ni contemplar la faz de Dios —exclamó la muchacha, no muy convencida de sus propias palabras—. Son sólo agrimensores del cielo, admiradores de la obra divina, pero también geógrafos de las estrellas que, al trazar los mapas de arriba, permiten que los de abajo sean más precisos y más seguros para los viajeros.

—Háblame pues de aquel a quien Euclides confió su bastón. Ese Aristarco de Samos debía de ser el mejor de todos sus alumnos. Lo que descubrió debería bastar para convencerme de que medir el cielo como si fuera un vulgar trigal no constituye un sacrilegio.

Qué tonta soy, pensó Hipatia. ¿Por qué no le habré ocultado la existencia de Aristarco? Y ahora no puedo mentirle. Intentemos pues contarle la historia de otro modo, aunque sin falsear la verdad.

Las estrellas y la arena

(Segundo canto de Hipatia)

Observar el cielo es, aún en nuestros días, un oficio tan peligroso como el del soldado. Más tal vez, pues el astrónomo está solo, sin un ejército que le respalde. Solo ante los príncipes que, no contentos con reinar sobre la tierra, desearían convencer a todos de que su trono les ha sido entregado por los cielos; solo ante los sacerdotes y los oráculos, que temen que la explicación del movimiento de las estrellas o el anuncio de un eclipse desvelen los misterios sobre los que basan su poder; solo ante los terrores y las supersticiones del pueblo, que considerará al astrónomo culpable de los seísmos, inundaciones, hambrunas, sequías, pues se ha atrevido a aventurarse por los dominios de los dioses y los demonios...

Y, sin embargo, el astrónomo sigue explorando el cielo, recorriendo los astros, cabalgando los planetas, contemplando el Sol cara a cara. Allá arriba, olvida la mazmorra o el hacha del verdugo que le amenaza.

Aristarco de Samos era el más imprudente de todos ellos. Emulando a su maestro Euclides, estaba lleno de ardor e insolencia. Cuando lanzaba, ante sus colegas mucho más ponderados y prudentes, una de esas hipótesis revolucionarias tan propias de él, más de uno se estremecía de terror y miraba a su alrededor temiendo que les escuchara un espía de los sacerdotes.

En aquel tiempo,¹ como antaño ocurriera en el ámbito de las matemáticas, Alejandría había destronado a Atenas en el campo de la astronomía. Pues también allí, según había querido Euclides, observar el cielo no era ya cosa de filósofos y poetas, sino de geómetras. Observar, medir, calcular, ésas serían en adelante las palabras clave. Sólo un hecho estaba demostrado: la Tierra era redonda. Por lo demás, se aceptaba lo que era verdad oficial desde Platón y su alumno Eudoxo: esa bola en la que vivimos estaba inmóvil en el centro de todo, y el Universo giraba a su alrededor.

Aristarco quiso poner en tela de juicio este postulado. Creía que podía permitírsele todo: Tolomeo II Filadelfo ocultaba sus despropósitos, y el bastón de Euclides era para el sabio un excelente aval. El palo, levemente tallado ahora e incrustado con hilos de oro, le servía de herramienta de trabajo. Iba a clavarlo en pleno desierto, en distintos lugares según la hora y la estación, a modo de rústico reloj solar, y su sombra, que era también la del gran Euclides, le permitía medir mil y una distancias celestes.

Pero cierto día decidió publicar el conjunto de sus trabajos en un libro titulado: *Las magnitudes y las distancias del Sol y de la Luna*. La obra causó un gran escándalo. El sumo sacerdote de Serapis, el más importante personaje religioso de Alejandría, solicitó al rey una audiencia inmediata. Y éste, ante la gravedad de los hechos, convocó al punto a Aristarco ante un Consejo restringido. El rey, al igual que su padre, había asistido a

¹ Hacia 270 a. C.

ciertos cursos del astrónomo y se había mostrado bastante buen alumno en geometría. Pero cuando Aristarco compareció, Tolomeo dio la palabra a la acusación.

—He leído tu escrito —dijo el sumo sacerdote en tono insidioso—. No soy un especialista en este tipo de cosas y tal vez lo he comprendido mal. Sí, he debido de entenderlo mal. Un hombre tan sabio como tú...

—No he hecho más que calcular la distancia que separa el Sol de la Tierra, basándome en el poder del razonamiento geométrico, que...

—Sin duda, sin duda —interrumpió el sacerdote—. Pero esta distancia me parece inmensa.

—Entre dieciocho y veinte veces la que nos separa de la Luna.(3) Mi método, lamentablemente, no me permite aportar más...

—Entonces, si el Sol está tan lejos como dices, o como yo he creído comprender —le interrumpió de nuevo el sacerdote, molesto por las precisiones del astrónomo—, es mucho mayor de lo que parece.

—Lo has comprendido perfectamente. Temía no haber sido lo bastante claro para lograr esta hazaña.

El sumo sacerdote no captó el sarcasmo, pues estaba obnubilado por su cólera, que iba creciendo.

—Si he de creerte, el Sol es incluso mucho mayor que la Tierra. Decenas de veces mayor —remachó.

—Estás tan dotado para la astronomía como para la adivinación. Habría que unir siete tierras, una tras otra, para igualar el diámetro del Sol. O, si lo prefieres —añadió Aristarco no sin malicia—, el volumen de esta esfera radiante es trescientas cincuenta veces mayor que el de nuestro modesto habitáculo. (4)

—Rey, te pongo por testigo, este hombre es de un orgullo insensato y, con sus falaces razonamientos, juega con el dios Helios, dispensador de la luz, y con la diosa Hestia, nuestra sagrada Tierra, como si fueran vulgares canicas.

Tolomeo Filadelfo intentó contemporizar.

—Juzguemos primero antes de condenar. Veamos, Aristarco, ¿no había escalonado Pitágoras las altitudes de los astros según los intervalos musicales? ¿Y el gran Eudoxo, geómetra como tú, no había fijado definitivamente las dimensiones del mundo? ¿Con qué argumentos te atreves a contradecir a esos maestros?

—Con los mismos que condujeron a mi maestro Euclides a demostrar que el mundo se sometía a su geometría. Un maestro que confiaba en la razón humana, y al que tu padre Soter, permíteme que te lo recuerde, admiraba más que a cualquier otro sabio.

—¿Afirmas, pues, que unos simples puntos, líneas o triángulos determinan la magnitud del Universo? Vamos, explícate. Sabes que he seguido el ejemplo de mi padre y no he desdeñado asistir a algunas de tus demostraciones.

—Oh rey, puesto que me haces el honor de intentar comprender, ¿me permites que te interrogué a mi vez, para conducirte por el camino de la verdad?

Tolomeo asintió con la cabeza, dispuesto a aceptar el desafío intelectual.

—A veces vienes a contemplar los astros en la terraza del observatorio —prosiguió Aristarco—. Sin duda has advertido que, una vez al mes, la Luna, durante su ciclo,

presenta su disco rigurosamente dividido en dos partes iguales, una iluminada y la otra situada en la sombra...

—Es cierto, cuando la Luna está en su primer cuarto.

—Pues bien, traza con el pensamiento un vasto triángulo que tenga como vértices la Tierra, el Sol y la Luna en su cuarto creciente, y considera sus ángulos.

Creyéndose de nuevo en el aula, Aristarco se volvió hacia el sumo sacerdote con una sonrisa irónica.

—Podéis hacer lo mismo —le aconsejó—, y si la operación os parece difícil, dibujad la figura en un papiro para mejor percibir la verdad...

Un murmullo de reprobación se levantó entre los jueces. Aristarco no se preocupó y, dirigiéndose de nuevo al rey, prosiguió en tono doctoral:

—¿Qué puedes decir del ángulo formado por la línea recta que une la Tierra a la Luna y la que une la Luna al Sol?

—Hum... Es un ángulo rigurosamente recto —aventuró Tolomeo tras cierta vacilación.

—¡Rindo homenaje a tu perspicacia, soberano! Pues bien, admite que si el Sol no está a una distancia infinita (puesto que pretendo medir su alejamiento), el ángulo formado por las líneas que unen el Sol a la Tierra, y el Sol a la Luna, no es nulo...

—Sí, pero ¿cómo harás para medir este ángulo? —intervino el sumo sacerdote con una risa sarcástica—. ¿Tal vez irás personalmente al Sol?

—Ahí Euclides responde de nuevo por mí. El ángulo es sólo el complementario al que forman las líneas de la Luna y del Sol vistas desde la Tierra. Y he dicho, en efecto: vistas desde la Tierra. El ángulo puede, pues, medirse.

—¿Y entonces?

—Entonces, ese ángulo, por simple resolución del triángulo recto formado por la Tierra, el Sol y la Luna en su primer cuarto, ese magnífico ángulo, decía, da la relación entre las distancias de la Tierra al Sol y de la Tierra a la Luna.(5)

—Astuto, en efecto —dijo el rey que levantó la mano para dar la orden de callarse al sumo sacerdote, que estaba a punto de atragantarse de rabia, pues no había entendido nada ni había podido seguir el proceso de la operación geométrica.

—De ese modo —concluyó Aristarco—, no te sorprenda en absoluto, rey, que seas capaz de demostrar, a costa de un modesto esfuerzo de pensamiento y de la universal geometría de Euclides, que ese disco que nos parece fuera de nuestro alcance y abrasa nuestras miradas, se halla a una distancia finita, y que puedas relacionar esa distancia con la Luna, el astro que ilumina nuestros sueños.

La explicación de Aristarco hubiera debido terminar ahí, con el evidente triunfo del sabio. Pero ya ves, Amr, aquéllos que mediante la ciencia alcanzan la cima del mundo, que mediante la inteligencia escrutan las profundidades de los cielos, éstos, de tanto echar la cabeza hacia atrás para ver la cúpula del firmamento, viven en su vértigo. Y muy a menudo caen en el precipicio. Aristarco de Samos era de esta raza. Por ello no pudo evitar proseguir, en un tono falsamente despreocupado:

—Puesto que me hacéis el honor de aceptar mi razonamiento, aceptaréis también su forzosa consecuencia. A decir verdad, mi tratado sobre *Las magnitudes y las distancias* era sólo una modesta introducción a la obra que acabo de terminar, *La hipótesis*.

—¡Ah! ¿Y qué otra herejía profieres en tu «hipótesis»? —preguntó el sumo sacerdote con no disimulada alegría, esperando que esta vez el astrónomo se metería en un callejón sin salida.

—Deduzco primero que el universo tiene unas dimensiones mucho mayores que las que acabamos de mencionar. Al igual que la Tierra desempeña el papel de un punto con

respecto a la esfera del Sol, el Sol desempeña también el papel de un punto con respecto a la esfera de las estrellas fijas. Y puesto que el Sol y el cielo de las estrellas fijas están tan lejanos, es irracional pensar que unos cuerpos tan grandes puedan girar en bloque, y en un solo día, alrededor de una Tierra tan pequeña.

—¡Qué absurdo! ¡Nuestros ojos nos muestran que es la gran bóveda del cielo la que gira! ¡Se trata de una evidencia!

—Sumo sacerdote, si quisieras dar una vuelta completa sobre ti mismo, verías desfilar ante tus ojos las antorchas que adornan los muros de esta sala circular. ¿Acaso no te daría entonces la impresión de que es la sala la que gira mientras que tú permaneces inmóvil?

Estupefacta, la asamblea de los jueces guardó silencio durante unos segundos.

—Afirmo pues que las estrellas fijas y el Sol permanecen inmóviles —prosiguió Aristarco remachando sus palabras—. Afirmo que la Tierra gira alrededor del Sol trazando una circunferencia. Afirmo que el Sol ocupa el centro de esta trayectoria y que el ámbito de las estrellas fijas se extiende alrededor del mismo centro que el Sol.

Hubo otro silencio de estupefacción, que quebró el angustiado grito del sumo sacerdote:

—¡Pero si es así, la Tierra no es ya el centro del Universo!

—No lo es, puesto que nunca lo ha sido.

—Y la bóveda celeste no gira ya armoniosamente sobre nuestras cabezas, porque según tu insensata pretensión somos nosotros los que giramos alrededor del Sol.

—Como la luciérnaga alrededor de la linterna del mundo —asintió Aristarco, imperturbable.

— ¡Como la luciérnaga! ¡Miserable! ¿Te crees pues un dios para permitirte, con un golpe de bastón y algunas cifras puestas en un papiro, destruir el orden del mundo, insultar la memoria de todos los sabios que ha habido desde la noche de los tiempos? Rey, este hombre ha ido demasiado lejos. Acaba de escupir a la santa faz de la divinidad. ¡Al verdugo, Aristarco!

Tolomeo frunció el ceño.

—En efecto, vas demasiado lejos, astrónomo. Abandonas el seguro sendero de la geometría para poner en cuestión el reconocido orden del mundo. Te ordeno que te expliques en un proceso público.

El sumo sacerdote se prosternó ante el rey y suplicó:

—¡Por favor, divino monarca! Un proceso público sería la peor de las cosas y provocaría catástrofes inimaginables. Gracias a vuestro padre el gran Soter, las naciones sobre las que reináis se contentan todas ellas con el culto a Serapis. ¿Qué dirán los griegos cuando oigan decir que el Olimpo ya no es más que un montículo y que sólo Apolo reina como dueño del Universo? Me parece oír discutir interminablemente a los judíos sobre su Josué, que detuvo el curso del Sol, y sobre los siete días que su dios tardó en crear el mundo. Por naturaleza son tan proclives a la recriminación como a la conjura. Pero, sobre todo, señor, temed al populacho egipcio. Si los agitadores les hacen creer que el antiguo Ra llamea de nuevo sobre las tumbas de los faraones muertos, estallarán los motines. Pondrán en tela de juicio vuestra esencia divina; vuestro trono temblará; el templo de la diosa, el Serapión, será abandonado. Y todo por culpa de ese demente que habla de la Tierra como de una luciérnaga y del Sol como de una linterna. Demente... o traidor a su dios.

Este ultraje indignó a Aristarco de Samos. Su fortaleza física se había desarrollado durante sus largas marchas por el desierto, sus subidas a lo alto de las pirámides que le

servían de observatorio y la práctica cotidiana de la gimnasia. Blandió el bastón de Euclides y se dirigió, amenazador, hacia el sacerdote. Los guardias le contuvieron a duras penas.

El mago de Serapis le lanzó con odio:

—Serás más útil a la ciencia cuando tu miserable esqueleto esté disecado en la mesa del maestro Herófilo.

El rey impuso silencio y decidió que se celebraría el proceso, aunque a puerta cerrada. Preguntó al astrónomo a quién elegía como defensor.

—A Arquímedes de Siracusa —respondió Aristarco—. Él sabrá convencerlos.

La elección del genial inventor del tornillo sin fin como abogado fue un gesto muy hábil, pues hacía mucho tiempo que Tolomeo Filadelfo intentaba atraer a Arquímedes a Alejandría. Éste se negaba siempre pese a las más que favorables proposiciones que el Museo le hacía. Ciertamente que antaño había estado allí, pero sólo para seguir unos cursos y consultar las obras de Euclides, de quien era el evidente sucesor. Luego había regresado a Siracusa, y a partir de entonces no se movió de esta ciudad, limitándose a mantener una asidua correspondencia con sus colegas del Museo. Sus informaciones deslumbraban a los geómetras, matemáticos y astrónomos. Había inventado numerosas figuras nuevas, como los esferoides y los conoides rectos, estudiado provechosamente las leyes de los fluidos, de los cuerpos flotantes, de la palanca y muchas otras cosas que resultaría demasiado largo explicar.

Aunque Tolomeo Filadelfo se sentía, como todos los demás, impresionado por los descubrimientos del sabio siciliano, comenzaba a impacientarse. De modo que le escribió personalmente para suplicarle que si no acudía personalmente a Alejandría al menos le comunicara sus numerosos inventos de ingeniería. Arquímedes sólo accedió a revelarles dos de ellos: el mejor modo de confundir a un orfebre tramposo o a un falsificador sumergiendo los objetos preciosos en cierto líquido, y ese tornillo sin fin que sigue irrigando hoy día, Amr, los campos que has conquistado. Pero no dijo palabra sobre máquinas de guerra.

Con su espíritu lleno de fantasía, Arquímedes esquivaba las indagaciones enviando falsos teoremas a sus colegas alejandrinos o proponiéndoles problemas casi imposibles de resolver, como el de esos «bueyes del Sol» cuya solución estriba en una cifra tan enorme que resulta inaccesible. (6) Pues las matemáticas, Amr, son también fuente de risa, de juego y de música. ¿Acaso no se divierte la Luna, algunas noches, ocultando con su maliciosa sonrisa las estrellas a los astrónomos?

Aristarco tenía otra buena razón para tomar como defensor al sabio siciliano. Le sabía muy al tanto de las sutilezas de la política y del arte de complacer a los príncipes.

Nacido en una de las más antiguas familias de Sicilia, Arquímedes era también el primo del señor de la colonia, el tirano ilustrado Hierón, que le había nombrado su ingeniero en jefe. Su isla natal era la más antigua y floreciente de las colonias griegas de poniente. Como Alejandro no la había conquistado, Sicilia no tomó parte en los conflictos de sucesión que siguieron a la muerte del Conquistador. En aquel tiempo, empero, su capital, la fuerte Siracusa, era la presa que ambicionaban dos nuevas potencias rivales al oeste del Mediterráneo, Roma y Cartago. El sabio, apasionadamente enamorado de su país, se consagró en cuerpo y alma a la defensa de su ciudad amenazada por la guerra, dirigiendo los trabajos portuarios, navales y militares. Inventó así esas máquinas de destrucción que, hace un rato, te han hecho brillar los ojos, valeroso general. Absorto en

esa tarea, olvidaba sus obras teóricas, con gran desesperación de sus colegas alejandrinos que le suplicaban que se dedicara otra vez a ellas.

Por consiguiente, cuando Aristarco le pidió que fuera a defenderle en su proceso tocante a la astronomía, decidió no complacerle, a pesar de la admiración que sentía por aquel que había sido su profesor muchos años antes. Pero tenía que consultar primero con el tirano Hierón.

—Te ordeno que vayas a Alejandría —le dijo éste—. Desde luego, el proceso no es cosa mía y actuarás en ese campo como te parezca. Pero te confío otra misión, la de embajador. En el conflicto que se avecina, carecemos lamentablemente de aliados. Recuérdale al rey Filadelfo que Alejandría es griega, al igual que Siracusa, mientras que romanos y cartagineses son sólo bárbaros. Para mejor convencerle, recurre a la historia de la ciudad púnica. ¿No es, a fin de cuentas, de origen fenicio? Egipto reina en Tiro, por lo tanto tiene también derecho a reivindicar a sus lejanos hijos de Cartago. Y si estos argumentos diplomáticos no bastan, entrégale algunos planos de tus inventos guerreros. Aunque... con prudencia, ya me entiendes.

—Haré como tú dices, Hierón —respondió Arquímedes—. Y me alegra poder, al mismo tiempo, trabajar por mi patria y defender a mi amigo Aristarco, sin temor a ser retenido por la fuerza en Alejandría, ya que estaré protegido por mi condición de embajador.

—¿De qué acusan a tu amigo astrónomo?

El tirano escuchó con mucha atención las explicaciones de Arquímedes, pero a medida que iba captando de qué se trataba, su rostro iba ensombreciéndose. Por fin, dijo en tono seco:

—Háblame con franqueza. ¿Crees tú en esa monstruosidad? ¿Demuestra Aristarco que la Tierra gira alrededor del Sol?

—No ha hecho más que medir la distancia que los separa y sus tamaños respectivos. Por lo demás, se trata sólo de una hipótesis y no de un teorema, ni siquiera de un postulado, puesto que contradice el sentido común, lo directamente observable. Si fuera preciso confiar sólo en lo que el ojo ve, seguiríamos diciendo lo que Tales pensaba en sus inicios, e imaginaríamos la Tierra como un disco flotante, como un pedazo de madera sobre un océano. Pero la audaz hipótesis de Aristarco abre a los sabios y a los filósofos tantas nuevas rutas hacia perspectivas todavía inimaginables...

—A los sabios y a los filósofos tal vez —replicó el tirano—, pero ¿has pensado en el común de los mortales? Cómo reaccionarán los pueblos cuando sepan que dioses y humanos, poderosos y débiles, monarcas y súbditos, dueños y esclavos son sólo un hormiguero embarcado en un frágil esquife remolcado por el inmenso navío solar en el seno de la inmensidad aún mayor del océano celestial? Sería el final del equilibrio del mundo. E imagino muy bien las calamidades que seguirán, paisajes de desolación, motines, regicidios, ateísmo, destrucción de los templos, falta de respeto por la propiedad y otras consecuencias más funestas aún.

—No más funestas —replicó Arquímedes con amargura— que las armas de muerte que tú me obligas a inventar.

—Lo sé, amigo mío, y créeme si te digo que cuando la paz regrese... Entretanto, no olvides que la suerte de Siracusa depende de tu misión diplomática junto a Filadelfo. Y si percibes un solo instante que la defensa de Aristarco puede perjudicar esta misión, deberás elegir entre tu amigo y tu patria. Me ocuparé de que lo hagas.

La amenaza era clara. Arquímedes embarcó lleno de temor en un temible navío de guerra cuyos planos él había dibujado. Apenas llegado a Alejandría, fue conducido ante el

rey. Tras haber leído la larga carta de Hierón, cuyo contenido el sabio ignoraba, Tolomeo dijo simplemente:

—Quédate con nosotros, Arquímedes. Te ofrezco la paz y la serenidad de nuestro Museo para que tu genio se desarrolle tanto como sea posible. Tu lugar no está en medio de las guerras, ni en los laberintos de la política y la diplomacia.

—Pero, rey, ¿acaso me pides que sea desleal? Mi lugar está en mi patria, junto a mi señor y mi pueblo cuando están en peligro.

—Tu señor es la ciencia, tu patria son los miles de libros que contiene la Biblioteca, tu pueblo son los sabios y los eruditos que aquí trabajan. Y el peligro se cierne hoy sobre la cabeza del mejor de todos ellos, Aristarco de Samos.

De hecho, Tolomeo Filadelfo se sentía muy incómodo. Había recibido de su padre Soter el principio absoluto de no intervenir nunca en los debates y las querellas que eran cosa cotidiana en el Museo. Pero, esta vez, el asunto era demasiado grave. *La hipótesis* de Aristarco había dividido el Museo en dos clanes ferozmente opuestos: los filósofos contra los científicos. Para los primeros, apoyados por los sacerdotes de todas las religiones, admitir o incluso tolerar la idea de que una pequeña Tierra girara en torno al Sol no era sino el anuncio de la muerte de los hombres y los dioses, pero sobre todo la destrucción de la Academia de Platón, del Liceo de Aristóteles, del Pórtico de Zenón y del Jardín de Epicuro. Esas cuatro escuelas estaban en Atenas, pues (y mi tío Filopon no va a contradecirme), a pesar de sus esfuerzos, los dos primeros Tolomeos sólo habían conseguido atraer a Alejandría filósofos de segunda clase, aplicados émulos de los difuntos maestros griegos. Conscientes de esa desventaja, los adversarios de Aristarco suplicaron al mayor pensador de la época que cruzara el mar para que representara el papel de acusador en el proceso. Se trataba de Cleantes de Aso, un anciano que cumpliría muy pronto un siglo, sucesor del ilustre Zenón.

A pesar de su edad muy avanzada, Cleantes representaba la más reciente escuela filosófica ateniense, la del Pórtico, el estoicismo. Y no por azar los enemigos de Aristarco habían recurrido a él. En efecto, contrariamente al pensamiento de Platón y Aristóteles — que preconizaban la libre búsqueda y la permanente puesta en cuestión—, para Zenón y luego para Cleantes, la filosofía era como un huevo cuya cáscara era la lógica; la clara, la moral; y la yema, la física. En resumen, un sistema que no podía tocarse sin destruirlo por completo. Se representaban el Universo del mismo modo: único, acabado, asimismo como un huevo, rodeado de un vacío ilimitado, un huevo viviente cuya yema fuera la Tierra. Esta representación, claro está, era una metáfora. La realidad material del mundo no les interesaba.

En el fondo, tu religión, la de Filopon y la de Rhazes hacen hoy lo mismo. Para los cristianos y los judíos, Jerusalén es el centro del mundo; para vosotros, lo es La Meca. Ahora bien, no hay centro en la superficie de una esfera, al menos según los geómetras. La geografía de los sacerdotes no es la de los agrimensores. En ninguna parte de la Biblia y, sin duda, de tu Corán, se habla de la forma física de la Tierra. ¿Redonda? ¿Plana? ¿Ovoide? ¿Piramidal? ¡Qué importa eso a las religiones! Lo mismo les ocurría a los estoicos. En cambio, cuando Aristarco intentaba demostrar que la Tierra giraba alrededor del Sol y, por lo tanto, que no estaba ya en el centro del Universo, entonces esa representación física chocaba de lleno con la representación simbólica del mundo, donde la divinidad está en todas partes y el hombre en el centro de todas partes.

Cleantes, Tolomeo y los sacerdotes, cualquiera que fuese la religión que profesaran, no podían tolerarlo, porque eso hubiera supuesto aceptar su propio fin, o al menos así lo

creían. Durante la entrevista que mantuvo con el rey, Arquímedes intentó demostrarle que física y simbolismo podían cohabitar en paz; citando a Hesíodo, apoyándose en los exegetas de Hornero, explicó que la montaña del Olimpo, tal como se representaba bajo su eterna nube, no era forzosamente el lugar físico donde moraban los dioses.

¡Insigne torpeza la de tratar así a aquel monarca ilustrado, como si fuera un alumno ignorante! Pero nuestro sabio aún cometió otra torpeza: creyó oportuno referirse al difunto Demetrio de Palero. El infeliz Arquímedes, que era un torpe cortesano, había sencillamente olvidado que el fundador del Museo se había opuesto con todas sus fuerzas a la subida al trono de Filadelfo, y que había sido castigado con la muerte.

El rey enrojeció de cólera: que le tomaran por un ignorante, podía pasar; pero que se evocara a su enemigo Demetrio... Arquímedes, lleno de pánico, vio que su misión diplomática iba a fracasar y que su amigo Aristarco sería entregado al verdugo. Pero el rey se calmó por fin y dijo:

—No habrá proceso. El sumo sacerdote y Cleantes están demasiado empecinados en derrotar a Aristarco. Si lo logran éste será condenado a muerte. No podré impedirlo y sobre mí caerá el oprobio de haber asesinado a un hombre de ciencia. El rumor atribuye tantos crímenes a los monarcas... Ve a hablar con ese astrónomo más tozudo que una mula e intenta convencerle de que se retracte. Si lo consigues, la paz volverá al Museo. De lo contrario, lo llevarás discretamente contigo a tu isla. Encargarse de ese viejo extravagante será, para tu señor, el precio de la alianza que me propone.

Y el rey, satisfecho con la jugarreta que le iba a hacer a su colega Hierón, al que despreciaba, despidió a Arquímedes frotándose las manos. El siciliano salió de la audiencia con la cabeza gacha. Se sentía humillado. Aunque como ingeniero jefe de Siracusa había sufrido, en el pasado, mil y un desplantes por parte del tirano Hierón, eso formaba parte de su cargo. Pero esta vez era diferente: Tolomeo Filadelfo, el protector de las artes y las ciencias, le había pedido, nada menos, que traicionara a su país e incitara al sabio más osado que conocía a renegar de toda una vida de trabajo, para complacer la tranquilidad del reino y de sus súbditos.

—Pero, Arquímedes —arguyó Aristarco—, mis cálculos son exactos. ¿Por qué voy a decir que me he equivocado?

Con casi ochenta años, Aristarco, aquel Hércules de la ciencia, nada había perdido de su ardor y su candor. Y Arquímedes, que sólo tenía treinta y tres, se sentía el más viejo y el más prudente de los dos. Empleó toda su energía en explicarle que su retractación sería una pura formalidad que en nada cambiaría el fondo de su tesis, y afirmó que los hombres no estaban aún maduros para aceptar semejante noticia, pero sus razonamientos no hicieron mella en el sabio. Aristarco sólo comprendía una cosa: estaba seguro de su teoría. Cualquier otra contingencia, su propia vida, no contaba ante su descubrimiento.

Sin embargo, el viejo astrónomo aceptó el exilio. Estaba harto, dijo, de esos «sacerdotes rebuznadores», «de esos estoicos mugrientos», y —perdonadme, tío, pero el hombre conservaba su vigor juvenil—, «de esos gramáticos de verga floja». Algo avergonzado por el papel que desempeñaba, pero aliviado y feliz de que su viejo maestro le siguiese a Siracusa, Arquímedes fue a dar cuenta al rey de ese satisfactorio desenlace. A cambio de ello, Tolomeo aseguró al embajador siciliano que nada destruiría su alianza con Siracusa.

Al día siguiente, en la cubierta de la embarcación que iba a llevarle de vuelta a casa, Arquímedes aguardó en vano a Aristarco. Finalmente, un joven esclavo le entregó un paquete: era un largo y pesado bastón en el que se habían grabado, con cifras de oro, unas ecuaciones. El regalo estaba acompañado por un breve mensaje firmado por el

astrónomo: «Que el bastón de Euclides te enseñe a mantenerte erguido ante los príncipes y los poderosos.»

Nadie supo nunca dónde se había ocultado Aristarco de Samos. Algunos pretenden que se refugió en pleno desierto egipcio, bajo el ardiente sol de la aldea de Siene.¹ Su manuscrito de *La hipótesis* nunca fue copiado, pero la Biblioteca conserva como un bienpreciado el original, único ejemplar de este libro osado, considerado impío. Tolomeo Filadelfo, Cleantes y Calímaco murieron poco tiempo después. Lo primero que hizo Tolomeo III Evergetes fue llamar a Arquímedes para que ejerciera las funciones de preceptor de su hijo y bibliotecario. Éste se negó, pero recomendó para sustituirlo a Eratóstenes de Cirene, filósofo, poeta, historiador, astrónomo, músico y, sobre todo, inventor de la geografía. La elección era buena.

El nuevo bibliotecario mantuvo durante largos años una asidua correspondencia con el sabio de Siracusa. Cierta día, recibió un compendio titulado *El método*, donde Arquímedes le revelaba el secreto de sus descubrimientos. Acompañaba esta suerte de testamento un viejo bastón con incrustaciones de oro. El bastón de Euclides no podía caer en mejores manos que las de aquel hombre cuyo nombre significaba, literalmente, «la fuerza del amor».

Algún tiempo después, Eratóstenes supo cómo había muerto su amigo siciliano. Desde su regreso a Egipto, el sabio se había distanciado poco a poco de los asuntos políticos. Lleno de remordimientos por haberle fallado a Aristarco, no quiso acceder a las insistentes peticiones del señor de Siracusa que le apremiaba a abandonar las investigaciones puramente intelectuales para dedicarse a temas más materiales y a inventar cosas que tuvieran alguna utilidad. Utilidad bélica, claro está. Pero tanto las amenazas como las súplicas fueron inútiles.

Arquímedes hizo primero construir un planetario, maravilloso mecanismo que reproducía con exactitud los movimientos celestes según la hipótesis de Aristarco. Luego se le metió en la cabeza inventar un gran sistema de numeración que pudiera representar magnitudes tan ingentes que comparada con ellas la miríada fuera sólo un punto. Y él, que solía trazar sus demostraciones en la arena de las playas, eligió el grano de arena como elemento de su última demostración. ¿Cuántos granos hay en un puñado de arena? ¿Y en la playa de Siracusa? ¿Y en todas las playas, y en todos los desiertos del mundo? Nadie imaginaba que se pusiera a dar una medida a semejante desmesura. Sin embargo, en su tratado *El arenario*, su obra maestra, Arquímedes demostró que incluso la arena podía representarse con un número. Se comprometió a contar los granos de arena que llenaran el cosmos. Para obtener la mayor cantidad posible, atribuyó al cosmos las enloquecidas dimensiones que le prestaba la hipótesis de Aristarco. Y, por lo que se refiere al considerable número que obtuvo, demostró que sólo era, a pesar de todo, un punto comparado con números todavía mayores, números que sólo un espíritu singular como el suyo era capaz de concebir.

En el plano político, la embajada de Alejandría había sido un fracaso, pues, a pesar de sus vagas promesas, Filadelfo y luego Evergetes, como dignos émulos de Alejandro, se desinteresaron de todo lo que ocurría en el oeste del Mediterráneo. Solo y atrapado entre Roma y Cartago, Hierón tuvo que elegir. Lamentablemente, eligió Cartago. Durante

¹ Actual Asuán.

tres años, Siracusa fue sitiada por los romanos. Y, a pesar de las máquinas de guerra inventadas por Arquímedes, el enemigo consiguió invadir la ciudad.

El decurión Bruto fue el primero que penetró en la población en llamas. Embriagado de sangre y del vino peleón que había bebido para darse valor, el soldado romano recorría las calles de la ciudad blandiendo su espada enrojecida en busca de nuevas víctimas. Pero los sitiados supervivientes se habían refugiado todos en el palacio donde Hierón aguardaba la llegada del general Marcelo para entregarle las llaves de la ciudad, confiando en su clemencia. A través de una poterna de la muralla, Bruto vio a un anciano que, sentado en una pequeña playa, trazaba misteriosos dibujos en la arena. ¡Lamentable presa para un guerrero! Algo serenado por el viento del mar, el soldado se dijo no obstante que aquel griego podía resultar un buen esclavo, tal vez un preceptor para los hijos que pensaba tener, cuando, enriquecido por el botín, regresara a Roma y fundara una familia. Se acercó.

—Levántate y sígueme, buen hombre —dijo en tono arrogante.

Arquímedes ni siquiera levantó la cabeza cuando respondió:

—Un momento, por favor. Creo que por fin lo he encontrado.

Loco de rabia ante la desobediencia del viejo, el decurión clavó su espada en la espalda de Arquímedes. El chorro de sangre que brotó de la herida inundó la arena, borrando las figuras y las cifras en ella inscritas. Tal vez fuesen la respuesta a la hipótesis de Aristarco de Samos.

Donde Amr se ejercita en la ironía

—Ese decurión era un imbécil —exclamó Amr—. Pero no peor que su general. En su lugar, yo habría dado a mis hombres la orden tajante de respetar a un inventor tan valioso como Arquímedes.

—Eso era lo que el general Marcelo había exigido —respondió Hipatia—. Y Bruto pagó su crimen con la vida.

—Ese Marcelo tenía razón. Lo peor, en un ejército, no es matar a un anciano, por muy sabio que sea, sino desobedecer a los jefes.

—No siempre, Amr, no siempre —replicó Filopon—. Pues tú, general, si por desgracia llegaras a destruir esta Biblioteca por orden de tu señor, asesinarías a mil Arquímedes de un solo golpe.

—¡Bah! —replicó el general, algo molesto—, la pérdida de ese sabio no impidió a Roma conquistar el mundo. Al igual que las extravagancias de vuestro Aristarco. ¿Qué valor tienen sus brillantes razonamientos capaces, según él, de medir las distancias de la Luna y el Sol? ¿Quién os asegura que la geometría de Euclides, la que sirve para los triángulos trazados por la mano del hombre sobre el papiro o la arena, sigue valiendo para los triángulos trazados por Dios en el gran espacio lejano, esos triángulos gigantescos que los astrónomos se esfuerzan en vano en construir en el pensamiento?

—Te concedo esa duda, Amr, y no es imposible que un día los sabios pongan en tela de juicio esta evidencia (7) —respondió Hipatia bastante sorprendida por la observación del general—. Sin embargo...

—En cuanto a sus impías elucubraciones sobre el Sol inmóvil en el centro del Universo —Amr, irritado, interrumpió a la muchacha—, no impidieron que la palabra divina derramase su luz sobre los hombres. El Universo tiene un solo centro y es Dios. Así lo dijo el Profeta: «Dios elevó los cielos sin columnas visibles, Él sometió el Sol y la Luna. Él imprime el movimiento y el orden a todo; hace ver claramente sus maravillas.»

—¿Y por qué va a ser una impiedad el heliocentrismo? —se indignó Hipatia—. ¿Hay en los libros santos algo que diga que la Tierra no gira alrededor del Sol, ni lo contrario, ni alrededor de la Luna o qué sé yo? Deja pues a la ciencia lo que es de la ciencia y a Dios lo que es de Dios.

—¡Mujer! Si el Todopoderoso no ha considerado útil hablarnos de ello por la voz de sus profetas, sus razones tendrá. Y es ofenderle intentar desvelar Sus misterios...

—¡Ah, estaba esperando los famosos misterios! —repuso Hipatia—. Esos misterios en cuyo nombre los obispos hicieron matar a tanta gente cuyo único crimen era querer aportar algo de verdad a la humanidad.

—Hipatia, te ruego que mantengas la calma —intervino Rhazes, no descontento, en el fondo, de esta discusión entre la muchacha y el general—. Por lo demás, las teorías de Aristarco fueron abandonadas después de su muerte. Ya nadie quiso intentar demostrar que la Tierra giraba alrededor del Sol, que esa «linterna» era el centro de todos los movimientos. Pensándolo bien, de ser así —añadió sin que se supiera si bromeaba o no—, ¿cómo Josué, en Jericó, habría podido detener el Sol en su curso? ¡Ah, sí, qué ligero fue Aristarco imaginando semejante cosa! ¿Había pensado, al elaborar su teoría, en los infelices gramáticos y filólogos que tendrían que pasar noches en blanco y poner en peligro su salud buscando nuevos sintagmas que sustituyeran, por ejemplo, «el Sol se levanta, el

Sol se pone», por «cada mañana, la Tierra se levanta o se pone»? ¿Y dónde va a ponerse, la pobre? ¡Está tan desorientada!

—¡Por las barbas de Plotino!, qué pesado eres, Rhazes —exclamó Hipatia—, cuando remachas tus sempiternas bromas. ¿Acaso no hay nada sagrado para ti?

—Veamos, Hipatia —ironizó Amr que creía estar ganando puntos—, ¿no me has dicho que las sarcásticas risas de nuestro médico eran una coraza para defenderse de las desgracias del mundo con las que se enfrenta día tras día?

—Pero no se puede desacreditar a Aristarco como lo está haciendo —se exaltó ella—. Esas críticas son injustas y Aristarco no puede ser colocado sin más del lado de los vencidos. Sólo la posteridad le juzgará. Sin Aristarco, Eratóstenes nunca hubiera podido medir la circunferencia terrestre y dividir nuestro planeta en climas; sin él, Tolomeo nunca hubiera podido escribir su *Cosmografía*, una obra que tanto los cristianos como los judíos consideran que no va contra la Biblia. Sin él...

—¿Tolomeo? ¿Uno más? ¿Qué número tenía éste? —preguntó Amr que quería competir con Rhazes en el manejo del ingenio.

—Éste no era un rey de Egipto y se trata de otra historia —medió Filopon—. En cuanto a ti, sobrina mía, te pediría que mantuvieras, en adelante, algo más de calma y mesura. ¿No ves que enojas a nuestro huésped con tus elucubraciones celestes?

—En absoluto, venerable Filopon —protestó Amr—. Hipatia es deliciosa por su espontaneidad, incluso cuando profiere las más abominables blasfemias. Pero decidme, ¿siempre os atacáis mutuamente de ese modo, vosotros los sabios? Parecéis mercaderes en la feria, disputándose un rico cliente. ¿Acaso tenéis algo tan valioso para venderme?

— ¿Venderte? —suspiró Filopon—. Nada en absoluto, general, pero queremos ofrecerte el saber, el conocimiento. Ciertamente es que los sabios se pelean a menudo. Son, tranquilízate, peleas fecundas, pues siempre sale de ellas una brizna de verdad. Cuando llegue mañana, nuestro amigo Rhazes te contará las discusiones en las que se enfrentaron las mentes preclaras de aquel tiempo, verdaderos atletas del saber. Aunque esas disputas podrán parecerte irrisorias, abrieron sin embargo muchos caminos a la belleza y la ciencia, pues permitieron nada menos que medir el perímetro de la Tierra.

Hablando de disputas fecundas, rió sarcástico para sus adentros el viejo gramático al retirarse con sus jóvenes amigos, la que opone al general y al médico me parece ser una de ellas. ¿Qué no hará ahora Amr para complacer a Hipatia? ¿Desobedecer quizás a su señor? ¡Quién sabe! ¡El amor es tan fuerte! Y, a fe mía, de buena gana daría mi sobrina a ese camellero a cambio de la salvaguarda de la Biblioteca.

Los atletas del saber

(Segundo panfleto de Rhazes)

Tienes razón, general, uno se pierde con todos esos Tolomeos. Y además, hasta ahora sólo hemos hablado de tres. Les llamaban la dinastía de los Lágidas, pues su antepasado era un tal Lagos, general de Filipo, padre de Alejandro, cuya mujer, según dicen, era muy complaciente. Olvidemos de momento al Tolomeo geógrafo, que apareció muchos siglos más tarde y no era de ningún modo su descendiente. Pronto te hablaremos de él, y el tal Tolomeo se mostrará capaz de apaciguar a tu califa.

Por lo que se refiere a los demás, los reyes de Egipto, los nuevos faraones, hubo trece. ¡Trece Tolomeos! Y como si no fuera ya bastante complicado, no se sucedieron de padre a hijo, sino entre hermanos. Se disputaban el trono, el menor expulsaba al primogénito, el benjamín envenenaba al segundo, el primogénito derribaba al benjamín y le asesinaba para recuperar su puesto. ¡Una verdadera jaula de fieras! Para embrollar más aún la cosa, era habitual, en aquella encantadora familia, casarse con la hermana. La cosa comenzó con Tolomeo II, de ahí su nombre de Filadelfo. Eso tenía la ventaja de resolver el problema de la dote, pero el médico que soy no está muy seguro de que esas uniones engendrasen los retoños más aptos para reinar.

Cuando Tolomeo I Soter casó a su hijo con su hija Arsinoe, esperaba amansar a sus nuevos súbditos egipcios. En efecto, su dios-rey fundador, Osiris, se había casado, según dice la leyenda, con su propia hermana Isis, de quien nació Horus, el dios Sol. «Vil superstición», dirás tú, y estoy de acuerdo. Pero, a fin de cuentas, si lo piensas bien, Amr, y de creer en el Libro que nos es común, ¿de dónde pudieron sacar sus esposas Caín y Abel, los dos hijos del primer hombre y de la primera mujer, salvo del seno de su propia familia? Te veo fruncir el ceño, Amr, ¡estoy bromeando! De todos modos, al humilde pueblo egipcio le importaban un pimiento los dioses y sus ancestros, y preferían hacer sacrificios a las piedras sagradas, al Nilo o a algún arbusto cualquiera, suplicándoles que les librasen de los invasores griegos.

Pero volvamos a la Biblioteca. Entonces, Alejandría no necesitaba ya requisar los navíos que entraban en su puerto para procurarse nuevas obras. Sabios, poetas y filósofos acudían del mundo entero con la esperanza de ser alojados, alimentados y pagados por el erario público. Una vez instalados en el Museo, los felices elegidos trabajaban, escribían, copiaban, anotaban y analizaban las antiguas obras. Algunos, y no los menos, incluso se atrevían a corregirlas, estimando por ejemplo, los muy patanes, que Homero había cometido, en ése o aquel pasaje de la *Ilíada*, una torpeza de estilo o una vulgaridad.

Muy difícil era elegir en esa multitud en la que los parásitos y los charlatanes se codeaban con los grandes poetas y los mejores ingenieros. Sólo el rey tomaba la decisión, con la ayuda del bibliotecario, sin duda el segundo personaje más importante de Egipto y que con frecuencia era también ministro. Los primeros bibliotecarios fueron naturalmente escogidos entre los gramáticos y los filósofos, pues la clasificación de las obras exigía otro método que el que se empleó antaño y que consistía en anotar la fecha de entrada en los anaqueles, tal como había instaurado con cierta tosquedad el primer bibliotecario, Zenodoto de Efeso, el mismo que reescribió a Homero a su modo.

Te hemos hablado ya del que le sucedió: Calímaco de Cirene, que gozaba de la confianza de la reina Berenice. Al igual que Arquímedes inventó el resorte, el engranaje y el tornillo que lleva su nombre, Calímaco inventó la poesía. No pongas esa cara de sorpresa, Amr. Me refiero sólo a la poesía griega, pues sé muy bien que tu pueblo y todos

los que viven al este de Canaán practican ese arte divino desde el principio de los tiempos. Pero no así los griegos, tan preocupados por la razón y la lógica que Platón había incluso expulsado a los poetas de su *República*. En Grecia la poesía, como avergonzada de su propia existencia, se ocultaba, humilde como una matita de violetas, en el bosque de los otros géneros: la epopeya, el teatro, la filosofía, la música, las ciencias incluso. Calímaco tomó la poesía de la mano y la sacó a plena luz. El poema ya no necesitaba la sombra de todos esos árboles, y floreció por sí mismo.

Y para que resaltara todavía más esta emancipación, Calímaco redactó sus primeras obras en dialecto dórico, tomando como métrica el dístico elegíaco y no el hexámetro dactílico jónico, que hasta entonces era el ritmo de la epopeya, el género literario que siempre había ahogado a la poesía con su potencia. Escribió un libro, el primer poemario. Fue una revolución. Todos aquellos que no se atrevían, se atrevieron por fin: Teócrito, Herondas, Apolonio de Rodas, Aristófanes de Bizancio acudieron a Alejandría, en la que había surgido una bulliciosa pasión por la poesía, tan grande como la que sentía aún por la geometría. Calímaco fue el Euclides de la poesía.

Pero no se limitó a cantar a los dioses, al amor, a las bellezas de la naturaleza y los tormentos del alma. Tomó las riendas de la Biblioteca, y el viejo Zenodoto, cuyo espíritu se fatigaba un poco, le dejó hacer. El activo Calímaco asignó tareas muy precisas al numeroso personal que trabajaba en el establecimiento. Reorganizó el servicio de adquisiciones, de modo que a cada texto se le puso una etiqueta que especificaba su procedencia, su anterior propietario y su corrector. Los textos eran copiados a mano, a veces al dictado, por lo que era necesario corregirlos atentamente. La Biblioteca se convirtió así en un centro de trabajo filológico donde se preparaban nuevas ediciones de Homero, donde se anotaban y comentaban los clásicos.

Calímaco supervisó la confección del fichero. Leyó los aproximadamente ciento veinte mil rollos de la Biblioteca, los clasificó, los catalogó por temas, redactó su lista. Texto muy árido y que nada tenía de poético —aunque, al releerlo, podemos encontrar profundos encantos en esa letanía—, los *Pinakes* fue el primer catálogo en el mundo de los autores y sus obras. No me extenderé, Amr, sobre las mil y una maneras de clasificar una biblioteca. El venerable Filopon es, en esta materia, inagotable, pero temo que el asunto te aburra un poco.

Viendo hasta qué punto Calímaco, Hércules de la literatura, se había convertido en el corifeo de la Biblioteca, Tolomeo Filadelfo le pidió que se convirtiera oficialmente en su nuevo director. Pero el poeta se negó y propuso en su lugar al mejor de sus discípulos, Apolonio de Rodas, preceptor del hijo del rey. Fue el caso de Arquímedes el que empujó a Calímaco a retirarse de esta guisa. No quería poner su arte al servicio exclusivo del monarca, como el sabio de Siracusa había puesto el suyo al servicio de su tirano. Malgastar la inspiración cantando los méritos del príncipe, utilizar su energía en el Consejo, debatiendo sobre dinero y política, le parecía coartar seriamente su libertad para escribir.

Además de esas nobles razones, la idea de que fuese Apolonio quien le sucediera no le disgustaba, pues aquél que durante mucho tiempo había sido su discípulo comenzaba a convertirse en un muy serio rival. A partir de entonces su joven émulo tendría que encargarse de redactar las apologías y los ditirambos, de escribir los pomposos discursos que pronunciaría el rey, de llevar a cabo las ásperas negociaciones con los mercaderes de papiro y de arrancar al monarca el puñado de dracmas suplementarias para comprar un lote de rollos sin interés. Calímaco se dijo que durante ese tiempo perdido, al menos,

Apolonio no podría ya componer una obra maestra tan sublime como sus *Argonáuticas*. Los espíritus más elevados tienen, a veces, sorprendentes bajezas.

Pero las cosas no se desarrollaron como Calímaco había previsto. Mientras seguía escribiendo, Apolonio se convirtió en el personaje más importante del reino, objeto de todas las atenciones. Acudían a él para mostrarle unos versos, pedirle consejo, solicitarle un empleo, una prebenda, mientras que el infeliz Calímaco era olvidado por todos. Nadie prestaba ya atención a aquel anciano retirado en un rincón de la Biblioteca tras el montón de sus catálogos. Erraba por el laberinto de los anaqueles en busca de curiosidades, palabras extrañas, mitos olvidados, con los brazos cargados de rollos, con la lentitud y la aplicación de un escarabajo que empujara el fardo del mundo.

Cierto día, cuando estaba en la Biblioteca rumiando su amargura al tiempo que intentaba devolver su forma original a una versión expurgada de la *Teogonía* de Hesíodo —una fechoría más de aquel chocho de Zenodoto—, vio pasar junto a su mesa a dos jóvenes arrogantes que hablaban en voz alta y fuerte sin prestar atención a su presencia, como si fuera un copista transparente como los demás.

—Desde luego —clamaba uno de ellos—, no hay modo de encontrar un libro de geometría en esta biblioteca. El maestro Apolonio tiene razón: al hacer las clasificaciones se han desdeñado las ciencias de la naturaleza.

El viejo poeta palideció. Así pues, su antiguo discípulo denigraba su trabajo ante aquellos petimetres. En sus *Pinakes*, sin embargo, se había preocupado de repartir las distintas ramas del saber entre las matemáticas, la medicina, la astronomía y la geometría, así como la filología. Esa crítica era demasiado injusta. Calímaco decidió vengarse y utilizó la mejor arma de que disponía: la escritura.

La aparición de su *Ibis* hizo mucho ruido o, más bien, provocó una inmensa carcajada, pues aquella sátira parodiaba el estilo de Apolonio mientras daba a entender que todo, en su obra, era sólo plagio de autores antiguos y de su propio maestro. Al llamarle «el ibis», Calímaco recordaba que el bibliotecario era de origen egipcio y no griego, y que, como el pájaro nacional, sólo con torpeza se levantaba del suelo y chapoteaba en el barro para encontrar su alimento.

Para un poeta no hay nada peor que el ridículo. Sobre todo porque el hijo del rey en persona se divirtió en pleno Consejo leyendo ante Apolonio un párrafo de los más malignos y divertidos. No todos los días un alumno, aunque sea un Tolomeo, puede burlarse de su preceptor. Con gran dignidad, Apolonio presentó su dimisión como bibliotecario y regresó a la isla de Rodas, donde enseñó retórica y gramática.

Los últimos años de Filadelfo fueron apagados y penosos, como parece habitual en los reinados muy largos. Aquél había durado cuarenta años. La partida de Apolonio y el truncado proceso de Aristarco de Samos fueron los más graves síntomas de aquel crepúsculo senil que se había apoderado de Alejandría. Por fin, el rey murió y Calímaco le siguió sin tardanza a la tumba.

Los veinticuatro años de reinado del tercer Tolomeo, nacido del incesto entre su padre y la reina Arsinoe, fueron sin duda los más apacibles y prósperos que conoció nunca Egipto. Bajo su sabio gobierno, la Biblioteca llegó a poseer casi medio millón de rollos. Incluso se consiguió tras muchas maniobras, arrancar a Atenas la colección de libros que había pertenecido a Aristóteles.

Uno de los primeros actos del nuevo rey, a quien sus cortesanos dieron el nombre de Evergetes, «el bienhechor», fue llamar de nuevo a Apolonio para que ocupara el puesto de bibliotecario. Tras haberse hecho rogar un poco por su antiguo alumno, el poeta exiliado regresó imponiendo sus condiciones. Compartiría el cargo con un hombre de

ciencia: Eratóstenes de Cirene, el mismo que mantenía correspondencia con Arquímedes y que algún día poseería el bastón de Euclides. Sabia decisión, pues, cuando Calímaco gobernaba en la sombra los destinos de la Biblioteca, las obras de astronomía, de geometría o de arquitectura habían sido postergadas en beneficio de la literatura.

A Apolonio le habían herido en lo más hondo del alma los ataques de Calímaco, un poeta cuya obra, sin embargo, él admiraba por encima de todo. Durante su exilio en Rodas, Apolonio había revisado sin cesar su epopeya *Las Argonáuticas* hasta conseguir que alcanzara la perfección absoluta. Pero, desde entonces, su inspiración se había secado. No se atrevía ya a escribir, abrumado por la sombra de su difunto maestro. Temblaba ante la idea de que apareciese un nuevo *Ibis* humillándole más aún. Los libros le daban miedo. Por esta razón, cuando estuvo de regreso en Alejandría, dejó a Eratóstenes toda la responsabilidad de la Biblioteca, limitándose a ser el consejero íntimo del rey Evergetes. En lugar de escribir elegías, sólo pergeñaba los discursos y los decretos reales.

Era, después del rey, el hombre más poderoso del reino de Egipto, un reino que a la sazón dominaba todo el Mediterráneo levantino, y Apolonio no era ajeno a esa grandeza. Del otro lado estaba Roma. Pero ¿quién, por aquel entonces, habría prestado atención a aquellos bárbaros? La arrogante Alejandría sentía por esos soldados y campesinos del oeste del mundo el mismo desprecio que Bizancio siente hoy hacia los mercaderes nómadas que tú representas.

Sólo Eratóstenes, el verdadero bibliotecario, se inquietaba ante el creciente poderío de Roma. Cierto es que, en sus cartas, su amigo Arquímedes le informaba a menudo de las victorias de la ciudad italiana. Eratóstenes, intentó avisar al rey y a Apolonio, pero fue en vano, porque éstos le mandaron ocuparse de sus anaqueles. Pero él había comprendido, antes que todo el mundo, que el declive de Alejandría vendría de poniente.

Eratóstenes era un espíritu universal. Su saber abarcaba todos los temas, en un Museo donde la propensión de cada cual era aislarse en su especialidad. Después de haber sido alumno, en gramática y en poesía de Calímaco, había permanecido unos veinte años en Atenas, tratando con platónicos y estoicos. Luego había regresado a Alejandría, para seguir los cursos de astronomía y matemáticas de Aristarco de Samos, antes de trabar amistad con Arquímedes, durante una de las escasas estancias en Egipto del sabio siciliano. Esa amistad estuvo a punto de quebrarse por la actitud demasiado diplomática de Arquímedes durante el proceso de Aristarco. Para demostrar su desaprobación, Eratóstenes regresó a Atenas. «Aquí, al menos —le escribió al viejo rey Filadelfo—, los gobernantes dejan a los sabios en total libertad. Han comprendido la lección de la muerte de Sócrates. Pero tú, al expulsar a Aristarco del Museo, le administraste la peor de las cicutas.»

Cuando Tolomeo Evergetes subió al trono, al llamar a su lado a Apolonio y luego a Eratóstenes, el nuevo rey dio a entender con claridad que, por su parte, había comprendido la lección infligida al difunto Filadelfo por el valeroso exiliado voluntario. Y, durante los veinticuatro años de reinado del «bienhechor», la paz se instauró en el seno del Museo gracias al perfecto entendimiento entre Apolonio, el poeta que ya no escribía, y Eratóstenes, el hombre de saber universal.

Pues Eratóstenes cultivó con brillantez todos los campos de la cultura: filosofía, poética, historia, música, matemáticas y, claro está, astronomía. En ochenta y dos años, no llegó a agotar todos los recursos de su genio y murió a la edad que los griegos

consideraban el límite postrero de la vida. A decir verdad, forzó un poco el destino cuando, al volverse ciego, se dejó morir de hambre porque no podía ya leer.

Pero ¡cuántos prodigios llevó a cabo antes! Dado que yo soy médico y en absoluto matemático, no sabría describirte detalladamente, Amr, el método que inventó para encontrar los números primos y que se designa con el nombre de «criba»,⁽⁸⁾ como tampoco conozco los nombres de las setecientas treinta y seis estrellas que incluyó en su catálogo de *Catasterismos*. Pero sé que fue el primer hombre que calculó la circunferencia de la Tierra.

Para llevar a cabo esta hazaña, midió la diferencia de la sombra producida por los rayos del Sol en su cenit estival en dos lugares alejados el uno del otro: Alejandría por una parte y la ciudad meridional de Siene, donde su maestro Aristarco había terminado su vida en un completo olvido. Le rendía así el más hermoso homenaje, pues fue gracias a los métodos de cálculo de aquel maestro astrónomo que Eratóstenes pudo medir la circunferencia de la Tierra. La incredulidad que leo en tu rostro, Amr, me incita a darte algunas explicaciones...

Eratóstenes había sabido por boca de los viajeros que, en Siene, el primer día del estío que nosotros llamamos solsticio, a mediodía en punto, los rayos del Sol caían verticalmente en un profundo pozo de más de cien codos. Durante ese breve instante, la maravillada multitud podía percibir el círculo espejeante del agua que, por lo general, se pudría a la sombra en el fondo del pozo. Ahora bien, nuestro sabio había muchas veces plantado el bastón de Euclides en distintos lugares, según la hora y la estación, y sabía muy bien que en Alejandría el Sol proyectaba siempre una sombra. Se hizo pues el ingenioso razonamiento de que, si medía la longitud de la sombra en Alejandría a la hora en que no la había en Siene, podría calcular la circunferencia de la Tierra. Llegados el día y la hora, llevó a cabo la operación y dedujo el ángulo con el que el Sol lanzaba sus rayos sobre Alejandría: una cincuentava parte de círculo, exactamente. Por medio de la más sencilla geometría, Eratóstenes concluyó que el perímetro de la Tierra era igual a cincuenta veces la distancia de Siene a Alejandría.⁽⁹⁾ Pero ¿cómo evaluar esta distancia?

Una leyenda cuenta que, preguntando a los caravaneros, Eratóstenes supo que un camello necesitaba cincuenta días para hacer el viaje y que este animal recorría, por término medio, cien estadios al día. En realidad, Eratóstenes nunca se habría limitado a tan grosera aproximación. Muy al contrario, una valiosa obra de la Biblioteca cuenta cómo el sabio desplegó los recursos de su genio para conseguir su objetivo.

Comenzó a reunir todas las medidas de terrenos conocidas en su tiempo: relatos de caravaneros, pero también anotaciones de catastro, longitudes de los caminos de sirga, informes de los contadores de pasos profesionales. ¿Sabías, por ejemplo, Amr, que en el país que acabas de conquistar la inundación del Nilo altera cada año los mojones y las fronteras entre los campos cultivados? Para fijar los derechos de propiedad, los Tolomeos habían nombrado en cada capital de departamento a un director de finanzas y del catastro, encargado de inscribir las dimensiones de las «sfragidas», esas parcelas medidas por los agrimensores reales. Eratóstenes reunió esos datos y los anotó cuidadosamente en su cuaderno. Anotó también las medidas relativas a la longitud del Nilo, que fluye entre Siene y Alejandría siguiendo aproximadamente la dirección del norte. Las imponentes barcazas que bajaban por el río, cargadas de granos y paños preciosos del Sudán, debían ser arrastradas por sirgadores. Éstos hacían avanzar las embarcaciones por medio de grandes cuerdas, las «schenas», todas de la misma longitud, de modo que el número de «schenas» utilizadas daba fácilmente la distancia que separaba las postas de sirga. ¿Sabías además, Amr, que las rutas de Egipto, como las de todos los países helenizados, eran medidas por

contadores de pasos profesionales? La jornada de marcha era una unidad de medida utilizada ya por Heródoto, hace de eso más de mil años. Y Eratóstenes pagó a caminadores que llevaran a cabo el trayecto de Siene a Alejandría.

Cuando hubo por fin reunido todos esos datos de orígenes muy diversos, estableció la media, para minimizar las numerosas causas de error. Y pudo anunciar triunfalmente el resultado al rey Evergetes: puesto que la distancia entre Siene y Alejandría era de cinco mil estadios, la circunferencia de la Tierra era de cincuenta veces más, es decir doscientos cincuenta mil estadios.(10)

Finalmente, esta Tierra que acababa de medir con la implacable cadena del razonamiento matemático, la dividió como una sandía, en trescientas sesenta partes iguales, de acuerdo con el modo de graduar de los babilonios. De ese modo, Eratóstenes, ese «atleta del saber» como en adelante se dio en llamarle, inventó también la geografía, casi tres siglos y medio antes de Tolomeo; me refiero naturalmente, al sabio Tolomeo, el que nunca fue rey salvo en sus dominios, las ciencias del Universo.

Donde Amr se reconoce poeta

—Todos esos Hércules del conocimiento, poetas, filósofos, hombres de ciencia de los que me habéis hablado —dijo Amr—, ¿por qué se empeñaban en mezclarse en los asuntos de la ciudad y la religión? Lo lógico es que los unos se satisfagan rimando, los otros pensando y los terceros inventando. Y que dejen a los reyes el cuidado de gobernar y a los sacerdotes el de orar.

—Y sería también necesario —replicó Rhazes— que éstos hicieran bien su oficio. Y que ellos mismos no se pusieran a hacer malas rimas o a legislar sobre la forma del Universo. ¿Acaso no decidirá tu califa cuáles son los buenos y malos descubrimientos de la ciencia, como esos sacerdotes que, sin conocer nada de ello, decretaron que la Tierra es plana? En cuanto a los príncipes y a los generales tentados por la literatura, sería necesario todo un anaquel para contener sus deleznable escritos.

—Cierto es que yo mismo... —dijo Amr acariciándose la barba y mirando por el rabillo del ojo a Hipatia—, cierto es que yo mismo, en la soledad del desierto, intento escribir algunos versos, que Alá me perdone, sobre la inmensidad de la Creación.

—Te felicito —le alabó muy seriamente Filopon—. Y no escuches a ese criticón de Rhazes. Príncipes y militares escribieron, a veces, obras honorables. Te hemos hablado de la obra de Tolomeo Soter sobre Alejandro, pero pienso en los escritos de César y en muchos otros. Por lo que a los sacerdotes se refiere, ¡ah!, tendrías que leer a Agustín de Hipona, que fue el más sublime escritor y pensador de la cristiandad.

—Según vosotros, tengo que leer muchas cosas —ironizó Amr—. Y no nos queda tiempo. Seguíis sin haber contestado mi pregunta: ¿por qué diablos poetas y sabios se meten en las cosas del poder, cuando sólo debieran interesarse por las cosas del saber? Y ese Calímaco al que tanto has denigrado, Rhazes, me parece más valeroso que Arquímedes, al haber sido capaz de rechazar los honores que el rey le ofrecía.

—¿No crees más bien —metió baza Hipatia— que al rehusarlos se comportó como un egoísta y un celoso, pensando sólo en su arte y en el de su rival Apolonio, en vez de actuar en su común interés, el de la Biblioteca? Considera, por el contrario, el ejemplo de mi tío Filopon, que ha sacrificado lo que habría podido ser una obra inmensa para defender estos lugares contra los ultrajes del tiempo y, ahora, de tus guerreros.

—Dejemos eso, sobrina, te lo ruego —protestó el anciano—. Para responderte, general, te diré que no son los escritores o los sabios quienes se ocupan de política, sino más bien la política la que se ocupa de ellos. Y los reyes tienen más necesidad de poetas que los poetas de reyes. Éstos prescindirían muy bien de las pensiones que el monarca les paga y de las coronas que les trenza. En cuanto a los reyes, no necesitan tanto textos loando su gloria como las visiones de los poetas, cuya vista llega a traspasar la realidad inmediata de las cosas. No son profetas, pues sus palabras no han sido dictadas por Dios. Y ¡ay del poeta que se tomara por tal! Pero ellos ven lo que ningún otro mortal puede ver. Lamentablemente, los príncipes raras veces escuchan esa excelsa verdad. Y si los sucesores de los tres primeros Tolomeos hubieran leído estos versos de Calímaco, tal vez Alejandría no estaría donde está hoy: «De la Divinidad procede el poder de los reyes, pero son sólo guardianes de la ciudad. Sólo la Divinidad puede destruirla, y sólo la Divinidad puede derrocarlos a ellos.» Y Eratóstenes, en *El sitio de Siracusa*, dice: «El Sol al atardecer baña el mar con su sangre. Tened cuidado, príncipes, de que no se extienda hasta la

aurora y ahogue así a las musas.» Predecía con ello las conquistas romanas, su alianza con Pérgamo y la guerra de las bibliotecas.

— ¿La guerra de las bibliotecas? ¿Se combatió pues por los libros? Y sin embargo me decíais que sólo aportaban paz.

—Era sólo una guerra de palabras —respondió Filopon—, pero anunciaba conflictos muy reales, y mucho más mortíferos. Si me lo permites, te lo contaré mañana. Rhazes hablaría de ello con demasiada ligereza e Hipatia desdeña ese tipo de historias.

Bien está, se dijo Amr; si Omar comprende que los libros pueden ser también armas, tal vez se deje convencer.

La guerra de las bibliotecas

(Segundo curso de Filopon)

Hace unos ochocientos años, había un sinfín de pequeños reinos y ciudades. Gobernados por griegos que presumían de ser descendientes de Alejandro o de sus generales, los diadocos, prestaban más o menos vasallaje a unos imperios demasiado grandes para estar bien controlados.

Entre esos pequeños Estados se levantaba, en un espolón rocoso de Mysia, la ciudad de Pérgamo, enclavada en la potencia persa, la de los reyes seléucidas. Un diadoco había construido esa fortaleza para ocultar allí el botín de sus conquistas. Había confiado su custodia a uno de sus oficiales, pero éste le traicionó y fue a vender sus servicios al seléucida Antíoco. Como recompensa, el traidor recibió el botín de guerra del vencido y la población de Pérgamo. Poco a poco, la fortaleza fue extendiendo su territorio, que pronto se convirtió en reino y creció en poderío.

No contenta con haberse apoderado de algunos hermosos puertos en el mar Egeo, Pérgamo codiciaba el interior del país, perteneciente sin embargo al reino al que debía su existencia: el del monarca Antíoco. Pérgamo solicitó la ayuda de Roma. De Istros a Cirene y de Atenas a Susa, la indignación fue general. Macedonios y espartanos, alejandrinos y jónicos, todos se repetían que el rey de Pérgamo, Átalo, era como su abuelo: un traidor. Pérgamo fue expulsada de las ciudades y los reinos helénicos.

Roma atacó a Antíoco, y cuando le hubo vencido ofreció como recompensa a Pérgamo, su circunstancial aliado, Lidia, Frigia y el control del Helesponto. Contra lo esperado, los soldados romanos regresaron hacia sus guerras púnicas, satisfechos por haber dado a esos griegos, demasiado refinados e indisciplinados, una lección de valor, de orden y de seriedad. Pérgamo, por su parte, no fue la última en burlarse de aquellos campesinos latinos que sólo sabían combatir, que ni siquiera se aprovechaban de sus victorias y no conocían el teatro.

Sin embargo, el nuevo señor de Pérgamo, Eumenes II, sintió que por esa alianza con Roma su reino había perdido la consideración de sus vecinos. Además, procedía de una ascendencia humilde, tal vez ni siquiera era griego o macedonio, sino que a buen seguro sería hijo de un renegado que había vendido a su señor por un puñado de oro y de joyas. Mientras que los Tolomeos o los seléucidas tenían, por lo menos, un antepasado que había cabalgado junto a Alejandro.

Así pues, el rey Eumenes II de Pérgamo, gracias a la complacencia de Roma, pasó a ser dueño de un poderoso Estado. Y, como suele hacer la gente de humilde extracción que se encuentra de pronto disfrutando de una gran fortuna, exhibió la suya de un modo ostentoso. Quiso convertir su ciudad en la más hermosa y grande del mundo griego. En su espolón rocoso, hizo levantar templos gigantescos, termas desmesuradas, teatros monumentales... Imitaba en todo a Atenas, pero dos veces más alto, dos veces más grande. Nadie conoce el nombre de ninguno de los arquitectos que participaron en los trabajos. El rey quería que fuese su obra, sólo suya, y que la posteridad sólo le recordara a él, Eumenes II el Atalida. Proclamaba bien alto su ambición de ser para Pérgamo lo que Tolomeo Soter fue para Alejandría.

Aunque no me precio de conocer el corazón de los hombres, creo que en el fondo Eumenes intentaba hacerse perdonar su alianza con los romanos y demostrar que su reino (que, sin embargo, sólo debía su prosperidad a sus traiciones) se había convertido en el mejor defensor del pensamiento y el arte helenos. Por eso Eumenes se atrevió a fundar,

también él, su biblioteca, que sería, claro está, más rica y más completa que la de Alejandría. Pero, obsesionado con la idea de ser reconocido como un igual por sus pares, sólo admitió en sus anaqueles libros griegos, y en sus aulas sólo sabios y escritores griegos.

Mientras tanto, Alejandría vivía días apacibles manteniéndose en una neutralidad altiva ante los acontecimientos del mundo, sin preocuparse de las tempestades que se acumulaban sobre nuestro mar, como hace el nudoso olivo que sabe que ninguna tormenta podrá arrancarlo.

El Museo era entonces dirigido con férrea mano por Aristófanes de Bizancio, un gramático de extraordinaria erudición. Había publicado las versiones definitivas de Homero, Hesíodo, Alceo, Píndaro, Eurípides, Anacreonte y de su homónimo Aristófanes. Gracias a él el teatro hizo una entrada masiva en los anaqueles.

Puede decirse también que Aristófanes de Bizancio inventó el diccionario, componiendo listas de términos arcaicos, técnicos o poco usados, y de proverbios. Pero, sobre todo (y eso es lo primero que debieras leer si deseas aproximarte a las bellezas de la literatura griega), seleccionó los textos que consideraba como ejemplos de perfección en cada género y los publicó con el título de *Los cánones de Alejandría*.

Cada año se celebraba, bajo la égida del rey, un concurso para quienes solicitaban entrar en el Museo. Cada uno de ellos debía componer un poema y leerlo en alta voz. A veces, cuando un candidato recitaba un texto especialmente bello, el jurado, incapaz de contenerse, le aclamaba. Sólo Aristófanes, impasible, no aplaudía. Cuando volvía la calma, se levantaba y desaparecía unos minutos en la Biblioteca. Regresaba llevando en la mano un viejo papiro, que leía en voz alta. Era el mismo texto, o casi, que el que había declamado aquel brillante candidato. Nunca Aristófanes se equivocó al destapar el engaño, y el plagiaro era expulsado de la ciudad. Por lo general, iba a refugiarse junto a Eumenes II, mucho menos puntilloso en lo referente a la calidad de la gente que reclutaba.

Sin embargo, la biblioteca de Pérgamo seguía creciendo. Tras seis años de existencia, poseía ya un fondo de cuarenta mil libros. Para ello se emplearon los mismos métodos que Alejandría puso en práctica en sus comienzos, pero con muchos menos escrúpulos. Se requisaban los rollos transportados por los barcos, pero se omitía entregar una copia de las obras a cambio de los originales. Y sobre todo, cada vez que el aliado romano obtenía una victoria en Grecia o en Iliria, Pérgamo reclamaba su parte del botín: los fondos de las bibliotecas públicas y privadas de las ciudades vencidas. Los zafios soldados romanos los entregaban sin rechistar, pues todavía no advertían, Amr, el poder que pueden dar los libros a los conquistadores. Sólo valoraban el espíritu viril, que sólo necesita una reja para fecundar la tierra y una espada para matar al enemigo. Las artes, las letras, únicamente eran, para ellos, lascivas distracciones de pueblos decadentes. ¿Acaso las Musas no son hembras?

En Alejandría, el bibliotecario Aristófanes fue el primero en comprender que Pérgamo le disputaba peligrosamente la hegemonía al Museo. A Egipto cada vez llegaban menos libros. En cambio, aumentaba el número de falsarios, plagiarios y estafadores que intentaban venderle casi cualquier cosa que se pareciera más o menos a un manuscrito antiguo. Naturalmente, al viejo erudito no le costaba nada descubrir las supercherías, pero sus fuerzas se debilitaban y no estaba en absoluto seguro de que su sucesor designado, Apolodoro de Atenas, tuviera los hombros bastante anchos para soportar la carga.

Alertó de ello al rey Tolomeo V Epífanes, que se encogió de hombros. Otras eran sus preocupaciones: habiendo subido al trono a la edad de cuatro años, Epífanes iniciaba su segundo decenio de reinado en un estado de languidez que le hacía pensar que intentaban

envenenarle. De hecho, la raza de los Tolomeos degeneraba, con el cuerpo podrido por excesivos matrimonios consanguíneos. Y aunque Epífanos había roto con la nefasta tradición de casarse con su hermana uniéndose con la del rey vecino, ésta aún no había podido darle un sucesor.

Cierto día, en Pérgamo, el rey Eumenes II declaró, triunfante, que su biblioteca había adquirido la colección completa de los discursos de Demóstenes, el mayor orador de todos los tiempos, que dos siglos atrás había luchado hasta agotar sus fuerzas contra la invasión de Grecia por Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro. Y, sobre todo, Pérgamo afirmaba que poseía el último de esos discursos, de esas *Filípicas*, que todos creían perdido. Acudió a Pérgamo una avalancha de gente que quería consultar aquella obra inédita. Aristófanes mandó a uno de sus espías, que la copió. Cuando aquél la tuvo en sus manos, hizo lo que hacía en los concursos de poesía y encontró fácilmente, en los anaqueles, *Las historias filípicas* de un tal Anaxímenes de Lampsaca que se había permitido, unos decenios antes, redactar con desfachatez esa imitación de Demóstenes. Se trataba, pues, de una falsificación, un apócrifo.

Creuyendo que iba a triunfar, Aristófanes redactó panfleto tras panfleto contra los falsificadores de Pérgamo, pero todo fue inútil. Para la opinión pública, el competidor asiático había adquirido ya, con aquel falso Demóstenes, la reputación de ser la mejor biblioteca del mundo. Como suele ocurrir en las épocas turbulentas, la gente acogía con alborozo las novedades y se burlaba de la vejez y la experiencia. El Museo era viejo, Pérgamo era joven.

Por añadidura, Pérgamo no permaneció inactiva ante los ataques del viejo gramático. Hizo difundir una sátira de un filósofo escéptico del pasado, Timón de Flionte, que hablaba del Museo de Alejandría como de una jaula llena de pájaros mantenidos y cebados a semejanza de valiosas aves de corral, pájaros desplumados y escritorzuelos cuya única actividad era pelearse sin fin con sus embotados picos. Aquella pajarera llena de charlatanes ya sólo era, a su entender, una torre de marfil donde los protegidos de la familia real se dedicaban a los juegos de ingenio, al margen de la vida real. Un reproche que, a menudo, hacían a los sabios los envidiosos, los ignorantes y los argüidores.

Aristófanes tuvo que reconocer su derrota en la guerra de las bibliotecas. Murió de pesadumbre. El rey Tolomeo V Epífanos le siguió a la tumba poco después, con la satisfacción, empero, de saber que tenía sucesor. Su esposa Cleopatra le había dado, tardíamente, dos hijos. Pero el primogénito tenía sólo cuatro años cuando subió al trono con el nombre de Tolomeo VI Filométor, «el amigo de su madre». En efecto, Cleopatra I asumió la regencia. Su primer decreto fue prohibir la exportación de papiro. Sin esa planta, cuyo secreto sólo conocía Egipto, no había libros. ¡Pérgamo estaba perdida!

Quien eso afirmaba desconocía la infinita capacidad humana para sacar riquezas de la privación, y para convertir un mal en un bien. Viendo que ni una sola copia podía salir ya de sus talleres, el rey Eumenes prometió una fortuna a quien inventara una materia capaz de sustituir el papiro. Todos los charlatanes, todos los locos del país desfilaron ante él. Le propusieron escribir sobre corteza machacada, sobre fibra de madera, sobre viejos trapos hervidos y sobre seda, amén de toda clase de procedimientos que eran demasiado caros o demasiado complicados o, con más frecuencia, absurdos.

Cierto día, sin embargo, consiguió entrar en el flamante palacio un pastor harapiento que hedía a chivo. Se prosternó ante Eumenes y desplegó en el suelo una lámina rectangular y muy fina de un blanco inmaculado con imperceptibles reflejos rosados. El rey le pidió que escribiera algo encima, pero el pastor, con una gran sonrisa desdentada, le hizo comprender en su jerga que no sabía hacer esa clase de cosas. Un escribiente lo

intentó. Era perfecto. La tinta se fijaba en aquella hoja hecha de una fibra flexible y resistente sin el menor churrete. El pastor explicó que su padre ya sabía fabricar aquel material, pero que a él únicamente le servía para quemarlo cada año, durante el solsticio de invierno, sobre la tumba de sus antepasados. Solía elaborarlo con la piel de sus cabras o sus corderos, pero afirmó que ese trozo en particular era de un becerro muy joven, por lo que le había salido mucho más caro.

¿Cómo le arrancó el rey su secreto, cuál era el nombre de ese pastor, cuál fue su destino? Nadie lo sabe. La Historia sólo retiene el nombre de los reyes. El de la gente pobre parece un grano de arena, que sólo brilla cuando una gota de lluvia lo toca. Luego, todo se evapora. En todo caso, había nacido el pergamino.¹

Los alejandrinos se escandalizaron. ¡Atreverse a plasmar el pensamiento de Aristóteles o de Platón sobre el pellejo de unas reses muertas, qué ignominia! Doctos médicos del Museo afirmaron que escribir sobre pergamino provocaría terribles enfermedades de la piel, y que leer lo escrito causaría ceguera. Los sacerdotes metieron su cuchara y afirmaron que utilizar así la piel de un becerro joven era tan grave ofensa al Olimpo como comer la parte reservada a los dioses para el sacrificio. Mientras, en las montañas de Frigia, los rebaños de cabras, vacas y corderos iban mermando de un modo singular. Poco a poco, el uso del pergamino fue extendiéndose, pero sólo mucho tiempo después sustituyó al papiro, ya bajo la dominación romana.

La victoria de la biblioteca de Pérgamo parecía definitiva. Sin embargo, a pesar de la riqueza de sus fondos y de la preeminencia ya aceptada del pergamino sobre el papiro, los sabios seguían prefiriendo ir a estudiar al Museo fundado por Tolomeo Soter, donde se sentían protegidos por las grandes sombras del pasado: Euclides, Eratóstenes o Calímaco. De modo que en aquella época llegó a Alejandría un astrónomo y geógrafo llamado Hiparco de Nicea, y también el filólogo Aristarco de Samotracia, y ambos trabajaron bajo la benevolente protección del bibliotecario Apolodoro de Atenas.

El bastón de Euclides le correspondió a Hiparco. Continuando con gran respeto los trabajos de sus maestros, inventó la esfera armilar, que le permitía medir las coordenadas eclípticas, inventó el cálculo trigonométrico, estableció el catálogo de las estrellas y descubrió la precesión de los equinoccios. Hipatia te explicará mejor que yo todo eso. Gracias a Hiparco, se pudo crear en el renacimiento de la gran escuela de astronomía alejandrina.

Por su lado, los sabios de Pérgamo, mucho más atraídos por los considerables salarios que el rey les ofrecía que por la pura investigación, tenían la consigna de denigrar todo lo que había sido descubierto por la biblioteca rival. Así, un tal Posidonio de Rodas dedicó toda su vida a tratar de reducir la circunferencia de la Tierra calculada por Eratóstenes, mientras que los gramáticos volvían a escribir, sin escrúpulo alguno, las grandes obras antiguas cuya versión más próxima al original había sido lograda, con mucho tiempo y aplicación, por los eruditos de Alejandría. Pero los buenos tiempos del Museo no duraron, fue un poco como la euforia que se apodera de los moribundos. Toda institución tiene la tendencia natural a dejarse gobernar por los incompetentes y los mediocres. Y, como si el destino de los Tolomeos y el del Museo estuvieran indisolublemente unidos, en Alejandría todo zozobró al mismo tiempo. Estallaron disturbios en las fronteras: el campesinado

¹ La palabra pergamino procede del griego *pergamênê*, «piel de Pérgamo».

egipcio amenazaba con sublevarse para intentar librarse de la dominación griega que lo oprimía desde que Alejandro había fundado la ciudad, ciento sesenta años antes.

En realidad, la revuelta estaba instigada por el hermano menor del rey, un joven enérgico y sin escrúpulos que sólo tenía una idea en la cabeza, destronar a su hermano mayor Filométor. Sus agentes excitaban al populacho contra los sabios del Museo y los judíos que, según decían, engordaban a costa de la miseria de los pobres. Y, hablando de gorduras, el hermano menor estaba aquejado de una panza tan enorme que el pueblo de Alejandría, siempre dispuesto a burlarse, le había dado el apodo de Tolomeo Fiscon «Bola de sebo».

Para apaciguar las tensiones, Filométor aceptó compartir el trono con su hermano Bola de sebo, al tiempo que se casaba con su hermana, la prudente Cleopatra II. La pareja real tuvo un hijo, Neo Filopátor, y una hija, Cleopatra III, que prometía ser una belleza. El reinado de Filométor duró quince años, tiempo durante el cual el hermano menor, Bola de sebo, se mantuvo aguardando en la sombra. Cierta día, Filométor se puso a la cabeza de las tropas que iban a aplastar una nueva revuelta surgida en los confines de Palestina. En la batalla, ganada sin embargo por los alejandrinos, el monarca murió al recibir en su espalda una flecha que no procedía de las filas enemigas...

Desde entonces, Bola de sebo tuvo el campo libre para entregarse a todas las bajezas y multiplicar los más odiosos crímenes. Hizo envenenar primero a su joven sobrino, Tolomeo VII Neo Filopátor, que sólo reinó así siete días. Se casó luego con la viuda de su hermano —su cuñada y su hermana al mismo tiempo— y tuvo la audacia de subir al trono atribuyéndose el sobrenombre de su antepasado, Evergetes, el «bienhechor». Tuvo un hijo con su hermana pero, en un acceso de rabia, estranguló al cabo de unos meses al infeliz lactante. Entonces, la reina Cleopatra II, inconsolable tras los sucesivos asesinatos de sus dos hijos, se volvió contra él, apoyada por la facción del Museo y por los judíos. La rebeldía de la reina fue también causada por el hecho de que su esposo le impusiera la presencia de una nueva favorita, Irene, y porque una noche de embriaguez, Bola de sebo, cuya lujuria era insaciable, violó a la hermosa Cleopatra III, su sobrina. Entonces, satisfecho con ese cambio, el rey repudió a la madre para casarse con la hija. De modo que Tolomeo Fiscon reinó junto a una reina-hermana, Cleopatra II, y una reina-sobrina, Cleopatra III, siendo ésta hija de la primera. ¿Me sigues, Amr?

En todo caso, te será fácil imaginar que el ambiente en palacio no fuese una balsa de aceite. En realidad fue el inicio de una larga guerra civil que duró más de veinte años. El rey criminal y vicioso no se preocupó por ello. Murió en su lecho a los sesenta y nueve años, después de llevar el título durante cincuenta y tres. ¿Habría por ventura una justicia divina que castigue, aquí en la tierra, a los malos gobernantes? A veces es posible dudarlo. Pero al menos la descendencia de ese monstruo se convirtió en maldita. Sus vástagos siguieron destrozándose entre sí mucho después de la muerte de los protagonistas, Bola de sebo y Cleopatra. Hubo tantos fratricidios, asesinatos de hijos, hermanas y madres, que por fin no quedó un solo Tolomeo legítimo: el que ascendería al trono, sesenta y cinco años después del crimen de Fiscon, sería llamado el Bastardo.

Por vergüenza no me atrevo, Amr, a contarte todas las atroces peripecias de esta guerra civil. Eso os convencería, a ti y a tu califa, de que la Biblioteca debe ser destruida, como lo fue Cartago. Pero no olvides que esos tristes acontecimientos sucedieron hace ya siglos y entre paganos. Sabe solamente que las primeras víctimas de esos disturbios fueron los sabios y los judíos. Estos últimos fueron masacrados por el populacho; y en cuanto a los eruditos, o bien fueron expulsados por el rey del momento en cuanto no se mostraban del todo sumisos, o bien prefirieron ir a buscar en otras tierras la tranquilidad

para desarrollar su arte. Por ejemplo, el sabio Aristófanes, ya muy anciano, eligió ir a morir a Pérgamo. Y muchos otros nombres gloriosos de la ciencia y la literatura le siguieron. De todos modos, en medio de tantos crímenes, tantos motines, tantas conjuras, se produjo una especie de milagro: nadie se atrevió a tocar el menor rollo de la Biblioteca. ¿Qué te parece eso, Amr?

Pérgamo habría podido beneficiarse del naufragio de Egipto. Se había convertido en la mayor potencia griega, bien protegida bajo el vientre de la loba romana. Sin embargo, de pronto, por una de esas cosas raras de la Historia, la antigua fortaleza perdió por sí sola la guerra de las bibliotecas y desapareció, pues el rey de Pérgamo, Átalo III, legó al morir su trono a Roma. Fue la postrera traición de esta dinastía nacida de la traición. Pérgamo se convirtió en provincia romana de Asia. Pero en vez de saquear, rechazar o destruir —como suelen hacer los conquistadores bárbaros— los tesoros de arte, saber y civilización que heredaba de ese modo, Roma recibió con devoción aquellos centenares de miles de rollos que contenían todo el pensamiento y la ciencia helénica. El libro hizo su entrada en la ciudad latina. Algunos han dicho que Grecia había triunfado sobre su vencedor. No estoy muy seguro de ello, pero creo que sin los libros, Roma no hubiera nunca sido durante medio milenio el mayor imperio que el mundo haya conocido.

Donde Amr se hace romano

—Si he comprendido bien —dijo Amr en tono burlón—, a lo largo de tu relato das a entender que hay alguna analogía entre los romanos y mis beduinos. No es muy diplomático por tu parte tratarnos, valiéndote de Roma, de «bárbaros».

—No es mi tío el que los llama así —intervino Hipatia—, sino los griegos de aquel tiempo. Estaban tan orgullosos de la civilización que ellos solos habían creado (civilización que nunca ha sido igualada desde entonces), que todos los que no eran griegos les parecían ser miembros de un amasijo confuso de tribus incultas. Uno de los más tolerantes de ellos, el más atento también a las costumbres extranjeras, Heródoto, había dividido el mundo como una torta: bárbaros del norte, bárbaros del sur, del este y del oeste, y en el centro, como una hermosa fruta confitada, Grecia.

—La palabra «bárbaro» —proclamó Filopon— era al principio una onomatopeya. Los griegos se burlaban de los extranjeros pues, a su entender, cuando éstos hablaban sólo emitían unos ruidos indistintos que sonaban, poco más o menos, así: «iboar boar!».

—De poco os atragantáis, maestro —dijo Rhazes riéndose—. Sé muy bien que para vos, eminente filólogo, la etimología es una herramienta eficaz. Pero permitidme citar a un historiador que además es un correligionario mío, Marco de Lugdunum, que escribía: «La etimología es como esas viejas monedas que han circulado demasiado. Su sentido se ha desgastado.» Y la palabra «bárbaro» tiene hoy un significado mucho más profundo que esos... borborigmos. Mira, Amr, si el libro es un arma, el lenguaje, por su parte, es todo un ejército. Los romanos lo habían comprendido muy bien e impusieron su idioma a todo el imperio, preservando sólo el griego para las élites.

— ¿Crees que ignoro lo que fueron los romanos? —exclamó airado Amr, que se enojaba a cada intervención de Rhazes—. Tú, que pretendes saberlo todo, has de saber que mi pueblo, el pueblo árabe, fue el único que nunca fue vencido por ellos. Pero, en el fondo, Filopon no se equivoca. Existen muchas similitudes entre los romanos de la República y los árabes de hoy. Ellos tenían la virtud y la pobreza, nosotros tenemos la fe y el desierto. Ellos tenían el arado, nosotros el camello. Ellos tenían la disciplina, nosotros el Corán. ¿Sus enemigos? Parricidas, incestuosos, lujuriosos. ¿Los nuestros? Blasfemos, iconólatras, libertinos. Ha llegado nuestra hora, como llegó la suya. Bizancio, nueva Cartago, será destruida.

—Sabe que Alejandría no es Bizancio y que la Biblioteca no es la basílica de Santa Sofía —dijo Hipatia poniendo, con un gesto encantador, un blanco dedo sobre la rugosa mano, venosa y curtida, del emir—. Puesto que tan bien conoces a los romanos, sabe que acogieron la ciencia y la literatura griegas sin ningún temor de que les ablandaran. Ellos, que no eran filósofos, supieron sacar de las elevadas especulaciones de las escuelas atenienses lo que convenía a su espíritu práctico de campesinos: la moral, la política, la jurisprudencia. Ellos, que no eran poetas, convirtieron lo que habían leído de los griegos en sentencias, máximas, fábulas, parábolas ejemplares. Ellos, que nada entendían de las abstracciones de la geometría y sólo observaban el cielo para estimar las futuras cosechas, aprendieron de Euclides, Eratóstenes y Arquímedes a hacer construcciones para irrigar la tierra, a medir la extensión de su creciente imperio para mejor administrarlo, a construir

navíos y máquinas de guerra que aplastarían a los piratas y contendrían a los bárbaros del norte. Pero no perdieron por ello su esencia. Al menos durante largos siglos.

—Hipatia es muy esquemática en su exposición —dijo secamente Rhazes levantándose de la mesa—. Tal vez sea culpa de la comida y del calor de estas primeras horas de la tarde. Vayamos al frescor del peristilo.

—Rhazes tiene razón, me estaba entrando sueño —asintió Filopon levantándose apoyado en su pesado bastón pulido por los años e incrustado de oro—. Vayamos allí.

—Si queréis convencerme de que los libros en nada alterarán el valor de mis beduinos, a fe mía, estoy de acuerdo con vosotros —dijo Amr lamentando que la mano de Hipatia abandonara la suya—. No saben leer. Para ellos sólo cuentan sus monturas, su tribu, el desierto y la palabra del Profeta. Pero, según ordenó el propio Mahoma, en mi país se abren escuelas para enseñar a descifrar nuestro libro sagrado. Y uno de los temores del califa Omar es que los alumnos que se aficionen a la lectura quieran degustar los azucarados y perversos frutos de los poetas árabes. Pues por muy bárbaros que seamos, sabed que también nosotros tenemos algunos poetas, y que no emiten esos «iboar boar!»

—El temor de tu amo es tan estúpido como feroz —declaró Rhazes—. Desde los tiempos de Moisés, toda mi gente, incluso el más modesto pastor, ha sabido leer y escribir. Sin embargo, todavía sobrevivimos, a pesar del exilio, las matanzas, las persecuciones. Gracias a los libros, a todos los libros, no hemos desaparecido como una gota de agua bajo la arena, en el gran silencio de la Historia. Si Omar quiere quemar la Biblioteca, ¡que la queme! Y muy pronto sólo se dirá de los árabes que han sido la última horda de esos vándalos que, hace menos de un siglo, invadieron las costas de África antes de desaparecer dejando cenizas por todo recuerdo. Si destruis los libros, únicamente dos de los vuestros pasarán a la Historia, Omar y Amr, y serán recordados por el dudoso honor de haber cometido este infame crimen.

—Cierto es —intervino Filopon, que veía cómo se deterioraban las relaciones entre ambos hombres—, cierto es que la Historia es implacable. Prueba de ello es que durante mucho tiempo se acusó al gran general César de haber incendiado en el pasado la Biblioteca. Una acusación del todo injusta.

—Me parece, maestro —sugirió Rhazes—, que, puesto que Amr se compara con un general romano, Hipatia sería la persona ideal para relatarle el encuentro entre César y Cleopatra.

—Prefiero contárselo yo mismo mañana —dijo Filopon—. La guerra y la política no son temas apropiados para una joven refinada.

Te lo ruego, mi dulce Rhazes, suplicó interiormente la hermosa erudita, no estés celoso. No tengo otros medios, como simple mujer que soy, que el encanto y la seducción para convenir a Amr en nuestro aliado. Háblale a su mente, yo hablaré a su corazón. Y me propongo, sin que tú lo sepas, darle una cita para esta noche en lo alto del Faro. Un hombre del desierto no puede sino sentirse atraído por la doble profundidad del cosmos y del alma femenina.

La cabellera de Berenice

(Intermedio nocturno)

Bajo la columnata rematada por la estatua del dios Zeus, a doscientos codos por encima del nivel del mar, la oscuridad caía lentamente y parecía brotar de los rincones. El sonido de una flauta tremolaba en la lejanía. La mirada de azabache del conquistador de Alejandría se posó en la joven griega que se mantenía erguida ante él.

—Hermosa doncella —dijo con su voz cálida—, he acudido sin vacilar a tu misteriosa cita. Heme aquí en lo alto de esta torre, dispuesto a escuchar una de tus sabias lecciones.

—Te lo agradezco, general —dijo Hipatia juntando las puntas de un gran velo que la cubría casi por completo—. Te agradezco que hayas tenido la gentileza de escuchar mi ruego.

—A cambio —sonrió Amr—, ¿me concederás tú un favor?

—Soy tu humilde sierra —dijo Hipada esbozando una graciosa reverencia.

—Te ruego que apartes ese velo que oculta tu belleza. Es cruel por tu parte esconder esos ojos que parecen conversar con las gacelas, esas cejas arqueadas como la luna menguante en una noche de ramadán, esas mejillas...

—General —le interrumpió la muchacha en un tono de reproche—, no te confundas. Esta invitación nocturna, hecha sin que lo sepan mi tío Filopon y Rhazes, no significa que esté dispuesta a escuchar tus galanterías, por muy agradables que sean. Hay bellezas menos efímeras que un rostro de mujer, y éstas son las que quiero mostrarte.

A pesar de todo, mientras hablaba, la muchacha había hecho resbalar con toda intención el velo que la cubría, dejando entrever su cuerpo esbelto de cintura estrecha y formas armoniosas, cubierto por una túnica. La bella alejandrina había peinado su cabellera en trenzas sujetas por cintas, y se mantenía muy tiesa poniendo de relieve su talle y su pecho sin faltar en absoluto al pudor. Pero de pronto alargó el brazo y señaló con el índice el horizonte.

—Contempla, Amr —dijo con un aire medio travieso, medio enojado, y sin darle al beduino tiempo de pronunciar un nuevo cumplido—, contempla la curva del mar mientras el día declina. Cuando te hablé de la redondez de la Tierra y de las mediciones hechas por nuestros sabios, pareciste más sensible a la música de mi voz que a la verdad de mis palabras. Contrariamente a lo que puedas creer, eso no es muy halagador para mí. Te ruego, pues, que observes con tus propios ojos la curva del mar...

— ¡Sea! Escucho y miro —dijo Amr, divertido por el tono de falso enojo que había adoptado la muchacha.

—Para vosotros, los hombres del desierto —prosiguió Hipatia con seriedad—, el horizonte está ondulado por las dunas, de modo que no percibís la verdadera forma de la Tierra. Pero para los marinos, que ven cómo los barcos desaparecen detrás del horizonte, la antigua creencia en una Tierra plana no es verosímil. Por lo demás, tampoco es preciso navegar para apreciar la curva del globo. Basta con subir a un alto promontorio.

De hecho, la erudita alejandrina había dado cita al conquistador de Egipto en lo alto del célebre Faro. Amr se había hecho relatar la historia del prodigioso monumento, sin duda una de las Siete Maravillas del mundo. Muy recta, la torre se recortaba contra el cielo y durante el día era visible desde una distancia infinita. Por la noche, por muy agitado que estuviera el mar, los marinos distinguían la gran hoguera que ardía allá arriba y podían dirigirse directamente hacia el cuerno del Toro, sin verse desviados hacia Paraitonion, que estaba rodeado de peligrosos arrecifes. Mil años antes, su arquitecto, Sostratos, había

inscrita su propio nombre en la piedra, pero luego lo había ocultado bajo una capa de cal para grabar encima el del monarca reinante. Sabía perfectamente que, al cabo de poco tiempo, ese nombre caería junto con el revoque y se vería aparecer el suyo. Había actuado así no para obtener la gloria durante la corta duración de su propia vida, sino para ser conocido en los siglos venideros, mientras la torre estuviera en pie y subsistiera su obra. Algo parecido, pensó Amr, a los actuales constructores del islam, cuya obra espiritual estaba destinada a inscribirse en la eternidad sólo para aclamar el nombre de Alá.

Desde lo alto del Faro, se abarcaba una inmensa perspectiva. Mirando hacia el mar, el cielo, de un azul turquesa muy puro, comenzaba a oscurecerse en el horizonte, pero las linternas del Faro no se habían encendido aún para guiar a los marinos. Ello se debía a que, después de la cita secreta que le había dado Hipatia, el general había ordenado retrasar dos horas el encendido del Faro, no sin antes haberse asegurado de que ningún navío importante era esperado en el puerto.

—El Profeta no consideró útil hablar de la forma de la Tierra —murmuró Amr, al que la belleza del crepúsculo volvía soñador.

—Tampoco Jesús o Moisés, ya lo sé, y me atrevo a afirmar que semejante olvido es muy lamentable. ¿Acaso no fue el Creador el que dio su forma al Universo, para que nuestros ojos o en su defecto nuestro entendimiento pudiesen captar toda su grandeza? Los sabios de Alejandría habían comenzado a desvelar esta grandeza, esta belleza oculta a las miradas de los ignorantes. Pero vosotros, los creyentes, nos llamáis paganos. Todo nuestro saber está desapareciendo. Por eso te suplico, Amr, que no concluyas lo que los doctores en teología, de cualquier religión que sean, comenzaron antes que tú: la destrucción sistemática de la ciencia natural. Piensa que, dos siglos antes de la fundación de la ciudad, el filósofo Anaxágoras dio ya la prueba irrefutable de la forma de la Tierra: la sombra que ella produce durante los eclipses de Luna es circular, un fenómeno inexplicable si nuestro mundo fuera plano, pero lógico si es esférico. Ahora bien, ¿qué pretenden enseñarnos hoy, tras mil años de «civilización»? Los Padres de la Iglesia cristiana han decretado que la Tierra es plana. Basilio y Cirilo de Jerusalén afirman que el mundo tiene la forma de un altar, encima del cual se levanta un universo en forma de tabernáculo. Más grave aún, Ambrosio y Agustín de Hipona reprueban cualquier conocimiento de la naturaleza. Estos pensadores, con todo y con ser hombres cultos, opinan que al disponer de la palabra de Jesucristo y de la lectura del Evangelio, ya no tenemos necesidad de curiosidad ni investigación. Al cristiano le basta creer que la causa de todos los fenómenos, sean celestiales o terrenales, visibles o invisibles, no es sino la bondad del Creador.

— ¿Te atreves a dudarle? —dijo Amr, algo sorprendido e impaciente por tan largo discurso, cuando él esperaba otros temas de conversación—. ¿Acaso no dice también nuestro Corán —prosiguió— que los siete cielos y todo lo que contienen celebran la gloria de Alá? Todo lo existente ensalza su poder. Pero vosotros, los paganos, no comprendéis esos elogios.

—Es cierto —replicó Hipada, herida en lo más vivo— que no soy cristiana como mi tío, ni judía como Rhazes. Y no me he convertido aún a tu fe. El conocimiento del Universo por las ciencias y las artes es la única religión que practico, adornada con ciertos principios inmortales de la filosofía platónica. Mi tío Filopon me acusa a veces, para pincharme creo, de consagrarme a los ritos paganos y a los misterios órficos. Pero no soy una pagana, pues en mi particular culto a Urania, la musa de la astronomía y la geometría, así como a su hermana Euterpes, la música, va incluida la creencia de que en el espacio se encuentran las bases de la geometría divina. Cada astro ha sido colocado en su sitio, a imagen y

semejanza de las lámparas que custodian la sepultura de Cristo, en Jerusalén, o la de tu Mahoma, en Medina.

Amr no respondió, sorprendido por los irrefutables argumentos de aquella hechicera demasiado hermosa. Permanecieron el uno junto al otro en silencio unos instantes, estremeciéndose un poco a pesar de la suavidad de la atmósfera. El disco rojo del sol se zambulló en el mar y comenzaron a brillar las primeras estrellas.

—Para el pueblo de Egipto, cuando Ra, el dios sol, cierra sus párpados por la noche, las tinieblas oscurecen la tierra —murmuró Hipatia.

—Pero el cielo, en cambio, entreabre su estuche infinito —añadió el beduino que, conquistado por la grandeza del espectáculo, prosiguió con un tono distinto, casi solemne—: Las estrellas me hacen pensar en racimos de oro que cuelgan del emparrado de las noches...

—Si éstos son los versos que te complace escribir en la soledad del desierto, querido Amr, son un buen homenaje a la belleza de la Creación. —La joven dejó de hablar y sonrió. Luego se volvió bruscamente hacia él, como arrancada de una breve ensoñación—. Hiparco de Nicea, el más glorioso de nuestros astrónomos, dijo que cuando unas estrellas se encienden, otras cambian de color, y otras más se apagan. Lamentablemente, seguimos ignorando la naturaleza esencial de las estrellas. Las contamos, las clasificamos por orden de magnitud, las agrupamos en forma de constelaciones. Pero, tras su fijeza aparente, los cielos cambian, una hirviente vida los anima. Por eso los poetas escribieron libros que cuentan sus leyendas.

Amr se acercó imperceptiblemente a ella.

—Me gustaría que me contases una de esas leyendas. Hipatia divisó en la penumbra el fulgor de sus ojos que estaban fijos en la lejanía.

—Mira —murmuró—, ¿ves los cinco luceros que acaban de aparecer, allí arriba, y dibujan una especie de silla?

Con su brazo desnudo, había trazado un pequeño círculo en el cielo, en dirección norte.

—Permíteme que te haga observar —respondió Amr— que esas estrellas son bien conocidas por los beduinos. Pero nosotros vemos en ellas una especie de mano que señala con el dedo las estrellas situadas delante.

Hipatia inclinó la cabeza.

—La leyenda de esas estrellas está escrita en un libro de la Biblioteca. —Tomó de pronto una entonación monocorde y levemente enfática, como si procurara recordar las palabras justas—. He ahí a Casiopea, reina de Etiopía. Se halla en las alturas junto a su marido, Cefeo. Brilla incluso cuando la luna resplandece toda la noche. Al igual que una llave que introduce sus dientes de hierro y mueve los pestillos de una doble puerta cerrada desde el interior, así están dispuestas sus estrellas. Con expresión estremecida, tiende las manos como deplorando la pérdida de su hija Andrómeda, que expía las faltas de su madre.

—¿Qué abominable falta cometió, pues, esa madre? —preguntó Amr con una pizca de burla.

—Casiopea —prosiguió Hipatia con impaciencia, como si temiera perder el hilo— había tenido la vanidad de creerse más hermosa que las Nereidas, a pesar del color negro de su piel. Las ninfas suplicaron a Neptuno, su padre, que vengara aquella afrenta. El dios de los mares envió a un monstruo que causó espantosos estragos en las costas de Siria.

Para conjurar aquella plaga, Cefeo encadenó a su hija a una roca y la ofreció en sacrificio al monstruo...

Amr esbozó una mueca dubitativa.

—Observa —prosiguió Hipatia en un tono menos sentencioso—, observa la constelación de Andrómeda. Puedes verla por entero, antes incluso de que llegue la oscuridad de la noche, tan brillante es el resplandor de su cabeza, y tan blanco el fulgor de sus anchos hombros. En torno a su talle brilla un pequeño cinturón de fuego que recoge su túnica... Extiende sus brazos encadenados, como si la fuerza de la roca los retuviera.

—Veo sobre todo —dijo maliciosamente Amr— que, no contenta con ser hermosa y sabia, conoces a fondo la literatura.

—En verdad, no he hecho más que recitar de memoria los versos del gran poeta Arato.

—¿Otro griego de Alejandría?

—Un alumno de Eudoxo, uno de los primeros que llegó al Museo siguiendo los pasos de Euclides. Pero se sentía más inclinado a la poesía lírica que a la severidad del razonamiento geométrico. Un poco como tú, general. De modo que Arato prefirió cantar las constelaciones en un poema que lo hizo célebre en toda Grecia.

—Hermosa doncella —dijo Amr acercándose un poco más a la muchacha— no me canso de escuchar el melodioso sonido de tu voz. Tu boca tan finamente dibujada como el sello de Salomón, tu cabellera que ondea en la brisa...

—General —le interrumpió Hipatia con firmeza—, te ruego de nuevo que cambies de tema. —Luego, en un tono más severo, añadió—: Si pretendes acariciar una cabellera, hazlo más bien con la mirada. Fíjate en esa pequeña agrupación de estrellas. Allí, entre Arcturo y Leo; la llaman la Cabellera de Berenice.

El general carraspeó, ofendido por el desaire.

—¿No me hablasteis ya de una Berenice, esposa del primer Tolomeo? —dijo malhumorado, aunque deseando probar que tenía buena memoria.

—En efecto, pero esta Berenice vivió un poco más tarde y fue la esposa de Tolomeo III Evergetes, el bienhechor. Escucha su historia. A Omar no puede interesarle, pero a ti sí, porque es una historia de poetas.

—En tal caso, escucho y obedezco —dijo Amr haciendo una mueca cómicamente resignada. La joven continuó su explicación.

—Apenas subido al trono, Evergetes tuvo que ir a combatir contra el rey seléucida, que dominaba Siria. Berenice, inconsolable, le juró a Venus que sacrificaría su opulenta cabellera si su amado regresaba victorioso. El mismo día del regreso del rey, ella llevó al templo la famosa cabellera. Pero, durante la siguiente noche, ésta fue robada por un sacerdote de Serapis, indignado por el hecho de que la reina hiciera un sacrificio a una diosa griega. Su acción provocó la desesperación de Berenice y el furor de Evergetes. Sólo un astrónomo supo calmar el resentimiento de los esposos. Se trataba de Conón de Samos, cuya ciencia era muy venerada, pues había escrito siete libros de astronomía y se había carteadado con Arquímedes de Siracusa. El sabio, mostrándoles esa agrupación de estrellas, afirmó que acababa de aparecer en el firmamento y que no era sino la propia cabellera de Berenice, llevada por Venus a la bóveda celeste.

—Una reina, y además joven —ironizó Amr—, convencida de pertenecer a una raza distinta a la del común de los mortales, estaba sin duda más que dispuesta a creerse tan pagana fábula.

—Los príncipes, paganos o no, están siempre ávidos de escritos que celebren su gloria. Los sabios y los poetas conocen bien estas debilidades. Sin duda por eso, después

de que Conón hubiera dibujado una larga melena en el globo celeste del Museo, el gran Calímaco, en el crepúsculo de su vida por aquel entonces, compuso sobre esa cabellera una elegía que inmortalizó a la reina Berenice:

«Estaba yo recién cortada y mis hermanas me lloraban cuando, de pronto, con un rápido batir de alas, el dulce soplo del céfiro me lleva a través de las nubes del éter y me deposita en el venerable seno de la divina noche Cypris. Y a fin de que yo, la hermosa melena de Berenice, apareciese fija en el cielo brillando para los humanos en medio de los innumerables astros, Cypris me colocó, como nueva estrella, en el antiguo coro de los astros.»

Hipatia había comenzado a salmodiar los últimos versos, mientras el son de la flauta seguía oyéndose a lo lejos. De nuevo subyugado, Amr exclamó:

—¡Qué armoniosa leyenda está plasmada en tu cielo! Y diríase, dulce Hipatia, que en la escena celestial cada figura sigue desempeñando el papel que representaba en la tierra, entre sus cómplices o sus enemigos.

—Tienes razón —asintió la muchacha—. Apolo colocó su flecha en el firmamento, Dioniso depositó allí la corona de su esposa Ariadna, Zeus alojó en el cielo a su antigua amante Io, transformada en Osa por Artemisa...

Amr miró con aire ausente por encima del horizonte que se había vuelto casi negro. De pronto, en sus ojos brilló su cálida inteligencia y dijo:

—Nosotros, los beduinos, tenemos con frecuencia la bóveda estrellada como techo. Y en ninguna parte parece el firmamento más cercano a la tierra que en medio del desierto. El desierto nos invita al cielo. En la soledad y el silencio de las dunas, el espíritu que piensa siente en ocasiones la dilatación del infinito. Varias veces, antaño, junto a mi abuelo, sentí esa experiencia interior, casi mística... Veía, oía, adoraba la música del cielo en el silencio universal... —Calló unos instantes, como si escuchara una melodía perdida. Luego prosiguió con voz más firme—: Desde que me convertí a la palabra del Profeta, tengo por seguro que es preciso limitarse a la pura contemplación de las maravillas de Alá. Contemplar es recibir, recibir es ser recibido. Así pues, ¿para qué medir mil y una distancias celestiales, para qué los complicados cálculos de Aristarco y de Eratóstenes, para qué las minuciosas observaciones de tu Hiparco y de todos esos astrónomos? Mide simplemente la sinceridad y la piedad en tu corazón, y sabrás las distancias en el cielo. Por otra parte, si le hablo de astronomía, el califa Omar no dejará de preguntarme cómo el sabio estudio del cielo puede servir para propagar la fe del islam.

—Si así piensas, deja que te haga una simple pregunta, Amr. Cuando tú y tus hermanos musulmanes lleváis a cabo vuestras plegarias, ¿no debéis volveros hacia vuestra ciudad sagrada?

—Eso es cierto, pues el Corán dice: «Girad vuestros rostros hacia Él estéis donde estéis.» Al comienzo, como los judíos, los musulmanes oraban vueltos hacia Jerusalén, pero dos años después de la llegada del Profeta a Medina, éste nos pidió que volviéramos el rostro hacia la Kaaba, el sagrado templo que se remonta a la época del profeta Abraham, en La Meca.

—He podido observar que aquí, en Alejandría, muchos de tus hermanos no se ponen de acuerdo cuando se trata de extender en el suelo la estera de oración y orientarla hacia La Meca lejana...

—Te es muy fácil burlarte de la ignorancia de mis soldados, hombres simples y zafios, aunque animados por la verdadera fe. Sabe que, en todas las mezquitas de mi país, se ha construido en el muro una hornacina orientada con precisión hacia La Meca. A la hora

de las oraciones, todos los creyentes se prosternan ante esa hornacina, la Mihrab, y todos están unidos en la misma dirección, la Qibla.

—Pero piensa en lo siguiente —razonó Hipatia sin desconcertarse en absoluto—. ¿No desea tu islam extender su poder sobre la tierra entera? ¿Has pensado entonces, Amr, lo difícil que sería hallar con exactitud la Qibla desde cualquier lugar de tan vasto mundo? Reconoce que el problema escapa del ámbito de la fe para entrar en el de la geometría y la geografía, y por ende en el de la astronomía.

—Vaya, como era de esperar, insistes en glorificar el genio de tu Euclides.

—Te engañas, pues esta vez la solución no la puede dar la geometría plana de Euclides, sino la geometría esférica de Hiparco.

—Parece que la cosa se complica.

Amr lo dijo bromeando, para evitar deslizarse hacia una discusión que no deseaba. A decir verdad, no tenía en aquel momento la cabeza para razonamientos geométricos, ni siquiera para defender la verdadera fe. Sencillamente, la muchacha despertaba su sensualidad más que su intelecto. Hipatia lo advirtió, pero eso no le impidió proseguir implacablemente:

—Al igual que hay relaciones que se refieren a las magnitudes de un triángulo trazado sobre una hoja plana, hay otras relaciones más complicadas que vinculan a las magnitudes de un triángulo trazado en una esfera. Hiparco calculó todo esto. Estableció unas tablas de números que permiten hacer mediciones rectas a lo largo de líneas circulares.(11)

—Perfecto. Pero ¿qué relación existe entre esas áridas matemáticas y la observación de las estrellas?

—La relación se llama astrolabio. Un instrumento inventado por Hiparco que mide la posición de las estrellas en el cielo. Esta posición, en un momento dado, depende de las coordenadas geográficas del lugar desde el que se hace la observación. Y, de un modo recíproco, el conocimiento del lugar permite saber la hora. ¿Me oyes, Amr? ¡La hora! ¿Cómo lo haréis tú y tus hermanos musulmanes cuando, en los países lejanos que hayáis conquistado, tengáis que saber las horas exactas en las que debéis prosternaros para la oración? ¡Sólo el astrolabio podrá salvaros!

— ¿Te atreves a afirmar que la expansión del islam precisa del astrolabio?

— ¡Es evidente! —afirmó Hiparla con una mezcla de convicción y regocijo—. En el futuro, los sabios de tu país podrán incluso perfeccionar el instrumento y encontrar para él mil usos más, en los que ni el propio Hiparco ni sus discípulos pensaron nunca. Por lo demás, yo misma soy bastante experta en astrolabios —añadió no sin vanidad— y los he construido con mis propias manos. En cuanto a mi tío Filopon, ha dado de ellos descripciones muy minuciosas. Te traeré mañana, valeroso general, ese pequeño instrumento que cabrá en la palma de tu mano. ¡Un modelo del Universo entero! Todos los conocimientos sobre el Cielo y la Tierra reunidos en un disco de metal que lleva grabados curvas, ábacos, cifras y símbolos. ¿No es un instrumento que alaba la gloria del Creador? Y todo inventado por Hiparco, de quien te burlas. Al igual que se burlaron de él, en vida,

los espectadores de un anfiteatro cuando le vieron, en pleno verano, vestido con un pesado manto y tocado con el petaso, porque había predicho una tormenta.

Amr se relajó y se echó a reír diciendo:

— ¿Debo hablarle también de ese hombre extraordinario a mi califa?

—Sin duda —respondió Hipatia más aplacada—, pues al hablar de Hiparco citarás a uno de los más preclaros hombres de Alejandría. Y no te he hablado aún de su mayor título de gloria.

—¿Hay algo más?

—Hiparco descubrió la precesión de los equinoccios...

—¿Qué es ese nuevo horror? La joven fingió no haber oído el sarcasmo y prosiguió en un tono profesoral:

—Se creyó durante mucho tiempo que el eje del mundo (que atraviesa la Tierra en su centro, la mantiene en equilibrio y sirve para la rotación del Cielo) permanecía siempre fijo en el mismo lugar, sin moverse un ápice. Pues bien, Hiparco encontró una pequeña diferencia entre la posición de Spica, la estrella más brillante de Virgo (dada por Aristilo y Timocaris, unos astrónomos que habían trabajado en Alejandría en tiempos de Euclides) y la que él mismo había medido.

—¿Y es eso grave, doctor?

La muchacha soltó un suspiro levantando los ojos al cielo, como hastiada por la observación de un inútil. Prosiguió su demostración pronunciando claramente las palabras:

—Eso quiere decir que la longitud del año no es fija.

—¿Ah, y cómo haces para calcular la duración de un año entero? ¿Les das vueltas y vueltas a los relojes de arena?

Hipatia hizo el ademán de quien se arma de paciencia.

—¿Has oído hablar de los equinoccios, esos momentos del año en que el día tiene una duración igual a la de la noche, y ello en todas los puntos de la Tierra?

—Bah, no somos del todo ignorantes en Arabia —respondió el alumno en un tono más serio—. Y sabemos perfectamente que hay dos de esos equinoccios. Uno al principio de la primavera, otro al principio del otoño.

Algo sorprendida, la joven alejandrina prosiguió:

—Pues bien, en el equinoccio de primavera, cada año, el Sol se encuentra en el zodíaco en una posición precisa, que los astrónomos saben situar. Pueden pues establecer la duración exacta del año, contando el tiempo que separa dos equinoccios de primavera sucesivos.

—Eso me parece claro, aunque muy aburrido...

—Si el eje del mundo estuviera fijo —prosiguió Hipada sin perder la paciencia—, esta duración sería siempre la misma. Ahora bien, Hiparco descubrió que, año tras año, la posición del Sol en el equinoccio se desplaza. Y el desplazamiento se acumula a lo largo del tiempo. El equinoccio de primavera tenía lugar en la constelación de Tauro hace veinte siglos, como demuestran las tablillas de Babilonia que conservamos como un tesoro en el departamento de antigüedades de la Biblioteca. Hoy, el Sol de equinoccio está en la constelación de Aries. Dentro de dos mil años, si el mundo sobrevive a la locura de los hombres, la primavera nacerá en la constelación de Piscis.(12) Y si sólo vas a retener una cosa de todo este razonamiento que parece superarte, Amr, recuerda que sin los rollos de

la Biblioteca donde están consignadas las observaciones de los Antiguos, ninguno de estos grandes descubrimientos habría sido posible.

—Si he comprendido bien, lo que en términos eruditos denominas precesión de los equinoccios no es más que el humor variable de las estaciones...

Hipatia quedó desconcertada, luego, relajándose por fin, concluyó:

—General, no eres tan tonto como a veces pretendes ser.

—En eso estamos de acuerdo —respondió él con cierta vanidad—. La verdad es que, en muchos puntos, ambos concebimos las cosas del mismo modo...

Y de pronto, sin ponerse de acuerdo, soltaron la carcajada. Hacía ya rato que Amr estaba impaciente, hastiado de tantas lecciones de astronomía, y se sentía de humor frívolo. No quería que esa arrobadora hechicera le enseñara a medir la Tierra o a leer en los cielos. Su universo, en aquel instante, era el de Ovidio, y el amor el único tema digno de ser cantado. Como por un extraño contagio de los estados de ánimo, la joven alejandrina sintió a su vez una profunda turbación. En un instante, la atmósfera entre ambos cambió de un modo radical, como por arte de magia.

—¿No crees que me miras con demasiada intensidad? —dijo ella en voz muy baja.

Sin responder, Amr le tomó lentamente las manos y ella no se resistió.

—¡Oh, mujer, fermento de todas las emociones! —susurró—. ¡Que unas manos tan bonitas sirvan para tocar un astrolabio o un compás! ¡Que esos ojos tan hechiceros se dediquen a observar el curso de los planetas! No, la mano de Venus está hecha para tocar el laúd de los amores y tus hermosos ojos deben ser mis astros aquí abajo.

El pecho de la muchacha palpitaba, sus senos se alzaban suavemente bajo el fino paño de la túnica.

En aquel mismo instante, la puerta de acceso a lo alto del faro se abrió ruidosamente. Dos oficiales irrumpieron bajo la columnata llevando en la mano grandes antorchas que deslumbraron a la pareja. Deshaciéndose en excusas, los militares dijeron al dueño de la ciudad que venían a encender las linternas del Faro, como él mismo les había ordenado. Habían aguardado incluso más de lo razonable, pues hacía tiempo que había caído ya la noche, y la oscuridad podía poner en peligro la vida de los marinos.

Hipatia aprovechó la interrupción para serenarse. Apartándose de Amr, recogió su velo, se envolvió por completo en él y, tras haber hecho una breve reverencia, se retiró precipitadamente sin pronunciar palabra.

Despechado, pero en el fondo lleno de alegre excitación, el conquistador de Alejandría permaneció unos minutos allí para observar la operación del encendido. Bajo la cúpula sustentada por ocho columnas se elevó muy pronto una brillante hoguera de madera resinosa, cuya luz, reflejada por los espejos que la rodeaban se extendió hacia el mar.

Algo más tarde, mientras bajaba del faro en compañía de sus oficiales, Amr recordó que al día siguiente tendría que recibir una clase de historia, mucho menos divertida, impartida por el viejo Filopon sobre un emperador romano y una reina de Egipto.

El soldado y la diosa

(Tercer curso de Filopon)

Alejandría inspiró durante mucho tiempo a los romanos la misma pasión temerosa y colérica que la del humilde pastor por la hermosa princesa... O la del más inculto de los soldados por la más refinada de las mujeres.

Julio César estaba muy lejos de ser un humilde pastor. Presumía incluso de descender de una de las más antiguas familias romanas. Tampoco era un inculto guerrero, y el relato que hacía de sus conquistas estaba compuesto en un latín muy puro, al modo ateniense: de joven, había terminado sus estudios en la ciudad ática. Por lo que se refiere a si tenía temple de soldado, no soy lo bastante entendido en el arte militar para afirmar eso ante un general tan brillante como tú. Pero sé que sus enemigos vencidos alababan su clemencia.

César vino a Alejandría para arbitrar un nuevo conflicto dinástico entre dos hermanos, que se llamaban ambos Tolomeo, evidentemente. El mayor, claro está, se había casado con su hermana, que, como habrás comprendido, se llamaba Cleopatra; era la séptima en llevar este nombre. Se desposaron siendo aún muy niños: Tolomeo XIII, al que dieron el absurdo título de Dioniso, dios del vino y de los placeres, sólo tenía diez años.

Los verdaderos dueños de Egipto eran los tutores del joven rey: un general, Achillas, que ambicionaba el trono, y un eunuco llamado Potino. Éste, al menos, no corría el riesgo de fundar su propia dinastía. Para él, el único modo de pasar a la posteridad era ser tan inmortal como un libro. Compró pues, a precio de oro, el prestigioso cargo de bibliotecario. Las intrigas, la corrupción, los motines y las revueltas eran cosa cotidiana en el reino. Expulsada por las maniobras de Potino y Achillas, Cleopatra tuvo incluso que refugiarse por algún tiempo en Siria.

Mientras, la República romana seguía acumulando conquistas. No necesitaba ya presentarse como intercesora en los conflictos locales para ocupar las naciones que reclamaban su ayuda. Se las anexionaba, pura y simplemente, permitiendo a veces que reinara, sin gobernar, un rey de paja o un gobierno fantoche. Aquí y allá estallaban revueltas contra el ocupante, pero esas revueltas eran brutalmente reprimidas, y acto seguido los botines, los rescates y los esclavos eran despachados hacia Roma, como vertidos en un gran embudo. Muy pronto sólo quedaron fuera de la tutela de la República, Alejandría y Egipto. ¿Fue un confuso respeto hacia el glorioso pasado del país de las pirámides, del Faro y de la Biblioteca lo que mantuvo a las legiones lejos de nuestra nación? ¿No sería más bien que los estrategas del Senado consideraron que el fruto no estaba aún lo bastante maduro y que iba a caer por sí solo? Pero el Senado ya sólo era la sombra de sí mismo. El ideal republicano de la espada y el arado se había olvidado. Aquella casta patricia agarrada a sus privilegios veía con inquietud que el prestigio de sus tres principales generales crecía ante el pueblo y el ejército. Así, para alejar a los tres ilustres soldados, les entregaron a cada uno —Craso, César y Pompeyo— la tercera parte de los países conquistados.

Pero nuestros tres generales se pusieron de acuerdo y se coaligaron contra el Senado. Con la esperanza de llegar a ser los dueños de Roma, se repartieron los puestos y los poderes. El Senado, sin el apoyo del pueblo y la fuerza de las legiones, no era nada frente a ellos. Pero Craso murió mientras trataba de reprimir un levantamiento de los partos. Aquejado de una avidez sin límites, había arruinado a las provincias que estaban a su cargo. Murió por donde había pecado: los partos le vertieron en el gahzate oro fundido. A

partir de entonces, el enfrenta-miento entre los dos supervivientes, César y Pompeyo, se hizo inevitable. El primero tenía orgullo y ardor; el segundo, paciencia y habilidad. César poseía la salvaje Galia, que había conquistado él solo; Pompeyo tenía en su lote todo lo demás, es decir Grecia, Asia y África, a excepción de Alejandría, claro está. Entre ambos se hallaba Roma. César fue el primero que se atrevió a entrar en la capital, a la cabeza de su ejército. El Senado se inclinó ante él. Pompeyo, por su parte, huyó hacia Grecia. Derrotado por los helenos rebeldes, tuvo que huir de nuevo. Ya sólo le quedaba Alejandría. Corrió a refugiarse allí, esperando que César no le persiguiera. ¡Fatal error! Al hacerlo, abandonaba el imperio y traicionaba a Roma. Pompeyo perdió a sus últimos partidarios. La flota de César puso entonces rumbo hacia la antigua ciudad de los Tolomeos. Lleno de pánico, el joven rey o, mejor dicho, sus tutores asesinaron a Pompeyo.

Dos días después del crimen, cuando César desembarcó, le presentaron la cabeza de su rival. Con lágrimas en los ojos, César la hizo enterrar al pie de las murallas. Luego, contra todo lo esperado, se quedó en Alejandría, mientras en Roma le ofrecían el Capitolio. Afirmó que deseaba primero hacer de árbitro en las disputas entre la facción del rey Tolomeo y la de su hermano menor. Nadie le creyó. Estaba claro que quería volver a la Ciudad como dueño y señor de la única pieza que le faltaba al Imperio, la más hermosa y más rica también: Egipto. Si lo lograba, nadie en el Senado se atrevería ya a discutirle nada.

El general sospechaba que en el barrio de los palacios, verdadera ciudadela donde había instalado su acantonamiento, intentaban asesinarle, como hicieron con Pompeyo. A la cabeza de la conspiración estaba Achillas, señor omnipotente del ejército egipcio, y también de los destinos del joven rey. Durante un banquete, el barbero de César, que merodeaba con cierta inquietud por los pasillos, sorprendió a Potino dándole a un sirviente la orden de servir una copa de veneno al general romano. El barbero corrió a avisar a su amo que, de inmediato, hizo rodear el ala del palacio. Acabaron con Potino, pero Achillas y Tolomeo pudieron huir y provocar una insurrección general contra las tropas de César.

Pese a la importancia de su ejército, al que se habían añadido los soldados de Pompeyo, Achillas prefirió atacar por mar. Su flota penetró en la rada y echó el ancla bajo las murallas que se levantaban junto al agua. De inmediato, César hizo lanzar sobre los navíos enemigos antorchas untadas de pez inflamada. Muy pronto, la rada y el puerto sólo fueron un enorme brasero...

Los cuatro elementos son también los cuatro enemigos de los libros. El aire los corroe si nadie se preocupa de ponerlos a salvo en los armarios, el agua les borra las letras si no les toca a menudo el sol, el polvo los cubre si se los deja arrumbados demasiado tiempo. Pero el fuego es el peor de sus enemigos, pues el hombre nada puede hacer para protegerlos de las llamas. Y es el propio hombre el que provoca los incendios, producidos por la guerra, el odio al saber, el miedo a la verdad o, más frecuentemente, por la simple negligencia. Es incontable el número de bibliotecas destruidas por un fuego cuyo origen nunca se ha llegado a conocer. Pero siempre se ha señalado a un culpable sin que importara la verosimilitud de tal acusación. Y aunque el denunciado resultara ser inocente, nunca ha quedado libre de sospecha, porque sobre él recae el oprobio universal: quemar los libros es quemar a los antepasados, quemar a tu padre y tu madre, quemar tu alma, quemar con ella a toda la humanidad.

César tenía numerosos enemigos, tanto en Roma como en el resto del Imperio. Su ambición de hacerse él solo con el poder, ya fuese como dictador o como rey, era demasiado flagrante, aunque su ejército le era fiel en cuerpo y alma y el pueblo humilde

de la ciudad latina le amaba. Así pues, desde el otro lado del mar, los dirigentes romanos le acusaron de haber saqueado Alejandría e incendiado la Biblioteca.

Pues el incendio que supuestamente él había provocado, se había extendido por el puerto. Allí había almacenes que no sólo contenían trigo sino también unos cuarenta mil rollos de pergamino, copias destinadas a ser enviadas y vendidas en las cuatro esquinas del Mediterráneo y especialmente en Roma. Únicamente estas copias quedaron destruidas, pero esto bastó para que a César le haya perseguido la fama de incendiario de libros hasta la época presente, tanto tiempo después de su muerte.

César había vencido en Egipto: Aquiles se había suicidado, Tolomeo había perecido ahogado en el Nilo, pues a los trece años el rey no había aprendido a nadar. Pero, derrotada por la guerra, Alejandría triunfó por el amor. Cierta día, poco después de esta victoria, en el palacio real de Alejandría se presentó un esclavo con un regalo para César, una alfombra que, al ser desenrollada, descubrió a una muchacha de gran belleza. Era Cleopatra, la hermana y esposa del rey ahogado, que había regresado de su exilio en Siria. «Oh, César, te ruego que respetes la Biblioteca.» Ésas fueron sus primeras palabras, antes incluso de solicitar ser restablecida en el trono. César, un hombre maduro —tal vez tu misma edad, Amr—, se sintió turbado. Ella tenía treinta años menos que él. Pero más que su deseo viril, la joven despertó su ambición de conquistador. Se le ofrecía la ocasión de desposarla y convertirse en rey de Egipto; luego, a la cabeza de sus ejércitos, podría regresar a Roma y triunfar sin dificultad sobre sus adversarios.

Al fin y al cabo, el pueblo estaba con él. Aristócratas, senadores y caballeros no pensaban más que en enriquecerse a expensas de sus conquistas. La probidad de los soldados-campesinos de antaño había quedado olvidada durante la República. De modo que, de haberse atrevido, César hubiera tenido el apoyo no sólo de la plebe de Roma y todo el ejército, sino también el de los países que había conquistado y que había sabido administrar con prudencia y magnanimidad.

Su mejor aliada, sin duda, habría sido Cleopatra. A pesar de su corta edad, tenía un sentido muy fuerte de sus deberes como reina de Egipto. Y era venerada por los dos principales pueblos que componían su patria: los griegos de Alejandría la admiraban por su belleza y sus conocimientos; el pueblo de los arrabales y la campiña la quería por su sencillez. En efecto, desde Tolomeo Soter, ella era la única de todos los soberanos que hablaba egipcio. Esta veneración se convirtió en culto. Cleopatra era adorada por los griegos como la reencarnación de Afrodita, y por los egipcios, como la diosa Isis.

El idilio entre César y Cleopatra causó escándalo en Roma. Se acusó al general de querer convertirse en rey de Egipto. La reina y él no pudieron desmentir ese rumor, ni siquiera cuando ella se casó con su joven hermano, de once años, que adoptó el título de Tolomeo XIV. Por lo que a César se refiere, tuvo que regresar a Roma para justificarse. Pero esa iniciativa le perdió: cayó bajo los golpes de los conjurados que temían verle coronado rey. De hecho, César murió, sobre todo, por no haber sabido elegir a tiempo entre la fidelidad a su patria y el trono de los Tolomeos que Cleopatra le ofrecía.

Quienes habían matado a César esperaban que los ciudadanos romanos volvieran a estar unidos, como antaño, por los principios de igualdad, fraternidad y libertad. ¡Ilusoria esperanza!

Por otra parte, ¿fue alguna vez la antigua Roma tal como ellos la imaginaban? El pasado aparece siempre muy hermoso cuando el presente está hecho de conflictos. Tú mismo, Amr, ¿acaso no añoras la época en que tu Profeta reinaba en tu país? En realidad,

tú conociste esa época, pues de ella hace apenas veinte años. ¿No será, más bien, que añoras tu juventud?

En Roma, las mismas causas produjeron los mismos efectos. Quien se postuló de inmediato como sucesor de César era su más fiel soldado, Marco Antonio. Había participado en todas las guerras de su jefe y, mientras César estuvo en Alejandría, él fue el verdadero amo de Roma. Sin embargo, qué contraste entre César, el aristócrata refinado y culto, agudo político, brillante estratega, y Antonio, tosco guerrero, amante del buen comer, del vino, de las mujeres, pendenciero y alegre compañero.

La popularidad de Marco Antonio era inmensa, pero los dignos senadores le despreciaban. Le opusieron muy pronto a uno de los suyos, un diplomático hábil y prudente, Lépido. Enseguida apareció un tercer candidato. Un joven, casi un niño, frío, reservado, lleno de silenciosa energía: Octavio, el sobrino de César. Durante algún tiempo, nadie creyó que tuviera alguna posibilidad. Por lo que se refiere a los conjurados que habían matado a César, no tardaron en ser aplastados. No eran tiempos propicios para los idealistas, y la República murió con ellos. De nuevo tres hombres dirigían el imperio, de nuevo era inevitable el enfrentamiento.

La primera víctima no fue uno de ellos, fue el libro. O, más bien, un hacedor de libros, sin duda el más ilustre filósofo romano: Cicerón. Este abogado había estudiado a fondo el pensamiento socrático. Había viajado por todo el *Mare Nostrum* y había pasado largos años estudiando en Alejandría. Habría podido limitarse a ser un brillante adaptador de las grandes escuelas filosóficas griegas a la realidad romana. Lo fue. Pero eso no le bastaba.

Cicerón quería que sus actos estuvieran de acuerdo con sus escritos. Y lo consiguió por medio de la palabra. ¡Y qué elocuencia la suya! Desde lo alto de la tribuna, defendió al débil contra el fuerte, la equidad contra la injusticia, la república contra la dictadura, el poder civil contra la fuerza militar, la tolerancia contra la brutalidad. Su verbo inquietó a nuestros tres generales, pues les impedía combatir entre sí. Por consiguiente, Antonio, Octavio y Lépido se pusieron de acuerdo en una sola cosa: suprimir a Cicerón. Éste recibió el golpe que acabó con él del mismo modo como había vivido: de pie. Con él murieron las libertades romanas.

Entonces estalló la rivalidad de los triunviros. Octavio ocupó Roma y se hizo elegir cónsul. Lépido, prudente, eligió España y África. Marco Antonio reinó sobre Oriente; así llamaban los romanos a todos los territorios situados al este de Italia. Sin embargo, sabían que la Tierra era redonda y que siempre somos el Oriente para otros. Tal vez Marco Antonio lo ignorase. En cualquier caso, se dejó embriagar por la riqueza y la vida muelle en nuestro país y, sobre todo, conoció a Cleopatra.

Desde la muerte de César, la reina de Egipto gobernaba sola. Su pueblo, por fin unido, la había divinizado. Ella había hecho envenenar a su hermano menor y marido, Tolomeo XIV, y había puesto en el trono al hijo que había tenido de César, Tolomeo XV, al que las malas lenguas, dudando de sus orígenes paternos, llamaban irónicamente «Cesarión»: corría, en efecto, el rumor de que César, por el hecho de ser epiléptico, no podía procrear y que además prefería la compañía de los muchachos.

Tras la muerte de su amante, Cleopatra se ocupó de tutelar al pequeño Cesarión y de satisfacer su única ambición: devolver a Alejandría su pasado esplendor, convertirla en la nueva Roma. Cuando vio prosternarse ante ella, lleno de timidez, al poco refinado Marco Antonio, comprendió todo el partido que podía sacar de aquel joven rústico. No le costó en absoluto despertar en él la más loca pasión. La unión de Cleopatra y César había sido la unión de dos ambiciones: el general quería Roma, la reina, Alejandría. Marco Antonio, en cambio, sólo quería a Cleopatra. La tuvo, o al menos eso creyó, pues sólo fue

su esclavo, ya que accedía a sus menores deseos, y de vez en cuando recibía como recompensa una noche de amor, lo mismo que a un perro se le premia con un hueso. Cierta día, él le regaló los restos de la biblioteca de Pérgamo. Trescientos mil rollos, una partida que compensaba ampliamente los que se habían quemado unos años antes en el incendio de los almacenes. Con esa donación, el Museo recuperó un poco de su grandeza pasada.

Esa historia hizo reír mucho en Roma, más incluso que el nacimiento de Cesarión. Antonio, que sin duda no había leído ni un verso en toda su vida, regalaba a su amante las más prestigiosas obras de la ciencia y la filosofía. Sólo Octavio no se rió. Por lo demás, nunca se reía. Había casado a su hermana Octavia con Marco Antonio. Éste, al ofender así a su esposa, había insultado a Roma y traicionado a su patria. Su acción era, sobre todo un flagrante *casus belli*, el mejor de los pretextos para iniciar las hostilidades. Octavio contaba ahora con el respaldo del pueblo y el Senado. El pueblo veía cómo uno de los suyos se dejaba deslumbrar por los espejismos de Oriente y debilitaba su carácter en el estupro y el desenfreno. Los miembros del Senado preferían con creces un aristócrata como ellos a un mercenario imprevisible. Entregado a su pasión, Marco Antonio, que llevaba la vida fastuosa y perezosa de un potentado oriental, no captó ese cambio de la situación. ¡Qué le importaba Roma si tenía a Cleopatra! Sin embargo, para intentar complacer a su reina, organizó la flota más poderosa de todos los tiempos.

Pero sus soldados, romanos en su mayoría, no querían luchar contra sus compatriotas por los bellos ojos de una extranjera; enfrente tal vez tuvieran a un hermano, un amigo, un hijo. No hay peor guerra que la guerra civil, «la guerra que hace llorar a las madres», como decía Esquilo.

Para Cleopatra, el inminente conflicto entre Octavio y Marco Antonio no era más que una fachada. La verdadera guerra tendría lugar entre Roma y Alejandría, entre Oriente y Occidente. Intentó negociar con el amo y señor de la ciudad latina. La respuesta fue brutal: que entregase a Marco Antonio; después, Octavio y el Senado decidirían. Ella se negó, sabiendo que aquello significaría la rendición de los ejércitos de su amante. Egipto, entonces, quedaría inerte ante Roma.

Octavio decidió terminar de una vez. Invadió Grecia, que formaba parte de los dominios de su rival. A Marco Antonio no le quedó ya otro remedio que combatir. Acompañado por sus reblandecidas legiones y la flota de Cleopatra, atravesó el mar para enfrentarse con su enemigo ante Actium, un espolón rocoso. Era el escenario de batalla elegido por Octavio, y allí Marco Antonio quedó muy pronto rodeado por las naves enemigas. Pero incluso entonces habría podido evitar la derrota de no ser porque vio que el navío de la reina de Egipto atravesaba el cerco y emprendía la huida. Cleopatra había comprendido que su lugar no estaba entre aquellos romanos, sino en su reino, junto a su hijo. Loco de desesperación amorosa, Marco Antonio, el feroz guerrero que nunca había retrocedido ante el peligro, desertó y, separándose de su ejército y su escuadra, la siguió como un perro sigue a una perra, dejando desamparado su rebaño ante el lobo.

Los suyos se rindieron sin combatir y se sumaron a la persecución. Muy pronto el ejército romano estuvo ante los muros de Alejandría. Marco Antonio se suicidó sin haber visto de nuevo a la mujer por la que lo había abandonado todo, y sin haber comprendido que no había amado a una mujer sino a una reina.

Octavio envió a la ciudadela sitiada a uno de sus emisarios, que le hizo a Cleopatra mil y una promesas de clemencia. Ella sólo creyó una: su hijo Cesarión sería respetado y subiría al trono de los Lágidas con el nombre de Tolomeo XV, y gozaría de la protección de Roma. Cuando el emisario romano se hubo marchado, la reina sacó de su cesto la

venenosa serpiente sagrada de Amón-Ra y la oprimió contra su seno. Con este gesto se convirtió en diosa e inmortal.

Donde Amr pide ayuda

—Ese Marco Antonio no sólo era un patán sino, además, un traidor —dijo Amr sin dejar de acariciar con el pulgar un pequeño astrolabio que tenía en las manos—. Sacrificaría mi vida a tu belleza, Hipatia, pero aunque fueses reina de Alejandría nunca renegaría de mi fe ni de mi patria. Por lo demás, si lo hiciese, perdería también tu estima.

—Nada de todo eso te pido, general. Sólo te suplico que respetes al más hermoso hijo de Alejandría: su Biblioteca.

—Filopon no ha terminado su historia —replicó el emir, despechado por el tono de frialdad de la muchacha—. ¿Respetó Octavio al joven Cesarión?

—No. No cumplió su promesa —respondió Filopon—. Le hizo matar. Pero fue más bien la Historia la que eliminó a ese niño, pues de nada le servían ya los Tolomeos. Egipto se convirtió en provincia romana; la República se convirtió en Imperio; Octavio se convirtió en Augusto; la Biblioteca y el Museo se convirtieron en propiedad de Roma. En adelante, el propio emperador nombró al bibliotecario, al que dio el título de «sumo sacerdote de los libros». Egipto no existía ya. Sólo la Biblioteca ha perdurado hasta nuestros días. Y Roma reinó sobre el mundo durante cinco siglos.

—Sobre «vuestro» mundo —recordó Amr—, pero no sobre el mío. Y sé que existen imperios, en levante, de donde nos llegan la seda y las especias, imperios mucho más poderosos y perennes que Roma.

—Si quieres también conquistarlos en nombre de tu Dios —dijo Rhazes con ironía—, ¡apresúrate! Muchos de mis correligionarios están ya allí, poniendo manos a la obra. Muchos cristianos, también. No hay sólo seda y especias en India y en China. También hay libros, de los cuales Alejandro trajo unos cuantos. Pero sobre todo, si quieres saber algo más sobre tus futuras conquistas, encontrarás muchos datos sobre ellos en un armario lleno de obras de los geógrafos; podrán serte muy útiles. A menos que toda Asia esté ya descrita en tu Corán.

—Pero ¡deja ya de burlarte, eterno bromista! Ayúdame más bien a convencer a mi califa. Si le cuento el abyecto fin de Marco Antonio, se afianzará en su idea de que, fuera de Arabia, todo es sólo perversión y obra del diablo. Temeroso de que mis beduinos y yo nos revolquemos en esos vicios, me ordenará que arrase vuestra ciudad.

—En ese caso, procura deslumbrarle con el destino de Augusto —dijo Filopon—. ¿Qué hombre prepotente resistiría esa tentación?

—Por desgracia, no le conoces. Su odio al extranjero y su miedo al conocimiento le sirven de fe. Lo que más codicia en el mundo son almas para convertir, de buen grado o por la fuerza; las cuenta como un avaro sus monedas. Se cree puro como el diamante; pero, para conseguir sus fines, empleará cualquier perfidia. Para que la verdadera fe triunfe, sería capaz de pactar con el diablo.

—Conozco esa clase de hombres —respondió Filopon—, porque en el pasado he sido víctima de sus maniobras. Y creo que el asunto tiene muy mal aspecto: sólo la muerte podría doblegar a Omar.

—Ayudemos entonces a la muerte —exclamó Hipatia en un tono exaltado—. También Bruto mató a César porque éste quería acabar con la República. ¿No hay entre los tuyos un soldado valiente, de mentalidad abierta, tolerante y magnánimo, capaz de hacer desaparecer a ese tirano fanático?

—Mi pueblo y mi religión son aún demasiado jóvenes, demasiado frágiles —replicó Amr con cierto embarazo—. Semejante jugada podría hacernos caer de nuevo en el paganismo y la barbarie. No, hay que intentar convencerle. Habladme de Alejandría

convertida en ciudad del libro, ciudad de los cristianos y los judíos. He visto aquí tantas iglesias y sinagogas... Es la prueba de que los escritos paganos no la pervirtieron hasta el punto de convertirla en una nueva Babilonia. Amigos míos, he desempeñado el papel de abogado del diablo, y el diablo se halla en Medina. Sé que muchas obras que están aquí no contradicen las palabras del Profeta, sino que incluso a veces las confirman. Pero ¿acaso no hay libros que, mediante la blasfemia, el sacrilegio o la mentira se atreven a oponerse al mensaje divino?

—Sin duda —respondió Filopon—, ¿pero hay que destruirlos por eso? Es más fácil vencer al enemigo cuando se conocen sus artimañas y sus fuerzas. Puedo decirte, en todo caso, que no hay sacrilegio en Platón, ni blasfemia en Aristóteles. ¿Cómo podría haberlos cuando no conocían la palabra divina? Sólo pecaron por ignorancia, ya que son del tiempo anterior a la Revelación. Y desde que los estudio, yo, viejo filósofo cristiano, afirmo haber encontrado a menudo un pensamiento que refuerza mi fe en el Dios único, al igual que un romano podría hallar en Arquímedes el mejor modo de consolidar un acueducto. Estoy, por lo demás, muy lejos de ser el primero en haber emprendido semejante búsqueda. Poco tiempo antes de Cristo, un sabio judío de Alejandría llamado Filón consiguió incluir en el pensamiento hebraico, sin que hubiera contradicción con el Antiguo Testamento, la filosofía de los Antiguos. Pero Rhazes te hablará de ello mañana mucho mejor que yo.

¿Qué mosca le ha picado al anciano?, pensó el médico. Sabe muy bien que no me preocupó lo más mínimo por la metafísica. Bah, adOmaré mi relato con interesantes intrigas de corte. Tal vez eso complazca a este soldado y le dé ciertas ideas.

El judío y el emperador

(Tercer panfleto de Rhazes)

Roma dominaba ya el Mediterráneo y ensanchaba sus fronteras cada vez más hacia el interior de sus riberas. Las riquezas del mundo convergían hacia la capital del Imperio, que las absorbía como una gigantesca esponja. Las riquezas y también los dioses. Con una especie de avidez los romanos llenaban el panteón olímpico con divinidades procedentes de Egipto, Babilonia, Fenicia, India y Aracosia. Baal fornicaba con Venus, Mitra jugaba a los dados con Júpiter, Baco brindaba con Zoroastro.

Nadie era molestado por su religión. O casi nadie. Sólo había un dios por el que no se transigía: el emperador reinante. Y una sola diosa: la ciudad, engalanada con sus grandes hombres de tiempos pasados. «Rezad, si queréis, a las piedras del camino, a vuestros antepasados en los armarios o al olivo de vuestro jardín —clamaban los pontífices—, susurrad en secreto los misterios de Eleusis o de Dioniso, pero no olvidéis nunca ofrecer sacrificios al emperador y a la ciudad.»

Comprenderás entonces, Amr, que los judíos, las gentes del Libro, del que también vosotros habéis salido, cristianos y musulmanes, fueran mal vistos, incomprendidos y temidos. En efecto, ellos no podían aceptar más dios que el Único.

Palestina se había convertido en una provincia romana, la más turbulenta de todas ellas. El Sanedrín, el consejo de los sacerdotes de Jerusalén, cuidaba escrupulosamente de que se respetara la letra de la ley mosaica. Los prefectos que Roma nombraba allí (un puesto que parecía destinado a quienes habían caído en desgracia), preferían mostrarse lo más discretos posible. Evitaban sobre todo mezclarse en las incesantes disputas entre los rabinos, defensores del más estricto respeto de las leyes mosaicas, y la juventud urbana y culta, que se sentía atraída por los encantos de la literatura y la civilización helenas. El más conocido de estos prefectos era Poncio Pilato. Pero los representantes de Roma no siempre eran tan prudentes como él. Algunos, deseando hacer méritos ante el emperador, se mostraban muy activos. Uno de ellos decidió, por ejemplo, erigir una estatua de Octavio Augusto en la explanada del templo, para obligar a los judíos a rendirle culto. Lo único que logró con ello fue coaligar contra él a toda la población y provocar un levantamiento general. La consiguiente represión fue espantosa y se hizo extensiva a todos los lugares del Imperio donde hubiera comunidades judías en el exilio.

Estas colonias judías se habían establecido en gran número por todo el contorno del mar, en Partía, en Media, en Elam, en Mesopotamia, en Capadocia, en el Ponto, en Frigia, en Panfilia, en Creta y en tu Arabia natal. Las había hasta en la India, tal vez descendientes de antiguos soldados de Alejandro. Otros habían acompañado a sus vecinos fenicios, y después a los griegos, hasta sus factorías de Iberia, Lusitania, Sicilia y la Galia. La más reciente y miserable de estas colonias estaba en Roma; la más opulenta, en Alejandría.

Filón provenía de una gran familia judía de Egipto. Algunos afirmaban que sus ancestros habían seguido a Alejandro desde Palestina para fundar la Ciudad. Otros decían que pertenecía al grupo de los Setenta que Tolomeo Soter había llamado para traducir la Torá. En cuanto a los enemigos de Filón, los piadosos rabinos a quienes él llamaba con sorna «los barbudos con manto», aseguraban que sus antepasados eran parte integrante de aquellos hebreos renegados que se habían negado a huir con Moisés para continuar

sirviendo al Faraón... La maldad es peor aún cuando se alía con la tontería, algo que sucede a menudo.

Antigua o no, la familia de Filón era, en todo caso, muy rica. Su hermano, gran terrateniente, había proporcionado el oro y la plata destinados a cubrir las puertas del nuevo Templo de Jerusalén. Por aquel entonces, en Alejandría todos los judíos tenían los mismos derechos que los griegos de la Ciudad, y estaban libres del impuesto capitular que sólo pagaban los egipcios. Ya fueran armadores, comerciantes, artesanos o campesinos, los judíos eran despreciados por los griegos, para quienes el trabajo era incompatible con sus orígenes aristocráticos. Los egipcios, por su parte, les envidiaban por su prosperidad.

Sin embargo, los judíos llevaban allí tres siglos, desde que el Museo existía. ¿Cómo se hubiera podido prescindir de un pueblo cuyos miembros habían aprendido a leer y escribir desde la infancia, que conocían por lo menos dos lenguas, el arameo y el hebreo, y muchos de ellos sabían además el griego, el latín y el egipcio? En la Biblioteca, habían ocupado durante mucho tiempo los puestos de copistas, intérpretes, libreros, secretarios, mientras que los griegos se reservaban las tareas que consideraban más nobles, las de exégetas, escribanos y, naturalmente, bibliotecarios. Sin embargo, la aportación de los judíos había sido considerable: ellos fueron quienes trajeron aquí la astrología babilónica.

En tiempos de Filón, la Biblioteca se había convertido en propiedad del Estado romano, y su «sumo sacerdote» lo nombraba el propio emperador. Con frecuencia era un griego, y sus atribuciones eran las de un funcionario, adjunto directo del prefecto de Alejandría, y solía estar más preocupado por las cuentas financieras que por las investigaciones eruditas. Por otra parte, filósofos y sabios sólo permanecían en Alejandría durante los años de estudio, y después se iban a hacer carrera en Roma como preceptores o consejeros en las ricas familias del Imperio, donde aceptaban ser tratados como esclavos con la esperanza de alcanzar, gracias a la entrega, primero la manumisión y luego la ciudadanía romana.

Había pasado pues el tiempo de las prestigiosas escuelas alejandrinas de matemáticas y astronomía. Hiparco de Nicea, muerto un siglo y medio antes, parecía ser una de las columnas de Hércules del mundo de la ciencia, en el que a nadie le apetecía ya internarse. Sólo se buscaba, en las cifras y los astros, algún vago mensaje emitido por los dioses. En lo tocante a la geografía y demás ciencias de la naturaleza, Roma las empleaba a modo de cómodas herramientas que le permitían conocer mejor, y por lo tanto ocupar y explotar mejor, los territorios conquistados.

Filón tenía, en cambio, otras preocupaciones. Al ver que desdeñaba la floreciente casa de comercio que su hermano hacía prosperar, todos creyeron durante mucho tiempo que iba a consagrarse a la religión. Pero, en su juventud, frecuentaba más las salas del Museo que las de la escuela rabínica. Llevaba un tren de vida modesto para un hombre de su condición, y su esposa afirmaba desear como único adorno la honorabilidad de su marido. Éste no tardó en convertirse en uno de los especialistas más reputados en filosofía griega. Como perfecto discípulo de la escuela filológica alejandrina, decidió tratar el Pentateuco como sus predecesores griegos habían tratado a Homero o Hesíodo. De modo que se dedicó a buscar el significado profundo detrás de la anécdota. Consideraba que los relatos y los personajes bíblicos eran alegorías de una verdad superior. Ya conoces la historia de la mujer de Lot, que al volverse a mirar la ciudad de Sodoma incendiada quedó transformada en estatua de sal. Pues bien, Filón vio en ello una fábula moral que enseña que es malo complacerse en el recuerdo del propio pasado, pues eso petrifica...

La obra de Filón fue considerable: hizo una minuciosa exégesis de la descendencia de Caín, Abraham, José, el Decálogo y muchas cosas más. Su método complació a los

griegos de la ciudad, que veían ahora el judaísmo como una de esas religiones místicas que tanto les gustaban. Algunos incluso se convirtieron, tranquilizados al quedar dispensados de la circuncisión y de la prohibición de comer cerdo. Por su parte, los judíos de Alejandría, que únicamente se distinguían de los griegos por la mencionada circuncisión y la obligación del descanso sabático, contemplaban con alborozo cómo los escritos de Filón contribuían a la paz civil, gracias a una mejor comprensión de su fe. Además, el filósofo subrayaba muchas veces la distinción que debía hacerse entre la ley divina, que es inviolable, y las costumbres, que pueden evolucionar con el tiempo y según el país en el que uno se encuentra. Sólo los doctores de Palestina, los «barbudos con manto», lanzaron gritos de indignación ante lo que consideraban una apostasía. Los rabinos sólo se guiaban por la letra del Libro, al igual que hace tu califa con el Corán. La verdad es que no eran muy inteligentes. Y afirmaban que Filón no era ya judío, que había cambiado de patria: había sustituido la tierra de Israel por Alejandría. Y había abandonado su fe en el verdadero Dios para abrazar el culto de las estatuas del emperador.

Aquel año,¹ como todos los años, los judíos de Alejandría celebraban en la isla de Faros el aniversario de la Biblia de los Setenta. El jolgorio era especialmente grande, pues el emperador Tiberio, primer sucesor de Octavio Augusto, acababa de morir. Ahora bien, el final de su reinado había sido especialmente sombrío, sobre todo para los judíos: había intentado imponerles por la fuerza el culto a su propia efigie. El nuevo emperador era bastante joven. En Roma, el pueblo ponía en él todas sus esperanzas y le llamaba su «lucero», su «criaturita». Alrededor del Capitolio todo eran fiestas y concursos de música. Se decía de él que era un segundo Rómulo. Todos sus súbditos creían que con Calígula se levantaba un nuevo amanecer. La fiesta de los Setenta prometía ser aún más hermosa, pues el tetrarca de Palestina, Agripa, sucesor de Herodes Antipas, hizo el viaje desde Jerusalén para asistir a ella. Calígula acababa de concederle el título de rey de Judea-Samaria.

—Ah, sois muy feliz viviendo aquí, entre todos estos libros, querido Filón —le dijo el monarca judío al filósofo que le conducía a través del Museo tras una ceremonia especialmente larga—. En Jerusalén, si por desgracia se sabe que he osado hojear la menor obrita de Filostéfanos de Cirene, el sumo sacerdote Caifás me augurará de inmediato que correré la suerte del rey Acab. Por un simple poema, la sangre de mi cadáver sería lamida por los perros y las putas se lavarían con ella. ¡Bonita perspectiva! En estos momentos, Caifás no deja de acosarme para que ponga fin a las actividades de una secta de apacibles iluminados, discípulos de un tal Jesús. ¿Has oído hablar de ella? ¿No? ¡No importa! Pero me veo obligado a complacer al Sanedrín, no vaya de nuevo a suscitar alguna revuelta de la población, lo que sentaría muy mal en Roma. Por eso de vez en cuando hago encarcelar y ejecutar a uno de esos infelices.

—Oh, rey, ¿comprenderá esa gente algún día —replicó Filón— que la verdad surge sólo del debate y no del anatema?

—Lo dudo —respondió Agripa—. De modo que, como puedes comprender, este viaje a Alejandría es para mí una bocanada de aire fresco. ¿Podrías llevarme a esos gimnasios,

¹ 40d.C.

a esas termas, esos teatros y esos alegres establecimientos llenos de bellas mujeres de los que tanto me han hablado?

—Temo que vuestra presencia en esos lugares sea muy mal vista por los griegos y los egipcios; corremos el riesgo de que ello provoque motines contra nuestra comunidad. Al prefecto Flaco no le gustamos. Sería preferible ir a la Biblioteca y...

—Ah, Filón, eres como los demás bajo tus vestiduras de griego. ¡Muy bien, iré sin ti!

Agripa no tuvo pues en cuenta las prudentes opiniones de Filón. Se paseó ostentadamente por todos los rincones de la Ciudad, pese a las burlas de los griegos. Una semana más tarde, entre los egipcios tuvo gran éxito una obra satírica que lo insultaba a él y a su pueblo. La situación empeoró tras la salida de Agripa hacia Roma, donde iba a saludar al nuevo emperador. Filón solicitó al prefecto Flaco que interviniera, pero, en vez de calmar las cosas, el representante de Roma ordenó colocar en la gran sinagoga una estatua del emperador. Creía complacer así al joven Calígula. Los judíos alejandrinos se sublevaron de inmediato. La reacción del ejército romano, ayudado por el pueblo egipcio, fue de inaudita brutalidad. Todos los judíos de la Ciudad, miles de hombres, mujeres y niños, fueron encerrados, como ganado, en un espacio tan reducido que parecía un redil. Los que aún vagaban por la ciudad o intentaban evadirse fueron lapidados, golpeados con cascotes de arcilla, leños de pino o encina hasta que murieron.

Curiosamente, el barrio de los palacios y el Museo fueron respetados, como si nadie se atreviera a profanar aquel santuario donde todos los saberes del mundo se codeaban en silencio.

Filón decidió entonces partir en embajada a Roma, para defender ante el emperador la causa de su pueblo. Todo el Museo se movilizó para ayudarlo en su empresa. Geómetras, astrónomos, filósofos, poetas, copistas, intérpretes, fuera cual fuese su religión y olvidando sus duras contiendas, se unieron para fletar un navío. Algunos griegos se agregaron a la comisión para apoyar a sus colegas. El propio sumo sacerdote del Museo se ofreció a acompañarles, y a Filón le costó mucho disuadirle: en caso de tempestad, el capitán debe quedarse en el barco.

Cuando la embajada de los judíos alejandrinos llegó a Roma, una mala noticia les aguardaba: el emperador estaba agonizando. El pueblo, lleno de inquietud, pasaba días y noches alrededor del palacio. Finalmente, cuando se propaló la noticia de la curación de Calígula, Roma entera estalló en un grito de alegría.

Filón fue albergado en casa de su amigo Séneca, filósofo estoico que había vivido mucho tiempo en Alejandría. Aquel romano de Iberia era ahora cuestor, un puesto importante cercano al trono. Séneca prometió que le obtendría una audiencia imperial lo antes posible. Pero pasaban los días y el cuestor regresaba cada vez de palacio con las manos vacías, pues el emperador encontraba mil y un pretextos para no recibir a los embajadores alejandrinos: no estaba aún del todo repuesto, o había sufrido una recaída o, también, los germanos se agitaban en la zona del Rin... Séneca acabó incluso por

aconsejar a Filón que se marchara a Egipto lo antes posible, pero el embajador filósofo se negó en redondo.

Cierto día, por fin, Séneca regresó llevando una carta en la que el emperador concedía audiencia a sus huéspedes. Sin embargo, no se sentía nada orgulloso de haberle arrancado a Calígula este favor, y quiso poner en guardia a Filón.

—¡Por última vez te lo suplico, amigo Filón, márchate! Aquí, la rectitud es una virtud peligrosa. Tu deber es renunciar al foro y a la vida pública, consagrarte sólo al estudio.

—Pero ¿qué me estás diciendo? —replicó Filón—. ¿No te he dicho cien veces lo mucho que me ha costado abandonar mis libros? Miles de vidas están en juego. ¿Y tú, que colocas la virtud por encima del sufrimiento y la muerte, me estás pidiendo semejante cobardía?

Séneca bajó los ojos. Parecía sentirse culpable, él también, de un crimen irreparable.

—Por desgracia, desde su enfermedad, el emperador ha cambiado mucho —dijo—. No está bien de la cabeza. Ante mis ojos, se entretuvo en dar muerte a un condenado por medio de golpes no muy fuertes, a fin de que tardara rato en expirar, y Calígula me explicaba que era preciso que el infeliz se viera morir. Mientras lo torturaba, se bebió él solo un ánfora entera de vino. Luego me arrastró a los aposentos de su hermana Livilla, a la que me había prometido como esposa cuando la niña fuese púber. Y allí, en mi presencia, desnudó aquel cuerpo delgado en el que apenas apuntaban los senos, arrojó a la pobre pequeña en el suelo de mármol y la penetró con risotadas de hiena. Al mismo tiempo, me decía a gritos: «Mejor que los Tolomeos, viejo Séneca, mejor que los Tolomeos, ¿no?» El emperador se ha vuelto loco, Filón.

—¿Ya se han purgado sus instintos con eléboro? —preguntó un médico de la delegación.

Séneca y Filón se encogieron de hombros al mismo tiempo. No obstante, a pesar de la insistencia del estoico, Filón decidió acudir a la audiencia imperial. Siendo como era un potente orador, estudioso de Demóstenes y de Cicerón, no temía afrontar al emperador loco.

El encuentro se produjo en los jardines de Mecenas, donde crecían las plantas aromáticas más raras del Imperio. En inmensos recipientes llenos de leche tibia de burra, donde flotaban algunas perlas, nadaban unas muchachas. De las fauces de los tritones de mármol instalados en medio de las fuentes brotaban chorros de miel y de vino. En un trono de marfil colocado en medio de un arriate de orquídeas rojas y azules, completamente desnudo a pesar de hallarse en pleno invierno, pero con las partes pudendas tapadas por una larga barba postiza, tocado con una diadema de dientes de tiburón y blandiendo un tridente, Calígula esperaba a la embajada.

Nadie se acercaba al César como uno se acerca a un simple ser humano. Un secretario gordo se hincó de rodillas. Un soldado con armadura avanzó hasta los pies del trono, se puso firme tras el emperador, luego desenvainó con un chirrido la espada y la mantuvo vertical. Un guardia golpeó el enlosado con un bastón, diciendo:

—El emperador os autoriza a acercaros.

Calígula no se parecía en absoluto a las estatuas que los judíos eran obligados a venerar. Tenía la tez pálida, el cuello y las piernas extremadamente flacos, las sienes y los ojos hundidos, la frente ancha y la mirada torva, y era casi calvo a pesar de su juventud. Sus hombros y su espalda, en cambio, estaban cubiertos de un vello tupido como el pelaje de una cabra. Por cierto que, entre otras extravagancias, había prohibido pronunciar en adelante el nombre de ese animal, so pena de muerte. Aquella mañana, sin

embargo, parecía más bien tranquilo, pues acababa de salir de un feroz acceso de locura. Por eso Séneca había elegido ese día para la audiencia de los embajadores.

—¿De modo que según dicen, vosotros, los judíos, no coméis cerdo porque os parece infecto? —preguntó el emperador con el acento áspero de los suburbios—. ¡Dime, vejestorio! ¿No conoces acaso el sublime sabor de una ubre de cerda rellena?

A su alrededor, los cortesanos soltaron una servil carcajada. Filón, por su parte, quedó desconcertado. La prohibición de comer cerdo era un sempiterno tema de bromas entre el populacho de los gentiles, pero no esperaba que un hombre al que decían refinado, enamorado de la literatura griega, abordase el tema de buenas a primeras y de un modo tan vulgar. Afortunadamente, tenía ya lista la respuesta:

—Cada pueblo tiene sus costumbres, oh César. ¿Acaso los romanos no tienen las suyas cuando se alimentan con murenas cebadas con pequeños esclavos partos?

—Esta gente no sabe lo que es bueno —exclamó Calígula riendo y mirando a su entorno—. Pero... dime, viejo judío, ¿es cierto que odiáis a los dioses y os negáis a admitir esa evidencia que aceptan todos los pueblos del mundo, la de que yo soy dios y es preciso venerarme como tal?

—Alejandro Magno, al igual que tú, oh César, afirmaba ser de naturaleza divina. Había sabido rodearse de valerosos soldados y sabios doctores judíos que le ayudaron a conquistar las Indias. Pero no les obligó a venerarle como a un dios, consiguiendo así que le sirviesen mejor. Nosotros, judíos de Alejandría, dedicamos nuestra devoción a la persona del emperador y no a unas estatuas de piedra. Por lo que a tus dioses se refiere, creemos que no existen o, mejor, que son sólo un esbozo de lo divino. Y entonces, como decía Sócrates, ¿cómo odiar lo que no existe?

La cita era falsa, pero al oír el nombre de Sócrates el rostro de Calígula se dulcificó. Asintió con gravedad. Luego, su mirada demasiado brillante se oscureció:

—Pero vosotros ni siquiera conocéis el nombre de vuestro dios. ¿Cómo puede creerse en lo que no puede nombrarse?

—¿No recuerdas que Platón y Aristóteles mencionaban a menudo al dios desconocido?

—¿Por qué respondes siempre a mis preguntas con otra pregunta?

—¿Por qué no?

En este punto, la razón del emperador pareció disolverse como miel en vinagre. Todavía alcanzó a ordenar a Séneca que partiera hacia Alejandría, ejecutara al prefecto Flaco e hiciera saber que el emperador renunciaba a hacer colocar su estatua en todas las sinagogas del Imperio, antes de tomarla sin razón alguna con uno de sus esclavos, acribillándolo a patadas en el vientre. Filón no vio el final de esa grotesca escena, pues Séneca ya se lo había llevado lejos de aquel infierno.

La paz regresó a Alejandría. Un año después de aquella embajada, se supo con alivio que Calígula, el demente, había sido asesinado por miembros de su guardia pretoriana. Su tío Claudio le sucedió. El rey de Judea, Agripa, le confirmó de inmediato su apoyo. Bien dispuesto hacia los judíos, el nuevo emperador llamó a Filón y también a una delegación griega de Alejandría, para que el contencioso entre ambos pueblos quedara definitivamente zanjado.

La audiencia se inició bajo los mejores auspicios. Claudio estaba dispuesto a conceder, tanto a unos como a otros, la ciudadanía romana, cuando apareció en palacio otra embajada judía. Venía directamente de Jerusalén y estaba encabezada por el propio

sumo sacerdote Caifás. Tras haber saludado con parquedad al emperador, Caifás blandió ante Filón un índice vehemente:

—¿Con qué derecho, traidor a Dios y a su pueblo, te atreves a nombrarte su representante? ¡Ay de ti, hijo rebelde! Llevas a cabo planes que no son los del Señor, concluyes tratados que son contrarios a Su espíritu, acumulando pecado sobre pecado! Vas a Roma sin consultarle, y buscas tu seguridad en la fortaleza del Faraón...

Aquella parodia del profeta Isaías hizo que una desdeñosa sonrisa se dibujara en los labios de Filón. Iba a replicar cuando Claudio se incorporó en su asiento, rojo de indignación. Aunque era muy erudito, el emperador también era tartamudo y algo dado a la bebida, de modo que farfulló:

—¿Qué, qué, es es.. este... des... desacato y quién te envía, viejo bar... bar... barbudo?

—El rey de Judea-Samaria.

Una vez más, Agripa había cedido a las instancias del Sanedrín para evitarse complicaciones. Así que Claudio, hastiado, decretó que los judíos gozarían de libertad de culto y del derecho a vivir según sus costumbres, pero les negó la ciudadanía romana. Filón, derrotado, regresó a Alejandría. Al despedirse de Séneca, le dijo:

—Toma este bastón; me fue entregado por el geógrafo Estrabón, que recorrió el mundo apoyándose en él. También tu camino será largo antes de alcanzar un mundo de justicia y de libertad. Adiós, amigo mío. Y no olvides nunca que la verdad es más fuerte que la muerte.

Filón murió tres veces. La primera, a edad avanzada, en su lecho y de modo absolutamente natural. La segunda cuando los rabinos de Palestina prohibieron la Biblia de los Setenta y cualquier comentario en griego sobre el Libro, comenzando por el suyo. Su tercera muerte fue cosa de los cristianos, que intentaron apropiarse del pensamiento del filósofo alejandrino, afirmando incluso que, en su ancianidad, el apóstol Pablo le había convertido. ¡Pobre Filón! Hacía ya mucho tiempo que los huesos ya no le dolían.

Pablo, en cualquier caso, se aprovechó sin escrúpulos del difunto filósofo para convertir a los griegos y los romanos a su secta, dispensándoles de las costumbres de la circuncisión, el sabbat y las prohibiciones alimentarias. Mucho más tarde, otro pensador cristiano, al que no nombraré para no interrumpir su sueño, supo también utilizar a Filón para integrar en su fe a Platón y Aristóteles, lo que le valió ciertos problemas con el patriarca de Bizancio. ¿No es cierto, maestro Filopon?

Donde Amr se pregunta sobre el destino

— ¡Los barbudos con manto! —Amr sonrió—. La fórmula es afortunada y conozco a más de uno que, en tierras del islam, merecería ese calificativo. Curiosamente, esos barbudos fueron en su tiempo los más feroces adversarios del Profeta.

—Parece ser una ley universal, querido Amr —replicó Hipada—. El celo excesivo es el principal síntoma de la hipocresía. Sólo la apariencia cambia. En la religión cristiana, la barba y el manto se disimularon bajo rostros lampiños y perfumados, bajo estolas y casullas doradas.

—Si eso es todo lo que has captado de la historia de Filón, Amr —intervino Rhazes—, temo haber gastado en vano mi saliva. Había creído comprender que tu califa se parecía en muchos puntos a los rabinos del Sanedrín, que dispensaban a la Torá una especie de culto idólatra. Filón, por su parte, había sabido darle al Libro un valor universal, al explicarlo con palabras que se dirigían a la lógica y a la razón, cosas ambas de los antiguos griegos. Estás en Alejandría, general, y no ya en Medina. ¿Crees realmente que las leyes de tu Profeta, destinadas a rudos beduinos, podrían complacer a la gente de aquí, abierta a todas las corrientes del pensamiento del mundo, del mismo modo que el puerto, a nuestros pies, está abierto a los barcos extranjeros?

—Bien veo que no conoces nuestro libro sagrado. El Corán no tiene necesidad alguna de un Filón, pues cada parábola, cada relato ejemplar comunicado por el Profeta contiene su propia exégesis. Son las palabras de Dios transmitidas a Mahoma por el arcángel Gabriel.

—Una exégesis bastante tosca —masculló Filopon sin abrir los ojos—. Tu Corán no resistiría ni dos segundos los argumentos de un doctor bizantino.

—¡Sacrilegio! No se dirige a un doctor bizantino sino a gente humilde, a los miserables, a los explotados. ¿Acaso creéis que éstos son tan tontos como para no comprender la moraleja de la historia de la mujer de Lot, de la que hablabas hace un rato, Rhazes?

—Humildes, miserables, explotados... —murmuró Rhazes—. Los conozco bien. Y me aman, creo. Pero si un Flaco árabe nos acusa, a mí y a los judíos, de ser responsable de sus males, esos infelices se convertirán en una manada de bestias salvajes. Olvidando los cuidados que les he dispensado, me pisotearán.

—Tranquilízate —repuso Amr—. El islam sabe cuánto le debe a la gente del Libro. Sabe también el error en el que habéis caído, tanto judíos como cristianos, y en el que os obstináis. Sois muy libres de perseverar en él. Pero el islam sabe también distinguir entre este error y la ignorancia en la que están sumidos los paganos. A ellos se dirige y no a vosotros.

—Me satisface comprobar esta disposición de espíritu —dijo Rhazes en un tono amargo—. Pero no me parece ser la de tu califa. Según lo que he creído comprender, la lógica que emplea es totalmente radical. Su único horizonte es el paraíso eterno con las setenta vírgenes para los mártires del islam, y el infierno para los demás. Para todos los demás, también para los judíos y los cristianos, y no sólo para los paganos, ¿lo oyes,

Amr? Su guerra santa contra aquéllos a quienes llama los «infieles» pasa por la ciega muerte.

—Juzgas con mucha severidad —dijo Amr moviendo la cabeza—, pero creo, en efecto, que Omar está desvirtuando el espíritu del islam. Por eso no veo cómo puede serme útil la historia de Filón en mi alegato ante el califa.

—Pues bien, cuando haya llegado para ti el momento de elegir entre tu destino y tu reputación —decidió Rhazes—, le dirás: «Puesto que ese judío había estudiado las creencias y las supersticiones de los paganos, supo convencerles de la veracidad del Libro. Estudiémoslas a nuestra vez. Gracias al Señor y a la fuerza que Él nos da, sus creencias no nos contaminarán nunca.»

—No eres tú quien debe dictar mis palabras —se enojó Amr—. Y hablas de mi destino con muy poca consideración. Mi porvenir sólo pertenece a Dios. Todo está ya escrito, allá arriba, en Su gran libro. Por lo que se refiere a las supersticiones paganas... Te lo repito, la peor de ellas es querer leer en las estrellas el porvenir de los hombres, y eso es lo que quisieron hacer los astrónomos de los que me habéis hablado.

—El gran Tolomeo, y no hablo del rey sino del geógrafo, nada tenía de supersticioso —replicó Rhazes con inesperada calma—. Muy al contrario, con el más perfecto espíritu de razón y tolerancia, abordó ese arte conjetural al que se llama astrología. No se lanzó a ninguna aventurada profecía, y la enseñanza que imparte acerca de la influencia de las configuraciones celestes sobre los destinos humanos podría asombrar incluso a tu califa...

—Tendrás pues que explicarme mejor las obras del tal Tolomeo, si las consideras profundas e ilustradoras.

Ya he caído en la trampa, pensó Rhazes, puesto que yo mismo no estoy demasiado convencido de la verdad de la astrología. Pero lo importante es convencerte a ti, Amr, de que tu destino, tal como está escrito en los astros, es edificar una nueva era, no destruir... Aunque tenga que hacer algunas trampas y envolver mi discurso en un poco de geografía, de filosofía y de medicina.

El astrólogo y el estoico

(Cuarto panfleto de Rhazes)

De aquél a quienes sus contemporáneos llamaron «el divino Tolomeo» apenas sabemos nada. Resulta paradójico para un hombre destinado a hablar a todos los hombres. Porque Claudio Tolomeo perteneció a la raza de los que construyen para la eternidad, y poseyó esa fuerza creativa de la que surge la necesidad de recrear sin cesar.

En ninguno de sus escritos hizo Tolomeo la menor referencia a su vida ni a sus contemporáneos, como si quisiera probar que sólo le importaban, tanto en la realidad física como en las obras humanas, las proporciones justas y la coherencia del mundo. Su fecha de nacimiento, su familia, sus amores, sus amigos, su posición social, su oficio, todo sería sólo una larga sucesión de enigmas si la Biblioteca no conservara, como un tesoro, el único manuscrito de una breve *Vida de Tolomeo*, que el historiador Simplicio, infatigable comentador de Aristóteles y de Epicteto, dejó inconclusa. Claudio Tolomeo habría nacido en Tolemaida Hermiou,¹ unos cien años antes que el profeta de los cristianos, Jesús. Pertenece al siglo de los Antoninos, durante el que reinaron la paz y la prosperidad en el Imperio romano, y que fue propicio a los intercambios culturales y comerciales.

Hijo único de una familia distinguida, Tolomeo mostró tan extraordinarias disposiciones para el razonamiento geométrico que su padre le mandó, siendo aún adolescente, a Alejandría para que estudiara en el Museo. Por aquel entonces, la institución había periclitado y las enseñanzas que allí se impartían eran mediocres. Entre los profesores, Menelao era la excepción. Buen geómetra, advirtió muy pronto los dones de su alumno y comprendió que aquel joven pausado y reflexivo sería digno de recibir, cuando llegara el momento, la herencia intelectual de Hiparco.

Tolomeo permaneció unos diez años en el Museo. Cuando tenía veinticinco había escrito ya varios notables tratados. Confortablemente alojado y alimentado en el barrio de los palacios, impartía algunas lecciones a sus asiduos discípulos. En realidad, Tolomeo se aburría. De modo que, a menudo, salía a pasear por las calles de la ciudad. En aquel entonces, el comercio con África y el Oriente era floreciente gracias a la carretera que unía Alejandría con el mar Rojo, que el emperador Adriano acababa de hacer construir. Los bien surtidos puestos de fruta, de tejidos finos, de pedrerías y especias se sucedían en las largas avenidas de Alejandría, por las que transitaba un apiñado tropel de gentes de toda clase y condición. Tolomeo se detenía a veces para escuchar, tibiamente divertido, a un predicador de las innumerables sectas cristianas que con sus arengas hacían que los viandantes formaran a su alrededor unos grupos que las fuerzas del orden intentaban en vano dispersar. Pero por encima de todo le gustaba vagabundear entre las tiendas de los comerciantes en especias. Él que, desde su llegada a Alejandría, no se había aventurado más allá del lejano arrabal de Canope, se complacía imaginando los lejanos parajes de Oriente mientras pasaba ante las hileras de coloreados frascos de exóticos aromas: canela de la India y de Arabia, espliego del Himalaya, pimienta de Cochín, esToráque y gomas de Pisidia, cachú, nardo y *marbathon*. Tolomeo olisqueaba uno tras otro sus efluvios, con los ojos entornados y expresión soñadora.

Cierto día, fue arrancado de su ensoñación por una animada conversación entre dos hombres que acababan de entrar en la tienda. Sus amplios mantos ricamente bordados, la desenvoltura de sus gestos y palabras indicaba que se trataba sin duda de mercaderes

¹ Hoy Menchiyeh, en el Alto Egipto.

dueños de prósperos comercios. Pero, en aquel caso, uno de ellos se quejaba amargamente a su compañero:

—Créeme, los asuntos van muy mal. Mi última caravana, que a costa de grandes gastos yo hacía venir del Nepal, perdió seis meses enteros siguiendo el curso de un río sin encontrar nunca el vado indicado en los mapas. Mis camelleros tuvieron que cambiar de ruta y fueron atacados por los bandidos. ¡Lo perdí todo! Fui a quejarme en el departamento de los mapas del Museo, pero aquellos supuestos geógrafos, tan vanidosos como incapaces, se rieron en mis narices.

—La suerte fue más cruel todavía conmigo —dijo el otro mercader—. Todo un cargamento perdido en el mar, y siempre por culpa de los malditos geógrafos...

—No saldré de esta tienda antes de haber oído tu historia.

—Yo había puesto a un valiente capitán a la cabeza de una flotilla de dos navíos bien equipados, con el encargo de traer desde la India y Persia un valioso cargamento. Todo iba bien cuando, al cuadragésimo día, se desató una terrible tempestad y los barcos perdieron el rumbo. Cuando los vientos racheados dejaron por fin de soplar, las naves habían sido arrastradas lejos de las costas, el océano se extendía infinito a su alrededor. El capitán ordenó al vigía que trepara a lo alto del mástil para otear el horizonte. El hombre subió, permaneció en lo alto largo rato, examinando los cuatro puntos cardinales del océano, y cuando volvió a bajar afirmó haber divisado una montaña negra que brillaba al sol. El capitán comprendió que estaban perdidos. «Esa montaña, me aseguró luego, no figura en ningún mapa, pero es conocida y temida por todos los marinos porque está por completo hecha de rocas metálicas llamadas piedras de imán. Las sustancias que la componen tienen el poder de atraer los navíos hasta el pie de la montaña.» Y eso fue lo que ocurrió. En un instante, todas las piezas de sujeción de los navíos se soltaron como por arte de magia. Los clavos y objetos de hierro comenzaron a volar como flechas hacia las paredes de la montaña, contra las que se pegaron violentamente. Las embarcaciones se desintegraron, mi cargamento zozobró, todos los marinos cayeron al agua y la mayoría se ahogó. Con penas y trabajos mi capitán pudo salvarse en una chalupa y llegó ayer, en un lamentable estado, para contarme la triste historia.

—Su relato es, en efecto, sorprendente. Pero puesto que la temible isla de hierro se levanta, o eso dicen, a la entrada del golfo Pérsico, ¿por qué no hiciste que tus navíos tomaran otra ruta?

—¿Ah sí? ¿Y cómo lo harían, señor geógrafo, para pasar de la India a Alejandría?

—Verás, ¿no afirmó el viejo Eratóstenes que el mar Mediterráneo está unido al océano de la India por el oeste?

Su interlocutor soltó una risa burlona:

—Eso es, atravesar las columnas de Hércules y después realizar una inverosímil circunnavegación de África. Demasiado azaroso, demasiado largo, demasiado costoso. Los mapas de Eratóstenes tienen fama de ser inigualables, pero se han perdido o, peor aún, fueron falsificados por sus sucesores. Por lo que se refiere a los de Hiparco, aun mejorados

por Estrabón y Marino de Tiro, carecen singularmente de orden y de precisión. Yo digo que sin una buena geografía no puede haber buen comercio...

—¡Y añadiré que no hay buena geografía sin buenas matemáticas! —intervino Tolomeo en un tono muy firme.

El joven se había acercado poco a poco a los mercaderes, muy interesado en su discusión.

—Perdonad, señores, que me inmiscuya tan abruptamente en vuestra conversación —prosiguió haciendo una ligera inclinación—, pero soy joven, de ahí mi ardor, y soy geógrafo en el Museo, de ahí mi comentario.

Los mercaderes asintieron secamente con la cabeza, esperando saber si estaban tratando con un iluminado o un charlatán.

—Me llamo Claudio Tolomeo y, a pesar de mi nombre, sólo reino sobre unos pocos pies cuadrados de un aula. Apruebo sin reservas vuestro punto de vista: la geografía debe ser reformada si queremos mejorar la seguridad de nuestras rutas comerciales.

—Es muy bonito afirmarlo —respondió uno de los mercaderes—, pero he podido comprobar que los geógrafos de vuestro Museo se sienten poco inclinados a «reformar», como vos decís.

—Cierto es que la cartografía ha progresado poco desde Eratóstenes —admitió Tolomeo—. Mi maestro Menelao me lo enseñó: del mismo modo que Euclides había estudiado los triángulos planos, hay que examinar el tema de los triángulos esféricos para situar correctamente las posiciones en tierra. Pues, como sin duda ya sabéis, la Tierra tiene la forma de una esfera.

—¿Y qué? —masculló el mercader, que a pesar de todo, comenzaba a interesarse.

—Pues que los cálculos de los triángulos esféricos son muy complejos. A pesar de toda la veneración que me merece mi maestro, debo reconocer que su *Tratado de los esféricos* incluye numerosos errores.

—¿Has estudiado suficientemente el libro para estar tan seguro?

—No sólo lo he estudiado —respondió orgullosamente Tolomeo—, sino que he aportado ciertas mejoras. En mi última obra, *El planisferio*, expongo un nuevo sistema de proyección que me permite situar, mejor que nadie, creo, los puntos de una esfera en un mapa plano. Utilizo coordenadas especiales que...

—Alto ahí, muchacho —interrumpió el segundo mercader—, nada comprendo de tus palabras. ¿Intentas, acaso, vendernos algo?

—No os confundáis —se enojó Tolomeo—. Sólo me interesa la verdad y la lógica del razonamiento. Intento también combatir las numerosas supersticiones que retrasan el progreso de la ciencia. Por consiguiente, el islote mágico del que vuestro capitán os ha hablado...

Tolomeo dejó hábilmente a medias su frase, como si vacilara antes de proseguir.

—Continuad —le alentó, intrigado, su interlocutor.

—Bueno —añadió Tolomeo—, puedo aseguraros que se trata de una pura fábula. Conozco esas piedras de imán. He estudiado su fuerza y sus propiedades. Creedme, ninguna isla, ninguna montaña, aunque estuvieran por entero compuestas de este imán, tendría la fuerza necesaria para desintegrar un navío. Sin querer ofenderos, digno señor,

mucho me temo que vuestro capitán os ha engañado. ¿No se habrá, por ejemplo, apoderado del cargamento en su beneficio, contándoos luego esta leyenda tan conocida por los marineros, pero que está fundada en bobas supersticiones?

El rostro del mercader expresó sucesivamente una serie de emociones: estupefacción, cólera, suspicacia y, por último, comprensión.

—Si es así, y no tardaré en saberlo, va a pagármelo muy caro. En lo tocante a ti, joven Tolomeo, yo te pagaré muy bien si aceptas trabajar para mí.

—Os he dicho ya que soy pensionista en el Museo. Sólo sirvo a la ciencia, no al comercio.

—Eso no es incompatible. Pareces muy sabio, aunque algo presuntuoso. Tienes entusiasmo, y ciertamente ambición. ¿Estás en condiciones de mejorar el arte de la cartografía?

—Eso creo, pero mi edad y mis medios no me han permitido aún hacer dibujar mapas de acuerdo con mi método de proyección cónica.

—Muy bien, ahí voy. Sólo pido que me convenzas de la superioridad de tu método... cuyo nombre es demasiado complicado para mí. Te lo repito, estoy dispuesto a pagar generosamente la realización de nuevos mapas. A condición, claro está, de que mejoren los antiguos. Una medida de oro para ti, Claudio Tolomeo, si me proporcionas este año, y en exclusiva, un planisferio del mundo conocido.

—Por mi parte yo añadiré una segunda medida de oro —añadió el otro mercader, arrastrado por la excitación de su amigo.

Así, en un año de asiduo trabajo, Tolomeo revolucionó la cartografía. Después de emprender una revisión metódica de los antiguos trazados, calculó un nuevo planisferio, enteramente geometrizado, al que aplicó los principios teóricos de Euclides. Dividió el globo terrestre no sólo en cuatro líneas de climas, como había hecho Eratóstenes, sino en prietas líneas, que a intervalos iguales corrían paralelas al ecuador, hasta los polos. Aplicó luego líneas perpendiculares. Obtuvo así un armazón de meridianos y de paralelos que cubría el conjunto de las tierras conocidas, desde las columnas de Hércules al oeste a las cordilleras del lejano Himalaya al este, de Thule al norte hasta las mentes del Nilo al sur. Las líneas numeradas permitían localizar cualquier punto por medio de dos números, la longitud y la latitud. Cada ciudad, cada río, cada montaña, cada país quedaban así situados sobre el planisferio con una precisión sin precedentes. Tolomeo hizo ejecutar veintisiete mapas magníficamente coloreados y contenidos en un atlas de gran formato: *La geografía*. Un trabajo nunca igualado desde entonces, permíteme que te lo haga observar, Amr.

Sus comanditarios, claro está, quedaron deslumbrados y cumplieron su promesa. Tolomeo el Geógrafo, como fue llamado desde entonces, quedó al abrigo de cualquier preocupación material. Dimitió de su puesto en el Museo para instalarse en Canope. Allí, bajo un cielo más puro que en el barrio de los palacios, pudo consagrarse exclusivamente a su verdadera pasión: la ciencia de los astros. Desdeñando los honores, permaneció prudentemente al margen de la situación política y religiosa, pero siguió frecuentando la Biblioteca, donde leía, releía y anotaba sin cesar los trabajos de sus gloriosos predecesores, y a la cabeza de todos ellos Hiparco de Nicea. Todo lo que éste no había podido concluir, lo concluyó Tolomeo, y mucho mejor aún. Como astrónomo, estableció un mapa del cielo, fijando la posición de mil veintiocho estrellas agrupadas en cuarenta y ocho constelaciones, situadas también por medio de coordenadas. Como ingeniero, construyó los mejores astrolabios de su tiempo. Como músico, elaboró una teoría

matemática de los sonidos. Como filósofo, escribió un profundo tratado sobre las funciones principales del alma.

Pero, sobre todo, Tolomeo desarrolló nuevos modelos geométricos para predecir las posiciones de los cuerpos celestes. En lugar de los mecanismos de engranaje, muy complicados, que unían entre sí las esferas, como los imaginados por Eudoxo y Apolonio de Pérgamo muchos siglos antes, Tolomeo utilizó sutiles combinaciones de movimientos circulares. En sus cálculos, la elegancia matemática se aliaba siempre con la precisión de los datos.

Su reputación iba creciendo. Tolomeo consagraba un día al mes a las demostraciones públicas. Hizo construir un vasto planetario mecánico, representación móvil en miniatura del nuevo sistema del mundo que acababa de concebir. Tras una de esas sesiones, en las que se apiñaba una amalgama de notables, alumnos y simples curiosos, cierto día, un digno anciano encorvado por los años se acercó a él. Tolomeo apenas le reconoció: era su maestro Menelao. Sin pronunciar una sola palabra, pero con mucha emoción contenida, el modesto profesor tendió al famoso alumno un largo objeto cuidadosamente envuelto en una funda de cuero. Tolomeo deshizo las cintas que lo ataban: era el prestigioso bastón de Euclides. El sabio Séneca, antes de suicidarse por orden de Nerón, había querido que ese símbolo del saber ininterrumpido regresara a su lugar de origen, Alejandría, lejos de la locura de Roma y de sus dementes emperadores. El bastón había permanecido veinticinco años en el despacho del funcionario a cargo de la Biblioteca, antes de llegar a las manos de Menelao, considerado el único hombre apto para perpetuar dignamente la obra de los Antiguos. Medio siglo más tarde, había llegado el momento de pasar el testigo. ¿Y quién, sino Tolomeo, habría merecido recibir en herencia el bastón?

Al separarse de él, el viejo geómetra exhortó a su antiguo discípulo a escribir un tratado en el que expusiera metódicamente el conjunto de sus concepciones sobre la estructura del mundo. Así emprendió Tolomeo su obra maestra, que concluyó hacia la edad de cincuenta años, y a la que dio el modesto título de *Composición matemática*. En realidad, dividido en trece libros a imitación de los *Elementos* de Euclides, el tratado astronómico de Tolomeo pareció tan grandioso que fue llamado *megiste*, «el muy grande».(13)

Fue como si un nuevo Prometeo hubiera hurtado a los dioses los secretos del Universo, ocultos hasta entonces. Tolomeo el Geógrafo probó que dominaba del mismo modo, y hasta un punto nunca igualado, el inmenso campo de la cosmografía. Su teoría matemática del Sol y de la Luna le permitió establecer unas tablas muy exactas y determinar, de antemano y con la mayor precisión, las épocas de los eclipses y sus características. Su descripción de la esfera celeste y de sus movimientos, su renovado catálogo de las estrellas, su hipótesis sobre la estructura del Universo y, sobre todo, su magistral explicación de las trayectorias de cada uno de los cinco planetas, fueron la culminación de la astronomía griega. La hipótesis heliocéntrica de Aristarco de Samos se había sumido en el más completo olvido. La figura ideal del cosmos fijado por Tolomeo, la de la esfera celestial con la Tierra en su centro, permitía, y sigue permitiendo, tratar por medio de la geometría pura todos los problemas planteados: eclipses, desigualdad de las estaciones, orto y puesta de los astros, conjunciones planetarias. Su sistema ofrece toda la certidumbre de la evidencia.

Imagina ahora, Amr, al mayor sabio de su tiempo que, tras haber terminado su obra más perfecta, estima, sin embargo, que esta culminación es sólo un paso en la vía de la verdad última. Un hombre que, sin la menor sombra de superstición, decide unir

conocimiento racional y conocimiento intuitivo, amalgamar en una síntesis perfecta la ciencia astronómica y ese arte supremo de la predicción reservado hasta entonces a los sacerdotes, a los magos y a los charlatanes. Me estoy refiriendo a la astrología.

Inventado en Babilonia, el arte de la previsión se había extendido por Egipto gracias a los escritos del sacerdote caldeo Berosio. En Alejandría, la moda había comenzado en la época de Hiparco, con la aparición de astrólogos profesionales y manuales populares. La civilización griega, que antaño había predicado el racionalismo, había sufrido una profunda mutación. Los grandes sabios como Euclides, Arquímedes y Eratóstenes habían desaparecido, el clima intelectual se había metamorfoseado. Poco a poco, fueron ganando terreno en el Imperio romano las religiones mistericas, los cultos orientales y las prácticas mágicas. El hermetismo se desarrolló gracias a su profeta Hermes-Thot, que dio origen a las ciencias del Cielo, de la Tierra y del Hombre, es decir la Astrología, la Alquimia y la Magia. Los hombres, cada vez más preocupados por su salvación individual, inquietos por la sensación de que el mundo terrestre estaba bajo el dominio de potencias maléficas, se volvían en número creciente hacia el ocultismo.

Creo que es ese singular desvío de la verdadera astrología lo que te ha hecho condenar con dureza, Amr, la pretensión de quienes intentan leer en las estrellas el porvenir de los hombres. Pero ¿no habrás juzgado demasiado deprisa? Pues Tolomeo intentó reanimar el espíritu razonable de la astrología, liberándola del fatalismo riguroso y desalentador que muchos romanos le conferían y que tú has denunciado, Amr, con razón. Lo logró porque conservó uno de los rasgos característicos del genio de los primeros griegos: la adoración por el cosmos visible, el sentimiento de unión con él así como la afirmación del poder del espíritu. Ante el ascenso de las ciencias ocultas, Tolomeo edificó su obra astrológica como una muralla.

Su *Composición en cuatro libros* plantea las reglas y principios de la astrología con un rigor nunca igualado. Trata allí todos los ámbitos relacionados con ella: las riquezas, el rango social, los viajes, las características físicas, los amigos, las enfermedades, los hijos, los enemigos, los amores, la duración de los matrimonios, los placeres de Venus y el género de muerte.

Simplicio ha relatado que muy pronto Tolomeo tuvo la ocasión de poner a prueba su arte. Marco Annio Vero, cónsul de Roma, había emprendido una gira de inspección por las provincias del Imperio. Muchos veían en él al sucesor de Antonino Pío. El futuro Marco Aurelio, pues, estaba de paso por la provincia de Egipto y se había detenido en Alejandría. La reputación de Tolomeo había llegado a sus oídos y manifestó el deseo de entrevistarse con él. Formado en la escuela de Epicteto, y por lo tanto estoico convencido, Marco Aurelio no quería discutir sólo de ciencia y filosofía con el sabio alejandrino; tenía otras preocupaciones más terrenales. Su esposa, Faustina, una matrona de treinta y cinco años dotada de un temperamento bastante inflamable, se había enamorado últimamente de un apuesto gladiador. Con muy poca inteligencia se había resignado a confesar su pasión a su marido. El digno Marco, aunque escéptico por naturaleza, había condescendido a consultar a sus magos y sus astrólogos, que le habían aconsejado un tratamiento radical: en primer lugar, claro está, el gladiador sacrílego tuvo que ser suprimido; luego, Faustina debió tomar un baño de asiento caliente, perfumado y prolongado, para después hacer apasionadamente el amor con su esposo legítimo. A consecuencia de esta sabia medicación, al cónsul le fue fácil creer que la pasión de Faustina se había disipado y, para sellar su reconciliación, exigió que ella le acompañase en su viaje a Egipto. Pero Faustina mostró muy pronto los primeros síntomas del embarazo. Entonces, Marco Aurelio se preguntó inquieto quién sería el padre. Ciertamente, ante la duda, siempre podría hacer

eliminar al niño en cuanto naciese. Pero, aun sin contar con el odio que desde entonces le profesaría su esposa, a la que amaba a pesar de sus infidelidades, el estoico no podía decidirse a un acto tan cruel. ¿No valdría más consultar al más célebre de los astrólogos, con el fin de asegurarse de que los destinos del Imperio caerían en nobles manos?

La entrevista se celebró en la lujosa villa del cónsul. Éste había querido honrar a su visitante. Por todas partes había un derroche de manjares y de frutas: uva, ciruelas, dátiles. En la atmósfera flotaba un perfume de vinos nuevos, de sustancias cargadas de bálsamo, de zumos llegados de otros lugares. Pero cuando Tolomeo avanzó con paso lento y mesurado, vestido con un paño rojo que la brisa hacía ondear, Marco Aurelio sintió que un estremecimiento recorría su piel. Presintió que aquel encuentro iba a trastornar su vida.

—Noble sabio —dijo a guisa de preámbulo—, todos conocemos tu reputación como astrónomo. Dicen también que dominas a la perfección el arte de la previsión...

Tolomeo tardó un rato antes de contestar, en aquel tono sentencioso y profesoral que en él se había hecho habitual:

—La astronomía permite conocer las posiciones relativas que el Sol, la Luna y los planetas adoptan, en todo momento, entre sí y con respecto a la Tierra. La astrología, merced al análisis de los caracteres propios de estas configuraciones, nos hace detectar los cambios que provocan en todo lo existente.

—Muy bien, ¿pero cuál de estas dos vías te parece la más segura para conocer la realidad de la naturaleza?

—La astronomía tiene el estatuto de ciencia cierta, pues la regularidad y la eternidad de los movimientos de los cuerpos celestes, analizados gracias al instrumento ya probado que son las matemáticas, garantizan su fiabilidad. La astrología tiene el estatuto de ciencia conjetural, porque estudia el efecto producido por las configuraciones de los astros sobre nuestro mundo sublunar. Sometida a una infinidad de variables, la realidad de la naturaleza está supeditada al juego de las fuerzas opuestas.

Marco Aurelio permaneció largo rato silencioso, tratando de asimilar los difíciles pensamientos del sabio.

—En Roma —dijo con brusquedad—, convoqué a mis magos y mis astrólogos. Les indiqué la hora de mi concepción y la de mi nacimiento, y me comunicaron lo siguiente: tendré un hijo varón y su fecha de nacimiento merecerá ser recordada, pues, por primera vez desde que Augusto tomó el poder, un futuro emperador nacerá en el seno del poder imperial. ¿Tú qué dices, confirmas este pronóstico?

Tolomeo vaciló antes de responder, visiblemente incómodo.

—Gran señor —acabó diciendo con prudencia—, sólo puedo desear la realización de este oráculo, que sin duda te convertiría en el más feliz de los hombres. Sin embargo...

— ¿Sin embargo? —repitió el cónsul con cierta inquietud.

—Sin embargo, soy incapaz de confirmar la predicción.

—No lo comprendo... ¿No dicen de ti, acaso, que eres el príncipe de los astrólogos?

—Señor, tampoco voy a confirmar estas palabras, pero te hablaré con toda sinceridad. ¿Cómo pudieron establecer tus astrólogos la carta astral de una criatura que

no ha nacido aún, por lo que ignoran las configuraciones de los planetas y del zodíaco en el momento exacto de su nacimiento?

Este argumento pareció desconcertar al cónsul.

—A decir verdad —masculló—, no me hablaron demasiado de conjunciones astrales. Adquirieron esta convicción consultando las entrañas de los animales.

Tolomeo esbozó una sonrisa de conmiseración.

—La verdadera astrología debe elaborar sus conjeturas a partir de los movimientos celestes descritos por la astronomía. Yo diría de ella que es una dama muy hermosa, pero que aunque parece poseer los más altos secretos del mundo... por desgracia se ve suplantada por una prostituta.

—¿Quieres decir con ello que mis astrólogos son unos charlatanes? —dijo el cónsul pasmado.

—Digo simplemente que muchos individuos, atraídos por las ganancias, engañan al profano ejerciendo so capa de astrología otro arte que de hecho sólo aspira a obtener beneficios. Engañan a quienes les consultan al fingir llevar a cabo numerosas previsiones.

—¿Y tú, gracias a tu superior conocimiento de los astros, no te equivocas nunca?

—No tengo esta pretensión. A veces, el astrólogo más ducho y más concienzudo puede confundirse, a causa de la propia naturaleza del tema y de la cortedad de su inteligencia comparada con la grandeza del mensaje.

Marco Aurelio reflexionó de nuevo. Fascinado poco a poco por el implacable poder de razonamiento de su interlocutor, en este momento le apetecía más hablar de filosofía que de sórdidas cuestiones de paternidad.

—Por mi parte —murmuró tras un largo silencio—, las lecciones de Epicteto me han convencido de que la sabiduría consiste en adecuarse a la naturaleza, recobrando la unidad de uno mismo con el mundo.

—Es raro oír palabras tan sabias en boca de los monarcas —dijo Tolomeo algo obsequioso—. El ser humano ha sido en efecto modelado en el seno del gran todo que es la naturaleza. Por consiguiente, sólo una serie de causas naturales hacen posible la previsión del propio destino. Supón que un hombre haya adquirido un conocimiento preciso de los movimientos de todos los astros, del Sol y de la Luna, de modo que no ignora ni el lugar ni el momento de todas las configuraciones; supón también que haya aprendido, gracias a las investigaciones realizadas continuamente desde hace siglos, a discernir la naturaleza general de estos astros. ¿Qué impide a ese hombre conocer el temperamento de cada individuo, analizando el estado del cielo en el momento de su nacimiento? Podría afirmar, por ejemplo, que su cuerpo y su espíritu están hechos de este o aquel modo; y predecir también acontecimientos en momentos dados, puesto que determinada configuración de los astros favorece determinado temperamento que tiende a la felicidad, mientras que otra le hace propenso a la desgracia.

—Algunos filósofos opinan que si el astrólogo predice por error enojosos acontecimientos hará que el hombre se angustie inútilmente y sea desgraciado. Y si los predice favorables y se equivoca, hará que el hombre, también inútilmente, se sienta infeliz y decepcionado.

—Hay que considerar, más bien, que el carácter inesperado de los acontecimientos suele provocar inquietudes excesivas y entusiasmos delirantes, mientras que el

conocimiento del porvenir habitúa y apacigua el alma, preparándola para aceptar el futuro como si fuera presente e induciéndola a acoger con calma y serenidad cualquier suceso.

Marco Aurelio permaneció de nuevo pensativo. Aquella discusión le recordaba las lecciones de Epicteto que había escuchado con fervor en su juventud, lecciones que le habían convertido a la filosofía estoica.

—Creo —prosiguió por fin en un tono profundamente convencido— en la autonomía del individuo. Le creo libre por su capacidad de razonar. Creo en un dios interior, presente en cada uno de nosotros, al que concibo como un guía y que nos hace libres frente a las vicisitudes externas. ¿Acaso no contradice eso a la astrología? Porque ella supone que el carácter de un individuo está determinado por las configuraciones celestes en el momento de su nacimiento o de su concepción. Pero si todos los acontecimientos de la vida de un hombre están determinados por los astros, ¿dónde está su libre albedrío?

—La verdadera astrología no es la de los horóscopos. Evitemos creer que todo lo que le sucede al hombre es efecto de una causa llegada de arriba, como si todo hubiera sido dispuesto desde el principio para cada individuo y ocurriera irremediamente, sin que ninguna otra causa pueda constituir un obstáculo. En verdad, si el movimiento de los cuerpos celestes se realiza desde toda la eternidad en virtud de un destino divino e inmutable, el cambio de las cosas terrenales está, por su parte, sometido a un destino natural y variable, cuyas causas primeras le vienen de arriba según el azar. Las leyes variables propias de nuestro mundo sublunar modifican las influencias llegadas del cielo. Así, en el caso de los grandes desastres como las guerras, la condición general prevalece siempre sobre el destino individual.

—Por consiguiente —razonó el cónsul—, antes de determinar el destino de un individuo, los astros ejercerán su influencia en primer lugar sobre el entorno general del hombre, sobre el clima, los países, las regiones y las ciudades, ¿no es verdad?

—La astrología, en efecto, determina el carácter general de cada pueblo. De ello podría deducir, señor, que el arte de la astrología es de gran utilidad política. Un monarca prudente, que conozca las previsiones astrales, más que aplastar a los pueblos a los que quiera dominar, debería analizar antes su temperamento, para comprender sus fuerzas y sus debilidades, y de ese modo gobernarlos mejor.

—Cierto es que en este momento —murmuró el cónsul— Roma se preocupa mucho de los pueblos turbulentos de la Galia. ¿Qué nos enseña tu arte sobre ellos, que no sepamos ya?

—Los galos son por lo general de naturaleza rebelde a la sumisión, adoran la libertad, les gustan las armas y los trabajos duros, son muy belicosos, hechos para el mando, probos y generosos. Pero no sienten pasión por las mujeres y desprecian los placeres del amor heterosexual. Se inclinan en cambio por las relaciones sexuales con los hombres y ponen en ellas mucho ardor. Eso no les parece vergonzoso. Y sin embargo, pese a tal disposición de ánimo, no se vuelven afeminados y lascivos. Conservan un espíritu viril, son sociables y leales, sienten afecto por los suyos y son generosos.

No te cansaré, Amr, relatándote el resto de la docta entrevista, que prosiguió hasta muy avanzada la noche. Marco Aurelio, deslumbrado por la sapiencia de Tolomeo, le preguntó si querría seguirle a Roma para convertirse en su astrólogo oficial. Naturalmente, Tolomeo se negó, pretextando su avanzada edad. Le recomendó, más bien, a uno de sus jóvenes alumnos, Claudio Galeno. Este último, hijo de arquitecto, nacido en Pérgamo, había ido a cursar sus estudios en Alejandría. Decepcionado por la enseñanza dispensada en el Museo, se había unido, en Canope, a los discípulos de Tolomeo. Pero resultó que

Galeno, geómetra de mérito, estaba sobre todo dotado para la medicina. De modo que Tolomeo le recomendó vivamente que siguiera los pasos de Herófilo y Erasistrato, los gloriosos médicos que habían inventado el arte de la anatomía, aquí mismo, en Alejandría. Por aquel entonces la Ciudad había alcanzado la cima del desarrollo artístico y científico promovido por Tolomeo Soter. Influidado por el astrólogo, Claudio Galeno se convenció de que si se admitía la influencia de los astros sobre las condiciones meteorológicas, había que reconocer también que influían sobre las funciones de los seres vivos. En consecuencia, Claudio Galeno estableció todo un sistema de analogías simbólicas entre las zonas del cielo y las partes del cuerpo, de modo que en sus tratamientos contra las enfermedades permanecía atento a las configuraciones del zodiaco y a las posiciones planetarias.

En resumen, en cuanto volvió a Roma, Marco Annio Vero se convirtió en emperador con el nombre de Aurelio, y siguiendo el consejo de Tolomeo llamó a su lado a Galeno. El joven alejandrino se convirtió en su médico personal y adquirió una gloria inmortal. Los quince libros que escribió sobre la anatomía y el arte de la medicina son tesoros que me guían, todavía hoy, en mi terapéutica.

No puedo evitar, sin embargo, Amr, concluir el relato a mi modo, algo que sin duda no aprobará nuestra querida Hipatia. Ahora ya me conoces un poco mejor; hijo de Israel, soy de un escepticismo irónico y miro con cierta diversión las jugarretas y trucos de la historia. Sabe pues que, ocho meses después de la entrevista entre Marco Aurelio y Tolomeo, llegó al mundo el catastrófico Cómodo. Era sin duda hijo de Faustina, pero nadie podrá nunca afirmar quién era su padre. Marco Aurelio, sin embargo, lo mimó a lo largo de todo su reinado, que duró veinte años, y lo mantuvo siempre a su lado, como para asegurarse de la antigua predicción de los magos. Cuando Marco Aurelio murió en el frente donde combatía a los germanos, Cómodo heredó en efecto el trono paterno. Pero se apresuró a regresar a Roma para llevar, por fin, la incomparable vida con la que soñaba desde hacía mucho tiempo: una existencia fastuosa y sensual, llena de fiestas y juegos, sazónada con orgías inéditas y grosera lujuria, empapada de vino y de sangre. Cómodo, que era de una ferocidad bestial en cuanto se trataba de afirmar sus prerrogativas frente a un Senado cada vez más hartado, dejó que sus favoritos gobernaran en su lugar. Y dado que estos favoritos estaban muy lejos de ser desinteresados, la corrupción y la prevaricación invadieron todos los engranajes del Estado.

Aunque no tuvo que enfrentarse con ninguna amenaza exterior, Cómodo, cada vez más desequilibrado, consiguió, en sólo dieciocho años de reinado, comprometer el prestigio militar y económico de Roma. La peste despoblaba regiones enteras, la hambruna reinaba un poco por todas partes, pandillas de soldados que no cobraban hacía tiempo asolaban con sus desmanes la Galia. Mientras, en Roma, el perezoso emperador se pavoneaba en el anfiteatro. Disfrazado de aquel Hércules cuya reencarnación pretendía ser, combatía con las fieras con una enorme maza de madera... Se dice incluso que, en su locura, habría querido que la Ciudad Eterna llevase en adelante su propio nombre...

Donde Amr cambia de bando

—No podría afirmar que tu relato me ha convencido —dijo Amr, frotándose la barbilla algo desorientado—. Tal vez Tolomeo hablase como un oráculo, pero debía de ser bastante aburrido. Y, además, no había previsto el execrable destino de ese emperador, el tal Cómodo.

De hecho, durante todo el final de la exposición de Rhazes, Hipatia había comenzado a agitarse con impaciencia, lanzando incendiarias miradas al joven médico. Éste, al mostrarse demasiado cínico, había terminado por echar a perder toda su argumentación. La muchacha estimó que era preciso enmendar a toda costa aquella metedura de pata y cambiar el rumbo de los pensamientos de Amr.

—Supongo, general, que en vez de oír hablar de los galos habrías preferido saber lo que el tal Tolomeo decía de los hombres de tu país.

—Ah, también tú entras en liza para convencerme de la verdad de vuestra vana astrología...

—Juzga por ti mismo si es vana —dijo Hipatia, enfadada—. Tolomeo habría dicho que los hombres de la Arabia Feliz están en afinidad con Sagitario y el astro de Júpiter, porque la región es fértil, en ella abundan las plantas aromáticas y sus habitantes tienen buen carácter, son comunicativos en su vida, en los intercambios con los demás y en los negocios...

—La predicción se adapta bien al caso —se mofó el general árabe para mostrar que no le engañaban—. ¿Llegarás a hacerme mi propio horóscopo?

—Te burlas, Amr, y sin embargo lo que dicen los astros va a sorprenderte. Escucha... —Hipatia cerró los ojos, pareció meditar unos instantes y comenzó a hablar como un oráculo—: Eres del signo de Acuario y tienes como ascendente el mismo signo. El Sol y la Luna están en Acuario, signo masculino que se halla en ascendente. La Luna tiene como escolta el Sol, el astro de Júpiter, el de Marte y el de Venus. El astro de Júpiter está en ascendente y los de Marte y Venus se hallan en configuración de trígono con el Medio del cielo. Tu tema natal presenta pues todas las condiciones requeridas para ser «cosmocrátor». En efecto, cuando las dos Luminarias están en signos masculinos, y especialmente si la Luminaria que dirige la familia diurna o nocturna tiene también cinco planetas como escolta, los sujetos que nacen serán durante toda su vida importantes, poderosos y dueños del mundo.

Tras un momento de estupefacción, Amr soltó una risa forzada, indicando que no quería conceder la menor importancia a un horóscopo tan oportuno.

—Encantadora Hipatia, hablando como el docto Tolomeo te vuelves tan aburrida como él. No, decididamente no creo en estas previsiones astrales.

—En cuanto a Omar —intervino por fin Filopon, que veía hasta qué punto los dos jóvenes se habían equivocado en sus sucesivas intervenciones—, si debes hablarle de Claudio Tolomeo, será más prudente que recuerdes sólo su sistema astronómico. Se tranquilizará si le describes una gran Tierra, inmóvil en el centro de un universo estable y previsible.

—Tienes razón, prudente Filopon, es hora ya de volver a la realidad. El destino del hombre es, en suma, un destino de papel: nace arrugado, muere arrugado, y en eso el médico no va a contradecirme. Por lo que se refiere al destino de la Biblioteca, depende

sólo de la voluntad de Omar... así como del modo como le cuente yo esta entrevista. De modo que, repito, ayudadme a demostrar que vuestros libros no van contra el Corán.

—Gracias por tu comprensión, digno Amr. Y puesto que ahora estás dispuesto a pedir a tu califa que no arremeta contra la Biblioteca, háblanos del tal Omar. Si le conocemos mejor, podremos ayudarte mejor a torcer su voluntad.

—Omar no es sólo un barbudo con manto, aunque adopte esa apariencia. Cuando era un miembro poco importante de una tribu de segundo orden, se opuso, al principio, a la predicación del Profeta, para aliarse con las poderosas tribus de La Meca. Luego, advirtiendo que el viento cambiaba, se convirtió en uno de sus más fervientes adeptos. Él mismo cuenta, sin embargo, una historia muy distinta, como si quisiera forjar su propia leyenda. Afirma que, en su juventud, robaba por necesidad en los puestos de los mercaderes dátiles y fruta para alimentar a su pobre familia. Hasta el día en que, llamando por azar a la puerta de una casa donde se hallaban algunos devotos, había oído recitar una sura. Y se había convertido de inmediato en el más piadoso de los musulmanes...

—Recuerdo nuestro primer encuentro, Amr —dijo Filopon—, cuando tú ibas vestido como un mercader y no con la armadura de un guerrero. Me dijiste que el Corán, como una columna sonora que se eleva desde el día en que Mahoma recibió su revelación, no estaba hecho para ser leído sino para ser recitado en voz alta...

—Siendo así —dijo Rhazes en tono acerbo—, no veo cómo Omar podría ser disuadido de quemar los libros, puesto que sólo concede importancia a lo oral en detrimento de lo escrito.

—Se dice incluso —prosiguió Amr— que destruyó el testamento del Profeta que designaba como sucesor a su yerno Alí, favoreciendo así la elección de Abú Bakr a la muerte de Mahoma. Y naturalmente, cuando Abú murió a su vez, él ocupó su lugar. Desde entonces, Omar ha salido de la sombra y ha querido que todas sus acciones fueran espectaculares. Nos ha lanzado a la conquista de naciones extranjeras, ha hecho construir ciudades en Arabia. Él escogió la hégira, el año de la emigración del Profeta a Medina, como inicio del calendario musulmán.¹ También se proclamó primer comendador de los creyentes. Pero, aunque él ha mantenido una apariencia humilde y modesta, ha visto con espanto cómo a su alrededor se establecía un lujo inaudito. Las primeras conquistas del islam hicieron que las riquezas del mundo afluyeran a Medina. Toda una aristocracia se divierte hoy en un ambiente de boato y placer. Sabed que Suqayna, la propia nieta del Profeta, tiene abierto un salón en el que se reúnen más poetas y cantores que imanes especializados en teología musulmana...

—¡Tu islam no es tan severo, pues! —Hipatia sonrió.

—Claro, pero lamentablemente Omar no representa el verdadero espíritu del islam. Frío, calculador, austero en su vida, exigiendo a los demás tanta virtud como él, lleno de temor ante el Muy Benevolente, y también ante el peligro y la muerte, no puede admitir que aquí abajo se sienta placer. Elimina con ferocidad todas las oposiciones. Nadie puede discutir sus órdenes, ni siquiera los más antiguos compañeros del Profeta que deberían prevalecer sobre él...

—Ya me has dicho bastante —concluyó Filopon—. Este hombre ha sufrido tantas humillaciones durante la primera parte de su vida que quiere ahora tomarse la revancha.

¹ El Profeta abandonó La Meca el 16 de julio de 622. Esta migración, en árabe *hijra* (hégira), se toma como origen de la era musulmana.

Quiere dejar su impronta en la Historia y superar incluso a tu Profeta. Ah, si no temiera tanto por la suerte de nuestros libros, me alegraría de que tu secta tenga semejante guía.

—¿Y por qué?

—Porque a causa de su intransigencia, de su estrechez de miras, de su imposibilidad de escuchar una opinión contraria a sus deseos, muy pronto los hombres de su país y de su culto se levantarán contra él. Y antes de mucho tiempo no habrá ya sólo un islam, sino dos, diez, veinte. Es decir, ninguno. Eso mismo estuvo a punto de ocurrirle a la Iglesia cristiana hace dos siglos. Y sin embargo el obispo de Alejandría, Cirilo, al revés que tu califa, no era en absoluto de extracción modesta. Pero dejaré que sea Hipatia la que te cuente mañana esta historia. Le concierne un poco.

Convénceme, hermosa Hipatia, pensó Amr, convénceme definitivamente y yo mismo iré a hincar el hierro en las entrañas de ese perro de Omar.

La mujer y el obispo

(Ultimo canto de Hipatia)

Cuatro siglos habían transcurrido desde que Filón partiera hacia Roma para defender su causa. El Templo de Jerusalén había sido destruido, el pueblo judío dispersado, los bárbaros del norte habían invadido el extremo de Occidente, y Bizancio, convertida en Constantinopla, prevalecía sobre Roma. El emperador Constantino se había declarado cristiano y con él todos sus notables, que fueron imitados por sus familias, clanes y servidores hasta el último de sus esclavos. Siempre es más fácil bajar que subir.

No obstante, en ningún lado aparecía la sencillez de las palabras de Cristo, si es que fueron tan sencillas a fin de cuentas. En Alejandría, en Atenas, en Pérgamo nacieron escuelas filosóficas, o más bien teológicas. Decididamente, la historia no hace más que repetirse, es de suponer que en algunos lugares sopla siempre el espíritu, ya esté limpio el cielo o esté cubierto de negras nubes. El tema religioso suscitaba acerbos debates. El individuo que emitiera una idea nueva o no conforme con el canon se arriesgaba, en el mejor de los casos, al exilio; en el peor, a la muerte. Olvidando su pasado de mártires, los cristianos hacían sufrir a otros, que sin embargo nunca habían sido sus verdugos, lo que ellos habían sufrido. Ahora los mártires eran los judíos y los espíritus libres, sabios y filósofos. Así ocurre con todas las religiones y me temo que los hijos de Israel, perseguidos durante tanto tiempo, vayan a actuar del mismo modo cuando en el futuro hayan recuperado su poder. Perseguirán a su vez a sus antiguos verdugos, su afán de venganza se extenderá a pueblos apacibles que sólo piden vivir en sus tierras y compartir sus beneficios.

Pero volvamos a la historia, pues ya veo que Rhazes está a punto de enfadarse. Durante la expansión cristiana, Alejandría seguía siendo un remanso de tolerancia, al menos en el barrio de los palacios. No se destruyen así como así siglos de mezcla, de intercambio, de saber cosmopolita. Y además el mar protegía Egipto de las invasiones bárbaras que habían ocupado Occidente y rompían como olas a los pies de Constantinopla. En el Museo, la filosofía era la materia más importante. Es cierto que las ciencias habían gozado de un renovado esplendor cuando el cristianismo no dominaba aún la ciudad. Tolomeo y Galeno habían sabido satisfacer a los poderosos, a los filósofos y sacerdotes de todas las confesiones. Como al primero no le preocupaba en absoluto la religión y el segundo creía en una muy vaga divinidad universal, la Iglesia cristiana adoptó la considerable obra de ambos sabios desaparecidos; lo mismo había hecho con Filón en materia de filosofía. En realidad, a la Iglesia cristiana no le interesaba estudiar la naturaleza ni su funcionamiento, ni tampoco intentaba desvelar sus misterios a fin de poder mitigar el sufrimiento humano. ¿Para qué? El fin de los tiempos está cerca, decía la Iglesia. Las teorías de Galeno y Tolomeo le convenían. A su entender, habían descrito el mundo y la naturaleza humana de un modo definitivo, como los Evangelios habían hecho con Dios.

Por consiguiente no se investigaba, no se inventaba ya; se recopilaba. He ahí el signo del final de un mundo.

Los estudiosos procedían a resumir los descubrimientos del pasado universalmente admitidos, mejorándolos un poco, adornándolos a menudo, sin nunca intentar discutirlos ni ponerlos en duda y mucho menos superarlos. Eso es lo que hicieron Herón, Diofanto y Papo con la mecánica, las matemáticas y la astronomía. Eso hizo Teón, nombrado director

del Museo por el emperador Teodosio, pues ya había periclitado el título de sumo sacerdote. Bajo su férula, la gran escuela alejandrina de Euclides, Aristarco y Apolonio recobró algo de su lustre. Pero Teón pasará a la posteridad por haber sido el padre de la mujer más sabia de la historia: Hipatia de Alejandría. Hablo, en efecto, de mi homónima, pues nació hace ahora doscientos cincuenta años.¹ Por lo demás, vio la luz bajo armoniosos auspicios, puesto que su padre, ferviente adepto de los sistemas que mezclan astronomía y música, le dio el nombre del sonido más grave que, a su entender, emite la Tierra en el centro del Universo, en el melodioso coro de la música de las esferas.(14)

Cierto día, cuando Hipatia sólo tenía catorce años, las cosas cambiaron en Alejandría. Fue nombrado un nuevo obispo: Teófilo. Hasta entonces, todas las creencias coexistían sin demasiadas fricciones. Pero aquel eclesiástico brutal decidió extirpar por la fuerza el paganismo. Por orden suya, todos los templos fueron incendiados, comenzando por el Serapión, construido seiscientos años antes por Tolomeo Soter. Los fanáticos se encarnizan siempre con los más hermosos edificios, las más bellas estatuas, porque estas memorias de piedra son testimonio de una grandeza pasada que ellos anhelan borrar. Los alejandrinos, de índole mordaz, llamaron en secreto a su nuevo obispo «el Faraón», al ver que se consideraba dueño absoluto de la ciudad. Teófilo habría causado también perjuicios a la Biblioteca, de no haber sido porque Bizancio puso freno a su ardor. El nuevo obispo se limitó a romper las estatuas, expulsar a los sabios de ideas poco tranquilizadoras y meter en la cárcel a su director, Teón, para nombrar en su lugar a un sacerdote que era su adjunto.

Era la primera vez que un hombre de Iglesia accedía a ese puesto. Este recibió el encargo de destruir todos los libros que no se adecuaban al dogma. ¡Y Dios sabe que los había! O tal vez no lo sepa.

Por fortuna, los alejandrinos, desde los tiempos de Cleopatra, tenían la vieja costumbre de embaucar poco a poco a sus amos extranjeros, que embriagados por la gloria de suceder a tantos personajes de prestigio se abandonaban a la agradable indolencia de estas tierras acunadas por el rumor del mar, a su recogimiento, a su lujo también. ¿Tuvo algo que ver en ello la graciosa silueta de Hipatia, que paseaba bajo los peristilos del Museo transformado en basílica? En cualquier caso, el abate bibliotecario jamás cumplió su misión destructora. Por lo demás, tenía poco que temer de Teófilo: éste estaba más a menudo en Constantinopla que en su obispado. Creía, en efecto, haber erradicado definitivamente el paganismo de la ciudad a costa de sangre y destrucción, y la emprendió a continuación con quienes consideraba sus verdaderos enemigos, cristianos como él, pero heréticos que no tenían la suerte de pensar por completo según sus normas.

Por entonces, en el desierto egipcio vivía en la mayor austeridad una comunidad de monjes que seguía los principios del sacerdote Juan Boca de Oro. Teófilo sentía por ese verdadero santo un odio feroz. A la cabeza de sus soldados, se dirigió al apacible retiro de los eremitas y los obligó a huir, no sin haber matado a alguno.

Pasaron diez años. Teón murió de vejez y pesadumbre. Entonces estalló, como estalla un escándalo, el genio de Hipatia. Tenía veinticinco años y estaba en lo más lucido de su edad. Alta y esbelta, parecía sin embargo incómoda con su cuerpo. Sus andares, como dificultados por su alta talla, tenían la gracia torpe y enérgica de un niño que ha crecido

¹ Hacia 370 d. C.

demasiado. De su rostro, fino y pálido, brotaba una luz extraña que deslumbraba a los hombres, les fascinaba y atemorizaba.

Hipatia lo tenía todo para atraer las iras de la Iglesia cristiana: mujer, hermosa, sabia y libre. Si hubiera sido reina o cortesana, aquello habría sido perdonable. Pero no, para colmo era virtuosa. De modo que los hombres, desconcertados, la decretaron virgen. Eso les tranquilizaba. Ella, para protegerse de sus ataques, se había casado con el oscuro filósofo Isidoro, que la seguía a todas partes. Pero esta unión no engañaba a nadie, pues Isidoro no ocultaba que llevaba su veneración por Sócrates hasta el extremo de imitar su inclinación por los muchachos jóvenes.

Al principio, la hermosa Hipatia se había limitado a permanecer a la sombra de su padre, ayudándole en sus trabajos de astronomía y de música. Sin embargo, se comenzó a murmurar que había superado a León desde hacía mucho tiempo y que era la verdadera autora de las obras paternas. Pronto no cupo duda alguna de su talento personal para las matemáticas, cuando publicó, uno tras otro, el *Canon astronómico*, un *Comentario sobre la aritmética* de Diofanto y otro sobre el *Tratado de los cónicos* de Apolonio de Pérgamo. Eso acabó de convencer a sus colegas de que Hipatia no era ya una mujer, sino un puro espíritu consagrado por entero a la especulación abstracta. Pero ella les demostró que estaban equivocados al fabricar con sus propias manos astrolabios e hidroskopios de una perfección nunca igualada. Luego aún hizo más. Para confirmar de una vez por todas que era hija de sus propias obras, escribió una respuesta muy polémica a una edición póstuma de un comentario de su padre sobre la *Composición matemática* de Tolomeo. Para hacerlo, se atrevió a apoyarse en el *Tratado de las distancias del Sol y de la Luna* de Aristarco de Samos, que ella había encontrado en los polvorientos fondos de la Biblioteca. Naturalmente, sus colegas lanzaron gritos de indignación y obligaron al sacerdote encargado del Museo a exhumar un viejo decreto olvidado del fundador Demetrio de Palero que prohibía entrar en el Museo a las mujeres, a excepción de las cortesanas destinadas al solaz de sus sapientes pensionistas.

Desde entonces, Hipatia impartió en la calle sus lecciones, al modo de Sócrates, dirigiéndose a los viandantes, viviendo en la más completa indigencia y, a veces, en una casi desnudez, como el filósofo cínico Diógenes. Se desplazaba en un carro tirado por sus dos mejores discípulos e iba así, de plaza en plaza, a impartir sus enseñanzas. Sabía encontrar palabras sencillas para llegar al corazón del pueblo. La muchedumbre la escuchaba y la admiraba. Los egipcios creían ver en ella a la reencarnación de la gran Cleopatra o de la antigua diosa Isis. Por lo que a los griegos se refiere, descubrían la antigua grandeza de la filosofía ateniense, si bien depurada por las recientes exégesis de Plotino y de Porfirio, que habían sabido extraer su sustancia esencial, al modo de Filón con el Pentateuco. Hipatia añadía a su docencia la de la libertad: libertad para creer, libertad para buscar la propia verdad, libertad para elegir el propio gobierno. Y recomendaba a su auditorio de la Ciudad que actuara sin desdeñar nunca la propia vida interior.

Naturalmente, despertó entre sus discípulos pasiones que no todas eran de orden espiritual. Pero, flanqueada siempre por su «marido» Isidoro, permanecía inaccesible.

Uno de esos adoradores se enamoró mucho más que los otros. Sinesio era un estudiante nacido en una rica familia de Cirene a quien nunca se le había negado nada, ni fortuna, ni inteligencia, ni conquistas femeninas. No satisfecho con ser el más asiduo en las clases de Hipatia, le escribía insensatos poemas que nunca recibían respuesta. En las

tabernas e incluso en el recogimiento de la Biblioteca, sólo pensaba en ella, sólo hablaba de ella.

Cierto día, plantado ante la puerta de la pequeña casa de la erudita, aguardaba su salida para escuchar la lección; o si no para escuchar, para contemplar a aquella que la impartía.

Hipatia apareció, pero en vez de subir, como de costumbre, en el carro que la había de transportar, se dirigió hacia Sinesio y blandió ante sus narices un paquetito de paños mancillados con su sangre menstrual.

—Esto es lo que amas, Sinesio, y no es algo hermoso.

Rojo de confusión, Sinesio huyó corriendo. No se le volvió a ver en mucho tiempo. Había regresado a Cirenaica. Ella le escribió para decirle que la vergüenza que le había impulsado a huir era tan excesiva como el indiscreto amor que sentía por ella. Ella le había rechazado de aquel modo sólo para aparecer irreprochable ante sus numerosos enemigos, que le habrían acusado de pervertir a la juventud. «Sólo puedo amar en secreto —confesó—, ¿y hay secreto más hermoso que el encerrado en una carta?»

Desde entonces, ambos iniciaron una correspondencia que duró años. Pero no tocaron el tema del amor. Les unían el movimiento de los astros y la trigonometría, la exégesis de Platón y los números musicales. Y resultó evidente que Sinesio no sólo había contemplado a Hipatia, sino que también la había escuchado y recordaba sus lecciones. Siguiendo los consejos de su amada, él empezó a comprometerse en la vida de su ciudad. Partió así hacia Constantinopla como embajador de Cirenaica. Allí, ante el joven emperador Arcadio, pronunció su discurso *Sobre la realeza*, en el que exponía las concepciones filosóficas de Hipatia sobre el príncipe ideal y denunciaba las costumbres decadentes de la corte. Hubiérase dicho que la hermosa sabia hablaba por su boca. Una vez terminada su embajada, Sinesio volvió a pasar por Alejandría. Nadie sabe si Hipatia se le entregó por fin, pero le obligó a casarse con una muchacha de la aristocracia cristiana del barrio de los palacios, único medio, según ella, de escalar los peldaños del poder. Sinesio regresó a su país, donde alcanzó la gloria venciendo a los bandidos del desierto.

Mientras proseguía su correspondencia con Hipatia, Sinesio llevó en Cirenaica una vida de gran señor dividida entre la caza y los placeres. Publicaba también poemas, himnos y homilias, tratados sobre los sueños y sobre la Providencia. He estudiado estas obras con mucha atención y creo poder afirmar que su autoría fue Hipatia, que no quería figurar como poetisa, pues sus enemigos también la habrían censurado por dedicarse a esta actividad.

Cierto día, Sinesio recibió una carta de Hipatia que parecía una petición de socorro. Habían encontrado el cuerpo de Juan Boca de Oro al borde de un camino, asesinado por los matones de Teófilo. Éste, liberado de su peor enemigo, amenazaba con regresar a Alejandría. Sinesio comprendió lo que tenía que hacer. Se dirigió a Constantinopla y, ante el emperador, se hizo bautizar. Esta conversión era una ganga para la Iglesia, pues siguiendo el ejemplo del hombre más influyente de su país toda Cirenaica podría convertirse al cristianismo. Ante esta perspectiva, el patriarca le propuso elevarlo enseguida al episcopado. Sinesio puso condiciones: no renunciaría al estado matrimonial, ni a la doctrina platónica de la preexistencia del alma y la eternidad del mundo. Contra lo esperado, el patriarca aceptó: la adhesión de Cirenaica bien valía tales concesiones. Por su lado, Teófilo le pidió que acudiera de inmediato a Alejandría para resolver el contencioso

que él mantenía con el prefecto de Egipto, Orestes, considerado demasiado tibio en la represión de las herejías.

Durante el obispado interino de Sinesio y la prefectura de Orestes, Alejandría conoció de nuevo una gran efervescencia intelectual. Cristianos, heréticos o no, judíos y platónicos confrontaban sus ideas, no ya por medio de la violencia sino por el verbo. Y, en el terreno de las palabras, Hipatia no tenía rival. Aunque se le permitió de nuevo acceder al Museo, sólo acudía para consultar algunas obras en la Biblioteca. Su enseñanza la daba sólo en la calle. Un auditorio entusiasta y nutrido la seguía. Entre la multitud de oyentes solía verse a Sinesio acompañado por su amigo el prefecto.

La Ciudad conoció un día la muerte del terrible Teófilo «el Faraón», que sin embargo no había regresado a su diócesis. La gente esperó por un momento que Sinesio le sucediera, pero su esperanza se vio defraudada. Si a la sede episcopal de Cirenaica se le sumaba la de Egipto, el enamorado de Hipatia se habría convertido en el hombre más importante del Imperio, después del emperador y el patriarca.

Otro personaje salió entonces de las sombras, flaco y enfebrecido: Cirilo, el sobrino de Teófilo. Algunos murmuraban que era su bastardo, pues el difunto obispo no se aplicaba a sí mismo el precepto de castidad que exigía a sus ovejas.

Cirilo empezó por apartar suavemente del obispado al buen Sinesio, prometiéndole que permitiría a Hipatia proseguir su enseñanza. A fin de cuentas tenía que tratar con miramientos a un personaje tan poderoso como el obispo de Cirenaica. Y además, meterse con la hermosa sabia podía provocar motines entre sus adoradores, ya fueran éstos griegos o egipcios, platónicos o cristianos.

Sin embargo, el clima de tolerancia que reinaba en la Ciudad enojaba a aquel hombre, lleno de odio hacia todos los que no pensaban como él. La emprendió primero con los judíos. Sabía que nadie se opondría a ello, ni entre los cristianos ni entre los platónicos. Y tendría consigo al populacho, que veía en los hijos de Israel la causa de todos sus males. Sin embargo, los judíos alejandrinos no formaban ya aquella comunidad que había sido tan floreciente en tiempos de Filón. Los cristianos se habían mostrado con ellos mucho más duros que los paganos y mucho más ávidos, haciéndoles pagar impuestos y tasas enormes antes de autorizarles a practicar su culto. Por esa circunstancia el «faraón» Teófilo les había dejado más o menos en paz, ya que gracias a ellos el obispado de Alejandría era el más próspero de todo el imperio.

Pero a su sobrino Cirilo no le preocupaban esas vulgares contingencias. Sin consultárselo a nadie, lanzó contra ellos un decreto de expulsión. El ejército invadió el barrio judío y empujó a sus habitantes, como si fueran un rebaño, fuera de los muros de Alejandría. El éxodo recomenzaba. Pero ¿a dónde irían? No había ya tierra prometida, el Templo estaba destruido, Canaán ya no existía. Y no tenían ningún Moisés que les guiara.

Hipatia no podía permanecer al margen. Con redoblada elocuencia, denunció que la propia alma de Alejandría, encrucijada de todas las razas, todas las religiones y todos los

saberes, estaba amenazada. Más de siete siglos y medio de cosmopolitismo tolerante iban a desaparecer por culpa de un fanático.

Mientras, Sinesio estaba en Constantinopla para asistir a un nuevo concilio. Un mensajero fue a avisarle de que en Alejandría el obispo Cirilo fomentaba una conjura para asesinar a Hipatia. Sinesio partió de inmediato.

El antiguo palacio de los Tolomeos estaba vacío. En los aposentos del prefecto le dijeron que Orestes estaría de cacería durante toda la semana. En cuanto a Cirilo, había abandonado el obispado para un piadoso retiro en el desierto.

Sin tomarse el tiempo de cambiar sus ropas de viajero por un atavío algo más digno de su estado eclesiástico, Sinesio fue a recorrer la ciudad donde transcurrió su juventud de estudiante enamorado. Casi a su pesar, se encaminó, por unas calles extrañamente vacías, hacia la casa de Hipatia. Al acercarse, oyó unos gritos que resonaban en las rectilíneas vías de la ciudad cuadrículada.

«¡Muerte a la bruja! ¡Revienta, puta del ágora! ¡Sobornadora del obispo! ¡Buscona de todos los judíos!»

Sinesio desenvainó su endeble puñal de gala y echó a correr. Sobre el carro detenido a la puerta de su casa, Hipatia se erguía, pálida y sonriente con su larga túnica blanca y desprovista de adornos, lo que la hacía más hermosa aún que antaño.

Con ánimo de defenderla, Sinesio intentó abrirse paso entre la muchedumbre que en nada se parecía al habitual auditorio de la filósofa. Unos parecían salidos directamente de los barrios bajos del pequeño puerto del este; pero muchos llevaban capuchones de monje y eran los primeros en lanzar invectivas. Sinesio no pudo dar un paso, porque le apresaron unos brazos vigorosos. De pronto, una piedra golpeó a Hipatia en la frente. Ella no se movió, semejante a una estatua de mármol. Luego le alcanzó un diluvio de guijarros, pedazos de madera, basura recogida de la calzada... Se derrumbó por fin, como un gran lirio aplastado por el paso de una fiera. Unos monjes subieron al carro. En aquel momento, Sinesio recibió un golpe en la cabeza y cayó sin sentido.

Cuando volvió en sí, la calle estaba desierta. Sinesio estuvo largo rato errando tambaleante por las calles cuyos adoquines estaban manchados de sangre. Sin darse cuenta, volvió sobre sus pasos y se encontró junto al carro que durante tres decenios había servido de humilde cátedra a la filósofa. Un borracho que pasaba le detuvo, y echando su hediondo aliento al rostro de Sinesio le dijo con un eructo:

—¡Eh, obispo! Han troceado el cuerpo de tu puta, con conchas de ostra, cuando estaba todavía con vida...

—¿Qué estás diciendo? —balbuceó Sinesio, incrédulo.

—Pues sí, y han quemado sus restos, incluso los han arrojado a los perros.

Y el hombre se marchó gesticulando, sin que se supiese si era la alegría o el miedo lo que le hacía agitarse así. Sinesio se derrumbó en el suelo, apoyó la frente contra una rueda del carro y se echó a llorar. Sólo mucho más tarde vio el objeto, que sin duda durante el asalto había caído bajo el carro y había rodado hasta una grieta del suelo, donde había pasado desapercibido. Era el pesado y viejo bastón incrustado de oro que Hipatia había recibido de su padre y que solía servirle para subrayar su discurso con ágiles movimientos, hendiendo el aire como si dirigiese el curso y la música de los astros.

Donde Amr se hace escriba

—¿Era esta Hipatia la antecesora de tu tribu? —preguntó Amr bastante conmovido.

—¿Quién sabe? —respondió la joven, sonriente ante las palabras «antecesora» y «tribu», leves sombras de paganismo—. En tal caso, de ser cierta la leyenda, yo habría nacido de una virgen. Conozco, al menos, un muy ilustre precedente.

—No bromees. En el Corán se dice que María tuvo a su hijo, el profeta Jesús, sin que un solo hombre la hubiera tocado nunca, como le había anunciado un ángel.

—¿Ah? ¿Conocéis el dogma de la Concepción Virginal? —exclamó Filopon muy interesado—. ¿Pensáis que la naturaleza de Cristo es doble, mitad hombre mitad Dios, o que es exclusivamente de esencia divina?

—No hay más Dios que Alá. Dios es eterno, no puede nacer del vientre de una mujer, por muy virgen que sea.

—¿Pretendes entonces que tu Mahoma fue concebido del mismo modo?

—Nada en el Corán lo dice. Su padre, el rico Abd Allah, de la tribu de los Quraych, murió antes de su nacimiento, y su madre Amina entró en los Jardines de Alá cuando él era aún muy niño.

—Interesante dialéctica —murmuró Filopon pensativo—: Mahoma era rico, huérfano, casado y propagaba su doctrina por medio de la guerra. Jesús era pobre, Dios le había dado unos padres, era casto y sólo hablaba de paz. *Stricto sensu*, tu profeta es el Anticristo.

—Filopon, Amr, os lo suplico —intervino Rhazes—. Dejad esos estériles debates para las autoridades conciliares. No tenemos tiempo. Si el emir quiere que su mensajero parta mañana al amanecer, será hora de extraer la moraleja de la historia de Hipatia. ¿Creéis que la figura de semejante mujer podrá hacer reflexionar al califa, Amr?

—Habría que presentársela de un modo distinto —respondió el emir—. Voy a ataviar a la filósofa con algunos rasgos de la primera mujer del Profeta, Jadija, a la que Mahoma repitió en primer lugar las palabras de Dios, y con otros de su hija Fátima, la esposa de Alí, la más santa de las mujeres. La historia de los paños mancillados por la sangre menstrual tiene posibilidades de gustarle. Omar trata a sus esposas como trata a los animales domésticos. Por mi parte, si os interesa mi opinión, el tonto de Sinesio me parece un enamorado muy tibio. Si yo sintiese semejante pasión por otra Hipatia, sus períodos no me repugnarían. Muy al contrario, fortalecerían mi amor.

—Me gustas más como mercader erudito y curioso que como soldado de dudosas bromas —comentó Hipatia.

—Ejem —farfulló Amr, algo cohibido por haberse extralimitado un tanto—, tendríais que explicarme algo mejor las obras de Galeno, y también las de ese mecánico llamado Herón. Una medicina que sea concluyente tranquilizará a Omar y las máquinas hidráulicas le interesarán para sus proyectos de irrigación. Pienso también hablarle del sistema de conversión cristiano, que empieza por lo más alto. Los reinos que esperamos someter ya no son aquéllos que hemos conocido en el pasado, dirigidos por jefes paganos e incultos, dispuestos a dejarse convencer si ello favorecía sus intereses. Por lo que se refiere a vosotros, judíos y cristianos, si queréis seguir practicando vuestra religión, a fe mía, tendréis que pagar.

—¡Encantadora perspectiva! —ironizó Rhazes—. Nosotros estamos acostumbrados a hacerlo desde hace ya mucho tiempo. Pero me complace imaginar que nuestros perseguidores de ayer tendrán que echar, a su vez, mano a la bolsa. En lo tocante a

Galeno, te haré luego un resumen por escrito. En cuanto a Herón, Hipatia podrá encargarse de hacer lo mismo.

—Por mi parte, voy a escribir todas estas historias que me habéis contado. Mandaré también copias a otras personas importantes de Medina. Tal vez ellas consigan doblegar a Omar. Y repito: «Tal vez.» Pero al califa le añadiré algo: «Lee, en nombre de tu Señor que ha creado. ¡Lee!» Son las primeras palabras que dijo al Profeta el arcángel Gabriel, el mensajero de Alá, en la caverna del monte Hira donde Mahoma conoció la Revelación.

—Espléndida orden —aprobó Filopon—. Creo que voy a estudiar tu Corán con algo más de atención.

—No está mal, en efecto —aceptó Rhazes—. Percibo en ello algunos ecos del libro de Baruch.

Leer, sin duda, pensó Hipatia. Pero ¿qué leer y cómo? ¿Leer sólo el Corán o tener la curiosidad de inclinarse sobre otras obras? Leer sin comprender no es grave. Leer sin dudar es temible. Leer sin placer, no es leer. Pero es inútil señalárselo a ese viril beduino: él disfruta por encima de todo con un único placer, y tal vez me vea forzada a proporcionárselo.

SABIDURÍA HUMANA

El mensaje

El emir desenrolló voluptuosamente el rollo que había hecho traer de una tienda de los arrabales y lo puso con mimo sobre la tablilla de madera preciosa. Papiro egipcio, del mejor, pensó. Lo mantuvo plano gracias a dos varillas que se deslizaban en sus ranuras, lo alisó luego con un gesto sensual. Por fin, abrió su escritorio de fina marquetería de marfil y ébano, disfrutando de su aroma a sándalo e incienso. Colocó en el soporte de porcelana los pinceles de pelo de cabra y fijó junto a ellos la piedra rectangular para mezclar la tinta. Cuando la adquirió, la piedra tenía grabados unos dragones y otros ídolos paganos. En su lugar, él mismo había grabado este versículo del Libro: «¡Sé paciente! Tu paciencia procede de Dios.» Amr había comprado el magnífico escritorio a un marinero persa cuando, siendo joven, su padre le había enviado a Sohar, el puerto del mar del sur, para comprar un cargamento de seda que procedía del gran imperio de levante.

Vertió un poco de agua de su calabaza en el hueco de la piedra, frotó allí el bastoncillo de tinta hasta que la mezcla estuvo lo bastante espesa y mojó en ella la punta de un pincel.

Del emir Amr ibn al-As al califa de los verdaderos creyentes Omar ibn al-Jattab, salud y que la paz de Alá sea contigo.

En este día de la luna nueva de Moharem, en el vigésimo año de la hégira,¹ he conquistado la gran ciudad de poniente.

La ciudad ha sido tomada por las armas y sin ningún tratado. Los verdaderos creyentes están impacientes por recoger el fruto de su victoria.

Luego enumeró los tesoros de Alejandría, sus innumerables palacios, baños públicos, teatros, perfumerías, orfebrerías, forjas, hilaturas... Omar era muy poco instruido; apenas sabía leer y escribir y presumía de ello, pues de este modo pretendía imitar al Profeta. Pensaba demostrar, haciendo correr el rumor de que Mahoma era también inculto, que todo le había sido dictado de viva voz por el mensajero del Misericordioso. El califa Omar era un hombre sombrío para quien la vida era un eterno castigo del Señor, pues estaba convencido de que la humanidad entera maquinaba contra él. El poder se le había subido a la cabeza y toda incertidumbre le era ajena. Omar era tan odiado como temido. Lamentablemente, todo el pueblo árabe, salvo algunas élites, creía que el arcángel Gabriel hablaba por su boca, incluso cuando emitía el más cruel o más absurdo de sus decretos. Al ofrecerle así la ciudad de Alejandría, el emir esperaba amansarle. Tenía que convertir el desmesurado orgullo del califa en su principal debilidad. Tenía también que especular con el tiempo, porque Omar no era eterno. Durante los diez años de conjuras e intrigas y los ocho de reinado, se había creado muchos enemigos y eran innumerables los intentos

¹ 22 de diciembre de 642

de asesinarle. Llegaría sin duda el día en que un cuchillo pusiese fin a su tiranía. ¡Sé paciente, Amr! Tu paciencia procede de Dios...

En el-Iskandariyya —el emir tuvo buen cuidado de transcribir en árabe el nombre de Alejandría— viven trescientas mil almas, de ellas doscientos mil griegos cristianos y cuarenta mil judíos que no se convertirán y por lo tanto pagarán tributo...

Amr exageraba un poco, pero éste era sin duda el mejor argumento para justificar que la Ciudad no hubiera sido saqueada ni demasiado destruida. Desde los inicios de la conquista, Omar había instituido ese impuesto que los pueblos de los Libros de Moisés y de Jesús debían tributar a Medina si querían seguir practicando sus religiones. Con su rapacidad, que hacía pasar por tolerancia, el segundo califa impedía que sus correligionarios pudieran atraer a cristianos y judíos, mediante la simple arma de la palabra, a la ruta de la Verdad trazada por el Profeta. Y es que, a su entender, el hecho de acrecentar la fortuna de Medina, y la suya, era preferible al triunfo universal del islam. De modo que Amr no pudo evitar escribir:

Por lo que se refiere al pueblo egipcio, que sigue haciendo sacrificios a los ídolos con cabeza de animales, nos será fácil llevarlo a la verdadera Palabra, para abrirles los Jardines de Alá...

El conquistador de Alejandría pasó luego muchas horas contando las historias que Filopon, Rhazes e Hipatia le habían relatado sobre la Biblioteca. Pero las contó a su manera, a la manera de su pueblo, que tanto amaba los cuentos y la poesía. Salvo, tal vez, por desgracia, Omar...

Poco antes del alba, Amr despertó a su ordenanza, que dormía ante la tienda, en el santo suelo. ¿Podrán esos beduinos dormir algún día en los palacios de las ciudades que hayan conquistado? El hombre no necesitó largas explicaciones. Tomó el mensaje, montó de un salto en su caballo y desapareció en la noche. Necesitaría más de catorce días para llegar a Medina, y otros catorce para traer la respuesta del califa. En una luna, muchas cosas habrían cambiado en Alejandría, de la que Amr era el dueño. Un dueño que, a pesar de todo, tendría que obedecer a su califa, pues el poder de éste procedía del Altísimo y de su Profeta.

Omar

El mensajero esperaba la respuesta. Su rostro estaba gris de polvo y su túnica estriada con los regueros blanquecinos de la sal del mar Rojo. El califa no le había dirigido ni una mirada, pero el joven guerrero, exhausto después de tanto cabalgar, estaba seguro de que, en el fondo de su corazón, el comendador de los creyentes le agradecía su celeridad; algún día tendría su recompensa.

Omar descifraba penosamente la misiva. Su índice se deslizaba lentamente de derecha a izquierda, vacilando en casi cada letra. Las hermosas volutas de las quince suras del Corán, especialmente transcritas para él en una piel de camello lujosamente adornada habían acabado resultándole familiares. Pero esa escritura cursiva, descuidada, como desdeñosa, de la carta del general Amr era una tortura para sus ojos y su mente. De buena gana habría pedido a su secretario que se la leyera, como solía hacer de ordinario, y le habría dictado la respuesta, pero esta vez la decisión que debía tomar exigía que no hubiera testigo alguno. Era un asunto que debían resolver Amr y él mismo.

—No te quedes ahí, muchacho —le dijo al mensajero—. Tras tan larga carrera te mereces un poco de descanso. Además, debes de tener algún familiar en Medina, ¿no es así?

—Lamentablemente, comendador, no podré ir a saludar a mi padre. El general me ha pedido que entregara otras cartas antes de regresar con vuestra respuesta.

—Otras cartas, ¿de verdad?

El mensajero se mordió los labios. Para demostrar su lealtad al califa acababa de traicionar a su jefe, al que veneraba más que a nadie en el mundo. Omar le despidió con un gesto de la mano. Y le pidió que regresara al día siguiente. No tardaría en averiguar a quién estaban destinadas esas cartas.

Con la toma de Alejandría, las cosas habían cambiado en Medina. Antaño, todos creían que las conquistas de Palestina y Egipto se debían a la voluntad del Todopoderoso que inspiraba a su califa, y que los verdaderos creyentes que combatían eran sólo sus instrumentos. Pero ahora, en todas las tierras del islam, se celebraba la gloria de Amr, triunfador de la rica y poderosa ciudad de poniente. Y el propio Amr, en esa larga carta, no dejaba de ensalzar a Dhu al Qarnain, o sea a Alejandro, el conquistador cornudo del que habla el Corán, que había llegado al país donde nace el sol. Alababa también a aquel general César de Egipto, que se convirtió en emperador desposándose con una reina. ¿Ambicionaba Amr alcanzar el prestigio de esos dos héroes? ¿Hasta ese punto le había corrompido el país del faraón? ¡No! Siempre había sido así. El emir Amr ibn al-As era digno hijo de su clan, aquellos ricos mercaderes quraychitas que se creían superiores a todo el mundo. Al enviarle tan lejos a hacer la guerra santa, Omar había creído apaciguar su ambición. Pero ahora esa táctica corría el riesgo de volverse contra el comendador de los creyentes: Amr era amado por el pueblo; Omar, en cambio, era temido. Era preciso hacerle comprender a Amr que el islam sólo tenía un jefe, cuyo nombre clamaba el almuédano al llamar a los fieles a la oración: y aquel jefe era él, Omar Abú Hafsa ibn al-Jattab, el califa, servidor de Alá y único emir de los soldados del Profeta.

Por lo que se refería a esas pamplinas que los pensadores paganos garabateaban sobre el nombre de las estrellas o el alma humana, a esas obscenidades sobre la sangre de las mujeres, a esos miles de libros más poderosos, al parecer, que las más terribles armas, a esos cristianos y esos judíos que le habrían dado lecciones al propio Profeta, todo aquello eran sólo barricadas detrás de las que el general blandía su fuerza y su fortuna ante el califato. ¿Hasta dónde pensaba llegar? Sin duda tenía en Medina cómplices

y partidarios que conspiraban para perder a Omar. Y allí, en Alejandría, además de sus beduinos, que darían la vida por él, Amr estaba rodeado, según decían los espías, de una especie de consejo privado compuesto por un viejo cristiano, un judío y una mujer, una sacerdotisa pagana que le había hechizado. ¡Sacrilégio y conspiración!

Omar, por su parte, no necesitaba consejo. Sólo recibía órdenes del propio Todopoderoso, que iba a visitarle en sus sueños. Por otra parte, ¿a quién se habría confiado? En Medina bullían las sórdidas ambiciones de aquellos intrigantes que esperaban que un cuchillo acabara con él, Omar, el artesano de humilde extracción que había conseguido, mediante su sola voluntad y su astucia por entero consagrada a su fe, llegar a la cima de la tierra del islam. Sus enemigos, los impíos, habían encontrado en Amr al hombre que necesitaban: un señor encantador, generoso, amante de los placeres de la mesa y el lecho; poeta cultivado, pero que sabía también ser valeroso en el combate y hábil estratega.

Omar no era nada de eso. Su único placer terrestre era el poder. Y lo aprovechaba, sabiendo que Allá Arriba no lo tendría. A fin de cuentas, ¿no ponía todo ese poder al servicio del Creador universal?

El califa volvió a leer con gran atención, y con mayor facilidad que la primera vez, la larga carta del general. En su primera parte, que era un mensaje de victoria, Amr sólo encomiaba las riquezas materiales de Alejandría, sus templos, su oro, sus valiosas mercancías, sus pueblos de la Torá que pagaban tributo, sin olvidar las almas paganas que habría que convertir. Pero a continuación ya sólo hablaba de libros, de sabios, de astrólogos, de filósofos, de poetas, de reyes y reinas del tiempo pasado, y otra vez de libros.

Por lo general, Omar no se preocupaba en absoluto de estas cosas. Se limitaba a despreciar los espíritus refinados que perdían su tiempo y su alma nombrando las estrellas o vaticinando sobre una rosa. Pero esta vez, el ardor con que el general defendía aquel Museo le pareció sospechoso. ¿Qué ocultaba tras aquel alegato en favor de un montón de viejos rollos y de volúmenes enmohecidos? Se dijo que Amr sin duda habría estado jactándose por todo Egipto —y pavoneándose en sus cartas a sus amigos de Medina y de La Meca— de ser el protector de las artes y las ciencias paganas, ya fueran judías o cristianas. ¿Acaso pretendía establecer vínculos con los imperios enemigos de Persia y de Bizancio?

Omar sólo había llegado tan arriba en el islam por medio de la intriga y la conspiración, de modo que veía por todas partes intrigas y conspiraciones. Tomó una decisión. Hasta ahora, Amr le había obedecido siempre, más por cálculo que por fidelidad o deber, pensó el califa. Era preciso darle una buena ocasión para rebelarse. Si se doblegaba, el general quedaría desprestigiado para siempre ante sus amigos, y quizás ante sus aliados alejandrinos y bizantinos. Si se sublevaba, conocería las mazmorras de Medina, el hacha del verdugo incluso. Además, en su traición arrastraría consigo al resto de la pandilla que había apoyado la candidatura de Alí al califato, y seguía apoyándola. Una pálida sonrisa se dibujó bajo la enmarañada barba de Omar: acababa de encontrar un pretexto para destruir aquel montón de papeles sin interés. Tomó el estilete, lo mojó en una tinta parda y escribió, con dificultad, en el pergamino:

Del Esclavo de Dios y comendador de los creyentes, Omar, al general Amr, salud.

Toda la tierra del islam ha saludado tu hermosa victoria con el regocijo que merece: debes ahora fortalecerla contra los ataques que podrían llegar por mar y

ahogar todas las oposiciones que puedan nacer en el seno de las poblaciones judías, cristianas y paganas que has censado. Para ayudarte en la tarea, te mandaré un gobernador que no he nombrado todavía. La guerra santa debe proseguir. Cuando te dé la orden, partirás a la cabeza de tu ejército hacia los países de poniente.

Por lo que se refiere a los libros de los que me hablas en tu última carta, éstas son mis órdenes: si su contenido está de acuerdo con el libro de Alá, podemos prescindir de ellos puesto que, en ese caso, el Corán es más que suficiente. Si, por el contrario, contienen algo distinto de lo que el Misericordioso dijo al Profeta, no hay necesidad alguna de conservarlos. Actúa, y destrúyelos todos.

Omar releyó la carta que acababa de sellar. La voz del almuédano se alzó por encima de la ciudad. Omar se prosternó y olvidó las razones políticas de aquella respuesta: estaba convencido de que el propio arcángel Gabriel se la había dictado.

Silogismos

Desde la terraza del Museo donde Amr, Filopon y Rhazes se habían instalado, se veía el mar. El sol resplandecía pero no conseguía atravesar el emparrado bajo el que bebían un delicioso vino de Chipre y del que colgaban unos racimos verdes que aguardaban el verano. Allí, a media mañana en la isla de Faros, la luz de la torre palidecía, como apagada por los intensos azules del agua y del cielo. Alrededor del gigantesco edificio, los olivos retorcidos por el dolor de los siglos parecían otros tantos viejos marinos que esperaban embarcarse para el último viaje.

Abrumado, Amr se derrumbó en su sillón de mimbre y tendió la carta a Filopon:

—Todo está perdido, leedla.

—Lamentablemente, amigo mío, pese a mi saber de gramático, no comprendo vuestra escritura.

El general se encogió de hombros y tradujo en voz alta la misiva del califa:

—«... no hay necesidad alguna de conservarlos. Actúa, y destrúyelos todos.» Nada más. Ni la menor fórmula de cortesía. He caído en desgracia.

—Aun a riesgo de contradecir a Aristóteles —suspiró Filopon—, el silogismo es el arma más temible de los fanáticos y los imbéciles. El califa afirma que como vuestro libro sagrado lo dice todo, los demás no dicen nada. ¿Qué puedes responder a eso? Es inútil discutir con semejante peñasco de certidumbre.

—Bueno, él blasfema. En ninguna parte está escrito que el Corán lo diga todo. El arcángel sólo habla al Profeta de lo esencial para guiar hacia Dios al verdadero creyente. En cuanto a lo demás, el hombre puede muy bien ir caminando desde Alejandría a Medina para medir la distancia en pasos, componer versos en honor de la dueña de su corazón, cantar la belleza del sol que se levanta o explicar en un libro cómo curar el dolor. ¡Que le aproveche! Es su libertad de hombre, es su grandeza. Y, por consiguiente, es la grandeza del Todopoderoso. Escribí todo eso en mi carta.

—Hablando de silogismos —intervino Rhazes—, ¿puedes responder a eso, Amr? No, no es sólo un juego... Un cretense dice: «Todos los cretenses son mentirosos.» ¿Está diciendo la verdad?

—Si miente, no todos los cretenses son... Si no miente, los cretenses son... ¡Es absurdo! Un mentiroso no miente cada vez que abre la boca, sólo cuando tiene necesidad de hacerlo.

—Una respuesta del todo acertada —asintió Filopon—. Muy a menudo, los silogismos pueden invalidarse rebatiendo una de sus partes. Basta con romperlos como cortó Alejandro el nudo gordiano.

—Así pues, con mucha frecuencia, lo que puede destruirse es un silogismo —soltó Rhazes riéndose con sarcasmo—, al menos en una de sus partes. Una roca puede destruirse, por lo tanto es un silogismo. Tu califa es una roca...

Filopon blandió su pesado bastón pulido por el paso de los siglos, como un profesor que amenazara con su férula a un holgazán.

—¡Rhazes, deja ya tus ingeniosos malabarismos! Con ese humor tan ligero, acabarás algún día por evaporarte en las nubes.

Desconcertado, Amr miró a los dos sabios, al maestro y al discípulo, que charlaban rivalizando en ingenio sin ocultar su diversión. ¿Cómo? Durante semanas, ambos habían luchado al unísono para convencerle de que preservara los tesoros de la Biblioteca, y ahora, cuando acababan de saber que lo que más querían en el mundo iba a desaparecer, jugaban como dos estudiantes a la salida de una clase aburrida. De pronto, como en una

revelación, el general comprendió: debatir, confrontar ideas, buscar la verdad no era sólo un árido y soso trabajo de austeros sabios, sino también un juego, un juego del espíritu, al igual que el amor es un juego de los cuerpos.

—Si los dos seguís así, llamo inmediatamente a Hipatia. Ella, al menos, sabrá meteros en cintura. Por cierto, ¿dónde está?

—En las termas de las mujeres —respondió Rhazes con forzada causticidad—. Cuando no lee ni escribe, está en los baños. Me hace añorar el feliz tiempo de Atenas, cuando las damas no tenían acceso a esos establecimientos.

—¡A fe mía! —rió Amr—, no intentaré reunirme allí con ella. Tras la toma de Heliópolis (pero no digáis ni una palabra de esta historia a mis esposas, si por desgracia las conocéis un día), decidí entrar en los baños para mujeres, creyendo que era una de esas acogedoras casas donde el guerrero vencedor encuentra descanso y solaz. Dos enormes matronas me agarraron por los hombros y de un empujón me echaron escaleras abajo. Por poco no me despiden con una patada en el culo. ¡En serio! ¡A mí, que dos días antes había derribado las puertas de su ciudad, entrando con el sable desenvainado sobre mi caballo chorreante de sudor y sangre! Me resigné entonces a ir a remojarme en una de las innumerables termas de la ciudad ocupada. Era muy aburrido: sólo había hombres. Y por lo que se refiere al sudor, transpiré tanto como mi fiel *Batalla*; es mi caballo, no muy rápido pero fuerte y valeroso. Seguro que lo habéis visto: su pelaje es negro y tiene una estrella blanca en la frente.

—¡Bravo, Amr, bravo hijo mío! —exclamó Filopon secándose una lágrima que la hilaridad había hecho brotar de sus ojos pálidos y rodeados de arrugas—. Reír es una coraza mucho más segura que los más sólidos petos de bronce. Vuelve a servirte bebida.

—Una sola copa entonces, pues el Profeta dijo que todo el vino que bebamos aquí nos será deducido en sus eternos jardines. Pero aún no he terminado de contaros lo de las termas de Heliópolis. Mientras un esclavo nubio me desollaba la espalda con un cepillo muy duro, se me ocurrió una idea. Imaginé, para olvidar el dolor, que instalaba unos establecimientos semejantes en los oasis, en Medina o en La Meca, en los puertos del mar de Omán... Les añadiría unas alcobas para que cada cual pudiese dormir, mesas para recobrar fuerzas comiendo, mi mercado para intercambiar los productos llegados de las cuatro esquinas del mundo. Todo ello sería bastante rentable. ¿Qué te parece, Rhazes?

—Me parece que está claro, los hijos de Ismael son hermanos de los de Israel. Un detalle: ¿cómo se calentaría el agua en tus termas? ¿Con libros quemados?

Se hizo un abrumador silencio. Los tres hombres, entretenidos en intercambiar bromas, casi habían olvidado la amenaza que pesaba sobre la Biblioteca. O, al menos, la habían dejado a un lado por unos instantes. Amr mostró de nuevo su aire grave y autoritario de jefe guerrero:

—Concluiré tu último silogismo, Rhazes: «Tu califa es una roca, por lo tanto tu califa puede ser destruido.» Temo que, por desgracia, habrá un tiempo para destruirlo, y que ese tiempo no ha llegado aún. Me apena reconocerlo ante vosotros, mis vencidos amigos, pero sería prematuro. Después de la muerte de Mahoma, Arabia conoció terribles horas de guerra civil, en las que el hermano combatía contra el hermano, el hijo arrojaba a su padre en las mazmorras, y en las que por todas partes aparecían falsos profetas que intentaban arrastrar al pueblo a sangrientos enfrentamientos... Omar supo unirnos y éste es su mérito. Supo lanzarnos a la guerra santa. Si yo intentara eliminarle ahora, todos esos horrores recomenzarían y la Historia me consideraría el responsable. No lo deseo.

No quiero que mi nombre, el de mis antepasados, quede mancillado por esas indelebles manchas que son las palabras: «Traicionó a Dios», «renegó de su pueblo».

—Alejandría no es enemiga de los árabes, Amr —dijo Filopon—. Todo el mundo espera aquí que tu llegada nos libre del yugo de Bizancio y de la amenaza persa. Te estamos agradecidos, magnánimo vencedor, por haber prohibido a tus soldados dedicarse al pillaje y las represalias. Pero si atacáis la Biblioteca, atacaréis la propia alma de Alejandría. Y entonces, el pueblo entero se levantará contra vosotros, como tantas veces hizo en el pasado contra otros tiranos, otros invasores. Tu religión sólo podrá extender su influencia si preserva lo mejor de la herencia griega, romana, cristiana y judía. Cuando os abráis al mundo es cuando estaréis en la cima del mundo; entonces podréis comerciar con los pueblos de todo el orbe y llevaréis a cabo, a vuestra vez, nuevos avances en matemáticas, ciencias y filosofía. Por el contrario, si tratáis a todos los no creyentes como si fueran vuestros enemigos, si combatís con odio a quienes no piensan como vosotros, entonces también trataréis a vuestras mujeres como si fueran ganado, y llegará la edad oscura de tu islam.

—También le escribí eso a Omar. Pero... acabas de hacerme comprender algo, Filopon. ¿Es éste el método del «parto de las almas» que practicaba el tal Sócrates y del que tanto me has hablado? Sí, acabo de comprender... Lo que el califa quiere destruir no son los libros sino a mí. Mis sucesivas victorias me han dado gloria y popularidad, de Mascate a Jerusalén pasando por Medina.

Y Omar teme que la utilice para derribarlo. ¡Qué equivocado está acerca de mí! Por muy general que yo sea, no me atrae el poder. Además, aunque lo tuviera no podría ambicionar ser califa. El Profeta nos dio el ejemplo: ese cargo debe corresponder a un hombre de Dios y no a un hombre de guerra. Entre nosotros, los soldados son sólo el brazo armado de un cuerpo cuya cabeza es el califa, y el alma, Dios. Sí, soy sincero. Pero también soy un asno. Para distinguirme ante mis amigos cultos de Medina y La Meca, les he contado todas las bonitas historias que me habéis relatado. ¡Les gustan tanto a mi pueblo! ¡Pero Omar ha debido creer que conspiraba! Soy un estúpido. También ha sido una estupidez haberle hablado de esos libros. Si no le hubiera dicho nada, no se habría preocupado por ello. Al pedirme que los destruya, quiere poner a prueba mi obediencia. Si me niego, hará que acaben conmigo como con un traidor. Si le obedezco, seré culpable de la desaparición de un milenio del pensamiento humano y la deshonra caerá sobre mí, sólo sobre mí. Estoy perdido...

— ¡No seas cobarde, general! Nos hablas de virtud, de honor, de fidelidad y, cuando llega el momento de elegir entre tu destino y tu reputación, eliges la fuga. ¿Así piensas gustarme? —le reprochó Hipatia, que se irguió ante ellos, hermosa y terrible.

Con su larga túnica blanca, su abundante melena negra sujeta por una diadema cuajada de perlas, parecía la diosa Atenea. La fulgurante mirada que lanzó a Filopon y a Rhazes les hizo comprender que había llegado el momento de que ellos dos se retiraran. El viejo filósofo y el fogoso médico no podían hacer nada ya para contrarrestar las órdenes del califa. De modo que, encogiéndose por última vez de hombros, ambos salieron lentamente, dignos y rígidos como estatuas.

La segunda mirada que Hipatia dirigió entonces a Amr fue inequívoca.

Las termas de Alejandría

Había transcurrido sólo una semana entre el momento en que Amr ibn al-As recibió la orden de destruir la Biblioteca y la llegada del gobernador, un familiar de Omar. El plazo era demasiado breve para que el general fuese acusado de sedición. El califa, temiendo que un acto de desobediencia del prestigioso jefe del ejército de Egipto provocara una reacción en cadena por parte de las tropas de ocupación acantonadas en Siria y en Palestina, había encontrado otro pretexto para neutralizar por algún tiempo a aquel emir demasiado popular: decretó que, al enviar sus famosas cartas a sus amigos de Medina y La Meca, Amr había cometido una grave indiscreción y revelado secretos de Estado. De este modo, nadie podría objetar nada ante el cese del general, ni siquiera el principal interesado.

De hecho, tal como Omar había previsto, Amr fue puesto en arresto domiciliario en sus aposentos de palacio. Dorada prisión, es cierto, pero en la que lamentó amargamente su imprudencia política. Lo que no lamentó fue haber cedido a las dulces exigencias de Hipatia. Cuando uno de sus soldados fue a anunciarle que el gobernador nombrado por Omar estaba a las puertas de la ciudad seguido por una nutrida tropa, el conquistador de Alejandría les dijo a sus amigos alejandrinos:

—Esta vez todo ha terminado. Podré retener a ese hombre unas pocas horas. Aprovechadlas para avisar a vuestra gente y salvar los libros que deban ser salvados.

—Todos los libros deben serlo —exclamó Hipatia.

—Lamentablemente, sobrina —suspiró Filopon—, no queda ya tiempo. Cuando la casa arde, hay que escoger lo que te llevas.

Filopon y Rhazes se apresuraron a actuar. Pero ¿qué libros salvar? La elección era desgarradora, ya que no podrían llevarse más que una parte de las obras. Amr se había propuesto almacenarlas en sus aposentos, contiguos al museo. Hipatia le había mostrado una puerta secreta que, antaño, permitía a los bibliotecarios deslizarse en sus habitaciones a cualquier hora del día o de la noche. Nadie habría sospechado que el general ocultara allí lo que tenía orden de destruir. Nadie, además, se habría atrevido a registrar su casa, ni siquiera el enviado del califa.

¿Qué decidir? Ante todo había que abandonar los libros de los que existía por lo menos una copia en otra biblioteca imperial, ya fuera de Oriente o de Occidente. Ahora bien, se sabía el contenido de la de Constantinopla, pero el de las demás bibliotecas era muy aleatorio. Roma había sido saqueada tantas veces por los bárbaros que era imposible determinar qué seguía existiendo allí; desde hacía dos siglos, las bibliotecas de la ciudad estaban cerradas como tumbas. Toledo había caído en manos de un rey visigodo que, según decían, era aficionado a las artes y las letras. Pero ¿sería fiable ese rumor? En cuanto al resto, la Galia estaba ocupada por las hordas francas, a Pérgamo se la disputaban Bizancio y Persia, de modo que esos lugares debían ser un montón de ruinas.

Filopon y Rhazes decidieron entonces salvaguardar únicamente lo esencial de las grandes obras anteriores al cristianismo. En efecto, ¿quién sabía si también el patriarca de Bizancio no decidiría destruir las obras impías o paganas? Filopon se encargó pues de ocultar las obras de Platón, Aristóteles y Calímaco, la Biblia de los Setenta, prohibida ahora por Constantinopla, las de Filón y algunos más. Rhazes, por su parte, se encargó de Euclides, Arquímedes, Eratóstenes, Hiparco, Herón y otros más. Estuvieron dudando unos momentos sobre el destino de los trabajos de Tolomeo el Geógrafo y Galeno el Médico.

¿Acaso esos dos no eran tolerados por el dogma cristiano? Pero los salvaron de todos modos, pues la cristiandad era tan cambiante al albur de sus concilios...!

Hipatia, en su juvenil intransigencia, se negó a participar en sus debates y en ese salvamento.

—El crimen es el mismo —declaró— por un libro quemado que por un millón. Salvando sólo algunos, nos hacemos cómplices de los asesinos. —Luego les abandonó sin permitir que intentaran hacerle cambiar de opinión.

—¡Señor, señor, ya están aquí!

Un aterrorizado esclavo había aparecido en la galería. De inmediato los dos amigos, con los brazos cargados de rollos, se dirigieron a la puerta oculta que llevaba a los aposentos de Amr.

—¿Hipatia? ¿Dónde está Hipatia? —se preocupó Rhazes.

—He dejado a la señora en la escalinata del Museo —respondió el esclavo—. Ha debido de refugiarse en su casa.

—¡Mi bastón! ¿Dónde está mi bastón? —preguntó a su vez Filopon.

—Vuestra sobrina lo llevaba, señor.

La puerta de los aposentos de Amr se cerró tras ellos cuando el paso de los soldados resonaba ya en el primer peristilo.

Hipatia se hallaba en lo alto de las escaleras, ante el porche de la Biblioteca. Blandía el pesado bastón labrado de su tío, como un centinela sujeta su arma. Ante esa visión, la tropa se detuvo al pie de la escalinata. Era como si vieran una estatua de mármol que de pronto hubiese cobrado vida.

—Nadie tiene derecho a entrar armado en el templo de la ciencia y el arte —anunció la joven con voz grave y fuerte.

—¡La reconozco! —gritó uno—. Es la bruja que ha hechizado a nuestro general. ¡Maldita seas!

Una piedra golpeó a Hipatia en pleno pecho. Ella lanzó un grito de dolor y se tambaleó. Entonces, más y más piedras llovieron sobre ella y acabaron derribándola y cubriéndola. Los soldados saltaron sobre su cuerpo y penetraron en la Biblioteca.

Durante toda la tarde y hasta que cayó la noche, en un incesante ir y venir, los secuaces del gobernador fueron sacando los libros y cargándolos en los carros que los llevaban hacia los cuatro mil baños y termas de la ciudad. Cuando por fin el Museo estuvo desierto, unas sombras que eran Amr y Rhazes fueron a buscar el cuerpo de la muchacha y lo tendieron en un lecho de los aposentos del general. El médico judío lloraba, el antiguo mercader árabe rezaba. Filopon, por su parte, contemplaba su bastón. En cierto momento, accionó un pequeño mecanismo oculto bajo el pomo, que se desprendió. El bastón de Euclides estaba hueco. El viejo gramático sacó de aquel tubo cuatro amarillentos rollos y los desplegó. Pese a su negativa a colaborar en el salvamento, Hipatia había ocultado en aquel escondrijo, cuya existencia le había revelado su tío, unos extractos de las *Distancias de la Luna y del Sol*, de Aristarco de Samos, y otros muchos de su *Hipótesis*, aquella obra herética en la que el astrónomo se atrevía a afirmar que la Tierra no era el centro del Universo, sino un pequeño planeta que giraba alrededor del Sol. Juan Filopon, el cristiano, nunca hubiera elegido poner a salvo aquella tesis errónea, y por lo tanto inútil. Pero, puesto que Hipatia lo había querido... Volvió a colocar los rollos en su escondrijo, cerró

cuidadosamente la abertura y se fue, abrumado, aferrando el bastón para poder sostenerse en él algún tiempo más.

Los libros de la Biblioteca de Alejandría alimentaron, durante seis meses, las calderas de las termas de la ciudad. Los beduinos se habían aficionado a esos baños tan emolientes como vigorizadores.

Filopon sobrevivió poco tiempo a la muerte de su sobrina y a la destrucción de la Biblioteca. Se dice que falleció el día que cumplió cien años, legando a Rhazes el bastón de Euclides. Este se convirtió en el médico personal del general Amr, en su preceptor y su confidente. Unos meses después de estos acontecimientos, partieron ambos hacia Arabia, pues acababan de saber que el califa Omar había sido asesinado en la mezquita de Medina por un esclavo mesopotámico. Durante su viaje, la flota bizantina atacó Alejandría y la recuperó. El nuevo califa restableció a Amr en sus funciones de general en jefe de Egipto. Las tropas de Bizancio fueron expulsadas de nuevo y el primer acto de paz del glorioso soldado de Alá fue nombrar a su médico bibliotecario del Museo, al menos de lo que quedaba.

Cierto día, Amr, acompañado siempre por su inseparable amigo judío, partió a la cabeza de sus tropas para llevar a cabo nuevas conquistas, en nombre del Misericordioso, en los países de poniente. Recordando la imperecedera luz del Faro, decretó que los arquitectos debían inspirarse en ese extraordinario monumento para construir las torres de las mezquitas. En adelante, el almuédano guiaría desde allí arriba las almas extraviadas hacia la luz de la verdadera fe e invitaría a los fieles a la oración. Pues, según la sura XXIV, «Dios es la luz de los cielos y de la tierra. Esta luz es como una hornacina con su lámpara, una lámpara colocada en un cristal, un cristal parecido a un astro resplandeciente». Así, el islam edificó sus minaretes, que se elevaban como un millar de faros por encima de los edificios.¹

¹ El término minarete procede árabe *manara*, «faro».

EPILOGO

El bastón de Nicolás

Seis caballos tirando de un pesado vehículo negro que luce las armas del obispo de Warmie escalan penosamente los montes que llevan a Nuremberg. Los sigue un carro cargado con baúles y fardos. Salieron de Roma hace dos meses, en los primeros días de la primavera del año de gracia de 1504. Pero Nicolás no tiene mucha prisa por reintegrarse al capítulo de la catedral de Frauenburg. De modo que, como los escolares, ha dado un rodeo.

El canónigo polaco, apasionado por las matemáticas y la astronomía, recupera, durante ese lento viaje, la despreocupación y la alegría de un colegial. Cuando se detuvo en Ferrara, encontró a uno de sus compañeros de antaño junto al que había estudiado en la Universidad Jagellon de Cracovia, su amigo el doctor Juan Fausto, y le invitó a viajar con él hasta Polonia. Pero aquel encuentro nada debía al azar. Fausto, que diez años atrás había tomado parte en la navegación de Vasco de Gama, había proseguido solo, desde las Indias, un periplo que le había llevado hasta China. Luego regresó a Venecia, donde tenía que resolver ciertos asuntos sucesorios, y allí se enteró de que su amigo de la juventud estaba también en Italia por otros asuntos que, en su caso, eran de orden estrictamente eclesiástico, al menos en su mayoría. De ese modo, los dos alegres compañeros se habían encontrado en Ferrara.

Naturalmente, durante el monótono trayecto, Juan, que ha visto muchas más cosas que Nicolás, tiene también muchas más cosas de qué hablar. Acaba así contando la historia del incendio de la Biblioteca de Alejandría, lugar donde permaneció algún tiempo. La antigua ciudad de los Tolomeos, le dice, no es hoy más que una ciudad de feria, medio abandonada. El Faro desapareció en el terremoto de 1303 bajo las aguas encrespadas; el Museo, en cambio, se derrumbó por la estupidez de los hombres, ya fueran cruzados de Cristo o soldados de Mahoma.

Fausto ha leído esa historia en *La crónica de los sabios*, una obra en árabe de un tal Ibn al-Kifti. Encontró el texto al regreso de su periplo alrededor del mundo, en la biblioteca de Constantinopla, ciudad a la que medio siglo antes los invasores otomanos dieron el nombre de Estambul. Le resume ese texto en pocas palabras.

Ambos amigos tienen muchas dudas sobre la veracidad del relato, redactado mucho tiempo después de la toma de Alejandría por los árabes. Así, el tal Ibn al-Kifti afirma que el califa Omar reinaba desde Bagdad, algo imposible porque esta ciudad no existía en el año 640 después de Cristo, fecha de los acontecimientos relatados. Otro motivo de suspicacia es que el autor de *La crónica de los sabios* pertenecía a la secta musulmana llamada «chiíta», secta que consideraba a los tres califas que sucedieron a Mahoma como usurpadores; comenzando por el propio Omar, del que afirmaban que había destruido, tras la muerte del Profeta, el manuscrito de las últimas suras.

Al acusar a aquel hombre de haber hecho quemar la gran Biblioteca, Ibn al-Kifti deslucía más aún la memoria del primer comendador de los creyentes, del que sus partidarios, los «sunnitas» decían, por el contrario, que había sido el mayor conquistador del islam triunfante, un piadoso soberano y un hábil diplomático.

—Pobre Omar —dijo Nicolás con un cómico suspiro—. Su reputación está mancillada por los siglos de los siglos. Pues, si lo que me has dicho es cierto, la Iglesia cristiana de

Oriente, al conocer esta historia, no tardó en reprobar al probo Omar... ¡Reprobar al probo Omar! ¿Qué te parece eso, Juan?

—Creo, mi buen canónigo, que eres un caso desesperado —responde Fausto—. Quince años de estudio y sacerdocio no te han curado en absoluto de tu manía de hacer juegos de palabras. Pero lo peor es que te crees obligado a repetir siempre tres veces tus abominables retruécanos, por temor a que tu interlocutor no los entienda.

Sí, los disidentes chiítas de aquella lejana época, al acusar a Omar, habían ofrecido sin querer a la Iglesia ortodoxa una excelente ocasión. Mientras en occidente se cantaban las hazañas de Carlomagno y de Rolando, vencedor de los «infieles sarracenos», cuya piel, según decían, era negra como la pez, que eran seres crueles y pérfidos de nariz aguileña e inteligencia obtusa, en la Constantinopla sitiada se repetía que las hordas sectarias de Mahoma habían destruido más de un milenio de saber. Omar tenía anchas las espaldas para cargarle con aquel inexpiable crimen.

—Y además —suelta Nicolás olvidando el piadoso hábito que lleva—, esta acusación permite disimular las matanzas de judíos y la destrucción de los ídolos que llevó a cabo el bruto de san Teófilo, obispo de Alejandría, al que sucedió su bastardo Cirilo, tan aureolado y canonizado como él. ¿Por ventura crees, Fausto, que aquellos fanáticos se limitaron a destruir el templo de Serapis? El tío y el supuesto sobrino habrían resultado unos inquisidores muy correctos, de modo que resulta lógico que san Cirilo hubiera sentido antes que los musulmanes la tentación de arrojar la antorcha a los anaqueles de la Biblioteca, ¿no te parece?

—Creo, Nicolás, que vosotros, los cristianos, tenéis la vieja costumbre de encender piras. Extraña costumbre de la que tal vez Cirilo y Teófilo fueron los gloriosos inventores. La destrucción de la Biblioteca ha sido contada numerosas veces y atribuida a otras tantas facciones y gobiernos distintos, no para hacer la crónica verídica del edificio sino para servir de panfleto político. Creo, pues, que no es necesario intentar dar un nombre al incendiario del Museo: César, Teófilo, Cirilo u Omar, ¡qué importa! Si los libros desaparecieron en la toma de Alejandría por los árabes, pues bien, la única culpable es la guerra. Fue un homicidio involuntario, en cierto modo. Diré por fin que Averroes, Avicena y otros muchos extraordinarios sabios musulmanes que tradujeron a su lengua a Euclides y Aristóteles, a Platón y Tolomeo, a Eratóstenes y Galeno, no descubrieron sus obras en un montón de cenizas. Como tú sabes muy bien, Nicolás, lo adivinas como yo lo supe en Ispahan y en Bagdad, entre aquellos beduinos, aquellos hombres del desierto, entre sus descendientes y los pueblos que habían sometido surgieron muy pronto astrónomos, matemáticos, filósofos, geógrafos que se convirtieron en traductores y depositarios del saber de los Antiguos. Mientras la cristiandad se entregaba con oscura voluptuosidad a esperar la llegada del final de los tiempos, ellos, «los infieles», como vosotros decís, reedificaban pacientemente las ruinas del pensamiento, un pensamiento que vuestros reyes, vuestros sacerdotes y vuestras pestes se habían empeinado en derribar. Y nosotros, los iniciados, los custodios del verdadero saber, prudentes intermediarios entre vuestras dos sectas que nos lo deben todo, os entregábamos modestamente sus trabajos, que vosotros os apresurabais a arrojar a las hogueras. Nuestra única ambición era proporcionaros algo de luz. Nos lo agradecisteis con el fuego y la sangre. Permíteme que llore por el destino de los justos que, entre vosotros, se atrevieron a estudiar los conocimientos que les aportábamos: Abelardo fue castrado, Beckett apuñalado y Pico della Mirándola envenenado.

—Nosotros, vosotros, ellos... ¡Qué cosas dices, Juan! —masculló Nicolás—. Mi padre era un sencillo negociante de Torún, y en toda su vida no quemó más que los pobres

pagarés de sus más humildes deudores, para perdonárselos. ¿Cómo va a ser cómplice de los crímenes de Teófilo, de Cirilo, de Domingo, de Torquemada o de Isabel de España, llamada la Católica? ¿Y tengo yo que pagar, también, por ellos? ¿Obligarías a mis hijos, si los tuviera, a arrepentirse a su vez, a mortificarse por ello hasta la enésima generación?

Ambos amigos guardan silencio sin atreverse a mirarse, mientras el vehículo desciende traqueteando por las colinas. Oyen el resoplar de los caballos y las groseras invectivas con que el cochero los arrea. Fausto se pasa la larga y morena mano por la cascada de ébano de sus cabellos. Dice por fin:

—Sólo he aprendido una cosa en todos mis viajes: hay que escuchar al otro, al extranjero; hay que leer al otro, al extranjero. Hay que comprenderle. Ésta debe ser nuestra regla ordinaria, Nicolás, nuestra regla absoluta. Como dice el viejo proverbio griego: «Da buena acogida a los extranjeros...»

—«Da buena acogida a los extranjeros, pues también tú algún día serás extranjero» —completa la frase Nicolás.

El pequeño convoy llega ahora al valle en cuyas profundidades se levanta Nuremberg, encaramada sobre un espigón. Se detienen no lejos de una hermosa mansión flanqueada en un lado por la casa del impresor Froben, y en el otro por la del pintor Durero.

—Bueno, aquí nos separamos, Nicolás —dice Fausto—. Mi hermano mayor, Martin Béhaïm, me espera. Estoy impaciente por ver su alegría cuando le regale ese mapa de China que ha dibujado para mí mi amigo Chu Su Pen, ciudadano de la ciudad más grande del mundo, Hangzhu. ¡Ah, lo olvidaba, viejo compañero! He aquí mi regalo: este bastón de madera esculpida y labrada. No, no es el tirso de Baco sino una obra de arte de gran valor. Me la dio un amigo gramático de Bagdad que presume de ser descendiente del astrónomo Al Battani. Utilízalo bien.

—No vas a hacerme creer, Juan, que tu regalo es el bastón de Euclides, aquél del que tanto me has hablado. No soy tan ingenuo.

—¿Te he dicho algo parecido?

—¡Claro que no! ¡Pero siempre se puede soñar! —exclama riendo Copérnico—. Caramba, el bastón suena a hueco. ¿Habrá algún tesoro desconocido oculto en el interior?

—Ya lo verás, amigo mío, ya lo verás.

—Oye, una cosa más antes de que desaparezcas, querido Fausto: dime con franqueza, a tu entender, ¿quién quemó la Biblioteca de Alejandría?

—El fuego, Nicolás, sencillamente el fuego. ¿Por qué no el fuego del Faro cuando se derrumbó, cierto día que la tierra temblaba algo más que de costumbre? El fuego y el tiempo que pasa, más devorador que todos los fuegos. Eso es al menos lo que contó antaño el viajero andaluz Ibn Battuta. Un musulmán que viajó hasta China.

Fausto, rechazando el pequeño escabel que pone a sus pies un mozo de establo, salta de un brinco a la calzada entablada y cierra a sus espaldas la portezuela del carruaje que ostenta las armas del obispo de Warmie. Da varios pasos hacia la morada de su hermano, luego su colosal silueta, algo encorvada, se detiene. Sin volverse, levanta un brazo que parece inmenso, agita la mano en señal de despedida, muy en alto hacia el cielo, como si quisiera arrancar el Sol, y suelta con voz fuerte:

—¡La paz sea contigo, Nicolás Copérnico!

POSTFACIO

Acabáis de leer una novela y no un ensayo histórico. Esta es la razón por la que no citaré las (numerosas) fuentes que he consultado ni daré bibliografía. Rindo homenaje, sin embargo, al libro de Luciano Canfora, *La Véritable Histoire de la bibliothèque d'Alexandrie* (Desjonquères, 1986), que me inspiró mucho.

Algunos lectores curiosos se preguntarán, a pesar de todo, qué parte pertenece a la realidad y cuál a la ficción novelesca. Los siguientes apéndices les están destinados. Las biografías de los sabios y los eruditos resumen aquéllas que pueden encontrarse en todas las buenas enciclopedias. El cuadro sinóptico de los reyes y los sabios permite situar el paralelismo cronológico entre los acontecimientos políticos y los personajes. Por lo que se refiere a las «notas eruditas», destinadas a los aficionados a la geometría y a la astronomía, explicitan algunos de los grandes descubrimientos llevados a cabo por los sabios alejandrinos. (Véanse Anexos.)

Aparte de esos pocos jalones reconocidos por (casi) todos los historiadores, hay que recordar que ninguna «verdad» histórica sobre esos antiguos tiempos ha sido firmemente establecida. Los relatos referentes a la Biblioteca de Alejandría y a los personajes que con ella tuvieron que ver son numerosísimos, aunque en su mayoría son testimonios tardíos. Además, los historiadores del pasado estaban muy influidos por las ideologías, hasta el punto de que su modo de contar la historia no tenía la objetividad que en el presente se exige a los historiadores: ciertos enemigos de Roma acusaron a César de haber incendiado la Biblioteca, mientras que otros atribuyeron el espantoso crimen a los árabes, a los bizantinos o a los cristianos.

Tan dudosa realidad histórica deja cierta libertad al novelista... ¡Libertad que he aprovechado ampliamente! ¿Existieron realmente los personajes de la novela? La respuesta es sí, salvo esa Hipatia del siglo VII que, en mi relato, tiene mucho que ver en la decisión final del emir Amr. Pero no es seguro que el filósofo cristiano Juan Filopon, infatigable comentarista de Aristóteles muy conocido por historiadores y filólogos, viviese todavía durante la conquista de Alejandría y pudiera dialogar con Amr, como afirma Ibn al-Kifti (1172-1248) en su *Historia de los sabios*. Según otras fuentes, Amr habría mantenido algunas entrevistas con un tal Juan, patriarca jacobita de Siria, entrevistas en las que habría participado también un médico judío, Filareto. Teniendo en cuenta las imprecisiones históricas, decidí basarme en la versión «romántica» de al-Kifti, poniendo en escena al muy venerable y auténtico Filopon. Por lo que se refiere al judío Filareto, le he dado el nombre de Rhazes, en homenaje a un gran médico persa que vivió un siglo antes de estos acontecimientos.

Por lo que se refiere a los sabios, eruditos y filósofos, no me he privado de inventar, de cabo a rabo, algunos episodios de su vida. Por si me sirve de disculpa, debo decir que se ignora prácticamente todo sobre la biografía de Euclides, Hiparco y Claudio Tolomeo. Sólo sus magníficas obras permanecen, al menos en parte, y eso basta para hacerlos inmortales.

Finalmente, me he recreado vinculando entre sí a algunos personajes, basándome en simples concordancias de fechas y lugares. Por ejemplo, aunque parece cierto que Aristarco de Samos fue acusado de herejía por haber afirmado que la Tierra gira alrededor del Sol, el hecho de que fuera defendido por Arquímedes en persona es pura ficción. Del mismo modo, el encuentro entre el futuro emperador Marco Aurelio y el astrólogo Claudio

Tolomeo es imaginario aunque, si nos fijamos en las fechas, habría podido producirse durante la visita que hizo a Egipto el cónsul romano.

En resumen, establecer la lista precisa de lo que es «verdadero» y lo que es «inventado» sería tan enojoso como prosaico. Diré simplemente que, teniendo en cuenta los elementos históricos de los que disponía, he procurado siempre ser plausible en la invención novelesca.

ANEXOS

Personajes, cuadros cronológicos y notas eruditas

Personajes principales

Amr ibn al-As (muerto en 663).

Compañero de Mahoma y conquistador de Egipto. En 640 derrotó a las tropas bizantinas en Heliópolis y en 642 tomó Alejandría.

Juan Filopon (siglo VI).

Gramático y filósofo cristiano. Exégeta de la Biblia, profesó el «concordismo» afirmando que la ciencia no contradice las enseñanzas de los textos sagrados, siempre que éstos sean correctamente interpretados.

Rhazes o Al-Razi (siglos IX-X).

Médico de origen persa de finales del siglo IX, renombrado clínico, fue el primero que describió la viruela.

Hipatia (sobrina nieta de Filopon). Personaje ficticio.

Omar Abú Hafsa ibn al-Jattab (581 -644).

Nacido en La Meca, se opuso primero a Mahoma antes de ser un activísimo converso. Al morir el Profeta, favoreció en 632 la elección de Abú Bakr al califato, algo que le fue reprochado por los chiíes, para quienes el califato correspondía al yerno de Mahoma, Alí. Abú le designó luego como sucesor. Durante sus diez años de califato, entre 634 y 644, el islam obtuvo una definitiva victoria sobre los imperios vecinos. Omar murió asesinado por un esclavo liberto.

Sabios y eruditos

Eudoxo de Cnido (hacia 406-355 a. C.).

Alumno de Platón, astrónomo y matemático, fue el primero en aplicarse al problema cosmológico planteado por su maestro: encontrar un sistema de movimientos circulares que explicase el aparente movimiento de los planetas. Aprovechó sus observaciones astronómicas para determinar las latitudes de Cnido (en Caria) y Heliópolis (en Egipto). Le debemos también una evaluación precisa del año: 365 días y cuarto. Es autor de un tratado de geografía, acompañado sin duda de un mapa, y de un tratado sobre las estrellas.

Aristóteles (384-322 a. C.).

Alumno de Platón, perpetuó el modelo de la Academia fundando en Atenas una escuela filosófica y científica, el Liceo. Su obra, que abarca todos los saberes, tuvo un considerable impacto no sólo entre los intelectuales sino también entre los actores de la historia: Aristóteles fue el preceptor de Alejandro Magno a partir de 343. Sus tratados técnicos marcan el nacimiento de la ciencia griega.

Demetrio de Palero (hacia 350-283 a. C.).

Alumno del Liceo de Aristóteles. Gobernó Atenas entre 317 y 307, favoreciendo el desarrollo del Liceo. Expulsado, se refugió junto a Tolomeo I Soter en Alejandría, donde fue el impulsor del Museo y de la Biblioteca. Tolomeo II Filadelfo le hizo caer en desgracia.

Zenodoto de Efeso (hacia 320-240 a. C.).

Primer director de la Biblioteca de Alejandría. Elaboró la primera edición crítica de los poemas de Homero.

Arato de Solos (hacia 315-240 a. C.).

Poeta griego nacido en Solos (Cilicia), muerto en Macedonia. Vivió mucho tiempo en Atenas, donde siguió estudios de matemáticas, astronomía, filosofía y literatura. Es autor del célebre *Fenómenos*, un poema sobre las constelaciones extraído de un tratado de Eudoxo, que influyó durante muchos siglos en la literatura astronómica.

Euclides (siglo III a. C.).

Uno de los más grandes matemáticos de la historia. Su vida es desconocida. Al parecer enseñó en Alejandría bajo Tolomeo I Soter, entre 323 y 285. La culminación de su obra la constituyen los *Elementos*, una amplia síntesis de las matemáticas de la época clásica en forma de manual, que presenta un conjunto de postulados y definiciones metódicas. Contiene en especial el famoso «quinto postulado», según el cual, por un punto del plano sólo se puede trazar una única paralela a una recta dada.

Herófilo de Calcedonia (hacia 330-250 a. C.).

Uno de los grandes médicos de la Antigüedad. Tras haber estudiado en Atenas, desarrolló su carrera médica en el seno del Museo de Alejandría, durante el reinado de Tolomeo I Soter. Fue el primero que practicó disecciones animales y humanas, incluso vivisecciones con condenados a muerte. Descubrió la circulación de la sangre y el papel

del corazón, formuló la primera descripción anatómica del cerebro y los ovarios, enseñó obstetricia y la extracción de los dientes.

Aristilo y Timocaris (siglo III a. C.).

Astrónomos contemporáneos de Euclides, que midieron en Alejandría las longitudes de algunas estrellas brillantes. Sus datos, analizados por Hiparco 150 años más tarde, permitieron a éste descubrir la precesión de los equinoccios.

Aristarco de Samos (hacia 310-230 a. C.).

Originario de la isla de Samos, ejerció en Alejandría durante un período que se sitúa entre Euclides y Arquímedes. Inventó un método que permitía calcular las distancias relativas de la Tierra al Sol y a la Luna. Precursor de Copérnico, fue el primero en entrever la rotación de la Tierra sobre su eje y su revolución en torno al Sol, y fue acusado de herejía.

Cleantes de Aso (hacia 331-232 a. C.).

Filósofo griego de tendencia estoica, alumno de Zenón de Elea, autor de un *Himno a Zeus*. Ejerció de acusador de Aristarco de Samos durante el proceso de éste por herejía.

Calímaco de Cirene (hacia 310-240 a. C.).

Poeta y gramático en la Biblioteca de Alejandría durante el reinado de Tolomeo II Filadelfo. Uno de los mejores representantes de la poesía alejandrina, es autor de *La cabellera de Berenice*.

Arquímedes (287-212 a. C.).

Nacido y muerto en Siracusa, hijo del astrónomo Fidias, Arquímedes fue uno de los primeros sabios de la Antigüedad que aplicó las teorías del movimiento, inventadas por los geómetras y los astrónomos, a la construcción de aparatos mecánicos. Entre sus descubrimientos figuran la palanca y el tornillo de Arquímedes, que permite hacer subir el agua con una manivela. Atraído por el fulgor de Alejandría, hizo al menos un viaje a Egipto y mantuvo correspondencia con sabios como Conón de Samos, Dositteo y Eratóstenes, a quien dirigió su testamento. Arquímedes puso su talento al servicio de la ciudad de Siracusa, para la que construyó temibles máquinas de guerra. Fue muerto por un soldado durante el asedio de la ciudad por los romanos.

Conón de Samos (hacia 280-220 a. C.).

Nacido en Samos, astrónomo de la corte de Tolomeo III Evergetes. Fue amigo de Arquímedes, con quien intercambió ideas matemáticas. Autor de siete libros de astronomía, informes de eclipses, de un tratado de los cónicos, al parecer inventó la espiral de Arquímedes y dio su nombre a una constelación.

Apolonio de Rodas (hacia 295-230 a. C.).

Poeta y gramático alejandrino, alumno de Calímaco, es autor de la epopeya *Las Argonáuticas*.

Eratóstenes de Cirene (hacia 284-192 a. C.).

Sabio universal. Nacido en Cirene (Libia), estudió en Alejandría y Atenas y se convirtió luego en director de la Biblioteca de Alejandría. Polivalente, se dedicó a la geometría y a

los números primos, midió la inclinación del eje de rotación terrestre y recopiló un catálogo de estrellas. Realizó mapas geográficos y una medición sorprendentemente precisa de la circunferencia terrestre.

Apolonio de Pérgamo (hacia 262-200 a. C.).

Matemático y astrónomo vinculado a la escuela de Euclides, autor de una obra fundamental sobre las secciones cónicas.

Aristófanes de Bizancio (hacia 257-180 a. C.).

Gramático y crítico, sucesor de Zenodoto, dirigió el Museo y la Biblioteca de Alejandría hacia 195.

Aristarco de Samotracia (hacia 220-143 a. C.).

Alumno y sucesor de Aristófanes de Bizancio. Autor del *Canon alejandrino*, una clasificación por orden de mérito de las obras literarias griegas, y de trabajos críticos sobre Hornero.

Hiparco de Nicea (hacia 180-125 a. C.).

Astrónomo nacido en Nicea (hoy Iznik, Turquía), muerto en Rodas. Sus trabajos se conocen gracias a Tolomeo. Fundador de la astronomía de posición, estableció tablas precisas de los movimientos de la Luna y el Sol, descubrió la precesión de los equinoccios y realizó el primer catálogo de estrellas, clasificándolas por magnitudes según su brillo. Puso también las bases de la trigonometría esférica e inventó la proyección estereográfica para la cartografía.

Hipsiclés de Alejandría (hacia 180-120 a. C.).

Matemático, autor de un complemento a los *Elementos* de Euclides donde trata del modo de inscribir los sólidos regulares en una esfera. Astrónomo, fue el primero que dividió el Zodíaco en 360 grados.

Posidonio de Rodas (hacia 135-51 a. C.).

Escritor griego, fundó una escuela de filosofía en Rodas, donde tuvo entre sus alumnos a Cicerón y Pompeyo.

Estrabón (hacia 58 a. C.-25 d. C.).

Geógrafo. Visitó una parte del Imperio romano y dio una descripción de Alejandría y de su Museo. Su *Geografía* contiene elementos tomados de las obras de Eratóstenes, Hiparco y Posidonio.

Filón de Alejandría (entre 13 y 29 a. C.-50 d. C.).

Filósofo judío de la diáspora griega, nacido y muerto en Alejandría. Comenzó a demostrar la complementariedad del pensamiento bíblico y las doctrinas filosóficas

helenísticas, especialmente la de Platón. Ejerció una fuerte influencia sobre los Padres de la Iglesia, en especial sobre los de la escuela de Alejandría.

Séneca (hacia 4 a. C.-65 d. C.).

Filósofo latino. Formado en la escuela estoica, hizo una apología del ascetismo y de la renuncia a los bienes terrenales. Autor de las *Consolaciones*, de tratados morales, de las *Cuestiones naturales*. Preceptor de Nerón, éste le ordenó que se cortara las venas.

Epicteto (hacia 50-130).

Esclavo manumitido por Nerón, se convirtió a la filosofía estoica y dio entonces lecciones públicas. Expulsado con los demás filósofos estoicos de Roma por Domiciano, en el año 94.

Herón de Alejandría (siglo I).

Matemático y mecánico al que se atribuye el invento de varias máquinas, entre ellas una fuente de chorros de agua propulsados por aire comprimido. Sus *Pneumáticos* detallan numerosas máquinas y «robots» que remedan las acciones humanas y funcionan de acuerdo con los principios de la hidráulica.

Menelao de Alejandría (hacia 70-130).

Matemático, autor de un tratado sobre los triángulos esféricos y sus aplicaciones en astronomía.

Marino de Tiro (fines del siglo I).

Matemático y geógrafo, su obra sólo es conocida a través de la de Tolomeo, que utilizó sus trabajos para elaborar su propia *Geografía*.

Claudio Tolomeo (hacia 85-165).

Sabio universal, nacido en Tolemaida (Tebaida), muerto en Canope. Nada se conoce de su vida, salvo que hizo observaciones astronómicas en Alejandría durante los años 127-141, pero su abundante obra marca la cima de la ciencia de la Antigüedad. Es autor de la *Composición matemática* o *Gran sintaxis*, más conocida con el nombre de *Almagesto*, que siguió siendo la obra de referencia de la astronomía hasta Copérnico y Kepler, en el siglo XVI. Expuso en ella su sistema del mundo, un modelo matemático que se ajustaba a las observaciones astronómicas. En su *Geografía* describió los métodos de proyección y trazó los primeros mapas precisos. Del resto de sus obras destacan un tratado fundamental de astrología, conocido con el nombre de *Tetrabiblon*, y los *Harmónicos*, sobre la teoría matemática de los sonidos.

Claudio Galeno (131-201).

Médico nacido en Pérgamo, muerto en Roma. Hijo de arquitecto, prosiguió sus estudios en Alejandría y luego conquistó por su saber la capital del Imperio romano, donde fue médico de Marco Aurelio. Sus disecciones de animales le permitieron hacer importantes descubrimientos anatómicos sobre el sistema nervioso y el corazón. Redactó gran número de tratados, buena parte de los cuales ardió en el incendio de su biblioteca,

en 192, y luego se encargó de reescribirlos. Punto culminante de la medicina griega, su obra fue imprescindible para dicha materia hasta mediados del siglo XVII.

Diofante (mediados del siglo II-mediados del siglo III aprox.).

Matemático de la escuela de Alejandría cuya vida es muy poco conocida. Su obra, *Las aritméticas*, constituye el apogeo del álgebra griega y ejerció considerable influencia sobre el desarrollo de las matemáticas árabes.

Papo de Alejandría (hacia 290-350).

El último de los grandes geómetras griegos. Su obra más importante es una *Colección matemática* en ocho libros.

Teón de Alejandría (hacia 335-395).

Profesor de matemáticas y de astronomía, director general del Museo de Alejandría. Hizo comentarios sobre *el Almagesto* de Tolomeo, sobre las obras de Euclides y sobre las teorías que mezclaban astronomía y música. Padre de Hipatia.

Hipatia de Alejandría (hacia 370-415).

Matemática, astrónoma y filósofa de la escuela platónica, nacida y muerta en Alejandría. Primera mártir de la intolerancia religiosa contra la ciencia. Sus obras (perdidas todas ellas) incluían un *Canon astronómico*, un comentario a la *Aritmética* de Diofante, un comentario al *Tratado de los cónicos* de Apolonio de Pérgamo, y editó el tercer libro de los *Comentarios sobre el Almagesto de Tolomeo* de su padre Teón. Sólo subsisten algunas cartas que Sinesio dirigió a Hipatia, pidiéndole consejo para la construcción de un astrolabio y un hidroscoPIO.

Sinesio (hacia 370-415).

Filósofo griego natural de Cirene. Discípulo de Hipatia, se convirtió al cristianismo y fue nombrado obispo de Tolemaida. Intentó conciliar el platonismo con el cristianismo. Dejó escritos sobre los sueños, sobre las funciones de un astrolabio, cartas a Hipatia.

Simplicio (hacia 500).

Historiador y filósofo neoplatónico que trabajó en Alejandría. Comentarista de Aristóteles y Epicteto, intentó conciliar los pensamientos de Platón y de Aristóteles al tiempo que se oponía al cristianismo.

Juan Fausto (hacia 1480-1540).

Médico y astrólogo alemán. Numerosas obras literarias y musicales, tomaron como protagonista a este personaje, hasta el punto de hacerlo legendario.

Nicolás Copérnico (1473-1543).

Astrónomo polaco nacido en Torún, muerto en Frauenburg. Tras estudiar matemáticas, astronomía, medicina y derecho en Cracovia y en Bolonia, fue nombrado canónigo de Frauenburg. Consagró su tiempo libre a la astronomía y se interesó, a partir de 1507, por la cuestión de los movimientos planetarios.

Señaló el hecho de que el sistema geocéntrico no permitía predecir correctamente los movimientos. Abandonando la teoría de Tolomeo, Copérnico recuperó las ideas de Aristarco de Samos según las cuales la Tierra no ocupa el centro del Universo sino que

gira alrededor del Sol, como los demás planetas. Copérnico explicó también el movimiento diurno de las estrellas por la rotación terrestre. Publicó sus teorías en Nuremberg, justo antes de su muerte, en mayo de 1543, en su *De Revolutionibus orbium caelestis*. Esta nueva concepción, corroborada el siguiente siglo por los trabajos de Kepler y Galileo, contribuyó a que la cosmología se independizara de la teología.

Cuadro sinóptico de los reyes y los sabios

Historia política	Historia cultural
<p>331 a. C: Fundación de Alejandría por Alejandro Magno.</p> <p>323: Muerte de Alejandro en Babilonia. Su imperio se divide entre sus generales Tolomeo elige Egipto Se instala en Alejandría y organiza los funerales de Alejandro.</p> <p>317-307: Demetrio de Falero gobierna Atenas. Exilio</p>	<p>Muerte de Aristóteles</p>
<p>305-283: Reinado de Tolomeo I Soter (Salvador), El antiguo general de Alejandro funda la dinastía de los Lágidas y llama a Demetrio de Falero para ayudarlo a gobernar.</p> <p>283: Fundación del Estado de Pérgamo</p>	<p>Fundación del Museo y de la Biblioteca. Alejandría se convierte en el centro de la civilización helenística. Zenodoto de Efeso, primer bibliotecario. Euclides matemático.</p> <p>Herófilo, médico</p>
<p>283-246: Reinado de Tolomeo II Filadelfo (el que ama a su hermana). Se casa con su hermana Arsinoe II. Aparta a Demetrio del poder.</p> <p>263-241: Eumenes I soberano de Pérgamo.</p>	<p>Construcción del Faro. Biblia de los Setenta (traducción del Antiguo Testamento al griego). Aristilo, astrónomo (hacia 275). Timocaris, astrónomo (hacia 275). Aristarco de Samos, astrónomo, entre 280 y 264. Calímaco, poeta y gramático.</p> <p>Apolonio de Rodas, segundo bibliotecario.</p>
<p>246-221: Reinado de Tolomeo III Evergetes (el Bienhechor). Apogeo del poderío marítimo de Alejandría. Control del Mediterráneo oriental y del mar Negro.</p> <p>241-197: En Pérgamo, Atalo I sucede a Eumenes y se alía con Roma en su lucha contra los Estados vecinos.</p>	<p>Conón de Samos, astrónomo. Arquímedes, matemático. Eratóstenes, astrónomo, matemático, geógrafo. Apolonio de Pérgamo, matemático.</p>
<p>221-204: Reinado de Tolomeo IV Filopátor (el que ama a su padre). Débil y cruel, sospechoso de haber envenenado a su padre.</p>	<p>Aristófanes de Bizancio, tercer bibliotecario.</p>
<p>204-181: Reinado de Tolomeo V Epífanos (el que se manifiesta). Rey a la edad de cinco años, muere envenenado.</p> <p>197-159: En Pérgamo, reinado de Eumenes II.</p> <p>181-170: Reinado de Tolomeo VI Filométor (el que ama a su madre). Rey a la edad de cinco años, tiene como regente a su madre Cleopatra I</p>	
<p>170-163: Tolomeo VIII o Evergetes II, llamado Fiscon (Bola de sebo). Hermano de Filométor. Nada más acceder al trono expulsa a los sabios del Museo y persigue a los hombres de letras.</p>	<p>Aristarco de Samotracia, historiador, bibliotecario.</p>
<p>163-145: Retorno de Tolomeo VI Filométor.</p> <p>145-144: Tolomeo VII Neo Filopátor. Hijo de Filométor, asesinado el día en que su madre contrae nuevo matrimonio con su tío Tolomeo VIII.</p> <p>144-116: Retorno de Tolomeo VIII</p>	<p>Hiparco de Nicea, astrónomo. Hipsiclés, matemático.</p>

Cuadro sinóptico de los reyes y los sabios

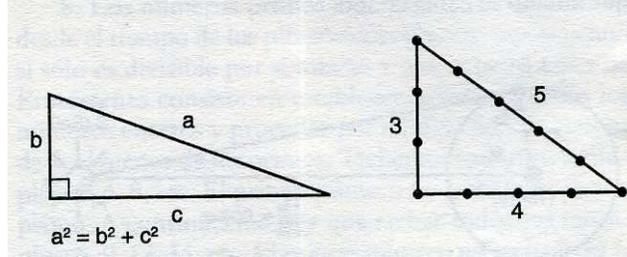
Historia política	Historia cultural
133: Pérgamo es legada a Roma por su último rey, Atalo III, muerto sin sucesión.	La biblioteca de Pérgamo es recuperada por los romanos.
116-107: Reinado de Tolomeo IX o Soter II, llamado Lathire (Garbanzo). Expulsado por su hermano menor Tolomeo X, se refugia en Chipre.	
107-88: Tolomeo X o Alejandro I. Hace asesinar a su madre. Profana la tumba de Alejandro Magno para apoderarse de sus tesoros, pero provoca una insurrección que le obliga a huir. 88-80: Tolomeo IX vuelve a tomar el poder. 80: Tolomeo XI o Alejandro II. Hijo de Tolomeo X, es asesinado tras diecinueve días de reinado. Fin de la descendencia legítima de los Tolomeos.	
80-58: Tolomeo XII (Neo Dionisio llamado Notaos (el bastardo) o Auletes (el flautista). Hijo natural de Tolomeo X. 58-55: Tolomeo XII exiliado en Roma. Su hija Berenice IV está en el poder. 55-51: Regreso de Tolomeo XII. 51-47: Reinado de Tolomeo XIII Dionisio, hijo de Tolomeo XII. Rey a los diez años, casado con su hermana Cleopatra VII, hace asesinar a Pompeyo.	Posidonio de Rodas, geógrafo.
47: Guerra de Julio César en Alejandría. Tolomeo XIII se ahoga en el Nilo. César coloca a Cleopatra en el trono y la casa con Tolomeo XIV, hermano del precedente, de once años de edad	Incendio de los almacenes de la Biblioteca.
44: Asesinato de Julio César. De regreso a Alejandría, Cleopatra hace envenenar al rey. 44-30: Tolomeo XV Cesarión, hijo de César y Cleopatra, último rey de Egipto.	Antonio ofrece la biblioteca de Pérgamo a Cleopatra.
30: Muerte de Antonio, suicidio de Cleopatra. Ejecución de Cesarión ordenada por Octavio. Fin del imperio de los Tolomeos. Alejandría se convierte en la capital de la provincia romana de Egipto.	La Biblioteca de Alejandría pasa a ser una institución pública de la provincia romana. El "sacerdote del Museo" es designado directamente por el emperador.

Era Cristiana

Cuadro sinóptico de los reyes y los sabios	
Historia política	Historia cultural
<p>Hacia 1-33: Vida de Jesús. Comienzo de la era cristiana.</p> <p>37-41: Calígula, emperador romano. Tras sufrir una grave enfermedad, se comporta como un psicópata. Muere asesinado.</p> <p>41-44: Herodes Agripa, rey de los judíos. Primer perseguidor de la comunidad cristiana.</p>	<p>Filón de Alejandría, escritor. Estabón, historiador y geógrafo. Séneca, filósofo. Epicteto, filósofo. Herón de Alejandría, ingeniero.</p>
<p>Siglo II: Alejandría se convierte en un centro del cristianismo.</p> <p>Siglo de los Antoninos: Nerva (96-98) Trajano (98-117), Adriano (117-138), Antonino Pío (138-161), Lucio Vero (161-169), Marco Aurelio (161-180), Cómodo (180-192).</p> <p>Período considerado la edad de oro del Imperio romano. Finaliza con la locura de Cómodo</p>	<p>Menelao, matemático. Claudio Tolomeo, astrónomo, geógrafo. Galeno, médico.</p> <p>Diofanto, matemático</p>
<p>202: Persecución de los cristianos ordenada por Septimio Severo.</p> <p>215: Cierre del Museo ordenado por Caracalla.</p> <p>270-297: Pillajes y destrucciones del barrio del Museo durante los reinados de Aureliano y Diocleciano.</p>	<p>Escuela filosófica de Alejandría: Plotino, Porfirio.</p> <p>Papo, matemático.</p>
<p>379-395: Teodosio reina en Bizancio (Constantinopla)</p> <p>395: Fundación del Imperio bizantino. Reinado de Arcadio.</p>	<p>Teón, matemático. Hipatia, matemática</p>
<p>493-526: Teodorico, rey de los ostrogodos, reina en Italia. Protector de la Iglesia.</p> <p>570-732: Vida de Mahoma. Abandona la Meca hacia Medina en 622 (hégira). Nacimiento del Islam.</p>	<p>Filopon, filosófico</p>
<p>616: Toma de Alejandría por los persas.</p> <p>642: Toma de Alejandría por el emir Amr ibn al As. Ocupación musulmana. Destrucción de los libros ordenada por el califa Omar.</p>	

Notas eruditas

1. Según el teorema de Pitágoras, en un triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. El triángulo cuyos lados tienen longitudes enteras 3, 4 y 5 es rectángulo, pues $3^2 + 4^2 = 5^2$ ($9+16 = 25$).



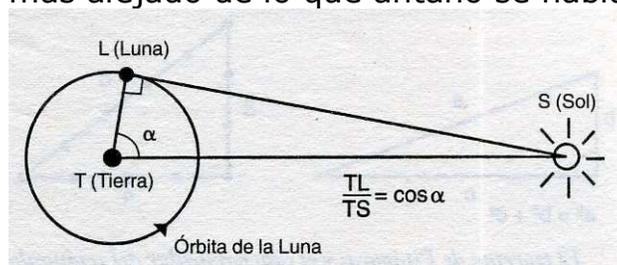
El teorema de Pitágoras y el caso particular del triángulo mágico.

2. La formulación original del postulado llamado «de las paralelas», tal como lo presenta Euclides en el libro I de los *Elementos*, es distinta de esta versión, más conocida, que se debe al matemático escocés John Playfair (siglo XVIII).

3. En realidad, el Sol está 400 veces más lejos que la Luna (véase nota 5). La distancia Tierra-Sol es en efecto de 150,000,000 km y la distancia Tierra-Luna es de 384,000 km.

4. En realidad, el diámetro del Sol (1,400,000 km) es 109 veces superior al de la Tierra (12,800 km), y su volumen un millón de veces mayor.

5. Aristarco de Samos determinó la relación de las distancias Tierra-Sol TS y Tierra-Luna TL midiendo el ángulo a formado por las rectas TS y TL en el momento en que la Luna está en su cuarto. Pero, por una parte, es difícil determinar el momento en que el disco lunar está exactamente dividido en dos partes iguales, y por otra, la línea de sombra no es estrictamente rectilínea. Aristarco cometió pues un error: midió $a = 87^\circ$, en vez de $a = 89,86^\circ$. Dedujo de ello que $TS/TL = 1/\cos 87^\circ \sim 20$, en lugar de $TS/TL = 1/\cos 89,86^\circ \sim 400$. El valor de Aristarco, aunque muy inferior al valor real, demostraba sin embargo que el Sol estaba mucho más alejado de lo que antaño se había creído.



Método de Aristarco para determinar las distancias relativas del Sol y de la Luna.

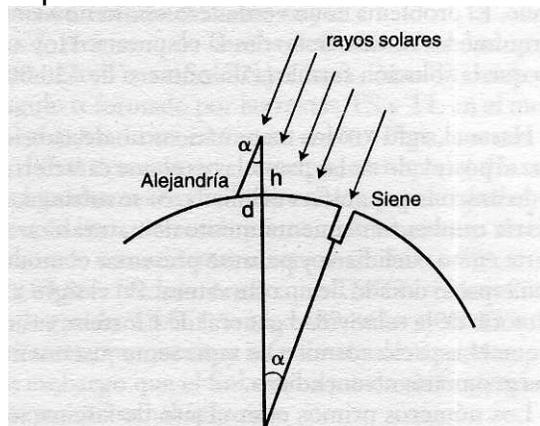
6. El rompecabezas planteado por Arquímedes a su amigo Eratóstenes y a los matemáticos de Alejandría consistía en encontrar el número total de cabezas de ganado de un rebaño teórico —el de los «bueyes del Sol»— a partir de las proporciones existentes entre las distintas poblaciones que lo componen: toros negros, blancos, pardos, manchados y vacas negras, blancas, pardas y manchadas, sabiendo que el total de los toros blancos y negros debe estar contenido en un cuadrado y el de los toros pardos y manchados en la superficie de un triángulo. El problema es un verdadero «infierno» en el

que Arquímedes no entró: no dio la respuesta. Hoy sabemos que la solución formaría un número de 120,000 cifras.

7. Hasta el siglo XIX los matemáticos no descubrieron que el postulado de las paralelas es el que caracteriza de modo único la geografía euclidiana. Si se infringe, la geometría cambia fundamentalmente de naturaleza: se convierte en no euclidiana y permite presentar el modelo de un espacio dotado de una curvatura. En el siglo XX, con la teoría de la relatividad general de Einstein, se advirtió que el espacio cósmico se representa justamente por una geometría no euclidiana.

8. Los números primos eran objeto de fascinación desde el tiempo de los pitagóricos. Un número es primo si sólo es divisible por sí mismo y por uno. La criba de Eratóstenes consiste en establecer la lista de todos los números enteros y proceder por eliminación. Partamos de 2, el menor de los primos. Tachemos todos sus múltiplos: 4, 6, 8, etc. El primer número no tachado es 3, y es primo. A continuación hay que tachar todos sus múltiplos: 6, 9, 12, 15, etc. El primer número no tachado es 5. Se prosigue así el proceso, hasta el infinito... La criba de Eratóstenes permite, por ejemplo, encontrar fácilmente los veinticuatro números primos hasta 100: 2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, [...], 97.

9. Cuando los rayos solares caen verticalmente sobre Siene, forman cierto ángulo a en Alejandría (este ángulo se calcula a partir de la longitud d de la sombra que proyecta un bastón vertical de altura h). Ahora bien, este ángulo a es igual al arco que separa Siene de Alejandría (teorema de la igualdad de los ángulos alternos/internos). Eratóstenes encontró un ángulo de 7.2° , es decir de $1/50$ de círculo ($50 \times 7.2^\circ = 360^\circ$). La circunferencia de la Tierra es pues 50 veces la distancia entre Siene y Alejandría.



Método de Eratóstenes para determinar la circunferencia de la Tierra.

10. En la Antigüedad, existían varias unidades llamadas estadio; la más utilizada era el «estadio de Olimpia», que equivalía a 157.50 metros. Los 250,000 estadios calculados por Eratóstenes corresponden pues a 39,375 km, un margen de error inferior al 1% con respecto al valor moderno. Para que la medida sea correcta, Siene y Alejandría deben estar situadas en el mismo meridiano. Eratóstenes sabía que existen grandes círculos fácilmente reconocibles en el globo esférico de la Tierra: los meridianos, orientados de norte a sur. Para realizar su operación, eligió el meridiano más conocido, el de Rodas, que pasa por Alejandría, Siene y sigue, más o menos, el curso del Nilo. Ahora bien, aunque el Nilo corra, aproximadamente, a lo largo de una línea norte-sur, Eratóstenes sabía muy bien, como muestra su mapa de Egipto, que se desvía ligeramente hacia el este. Pero el

error es desdeñable, lo que explica la extraordinaria precisión del resultado de Eratóstenes.

11. Estas «tablas de cuerdas» calculadas por Hiparco son precursoras de nuestras tablas trigonométricas que dan los senos y los cosenos de los ángulos.

12. El fenómeno de precesión de los equinoccios sólo encontró explicación dos milenios después de Hiparco, con el concepto de la atracción universal de Newton. A causa de las perturbaciones debidas a la atracción conjunta de la Luna y el Sol sobre el globo terrestre, el eje de rotación de la Tierra no mantiene la misma dirección en el espacio: describe muy lentamente un cono, con un período cercano a 26,000 años, lo que corresponde a un valor de 50.3 segundos de arco por año (un período completo corresponde a 360 grados, estando cada grado dividido en 60 minutos y cada minuto en 60 segundos). El valor medido por Hiparco, 46 segundos, estaba pues muy cercano al valor moderno.

13. La *Composición matemática* de Tolomeo sería traducida al árabe en el siglo IX por Tabit ibn Qurra y se llamaría en adelante *Almagesto*, que significa «el muy grande».

14. El más célebre tratado de música de la Antigüedad, debido a Nicómaco de Gerase, designa los grados de la escala de siete tonos con los nombres de Hipate, Mete, Mese, Quarte, etc. Esos grados definían la armonía que, supuestamente, regía el mundo de los astros. El Hipate, primer grado de la escala de los sonidos, corresponde a lo que los músicos de hoy denominan la nota fundamental o tónica.

Agradecimientos

En la elaboración de esta obra, André Balland fue mi Demetrio de Palero, y Olivier Ikor, mi bastón de Euclides. Por lo que se refiere a la Fondation des Treilles, fue mi Museo de Alejandría: como los Tolomeos de antaño, sus príncipes permiten a sabios y poetas sondear los secretos del Universo con toda tranquilidad, alojados y —muy bien— alimentados. ¿Cómo agradecerse a los príncipes?